

PARTE SEGUNDA

LOS HECHOS

INDICE DE LA PARTE SEGUNDA	1
<u>CAPITULO I:</u> LA BASE DEL ESTADO COERCITIVO	4
COMO SE FINANCIA	4
JUSTICIA Y FUERZAS DE SEGURIDAD	7
La Justicia	7
Las fuerzas de seguridad	13
La corrupción	16
Un ejemplo: El llamado 'Tráfico de drogas'	20
Notas al Capítulo I	21
<u>CAPITULO II:</u> EMPRESAS ARTIFICIALES DE ESTADOS VIOLENTOS, MONOPOLIOS Y 'REGULACION' COERCITIVA	33
LAS 'EMPRESAS' DEL ESTADO COERCITIVO	33
Las privatizaciones	34
EL MONOPOLIO	36
LA 'REGULACION' COERCITIVA	40
LAS REGULACIONES POR RAZONES DE SEGURIDAD	42
EL 'LOBBY'	43
Notas al Capítulo II	44
<u>CAPITULO III:</u> LA EMPRESA	48
GENESIS Y ESENCIA	48
LA FUNCION EMPRESARIAL Y LA CREACION HUMANA	51

EMPRESA Y MONOPOLIO	54
EMPRESA Y SOCIEDAD	55
LA EMPRESA. La organización interna y la persona humana.	58
Notas al Capítulo III	63
<u>CAPITULO IV: CULTURA, EDUCACION Y SALUD</u>	73
INTRODUCCION	73
LA EDUCACION	74
La 'gratuidad' en la educación. El estatismo redistributivo	76
La obligatoriedad en la educación.	77
LA SALUD	79
Notas al Capítulo IV	80
<u>CAPITULO V: MONEDA, CREDITO, FINANZAS Y SISTEMA BANCARIO</u>	85
LA TEORIA MONETARIA	85
EJEMPLOS DE SISTEMAS MONETARIOS ESTATISTAS. PATRON ORO Y CONVERTIBILIDAD	87
LOS SISTEMAS FINANCIEROS Y BANCARIOS	88
EL AHORRO Y LA INVERSION	90
LAS 'REGULACIONES' ARTIFICIALES EN EL MERCADO FINANCIERO Y OTRAS INTERFERENCIAS	92
Notas al Capítulo V	93
APENDICE AL CAPITULO V: LA BANCA INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA DE LA DEUDA EXTERNA	98
Notas al Apéndice	99
<u>CAPITULO VI: LAS 'POLITICAS SOCIALES'</u>	100
INTRODUCCION	100

EL GASTO SOCIAL	101
EL 'ESTADO BENEFactor' Y LA JUSTICIA SOCIAL. UN EJEMPLO: LA VIVIENDA	102
EL SISTEMA PREVISIONAL COERCITIVO	103
LAS INTERVENCIONES COERCITIVAS EN EL MERCADO LABORAL	104
Notas al Capítulo VI	108
<u>CAPITULO VII: LAS 'POLITICAS INDUSTRIALES'</u>	113
INTRODUCCION	113
LAS ADUANAS Y EL COMERCIO INTERNACIONAL	116
DUMPING Y SUBSIDIOS VS 'REGULACION' ESTATAL	117
LAS LEYES DE 'DEFENSA DEL CONSUMIDOR'	119
Notas al Capítulo VII	119
<u>CAPITULO VIII: MEDIO AMBIENTE Y NATURALEZA</u>	121
INTRODUCCION	121
MEDIO AMBIENTE Y MERCADO NATURAL	122
Notas al Capítulo VIII	124
<u>EPILOGO: LA CULTURA DE LA DEPRESION O LA RIQUEZA ILIMITADA</u> ..	126
Notas al Epílogo	128

PARTE SEGUNDA

LOS HECHOS

Analizados rápidamente los fundamentos de la sociedad es mi intención, ahora, mostrar como ocurren efectivamente los acontecimientos. De modo que, en adelante, intentaré un análisis, lo más acertado posible, de los datos de la realidad, extraídos personalmente durante años o recogidos por autores de reconocida seriedad y capacidad científica. En otras palabras, me parece que es tiempo de que pasemos a estudiar como funciona, y las consecuencias del Estado racionalista en nuestra vida diaria, es decir, de analizar los resultados empíricos de la coerción institucional. Por cierto que, como tratar todos los temas resulta imposible, discutiré aquellos que se antojan más importantes teniendo en cuenta que finalmente, y lo que importa, es que los fundamentos y, consecuentemente, la 'mecánica' y los resultados son los mismos.

CAPITULO I

LA BASE DEL ESTADO COERCITIVO.

COMO SE FINANCIA

"...deben darse cuenta que los impuestos debilitan severamente a las ciudades y empobrecen a los agricultores. Podemos ver lugares que ayer florecían y tenían muchos habitantes y que ahora yacen postrados y abandonados porque los agricultores no pueden tolerar los altos impuestos", Henrique de Villalobos, escolástico español (1).

Me parece que lo más oportuno es empezar por dilucidar quiénes son los que financian, los que pagan para sostener esta estructura de 'poder'. Y quiénes son los que se 'benefician'; entre comillas porque, si bien puede ser que obtengan algún 'beneficio' inmediato, más tarde o más temprano, terminarán perjudicados todos.

Evidentemente es ésta una costosísima institución. Para que podamos tener una idea de la magnitud, digamos que, como promedio, hoy los Estados del mundo tienen en sus manos más de la mitad de las economías de sus países (son, lo que podríamos denominar, verdaderas economías mixtas, y esto incluye a los países 'del primer mundo'). Me refiero a la sumatoria de los Estados nacionales, provinciales, municipales y demás. La verdad es que no tengo cifras exactas, pero de modo que podamos tener alguna idea comparativa de esta magnitud, digamos que, muy difícilmente, la empresa más grande de un país llegue a manejar la centésima parte de la economía nacional, es decir, la quincuagésima parte de lo que manejan estas estructuras políticas actuales. Esto implica que, como promedio, cada ciudadano trabaja más de la mitad de su tiempo para el Estado coercitivo.

Estas enormes estructuras suelen obtener recursos de varias maneras: por vía impositiva, inflacionaria, crediticia, y otras. Analizaremos sólo las más importantes porque,

en definitiva, la mecánica y el resultado final, dada la utilización de la coacción como método, es el mismo (2).

A los impuestos coercitivos, por caso, no existe duda alguna de que, de un modo u otro, los paga la sociedad en su conjunto. Pero existen sustanciales diferencias en cuanto a la incidencia que tienen sobre cada persona, según su nivel económico. Efectivamente, aunque teóricamente estén dirigidos hacia los más ricos, lo que ocurre es que, aquellos con mayor capacidad económica, tienen más medios para trasladar la carga tributaria hacia abajo. Siendo la inversa también cierta, es decir que, cuanto más bajo sea el nivel económico de una persona, menor capacidad para derivarla hacia otros lados tendrá y, en consecuencia, no sólo deberá soportar los impuestos que directamente le caigan encima, sino que, además, tendrá que soportar el peso del traslado hacia abajo que hará el resto de la sociedad (3).

Una empresa, por ejemplo, en el afán por mantener sus ganancias, intentará trasladar la carga impositiva aumentando los precios, bajando los sueldos o retrayendo inversiones que presionarían en sentido positivo la demanda de trabajo, o cualquier otra cosa que, necesariamente, significará una transferencia hacia abajo. En el caso de los individuos que no puedan aumentarse sus ingresos, por ejemplo, los ejecutivos, o que pudiendo hacerlo no lo hagan por las cuestiones que fueran, deberán, para poder pagar sus tributos, retraer el consumo. Lo que se traducirá en menor producción de bienes y servicios perjudicando, en primer lugar, a los sueldos más bajos.

El obrero, entonces, además de los impuestos que tiene que pagar directamente (como el llamado al valor agregado), tendrá que soportar el aumento de precios y la baja en los salarios, provocados por la presión tributaria general. Sin poder trasladar esta carga a ninguna parte, por cuanto no tiene precios para aumentar ni salarios para bajar. De hecho, la marginalidad ocurre como consecuencia de dos acciones estatales artificiales: por un lado, según veremos más adelante, por la desocupación que producen las 'regulaciones' coercitivas en el mercado laboral, y, en segundo lugar, por la baja en el poder adquisitivo de los más débiles como consecuencia de la voracidad fiscal.

Si el Estado racionalista decide financiarse por vía crediticia (4), lo que sucederá, en primer lugar, es que al aumentar la demanda de crédito en el mercado, aumentarán las tasas de interés. Y esto implicará, no sólo perjudicar directamente a los créditos para los de más bajo poder adquisitivo, sino también, que los empresarios, al poder tomar menos dinero en el mercado financiero, invertirán menos, demandando menos mano de obra. Lo que redundará, directamente, en una baja en los salarios de los trabajadores y en un aumento en los precios, como consecuencia de la baja productividad atribuible a la falta de inversión. Y, finalmente, también ocurrirá que, en algún momento, deberán pagarse estos créditos, por vía impositiva o inflacionaria.

Si, finalmente, el fisco decide financiarse por vía inflacionaria, es decir, emitiendo moneda arbitrariamente e imponiéndola coercitivamente, lo que sucederá, además de la distorsión general de la economía, es que la moneda se depreciará y, en consecuencia, los más perjudicados serán aquellos más dependientes de la moneda estatal. Y estos son los de más escasos ingresos, porque los de mayores recursos, tienen valores a

resguardo como, por ejemplo, propiedades, acciones, monedas extranjeras, capitales en el exterior, y demás.

Pero todo esto no sería un gran problema, visto que el dinero de los impuestos no se destruye sino que se desvía, sino fuera que su método básico para obtener recursos con los que financiarse es la coerción. Si se financiara con la venta de sus incalculablemente cuantiosas propiedades, o con lo que voluntariamente los ciudadanos estuvieran dispuestos a otorgarle, por el uso de sus servicios o simplemente por altruismo, no sería violentado el orden natural y la sociedad funcionaría eficientemente.

Efectivamente, el Estado violento, más allá del dinero que malgasta manteniendo su propia estructura y burocracia, es económicamente ineficiente por propia definición. A los fines 'contables', podríamos considerar que una asignación de recursos es eficiente, sí y sólo sí, la tasa interna de retorno del capital invertido supera a los intereses de una plaza financiera libre. De otro modo, convendría poner el dinero en un plazo fijo y ganar más sin trabajar. Sucede que, la eficiencia económica, entre otras cosas, implica la noción de lucro y el Estado racionalista es una institución sin estos fines, sino puramente políticos. Siguiendo a la praxeología de Ludwig von Mises (5), como consigue los recursos vía coerción y no atraído por una eventual rentabilidad, todo su funcionamiento estará, necesariamente, basado en la arbitrariedad de la coacción y no en la eventual eficacia económica. En definitiva, porque la eficiencia económica implica trabajar seria y duramente, mientras que sacar un arma es una cuestión (de cobardes) de segundos.

En otras palabras, del dinero que el Gobierno retira coercitivamente del mercado (lo que ya de por sí, implica una deficiente sustracción de recursos), parte se pierde por corrupción, parte se pierde en solventar un sistema de por sí ineficiente (estructuras agigantadas, sueldos de empleados innecesarios, y demás) y lo poco que vuelve termina siendo mal asignado y beneficiando principalmente a los más ricos.

Efectivamente, supongamos, por ejemplo, la construcción de una escuela. Lo que los de más escasos recursos obtendrán (en el mejor de los casos) es el servicio educativo que, por la ineficiencia intrínseca del Estado coercitivo, será, en principio, de mala calidad. Digo en principio porque, una empresa estatal coercitiva es siempre ineficiente, pero no necesariamente producirá un servicio malo, podría, eventualmente, producir un buen servicio pero a un costo exorbitante. Pero el constructor de la escuela cobrará bien cobrado su trabajo, y muchas veces, gracias a la corrupción o al desorden propio de estos organismos burocráticos, que los 'astutos' aprovechan, cobrará más de lo que debería (6).

Por otro lado, lo cierto es que, si a alguien hay que amenazarlo con la fuerza bruta (quién no paga impuestos va preso) para sacarle algo, esto significa que a estos recursos, claro está, no tenía intención de dirigirlos hacia esos lugares. Ahora, como el mercado con ausencia de coerción institucional, el mercado natural, es necesariamente eficiente (de otro modo no se puede subsistir en la actividad que se está desarrollando), si no quería dirigir estos recursos hacia donde se lo fuerza a hacerlo es, sencillamente, porque esos sectores son ineficientes. Esto es que, como la fuerza física es contraria al orden natural, es contraria al hombre, la coerción institucional no hace más que redistribuir

incorrectamente y desviar hacia sectores ineficientes, malgastando los recursos sociales (7).

Así, en la medida de la interferencia coactiva institucional en el orden natural, se producen 'ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres'. El principio filosófico es simple: como el sistema de 'organización' es materialista (la coerción, que implica armas), los que mejor se 'organizan' son quienes tienen mayor capacidad material; por el contrario, como la violencia implica destrucción, quienes no pueden 'organizarse' (los que no tienen los medios físicos) terminan siendo los más destruidos.

En fin, es así que, cuanto más aumente la presión tributaria artificial en relación al Producto Interno Bruto (PIB), a igualdad de condiciones, menor será el desarrollo de la economía del país. Es decir, que el crecimiento económico es siempre inversamente proporcional al de la carga impositiva como porcentaje del PIB. Por el contrario, la gran ventaja de reducir la presión coercitiva tributaria es que, no sólo se reducirían los costos directamente, sino que se producirá un 'efecto cascada'. Es decir que, además de bajar los tributos directos a los fabricantes finales, al reducirse los impuestos a los proveedores de insumos, disminuiría el precio de éstos últimos y, en consecuencia, el costo del producto final sufriría una merma potenciada.

JUSTICIA Y FUERZAS DE SEGURIDAD

Después de haber analizado como se financia esta estructura, me parece oportuno que pasemos a estudiar aquellos 'servicios básicos' que, algunos suponen, deben ser impuestos por la fuerza física. Esto es, la 'justicia', las fuerzas de 'seguridad' y, luego, en otro Capítulo, la educación y la salud.

La Justicia

“...los llamamientos repetidos y apasionados a la justicia y a las exigencias de la justicia, lejos de ofrecer posibilidad de contacto o de inteligencia, aumentan la confusión, agravan las diferencias, acaloran las contiendas y, como consecuencia, se difunde la persuasión de que, para hacer valer los propios derechos y conseguir los propios intereses, no se ofrece otro medio que el recurso a la violencia, fuente de males gravísimos... La confianza recíproca entre los hombres... no puede nacer y consolidarse sino con el reconocimiento del orden moral”, Juan XXIII (8).

Para empezar a hablar de justicia, me parece importante comenzar por aclarar un concepto que, a mi entender, no ha sido suficientemente considerado. Ya sabemos que sólo Dios conoce a la verdad de modo absoluto, de manera que, la justicia en términos absolutos es Su prerrogativa. Así y todo, dicen algunos teólogos, en rigor de verdad, ni siquiera El cuando juzga condena (en el sentido humano, más allá de haber establecido normas perfectamente justas y que, por tanto, 'condenan' de por sí, en cuanto que cada uno elige: el bien o el mal, la condena). Sino que es el propio hombre el que, puesto frente al Señor de la Creación, se 'auto juzga', se condena o se salva a sí mismo. Es decir, prevalece absolutamente, hasta el último momento, no sólo el libre albedrío frente a la decisión de aceptar o no las normas perfectamente justas, de amar a Dios, sino de arrepentirse

verdaderamente. Lo que, en realidad, no tiene nada de extraño. Efectivamente, dada Su infinita misericordia e infinito respeto por nuestra libertad, no hace otra cosa que intentar salvar a las personas hasta el último momento. Perdona hasta los pecados más graves y los perdona siempre. Dios, y esto es verdadera justicia, nunca le impone penas (en el sentido humano) al hombre coercitivamente, violentamente, porque esto significaría contradecir su propia esencia.

De otro modo, podría decirse que Dios, el Bien, reconoce el bien y lo confunde (de suyo) con Su propia esencia. Y que al mal, sencillamente, 'no lo reconoce'. En cualquier caso, lo que nos debe quedar claro es que, en cuanto que el bien o el mal en nosotros es el resultado de nuestro libre albedrío, no es Dios quién (en términos humanos) decide donde vamos sino que siempre somos nosotros los que decidimos el lugar.

No es el momento de entrar en una discusión teológico-metafísica, pero alguno podrá pensar que si cada uno, puesto frente a Dios, fuera el responsable de elegir su propio destino (9) nadie elegiría el infierno. Pues, por increíble que parezca, quienes están en el 'fuego eterno', dicen los teólogos, lo están por decisión propia, porque su soberbia les impide aceptar la presencia del Señor de la Creación junto a ellos en el Cielo.

Esta breve digresión teológico-metafísica no viene a cuento para ponerme en teólogo, que no lo soy, sino simplemente para señalar que, en definitiva, la verdadera justicia, que proviene de Dios, no implica imposición de ninguna clase sino propio reconocimiento o asunción de las responsabilidades, derechos y obligaciones que a cada uno le corresponden. Lo que hace a un principio metafísico fundamental que es que, finalmente, la justicia debe surgir por acuerdo entre las partes y nunca debe ser una imposición coactiva desde ámbitos o personas 'jerárquicamente superiores'. La imposición violenta, coercitiva, de penas o castigos, por parte de terceros, de ninguna manera y en ningún caso puede llamarse justicia (peor aún, esto sería una verdadera burla), sino que es simplemente represión y venganza. Y la represión y la venganza para lo único que sirven es para alentar más violencia.

En cualquier caso, lo primero que me preocupa es que quede claro que, para el hombre, la justicia absoluta está definitivamente vedada, quedándonos solamente la relativa. En otras palabras, no es un intento por encontrar 'la' verdad, sino un simple acuerdo entre partes de modo de mantener el orden y la funcionalidad de la sociedad, evitando, justamente, la violencia que, en todos los casos, es dañina. Es decir, que la justicia humana no es más que un intento por conseguir que la convivencia social sea pacífica, eficiente. Y aquí es donde aparece, crudamente, el racionalismo de esta 'justicia' coercitiva, en el hecho de que está basada en el supuesto de que, con la razón humana, se puede llegar en forma absoluta a la verdad (10).

Por otro lado, santo Tomás deja muy claro que, estrictamente, al hombre sólo le compete la justicia entre partes, la justicia 'conmutativa o directiva de los cambios o negociaciones', según habíamos visto (11). La otra, la distributiva (la de dar a cada uno lo suyo según su naturaleza y dignidad), estrictamente, es competencia de Dios. Remarcando, luego, claramente que "En todas las obras de Dios se encuentran necesariamente la misericordia y la verdad; con tal de que por la palabra 'misericordia' se entienda la

remoción de cualquier defecto... en la naturaleza racional, creada para ser feliz...Pero toda obra de la justicia divina presupone siempre una obra de misericordia, y se funda en ella..." (12). Insisto, el hombre puede sólo aspirar a la justicia conmutativa (relativa entre partes), lo demás, la justicia distributiva, es obra de Dios fundada en su infinita misericordia, de la que el hombre sólo participa a través del orden natural (de la razón, de la Providencia, según vimos, de modo intrínseco) lo que implica, necesariamente, un básico respeto por el libre albedrío.

En consecuencia, la 'justicia' coercitiva en general, pero particularmente la penal (13), constituye una verdadera acción represiva y vengativa, es la expresión 'legal' de la necesaria represión del Estado violento. Por otro lado, si al hombre le está vedado el conocimiento de la verdad de modo absoluto, resulta francamente temerario, por decir lo menos, el encarcelar (ni hablar de la pena de muerte, que a la vida sólo Dios la puede quitar) a una persona. Sobre todo si las cárceles son lo que hoy son. Y arruinarle la vida, basándonos solamente en verdades conocidas parcialmente. Y las cárceles no son lo que son por pura casualidad, sino porque su fin real es la represión y la venganza, y nunca la recuperación del recluso. Mal puede alguien pretender realmente la rehabilitación de una persona si, primero, no confía en él como ser humano de valor infinito, frente al Ser Supremo.

Para que quede claro, ya hemos estudiado la defensa propia (o de terceros o del bien común) que implica que, en la medida en que los actos del hombre no sean humanos (es decir que, actuando mal pierde su naturaleza humana, deja de ser humano) es lícito la utilización de la 'violencia' (en sentido amplio, estrictamente, ya lo vimos, no es violencia por cuanto no viola el orden natural: ni la naturaleza ni la voluntad humanas). Pero éste es un caso particular, aplicable sobre una persona concreta, en un momento concreto y particularizado. Esto (la utilización circunstancial de la 'violencia') nada tiene que ver con la imposición coercitiva, violenta, de una 'justicia' penal.

Una cosa es neutralizar (preferiblemente con sabiduría y no con fuerza física) a un enfermo psiquiátrico que está, en ese momento, provocando severos daños; y otra, muy distinta, es legislar, por caso, que el juez debe encarcelar a todo el que, a su 'juicio', roba. Sin saber, de modo absoluto, si es culpable y en qué medida, si lo hizo por necesidad, si estaba bajo el influjo de las drogas, si fue inducido o engañado, si tenía motivos psicológicos para robar (por ejemplo que el propietario lo insultara por ser pobre todos los días, que la madre lo abofeteara por no traer dinero, que siendo ex prisionero nadie quisiera darle trabajo, y demás), y millones de circunstancias más que a nosotros nos resulta del todo imposible calibrar con certeza y que, en cambio, el orden natural si ordena de modo justo. El problema del racionalismo es que, al no creer en el orden natural (en nada anterior a la razón humana), no cree que éste pueda ordenar nada y, consecuentemente, tiene que, a partir de la razón, diseñar el modo de como lidiar con el 'delito', con la 'inmoralidad'. Y, como este diseño es posterior, no preexiste, tiene que imponerlo violentamente y, a semejante barbaridad (en el clásico sentido de la palabra bárbaro: primitivo, salvaje), pretenden llamarlo 'justicia'.

La experiencia empírica demuestra que no es cierto que el delito se solucione, ni siquiera se prevenga con la 'justicia' penal coercitiva. Por el contrario, los datos muestran

que la cárcel empeora a los que entraron por algún delito y perjudica severamente a los inocentes (que no son pocos), que fueron 'erróneamente' encarcelados. Es decir que, existe evidencia abrumadora en el sentido de que, el actual sistema penal violento, no sólo no sirve para mejorar la calidad de vida de la sociedad en su conjunto, sino que la empeora (14).

No sirve como sistema preventivo por muchos motivos. Para empezar, porque al ser la 'justicia' coercitiva una falsedad, lo que en la realidad ocurre, generalmente, es que quienes son culpables, pero tienen el poder material suficiente (es decir, justamente, quienes tienen capacidad de hacer más daño), quedan libres (15). Los que caen son los segundos, y muchas veces caen por haber cometido el 'delito' de traicionar a su jefe. Pero los primeros, rápidamente, pervierten a nuevas personas para que ocupen el lugar de los encarcelados.

Como no existe modo científico de adelantar con certeza lo que ocurrirá con la sociedad y, en consecuencia, no hay modo de planificarla, al no existir, o al menos, al no tener conocimiento de que exista justicia penal surgida de la imperancia del orden natural (aunque entiendo que alguna experiencia hubo (16)), es decir, no impuesta violentamente, no puedo anticipar seriamente como funcionará. Pero, como sí existe justicia surgida por común acuerdo entre las partes, en otros ámbitos, lo que sí podemos hacer es intentar, a partir del estudio de la existente, y teniendo en cuenta lo que sabemos del orden natural, trazar algunas líneas generales.

Me parece oportuno aclarar que se suele calificar a esta justicia como 'privada'. En cualquier caso, la rescato no en el sentido de perteneciente a un individuo, sino en el de no coercitiva, no violenta, sino surgida por acuerdo voluntario entre las partes. No se trata, pues, de 'privatizar' en el sentido de entregársela a alguna empresa o grupo egocéntrico, sino de no pretender la incoherencia de querer imponerla violentamente y, en cambio, dejar que surja espontáneamente, dentro de la sociedad, como consecuencia de la imperancia del orden natural y la verdadera autoridad (moral, no coercitiva) que supone.

Es así que, en el mundo, ha existido la justicia 'privada' desde tiempos inmemorables, demostrando, durante centurias de funcionamiento, que es en extremo eficiente y económica. Es importante notar que, la 'privada' ha surgido, espontáneamente, porque las distintas partes del mercado encontraron que éste era un modo de ordenar y hacer más eficientes sus actos. Es decir, que mientras que ésta es, de hecho, como corresponde al hombre, una justicia relativa entre las partes, por su origen, su modo y su funcionamiento, la 'justicia' coercitiva, en cambio, no surgió como una necesidad relativa entre las partes, sino que fue impuesta desde arriba por el legislador. De modo que, por su origen, modo y funcionamiento, intenta emular algo que, hemos dicho, está vedado a los hombres, y esto es la justicia en términos absolutos.

Por caso, la Cámara Arbitral de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, durante más de cien años ha impartido justicia relativa. De las setenta a ochenta causas que pasan cada año por este tribunal, en menos del diez por ciento de los casos los fallos no son acatados por alguna de las partes. Lo que significa un porcentaje muy bajo, mucho menor que el de los tribunales del Estado racionalista. Porcentaje que podría todavía reducirse

sustancialmente sino fuera que, muchos se amparan, finalmente, en la 'justicia' estatal coercitiva.

Pero, también, vale señalar que la eficiencia de la 'privada' no termina en el hecho de que sus resultados, en cuanto a impartir justicia son inmejorables, sino que, además, el tiempo promedio desde que se hace una denuncia hasta que se logra un fallo inapelable, es de solamente dos meses. Y aún más, es notablemente económica y se autofinancia, lo que le da verdadera independencia y, además, no significa una carga financiera para quienes no utilizan sus servicios.

Por otro lado, estos tribunales tienen una ventaja profesional definitiva, desde que, como se realiza entre pares, puesto que las mismas partes se han obligado libremente, conocen el tema de que se trata al detalle. Y juzga, como corresponde a la justicia relativa, a la justicia humana, de acuerdo a los usos y costumbres vigentes 'en tiempo real' y no en base a pesados códigos, forzados por una 'autoridad superior' (el dios racionalista y su orden artificial), que fueron escritos en otras circunstancias y por legisladores que no pudieron haber previsto cada caso en particular.

Aquí se impone que discutamos, rápidamente, el tema de los códigos impuestos coercitivamente, puesto que no significan otra cosa que la planificación más cerrada, el constructivismo más racionalista en lo que a 'justicia' se refiere.

Así "Los códigos son una especie de programa legal, por el cual deroga el Estado todo lo que no está en él", afirmó Savigny. Luego Alexis de Tocqueville escribió que "Il n'y a rien de plus politique chez un peuple que la législation civile" (no existe nada más político en un pueblo que la legislación civil). Y Juan Bautista Alberdi: "Otro error nocivo a la libertad, es el creer que... pueda ser creada por decretos... en leyes políticas... De este error... resulta otro... que si las anteriores leyes no han producido libertad, las modernas la harán nacer si están mejor escritas... Siendo la sociedad... el producto de una evolución natural, como lo es todo organismo animado, tanto individual como social... un código no puede ser... jamás el programa de su indefinible e indefinido porvenir... Los códigos romanos ... fueron el testamento de la sociedad romana... no el programa de su vida imposible de prever... Los códigos sancionados por vía de programa obligatorio... pueden... embarazar el progreso natural del organismo social... porque las sociedades tienen su historia natural, la ciencia de su organismo social, como la tiene el organismo de todo ser viviente... los germanos no tenían códigos, pero eran libres, según Tácito... los ingleses... no tienen códigos". Finalmente, según Roscoe Pound, en su 'The Development of Constitutional Guarantees of Liberty', "...en la teoría romana final la ley procedía del emperador -era hecha por él- en la teoría inglesa era preexistente..." (17).

Sin duda, resulta sintomático que Cicerón haya escrito "Summun jus, summa injuria" (el extremo derecho, es extrema injusticia) (18). Sólo esta incoherencia, clara, simple y sencilla, es suficiente razón lógica para dar por tierra con toda la teoría de la codificación coercitiva. En cualquier caso, debe quedar claro que, lo negativo, no es el derecho romano en sí mismo (que bien podría ser aplicado en forma voluntaria por cualquier institución), sino la imposición coercitiva, violenta. Del mismo modo en que no es buena la tradición inglesa en sí misma, sino en cuanto significa mayor respeto al orden

natural, preexistente a la razón humana (19).

De hecho, la codificación coercitiva, significa la imposición coactiva de normas por encima de lo que era tradicional hasta ese momento, que eran 'las costumbres'. Esto se establece claramente en el Imperio a partir de la imposición del Corpus Iuris Civilis en el año 533. Así, en las Institutas de Justiniano (1, 2, 6), de ese año, puede leerse que 'La voluntad del legislador tiene la fuerza de una ley', coincidiendo, indisimuladamente (aunque no históricamente, porque es anterior) con las ideas extremadamente racionalistas de Hobbes. En contraposición con esto, sir John Fortescue, escribió en 'De laudibus legum Angliae' (De los elogios a las leyes de Inglaterra), que "Un Rey de Inglaterra no puede, a su voluntad, hacer ninguna alteración a las leyes del país... en el Derecho Civil (la codificación romana)... lo que agrada al Príncipe tiene el efecto de una ley... Un Rey de Inglaterra, no esgrime una espada semejante sobre sus súbditos".

De cualquier manera, insisto, el sistema anglosajón, si bien es más 'libre', por cuanto no pretende imponer códigos cerrados, sigue siendo un sistema coercitivamente impuesto por el Estado y es esto lo verdaderamente negativo.

Hechos estos comentarios con respecto a los códigos coercitivos, volvamos al tema central. Es de destacar que, el éxito de la justicia no coactiva, reside en el peso de su propio prestigio, y no en la fuerza física. Visto que, quién no cumple con algún fallo queda, de hecho, fuera del mercado. Una justicia que es capaz de imponerse sin violencia, hace de verdad a la convivencia y cooperación, y a la eficiencia social. Y esto es verdadera y efectiva autoridad, autoridad moral. Lo que, finalmente, resulta en un mayor beneficio tanto espiritual, como material, para la sociedad.

Con respecto a la justicia penal, lo que está claro es que, si a una persona la ponen frente a un 'juez' que, de hecho, le está diciendo que intentará demostrar que es culpable, para luego enviarlo preso a una cárcel, en donde, probablemente, sea torturado (física o psicológicamente), obviamente, esta persona no sólo no cooperará en absoluto, sino que hará todo lo ético y no ético que sea necesario para evadir la pena del tribunal. Y, seamos honestos, ¿quién puede culparlo por intentar evadir la tortura?

Lo primero que debemos tener en cuenta es que, de no existir el Estado racionalista, de imperar el orden natural, no sólo no habría desocupación ni salarios misérrimos, sino que, como ésta institución es la principal promotora de la violencia y la inmoralidad, la calidad moral de la sociedad sería muy superior. Y esto redundaría en una baja muy sustancial de las actividades delictivas. Luego, la eliminación del sistema penal racionalista, 'verdadera escuela de delincuencia', también redundaría en una disminución de la actividad criminal. Finalmente, debemos considerar que, básicamente, existen las siguientes clases de delincuentes: los que lo hacen presionados por necesidades urgentes, los 'enfermos' psicológicos o sociales y los enfermos mentales o la combinación de estas posibilidades (20).

En cualquier caso, un verdadero tribunal "penal", debería ser una institución con verdadera y efectiva vocación de recuperar a la persona. Solucionándole sus problemas, en lugar de reprimirlo violentamente con lo que consigue un delincuente todavía más

resentido. Un verdadero tribunal "penal" debe empezar por reconocer el infinito valor de la persona humana (21), por muchos delitos que haya cometido, y su sorprendente capacidad de recuperación. La Iglesia Romana, por caso, tiene una larga historia de grandes pecadores que terminaron siendo grandes santos. De hecho, en el caso de los enfermos mentales, si bien es todavía una ciencia muy joven, la psiquiatría ha avanzado mucho últimamente, pudiendo hoy recuperar para la sociedad personas que, no muchos años atrás, eran encerradas debido a su supuesta peligrosidad potencial para sí y para terceros.

Resumiendo, cualquier tribunal "penal", primero, debe reconocer que nunca conocerá la verdad de modo absoluto y que, en consecuencia, su accionar no tendrá otro fin que intentar el entendimiento para la convivencia pacífica. Lo que realmente importa, primero, no es quién cometió el homicidio, por caso, sino que no se produzcan más muertes y, segundo, intentar que el homicida auto reconozca su pecado pero, de ninguna manera para vengarnos, sino para que pueda enmendar su vida. Luego, el tribunal deberá reconocer que cualquier persona tiene un valor infinito y, en consecuencia, deberá ahondar en los problemas del delincuente de modo de lograr su recuperación, en base a una efectiva solución de sus problemas (22). Un tribunal "penal" deberá ser una institución de verdadero servicio para el delincuente y, consecuentemente, para la sociedad. Sin olvidar, por cierto, a las víctimas, que muchas veces necesitan más ayuda que los criminales debido al injusto daño físico, psicológico o moral que recibieron. Irónicamente (en rigor, coherentemente con su maldad intrínseca), el sistema 'judicial' actual suele olvidarse de las víctimas preocupándose solamente por la venganza contra los delincuentes.

De funcionar esto así, otra sería la disposición del reo y otros los resultados del accionar del tribunal. Y la sociedad podría vivir en forma mucho más civilizada y pacífica. Es verdad que, frente a un delito grave, resulta difícil, heroico, olvidar las ansias de venganza y de represión, pero algún día deberemos alcanzar la suficiente madurez como para poder vivir la vida plenamente.

Las fuerzas de 'seguridad'

Obviamente, la consecuencia directa de cualquier institución cuyo principio sea la 'organización' violenta, coactiva, es que necesita tener fuerzas armadas (ejércitos, policía y otras) que le permitan ejercer este 'poder'. Necesariamente, en la medida en que el principio de 'existencia' social sea la violencia, éstas serán represivas y nunca preventivas. Porque, de lo que se trata, es de forzar un 'orden' contra natura, una sociedad racionalista, artificial y no prevenir un ataque a la verdadera moral, a la que (por ser artificiales), más allá de la retórica, no adhieren.

Sabemos que las guerras son producidas por los Estados coercitivos (23). Efectivamente, en la medida en que son organizaciones que se imponen violentamente, muchas veces, lo que sucede es que esta imposición toma envergadura de guerra, ya sea contra 'enemigos' internos o externos, ya sean activos o pasivos. Activos cuando, por las razones que fueran, deciden iniciar una. Pasivos cuando son 'víctimas' (la violencia atrae a la violencia), porque otro grupo violento, extraño al que actualmente ejerce el poder sobre el territorio en cuestión, decide, por las razones que fueran, intentar tomarlo. Así, en rigor de verdad, estas instituciones significan la violencia del más fuerte, esto es así de hecho y lo

es históricamente (24), tema que ya hemos analizado al estudiar 'La violencia institucional', en el Capítulo IV de la Parte Primera.

El caso más curioso es el del terrorismo y la guerrilla, que no significa más que otro grupo violento que pretende arrebatar el poder a los que actualmente lo ostentan. En la medida en que la estructura estatal coercitiva no exista, la guerrilla y el terrorismo, no existirán sencillamente porque no tendría ningún sentido. Efectivamente, lo que les interesa a los violentos es la toma de las instituciones, estructuras, recursos y modos que permiten el ejercicio del poder por medio de la fuerza física. Si éstas no existen, sencillamente, por un lado, no tiene sentido intentar tomar lo que no existe y, por el otro, no tiene sentido, tampoco, tomar violentamente algo que se les da pacíficamente. No tiene sentido que Usted le saque a su madre un vaso de agua utilizando una ametralladora automática, si lo más probable es que su madre se lo diera, sin tanto despliegue cómico. En una sociedad sin Estado violento, cualquier persona tiene la posibilidad cierta y efectiva de obtener lo que quiera en forma pacífica, de modo que carece de sentido (y hasta haría el papel de ridículo) tomar las cosas violentamente.

Como el principio fundacional de la policía, por caso, de cualquier institución violenta (y en la medida en que lo sea) es corruptor, en el sentido de que es un cuerpo creado a los fines de ejercer la violencia, no extraña, por el contrario, es previsible, que buena parte de los delitos sean cometidos directamente por su personal, o por sus 'amigos', o por personas que pagan el 'derecho' correspondiente.

Como es imposible que mente humana alguna pueda adelantar el futuro y, en consecuencia, planificar a la sociedad, no sé como serían las fuerzas de seguridad en una sociedad sin Estado violento. Pero hay algunas cosas que sí están claras y que nos permiten concluir algunas generalidades.

Lo que surge clarísimamente es que, en una sociedad gobernada por el orden natural, las fuerzas armadas represivas no tienen ningún sentido. Por otro lado, lo que sí sabemos es que existen múltiples experiencias de policía 'privada' dentro de territorios privados (clubes de campo, barrios cerrados, y demás) y que ésta ha demostrado ser únicamente defensiva-preventiva y nunca represiva (me refiero, claro está, a policía efectivamente privada y no, lo que muchas veces sucede, a contubernio entre estatal coercitiva y 'privada'). Y ha demostrado ser mucho más eficiente y mucho más económica. Nuevamente, insisto, no se trata de 'privatizar' a las fuerzas de 'seguridad' en el sentido de entregarlas a una persona u organización egocéntrica, sino de dejar que la sociedad, sin ser coaccionada, se organice bajo la imperancia del orden natural. En consecuencia, lo que sí podemos afirmar es que, de existir distintos tipos de fuerzas de seguridad, tanto internas como externas, éstas serían verdaderas fuerzas preventivas y defensivas, nunca represivas, y serían mucho más eficientes y económicas. Y no serían corruptas.

Sin olvidar, por cierto que, en una sociedad sana, la fuerza física no tiene sentido. Si bien a algunos puede parecerles muy ideal la posibilidad de que existan sociedades sin fuerzas de seguridad, lo cierto es que, en micro escala, estas sociedades existen. Nadie tiene, por ejemplo, un policía en su casa para evitar que los hijos maten a los padres. Existen muchas empresas, edificios, clubes, y otros micro territorios, en donde

conviven permanentemente muchas personas y, sin embargo, no tienen personal de seguridad. En cuanto a la seguridad externa, el caso de Suiza es sintomático. Este pequeño país, prácticamente no tiene fuerzas armadas. Aun así, durante la Segunda Guerra Mundial (SGM), a pesar de que, poderosas fuerzas, capaces de invadirlo como quien pasea por un parque, pasaron por su alrededor, nadie se atrevió a violar un centímetro de su territorio. Esto, ciertamente, no fue casual, sino el resultado, por un lado, de su política de relativa libertad que consigue que todos tengan intereses allí y, por tanto, estén interesados en mantener su neutralidad y, por el otro, a su acción externa no asociada a ninguna política coercitiva, ni a la moderna OTAN, ni a las Naciones Unidas, ni a ningún otro organismo multinacional estatal coercitivo dedicado a la 'seguridad' internacional.

Por otro lado, esto prueba que una sociedad, en la medida en que es gobernada por el orden natural, sin fuerzas de 'seguridad', no sólo no corre el riesgo de ser invadida, externa o internamente, sino que su fuerza moral, teórica y de hecho, resulta tan grande que a nadie se le ocurriría violarla haciendo uso de la violencia. Aún más, resulta obvio que corre mayor riesgo de violencia quien tiene mayores fuerzas de 'seguridad' violentas que quien no las tiene.

En cuanto a la 'utilidad' de las guerras, y ya que mencioné a la SGM, me parece interesante citar el siguiente testimonio del actor Charlton Heston "... recuerdo estar volviendo desde ultramar en una mañana soleada de victoria al final de la Segunda Guerra Mundial;... pensábamos que la libertad rápidamente se esparciría por todo el mundo. El mundo quedaría libre de guerra y tiranía. Estábamos equivocados. Fue la tiranía la que prosperó, por más de cuarenta años. Es importante recordar: existió un Imperio Demoníaco, hubo una Guerra Fría... y ganamos" (25). Es decir que, la SGM, en lugar de acabar con una tiranía, como se decía pretender, en realidad, dio lugar y hasta legitimó a otra, la estalinista, quizás peor. Pero, ¡oh paradoja!: esta última dictadura luego fue vencida, ¿cómo?, sin guerras, a través de la paz, en lo que Juan Pablo II, sin duda, tuvo mucho que ver (26).

"Parecía como si el orden europeo, surgido de la segunda guerra mundial y consagrado por los Acuerdos de Yalta, ya no pudiese ser alterado más que por otra guerra. Y sin embargo, ha sido superado por el compromiso no violento de hombres que, resistiéndose siempre a ceder al poder de la fuerza, han sabido encontrar, una y otra vez, formas eficaces para dar testimonio de la verdad. Esta actitud ha desarmado al adversario, ya que la violencia tiene siempre necesidad de justificarse con la mentira y de asumir, aunque sea falsamente, el aspecto de la defensa de un derecho o de respuesta a una amenaza ajena", asegura Juan Pablo II (27).

Lo que malograron los 'poderosísimos' ejércitos aliados, luego fue resuelto, de acuerdo con el orden natural, sin violencia, por la paz y la fe. Ahora, la gran pregunta es ¿qué hubiera ocurrido si los Aliados no le hubieran presentado batalla al régimen Nazi? Como dije ya muchas veces, el cerebro humano no puede predecir el futuro, es decir, que no puede adivinar, consecuentemente, tampoco puedo saber con certeza que hubiera ocurrido (nótese que el cerebro humano es tan débil que ni siquiera podemos 'predecir' el pasado, es decir, que no podemos saber que hubiera ocurrido en el pasado dadas otras hipótesis, por la misma razón por la que no podemos predecir el futuro). Pero sí puedo 'proyectar' el futuro. De modo que, siendo estrictos en la aplicación del orden natural,

podemos afirmar que, de no haber atacado los Aliados, lo que hubiera ocurrido es que el régimen Nazi hubiera caído, más tarde o más temprano, de modo inexorable y, seguramente, provocando menos daño que la SGM. De hecho la SGM le prolongó la vida y le dio más poder y 'autoridad', por cuanto todo el pueblo germano se unió debido a que había que 'defender a la Nación Alemana'. Además, no se hubiera 'legitimado' al régimen estalinista, ni se le hubieran entregado tantos territorios y poder. Lo que hubiera provocado una caída más rápida del 'muro de Berlín', más aún, este muro difícilmente hubiera existido.

La corrupción

"Que triste es para la república y que odioso es para las buenas personas ver que aquellos que entran en la administración pública cuando son pobres terminan ricos y gordos en el servicio público" (28), Juan de Mariana, jesuita y escolástico español.

Habiendo estudiado la justicia, y rozado el tema de la corrupción al hablar de las fuerzas de 'seguridad' violentas, me parece éste el lugar oportuno para extendernos un poco más.

Según la Real Academia Española (por tomar alguna referencia aunque probablemente no sea la mejor), corromper es alterar, trastocar la forma de alguna cosa, echar a perder, depravar, dañar, pudrir; y la corrupción es la acción y efecto de corromper o corromperse. En consecuencia, como la violencia es la destrucción, implica, entonces, la corrupción de la naturaleza humana. De donde, cualquier organización violenta, es decir, contraria al orden natural, es, por esto mismo, por definición, inevitable agente de corrupción. Y, si es la organización más violenta, es, por lo mismo, el mayor agente de corrupción.

Ya se ve, por la cita de Mariana, que la corrupción ni es un fenómeno nuevo, ni exclusivo de ningún país. La abrumadora cantidad de casos que ocurren diariamente en los sistemas (ejecutivo, legislativo, 'judicial' y de 'seguridad'), en la medida en que son coercitivos, incluidos, por cierto, los países 'civilizados', son una demostración clara de que ésta es sistémica. De hecho, en los cientos de países en donde impera, durante cientos de años, se han ensayado todas las 'soluciones' posibles y, sin embargo, todo sigue igual.

Es así que, en las sociedades artificiales, y en la medida en que sean coercitivas, la destrucción tiene su principal fuente (sino el origen) en el Estado violento, que significa la corrupción del mercado, de la natural tendencia a la cooperación pacífica y voluntaria, que caracteriza al ser humano. Y esto no es más que el intento por destruir el orden ético y moral, el orden natural. De modo que, es absolutamente irónico pretender que la corrupción dentro del institucionalismo coercitivo, que inevitablemente irradia con mucha potencia sobre el resto de la sociedad, tenga algún tipo de solución. Puesto que, al ser agente corruptor por naturaleza (en rigor de verdad, anti naturaleza), la única solución es la supresión de la violencia estatal.

Vamos a ver. A partir del momento en que un funcionario tiene el poder de coerción en sus manos (29), es decir, alguien que en menor o mayor grado ejerce un poder violento, por ejemplo, el funcionario que decide que artículos Usted puede pasar por la

aduana (con o sin pagar aranceles) y cuales no, necesariamente será arbitrario. Porque la violencia es arbitraria (extrínseca al libre albedrío), desde el momento en que queda decidida por la persona que la ejerce. Para que nos quede claro esto, notemos que lo normal, en las relaciones sociales (entre las personas), es la cooperación que implica la aceptación voluntaria de todas las partes involucradas. Por ejemplo, cuando usted compra una bebida en un bar, significa que quiere hacerlo pero, también, que el vendedor quiere venderle.

En cambio, al funcionario en cuestión, no le importa si Usted compró, voluntariamente, un televisor, por caso, a un comerciante en el exterior que voluntariamente quiso venderle. El, arbitrariamente, decidirá por su cuenta (ya sea que esgrima una ley, en cuyo caso la arbitrariedad será compartida con el legislador, o simplemente su criterio), quedando desde ya corrompida la esencia del orden natural social. En rigor de verdad, es imposible corromper al orden natural porque es anterior, lo que realmente sucede es un intento del funcionario en cuestión por destruir el orden natural. Y, en consecuencia, sólo destruirá a la sociedad, de la que forma parte.

Para que quede bien claro, insisto en que es de orden natural el principio de supervivencia, y la necesidad de existencia de la sociedad humana. Es, en consecuencia, de orden natural la cooperación y el servicio voluntarios entre los seres humanos. Porque la violencia (extrínseca a la naturaleza humana y, por tanto, de suyo arbitraria) significaría violar el principio de supervivencia de la sociedad. Al ser una acción arbitraria, entonces, ya queda corrompido el debido respeto a la naturaleza social del hombre.

El funcionario en cuestión tiene varios modos de decidir arbitrariamente, y siempre, necesariamente, su decisión será egocéntrica, por simple definición, por mucho que esgrima 'la defensa del bien común' (que, ciertamente, a los hechos me remito, será destrucción del bien común). Porque, mal se puede servir al bien común si no se empieza por respetar a la persona (lo voluntario y lo natural). Ya sea que su propio argumento sea el dinero, el poder, la política, la patria, la mujer, el amigo, los intereses partidarios o lo que fuera, su decisión, y esto es lo importante, insisto, será necesariamente egocéntrica.

De verdad que lo mismo da que su excusa fuera la 'moral'. Una moral muy mal entendida, por cierto, y que, generalmente, degenera en los peores dictadores, que terminan siendo los más corruptores. Porque, no sólo corrompen como consecuencia de ser funcionarios coercitivos, sino que, además, lo hacen con la idea de moral. De aquí a recibir un soborno hay sólo un pequeño pasillo extremadamente resbaladizo. Aunque, por cierto que, el soborno, no es la corrupción, insisto en que podría hacerlo por un amigo, por intereses partidarios, por la 'moral esotérica' o por lo que le venga en gana, y seguiría existiendo la corrupción porque ésta es la violación de la naturaleza humana.

Algunos argumentan que, lo sistémico, es la imperfección humana (su inclinación al mal). Pero lo cierto es que, en innumerable cantidad de casos, las mismas personas tenían comportamientos éticos razonables una vez fuera del sistema coercitivo y antes de ingresar. Más allá de que ya ha quedado demostrado el sistema perverso de la violencia, lo cierto es justamente al revés. Es decir, si el hombre fuera perfecto (que es lo que supone el racionalismo), no habría problema con el sistema coercitivo, porque el ser

humano sería siempre perfectamente justo a la hora de la arbitrariedad que implica la coacción.

El problema es, precisamente, que como el hombre no es perfecto, necesariamente sucumbirá ante un sistema que, de suyo (por extrínseco), lo obliga a ser egocéntrico y arbitrario. Es absolutamente ingenuo (es desconocer mucho a la naturaleza humana) pretender que una persona que ejerce la coerción, que decide arbitrariamente (egocéntricamente), no fallará. Porque toda decisión humana, de modo necesario e inevitable, es, por imperfecta, en alguna medida incorrecta. Consecuentemente, la arbitrariedad de la violencia será, de modo necesario e inevitable, corruptora, por muy 'santo' que sea el funcionario, porque lo contrario sería pretender que es perfecto. Lo que el racionalismo no comprende es que, precisamente, como el hombre no es perfecto ni nunca lo será, debemos extremar el respeto al orden natural (necesario y espontáneo) que, siendo 'infinitamente sabio', es el único camino seguro hacia el bien.

El corolario es que, sin duda, poner a una persona en un cargo coercitivo es prácticamente obligarlo a corromperse. Los 'moralistas' partidarios del sistema coactivo, llegado el momento de los hechos prácticos, no pueden desconocer esta abrumadora realidad y, consecuentemente, suelen 'justificar' (siempre a 'escondidas' y en una conversación personal) un 'poquito de corrupción'. Se me dirá que no hay que ser tan estricto con la verdad, ¡como si se pudiera ser lo suficientemente estricto con la verdad! El último corolario importante que quiero dejar planteado es que, por todo lo que hemos visto, la corrupción es lo que se opone a la eficiencia (desde que supone la destrucción).

Para visualizar lo sistémica e intrínseca que es dentro de un sistema coercitivo, veamos algunos ejemplos concretos.

Supongamos que un destacado empresario, que vive de los privilegios que le otorga el gobierno (reservas de mercado, trabas aduaneras para sus competidores y demás), decide presentarse en la licitación de alguna privatización. Supongamos que un alto funcionario del gobierno recibe una generosa donación a su cuenta de Suiza, por parte de otra empresa que desea quedarse con la privatización en cuestión. Este funcionario, todo lo que tiene que hacer es recordarle al primero que vive de los privilegios que él le garantiza y, amablemente, pedirle que le diga cuál es el precio ofertado en los sobres cerrados. Acto seguido, el funcionario informa de este precio a la empresa que le donó fondos a su cuenta. Esta presenta un precio levemente superior y gana la licitación con todas las de la ley. En un caso así, ¿cómo podría demostrarse que hubo corrupción? Después de todo, el funcionario lo único que hizo fue 'pedirle' un simple comentario 'casual' y el empresario accedió 'voluntariamente' en una conversación de amigos. A lo sumo podría notarse un enriquecimiento súbito del funcionario en cuestión, pero este enriquecimiento podría ser fácilmente disimulado o justificado.

Pero veamos otro ejemplo que, lamentablemente, vemos todos los días y no nos asusta porque nos hemos acostumbrado, nos parece normal. Supongamos que una empresa determinada tiene un privilegio monopolístico garantizado por un ministro. La empresa en cuestión, contrata al hijo del funcionario estatal para un cargo de primera línea, le dona a su mujer todos los fondos que solicita para sus obras de caridad, participan en todos los

emprendimientos que el ministro solicita, lo invitan a partidos de tenis, almuerzos, casamientos. Finalmente, consiguen que un hombre de confianza de la empresa sea asesor del ministro, y demás. ¿Usted cree que el funcionario estatal le quitará a la empresa su privilegio? Y esto es corrupción en forma de soborno, muy sutil, pero 'coima' al fin.

Con el fin de 'demostrar' que la corrupción tiene que ver con la naturaleza humana y que, por tanto, no es sistémica dentro del Estado coercitivo, suele señalarse que en el 'ámbito privado' también existe. Cuando lo cierto es que, más allá de los casos excepcionales (como cualquier mal comportamiento del hombre, recordemos su naturaleza inferior) que no sirven (por tales) para formar reglas generales, en general, la corrupción 'privada' tiene su sustento directo o indirecto en el Estado coercitivo. Efectivamente, el tipo de corrupción 'privada' más común es aquella en donde un empresario privado soborna a un funcionario público, precisamente, para que éste último le de la oportunidad de favorecerse con la coerción estatal. Por ejemplo, trabas aduaneras para sus competidores, o adjudicarse trabajos contratados por el Estado, o conseguir 'reservas de mercado', y tantas otras lindezas que leemos como si tal cosa todos los días en los periódicos.

Los demás casos de corrupción 'privada' tienen un origen indirecto en la coerción estatal. Los ejemplos que podríamos estudiar son infinitos, pero todos responden al mismo principio: se originan, justamente, en la violencia que introduce el Estado coactivo en el mercado natural. De modo que, para muestra, basta un caso. En un momento dado, a un Estado racionalista, se le ocurrió que todos los automovilistas debían usar cinturones de seguridad. Esto provocó un aumento artificial excesivo en la demanda de estos implementos que se tradujo, inmediatamente, en un aumento exagerado en las ganancias de las empresas fabricantes. Así las cosas, un gerente de compras de una de estas compañías solía comprar los insumos para la fabricación de estos implementos a precios más caros, perjudicando a su empresa pero recibiendo para sí un soborno. Como la demanda había sido aumentada artificialmente, el aumento en los costos de producción originados en este acto de corrupción, no hacían mella en las finanzas de la empresa fabricante de los implementos y todos quedaban contentos, empezando por el sobornado.

Si la demanda de los cinturones de seguridad no hubiera sido artificialmente aumentada, los márgenes de ganancias para los fabricantes hubieran sido altamente competitivos. Y el aumento en los costos de los insumos, provocado por este acto de corrupción, hubiera sido inmediatamente detectado o la empresa hubiera sufrido las consecuencias. En cualquiera de los dos casos, el acto de corrupción no hubiera podido tener lugar o hubiera sido rápidamente eliminado por la misma empresa, o por el mercado haciéndola quebrar.

De aquí, entre otros motivos, dicho sea de paso y para terminar, es que me parece que la 'filosofía egocéntrica' del liberalismo (30) es peligrosa. Porque deja lugar a la justificación de la arbitrariedad, cuando las relaciones sociales sanas nunca son el producto del arbitrio (egocéntrico) sino que son el resultado del voluntario acuerdo entre las partes. En otras palabras, la actitud normal en una sociedad sana, cuando una persona enfrenta a otra, es tratar de dar efectivamente, actualmente, algo positivo y no pensar como podría beneficiarse uno mismo, sin importar lo que resulte actual y efectivamente para el otro. Si vivimos pensando en como satisfacer nuestro ego, terminaremos justificando la violencia

de modo de garantizarnos privilegios a costa de otros. Si vivimos pensando, sanamente, que el Bien, está en hacer el bien al prójimo y, consecuentemente, esto es lo que se debe buscar (lo demás, nuestro bien, se dará por añadidura), entonces, no tendremos lugar para justificar el daño hacia terceros.

Un ejemplo: El llamado 'Tráfico de drogas'

Ya que estudiamos a las 'organizaciones' de principio violento, su 'justicia' y sus fuerzas de 'seguridad', a modo de ejemplo estudiemos, ahora con alguna profundidad, un caso de mucha actualidad para ver, en los hechos, como funciona la corrupción.

Lo primero que llama poderosamente la atención es que, aun cuando está por demás probado que el alcohol produce más muertes (por lo menos en los Estados Unidos) que la cocaína, la heroína y la marihuana (31), aun así, poco se ocupan los Estados coercitivos de esta droga líquida, pero mucho de las otras. ¿Será casualidad?

Vamos a ver. El juego en el que estamos inmersos hoy en día, en que algunas drogas están 'prohibidas' (entre comillas porque, en rigor de verdad, como veremos, no lo están), se desarrolla, más o menos (y sin con esto involucrar a todos los funcionarios estatales, que, seguramente, los habrá inocentes), de la siguiente manera. El Estado racionalista impone coercitivamente la 'prohibición' de la producción, tráfico y venta de algunas drogas, pero no prohíbe, de hecho, el consumo. Con lo cual, lo que realmente hace es otorgarle el monopolio a los traficantes que ya existen, dejando libertad para el uso, porque lo que le importa es que haya consumidores pero no competidores. De modo que, sin lugar a dudas, puede decirse que existe, en general, libertad para el monopolio de la droga, a pesar de la interesada propaganda masiva que pretende que creamos lo contrario.

Hay que ser francamente ingenuo para creer que, el Estado artificial, con los recursos que posee, el número de hombres en sus fuerzas de 'seguridad', la cantidad de armamento, el equipamiento de alta tecnología como radares, escuchas telefónicas, aviones, helicópteros y demás, no puede encontrar a los traficantes que abastecen a cualquier simple ciudadano que, normalmente, sólo cuenta con un reproductor portátil de discos compactos como todo equipamiento.

La policía del Estado coercitivo hace 'cumplir' las leyes, es decir, evita que cualquier traficante entre en el mercado. Salvo, claro está, por los que ya existen y que le pagan a las fuerzas de 'seguridad', no sólo para no ser molestados, sino para que evite la competencia. Los traficantes, de este modo, se ven beneficiados con el monopolio, de manera que pueden vender muy caro. Y este excedente lo utilizan para pagar al legislador, de modo que les mantenga el monopolio, al policía, para que evite la entrada de competidores, y al juez para que sancione a la competencia.

Los espectaculares procedimientos policiales, que cada tanto se realizan, en donde caen traficantes y se decomisa droga, no son más que espectáculos montados a los fines de mantener a la opinión pública adormecida. Y sólo son castigados los traficantes intrusos, es decir, los que están fuera del sistema convenido con el legislador, juez y policía. No es casual que, muchas veces (algunos investigadores serios afirman que

siempre), gran parte de la droga secuestrada en estos procedimientos, vuelva al mercado a través del circuito autorizado por los funcionarios del Estado coercitivo.

Está probado que la publicidad estatal, supuestamente antidroga, es, en realidad, propaganda subliminal a favor del consumo (ya hemos visto que, desde un punto de vista metafísico, el mal, en cuanto tal, no existe y, consecuentemente, la propaganda negativa 'lo crea'). En las sociedades sanas, en donde el consumo de droga es bajo, no se la menciona. ¿Por qué? Porque está probado que la mención de algo induce al subconsciente, cuando no al consciente, a su favor, aun cuando se lo mencione negativamente (32). Y, sobretodo, si el que lo menciona negativamente es alguien con el desprestigio que tienen los Estados actualmente. La verdadera publicidad contra la droga es la propuesta de alternativas que la excluyan, sin mencionarla ni siquiera indirectamente. Porque su mención, aunque sea indirecta, claramente es propaganda.

De modo que, el Estado coercitivo, primero la publicita y da libertad para aumentar el consumo. Luego la 'prohíbe' para mantener el monopolio de sus asociados (está por demás probada la participación de funcionarios estatales, legisladores, jueces y/o policías en prácticamente todas, sino todas, las bandas de traficantes), con el que realizan grandes fortunas. Y, finalmente, persiguen y castigan severamente a quienes pretendan traficar por fuera del circuito establecido. Es importante notar que la droga no es cara de por sí, sino por el monopolio que ejercen los delincuentes. De donde, de terminarse con esta reserva de mercado, lo que ocurriría, en forma inmediata, sería la desaparición de muchas plantaciones y traficantes y propagandistas, por la sencilla razón de que dejaría de ser un negocio tan rentable.

Es así que, no es casual que el Estado violento prefiera ocuparse de estas drogas y olvidarse del alcohol. Efectivamente, en su momento, en los Estados Unidos con la 'ley seca', intentó el monopolio de estas bebidas. Esto dio lugar a la aparición (o, al menos, a la consolidación) de la famosa 'mafia' que se encargaba de la parte 'sucía' del negocio, que compartían con el Estado. Es importante que, este monopolio, se refiera a una droga, por la simple razón de que ésta produce adicción y, en consecuencia, los adictos pagarán cualquier precio que los únicos vendedores autorizados decidan imponerles. Pero, el monopolio del alcohol fracasó, por la sencilla razón de que es de muy fácil producción casera, es decir, que le resultaba muy difícil controlar la competencia. De modo que, se olvidó de esta droga, y creó el monopolio de otras, que son más difíciles o imposibles de manejar sin su consentimiento.

En definitiva, no se trata de liberar territorio para el monopolio de la droga (33), que es lo que buscan las organizaciones violentas, sino todo lo contrario. Se trata de, empezando por respetar el orden natural, negar la violencia (que muy hipócritamente dice 'prohibir' la droga) que sostiene al actual monopolio, dando lugar a una sociedad sana que pueda controlar efectivamente a todas las drogas dañinas (incluidas el alcohol y el tabaco) y, por qué no, llegar a eliminarlas o, al menos, conseguir su minimización en el consumo.

Notas al Capítulo I

(1) 'Summa de la Theologia Moral y Canónica', (Barcelona, 1632), p. 91 (citado por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 73 (trad. al castellano en Rialp, 1990).

(2) Muchos autores han querido justificar la validez de las cargas, coercitivamente impuestas, a partir de la Doctrina Social de la Iglesia Católica. Según J. M. Ibáñez Langlois, la Iglesia enseña que: "El mecanismo por excelencia del que dispone el Estado moderno para promover la justicia en la redistribución del ingreso, y para derivar recursos hacia el gasto social, es el cobro de los impuestos. La obligación moral de pagarlos, que obliga en conciencia, se contiene en la propia S. Escritura (Rom 13, 17); se sigue de allí el deber fiscal de fijarlos y cobrarlos. Ambas obligaciones derivan del principio 'de la solidaridad cívica y de la colaboración de cada uno al bien de todos' (Pío XII, 2-X-56); en cuanto al deber cívico, 'no existe duda alguna sobre el deber que cada ciudadano tiene de soportar una parte de los gastos públicos'. Pío XII enseña claramente el deber moral de pagar los impuestos justos; sólo se estaría dispensado de no cumplir íntegramente esta obligación en el caso de una ley fiscal injusta o excesiva, y en la medida proporcional en que lo sea. La *Gaudium et spes* lamenta el que 'no pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen reparos en soslayar los impuestos justos' (30)"; 'Doctrina Social de la Iglesia', Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 1988, p. 191. Vamos a ver, dos cosas surgen muy claramente de lo expuesto por el autor. En primer lugar, la grave obligación moral de cada persona de contribuir al bien común. Pero esto va de suyo en el orden natural. Y, en segundo lugar, también va de suyo, que la ley justa es aquella que respeta a la naturaleza de las cosas, es decir, la no violenta, la no coercitiva, de modo que "... se estaría dispensado de no cumplir... esta obligación en el caso de una ley fiscal injusta...". Sin olvidar que la ley justa debe obligar en conciencia, recordando que la conciencia es primero que el acto, de modo que primero debe ser moral, obligar en conciencia, y luego ser acto y no, definitivamente no tiene sentido, coercionar un acto y luego pretender que obligue en conciencia. En otras palabras, si una verdadera autoridad moral promulga el pago de impuestos a los fines de atender al bien común, las personas tienen grave obligación de cumplir con este mandato. Pero esta exigencia impositiva, de ninguna manera puede ser coercitiva a menos que exista defensa propia, del bien común (que ocurriría cuando una persona, en uso de su libre albedrío, se comprometió voluntariamente a pagar un impuesto a cambio de algo concreto, por ejemplo, servicios hospitalarios, y no está dispuesto a cumplir). Sin olvidar (la virtud de la prudencia), por cierto, que aun cuando la defensa propia es legítima (estrictamente, en cuanto implica la defensa de la vida, lo natural), 'más vale maña que fuerza', es decir, que es altamente recomendable intentar, por todos los medios, utilizar la inteligencia y la caridad (la sabiduría) antes que la fuerza física.

(3) Antes de entrar en esta nota me parece necesaria una precisión. Cabe consignar que, en rigor de verdad, en general, los cálculos de los distintos índices económicos, como el PIB, el porcentaje de inflación, y demás, son caprichosos y no reflejan la realidad con exactitud y, menos aún, con rigor científico. Las mediciones en las ciencias sociales no tienen sentido porque estos no son hechos físicos (son opiniones, actitudes, valores) que pueden medirse con precisión y objetividad. De modo que, no pueden ser utilizados para realizar afirmaciones científicas categóricas, sino que su valor no es más que a título puramente 'informativo o ilustrativo'; salvo en los casos pertinentes. De hecho, éstos índices son calculados con diferentes métodos, según quién los calcule, con diferentes criterios, hipótesis y tesis, y siempre con resultados parciales visto que es imposible conocer todos

los datos que componen algo tan complejo como es la economía de un país, que tiene millones de diferentes variables. Y, aunque fuera posible recabar todos estos datos, resultaría imposible resumirlos en un índice. Científicamente hablando, no resisten el análisis de cota de error, ni siquiera por el cálculo probabilístico. Para otras opiniones acerca de la falacia de la medición y los números índices (la econometría en general) véase Ludwig von Mises, 'The Theory of Money and Credit', Yale University Press, New Haven, 1953, pp. 187-194; del mismo autor, 'Human Action', Contemporary Books Inc., Chicago, 1966, pp. 219-223; Murray N. Rothbard, 'Man, Economy and State', D. Van Nostrand, Princeton, 1962, 2: 737-740; Bassett Jones, 'Horses and Apples: A Study of Index Numbers', John Day & Co., New York, 1934; y Oskar Morgenstern, 'On the Accuracy of Economic Observations', 2a. ed. rev., Princeton University Press, Princeton, 1963. Como consecuencia de esto la 'econometría' y, en general, todo estudio de la economía con instrumentos propios de las matemáticas, tienen el mismo valor científico que la astrología esotérica. Como a cualquier persona sensata le resulta obvio: es absolutamente irrisorio (racionalista, materialista) pretender que el ser humano, la sociedad, el mercado, tenga un comportamiento 'matemático'. El ser, que duda cabe, tendrá un comportamiento superior: metafísico. Hecha la aclaración, tomemos, por ejemplo, el caso de Gran Bretaña. Según Hermione Parker, entre 1979 y 1994 la presión tributaria media aumentó del 25,9 por ciento del ingreso de una familia tipo al 35,7 por ciento. Durante el mismo período, el gasto en seguridad social prácticamente se duplicó. Pero hete aquí que, entre 1979 y 1990, los ingresos reales promedio del 10 por ciento más rico de la población aumentó el 62 por ciento, en tanto que los ingresos reales del 10 por ciento más pobre disminuyó el 14 por ciento (ver 'Taxes, Benefits and Family Life', IEA, London 1995, pp. 127, 61 y 20 respectivamente).

(4) Además de la banca estatal nacional y multinacional, la banca privada suele otorgar grandes créditos a los Estados coercitivos, porque saben que estas 'organizaciones', finalmente, pueden obtener grandes sumas de dinero utilizando la fuerza física. Demás está decir que no le otorgan los créditos en función de su exitoso perfil empresario, es decir, de su capacidad de obtener recursos genuinos (sin utilizar la coacción). Y estos bancos privados hacen grandes negocios con estas operatorias, lo que significa, en definitiva, que aprovechan la capacidad violenta del Estado racionalista. Este es, sin duda, otro de los aspectos nefastos de la violencia: que siempre existen terceros dispuestos a aprovecharse de la situación. Es decir, que la inmoralidad termina esparciéndose por toda la sociedad, artificial, por cierto.

(5) Ver 'Human Action', Contemporary Books, Chicago, 1966.

(6) Entre los muchísimos ejemplos de la vida diaria, puede verse, por caso, "Sobreprecio en la construcción de 198 escuelas bonaerenses", La Nación, Buenos Aires, 1ro de noviembre de 1997, p. 15.

(7) Así "... en la medida en que los gobiernos sustraen recursos de los contribuyentes, en esa medida, se produce un doble efecto. En primer lugar, el cambio coactivo desde las áreas preferidas por la gente a través del mercado hacia las que los funcionarios establecen, conduce a mal inversión de los escasos factores productivos, consumo de capital y consiguiente disminución de ingresos y salarios en términos reales. En segundo lugar, tienden a diluirse los incentivos para producir. En todo caso, lo que aquí queremos dejar consignado es que producción y distribución son dos formas de ver el mismo fenómeno", Alberto Benegas Lynch (h), 'Socialismo de Mercado', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 171.

(8) Encíclica 'Mater et Magistra', Roma 1961, Tercera Parte, 56-57. Durante años he observado por la televisión (y a veces personalmente) como personas, sin duda, víctimas (o sus relaciones directas) de grandes injusticias, exigían en forma acalorada que 'se hiciera justicia'. Muchas veces, irónicamente, acusando al 'aparato judicial' de no hacer suficiente 'justicia'. Por el modo en que efectuaban su pedido, en forma acalorada, y por lo que pedían en nombre de la 'justicia' (muchas veces la muerte o la peor cárcel para él o los delincuentes) siempre me dio la impresión de que, en realidad (más allá del dolor genuino y profundo que inevitablemente sentían), lo que buscaban era venganza. Es decir, de ser posible, un perjuicio peor al delincuente. Como si con esto pudieran reparar de algún modo el daño que se había causado. Pero, lo más desconcertante era ver que, como, obviamente, este modo de 'justicia' no sólo no repara nada (ni evita futuros daños) sino que, ni siquiera permite la reconciliación (primero con uno mismo y luego con el resto), los meses pasaban y a veces los años, y, las personas en cuestión, no sólo no habían encontrado la paz sino que la herida se había ido agrandando. A tal punto que, muchas veces, hasta deseaban fervientemente hacer 'justicia con sus propias manos'. Conclusión: irónicamente, el 'sistema judicial' imperante, no sólo no hacía verdadera justicia, sino que les hacía perder mucho tiempo y esfuerzos y, lo que es aún peor, no sólo no les permitía encontrar la paz sino que alentaba la venganza y, consecuentemente, aumentaba la amargura. "'Buen trabajo, fin de la historia', exclamó con ira Chris Walsh, el hijo mayor de la mujer asesinada. No lejos de él, Bonnie Cannon, hermana de Joe, hasta ese momento había llorado y rezado. Se secó los ojos y suspiró: 'Soy feliz porque Joe finalmente está libre'", 'Antes de ser ejecutado, a condenado le explotó una vena', Diario Popular, Buenos Aires, 24 de abril de 1998, p. 19. Me parece que la crónica es suficientemente clara: la ira es del hijo de la víctima, mientras que la paz está del lado de los familiares del condenado, ya muerto. Aquí se entienden perfectamente las palabras del Papa Pio XII: "Os ha sido dada una vocación extraordinaria y casi querríamos decir privilegiada: expiar por el mundo verdaderamente culpable" (Radiomensaje a los encarcelados, 30/12/1951). Por el contrario, es de rescatar el éxito que tiene en los Estados Unidos un 'programa de reconciliación' que, si bien no va al fondo del problema (porque básicamente se mantiene el mismo sistema), al menos permite que, durante varias sesiones guiadas por profesionales, la víctima (o sus parientes) y el victimario, se encuentren y discutan los hechos sucedidos. Resultando en mayor paz para la parte agredida y un mejor reconocimiento de su culpa por parte del agresor. Generalmente (así lo he podido ver por televisión, y sólo Dios sabe hasta que punto eran sinceros) éstas entrevistas culminaban con el perdón, por parte de la víctima, y el delincuente arrepentido, reconociendo el daño que había provocado y que se había causado él mismo, moralmente, prometiendo no volver a repetir algún delito. En algún caso, hasta terminaron amigos, y la víctima intentaba sacar de la prisión al victimario. En fin, en cualquier caso, lo primero que deberíamos hacer es intentar superar la psicosis que existe en muchas sociedades con respecto a los delitos; de hecho, normalmente, lo que sucede en estos países es que la cantidad de muertes por accidentes en el tránsito es muy superior a las ocurridas como consecuencia de actos delictivos, excluidos los delincuentes.

(9) Esto, por cierto, tiene que ver con el libre albedrío, tema que ya hemos discutido. El C. Ig. C. asegura que (de paso, lo siguiente nos sirve para que no quede duda de la unidad de la persona humana, cuerpo y alma, de modo permanente, eterno y real) "'La misma santa Iglesia romana cree y firmemente confiesa que todos los hombres comparecerán con sus cuerpos en el día del Juicio ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de sus propias acciones' (DS 859; cf. DS 1549)" (n. 1059). "La muerte pone fin a la vida del hombre como

tiempo abierto a la aceptación o el rechazo de la gracia divina..." (n. 1021). "Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que pone su vida en relación con Cristo, sea a través de una purificación (cf. Cc. de Lyon: DS 857-858; Cc. de Florencia: DS 1304-1306; Cc. de Trento: DS 1820), o bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del Cielo (cf. Benedicto XII: DS 1000-1001; Juan XXII: DS 990), o para condenarse inmediatamente para siempre (cf. Benedicto XII: DS 1002)" (n. 1022). Y más adelante "Salvo que elijamos libremente amarlo, no podemos estar unidos con Dios... Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios significa permanecer separados de El para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra 'Infierno'" (n. 1033). "Dios no predestina a nadie a ir al Infierno (cf. DS 397; 1567); para que esto suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final" (n. 1037). Que Dios no predestine (cosa que sí hace la 'justicia' racionalista) significa que no promulgará ninguna ley que diga, por ejemplo, que el automovilista que mate a un transeúnte irá, inexorablemente, al Infierno (la 'justicia' racionalista, impondría otra pena, por ejemplo, dos años de cárcel). Dios, en su infinita sabiduría conocerá todas las infinitas variables que actuaron en el incidente y, luego, esperará hasta el último momento el verdadero arrepentimiento que, definitivamente, salve al automovilista, si es que tiene culpa. San Agustín lo pone de forma dramática, pero no por eso menos cierta: "¿No es verdad, Dios mío, que habiéndoos confesado yo mis culpas y acusándome a mí mismo, Vos ya habéis perdonado las impiedades de mi corazón? No alego esto con ánimo de entrar a juicio con Vos, que sois la suma Verdad... porque si Vos, Señor, atendéis a todas nuestras culpas, ¿quién podrá comparecer en vuestra presencia?", 'Confesiones', I, V.

(10) En cuanto a que 'la ignorancia del juez viene a ser la calamidad del inocente' sin duda es interesante la lectura del capítulo VI del Libro XIX de la 'De Civitate Dei' de san Agustín.

(11) Ver 'Santo Tomás y la violencia institucional', Capítulo IV, Parte Primera (S.Th., I, q. 21, a. 1).

(12) S.Th., I, q. 21, a. 4. Claramente el tema de la misericordia no es un tema menor. El infinito poder real, efectivo, eficiente de Dios proviene, precisamente, de su infinita misericordia. "Es propio de Dios usar su misericordia; y en esto, especialmente, se manifiesta su omnipotencia", afirma santo Tomás en la S.Th. II-II, q. 30, a. 4, in c. Si los hombres fuéramos infinitamente misericordiosos, esto es, nos adaptáramos infinitamente bien al orden natural, nuestra autoridad moral sería tan grande que, de hecho, realmente (efectivamente, eficientemente) seríamos todopoderosos. Piénsese, por ejemplo, en la Madre Teresa de Calcuta: durante los últimos años de su vida era una viejecita sin ningún poder político, prácticamente sin ningún poder económico, ciertamente sin ningún poder físico y, sin embargo, gracias a su autoridad moral, era capaz de conmover a millones de seres humanos, incluidos, por cierto, muchos 'poderosos'. Lo cierto es que "Sobre este punto el cristianismo de los primeros siglos cumplió con una intensa obra de inculturación de la fe, purificando corrientes significativas del pensamiento greco-latino de concepciones profundamente anticristianas. Platón, Aristóteles y, sobre todo, los estoicos, tendrían a considerar la misericordia, la piedad y la compasión como sentimentalismos inútiles. La misericordia, para Aristóteles, no era virtud sino debilidad de viejos y adolescentes y para los estoicos una enfermedad del alma. Los Padres se opusieron a esta visión, acogiendo los principios presentes, por ejemplo, en Cicerón, quien rechazando como absurda la

concepción estoica de la misericordia, la consideraba indicio de sabiduría, de moralidad y de bondad..." hoy existe "...una cierta mentalidad contemporánea, que 'parece oponerse al Dios de la misericordia...' (DM 2)... el teólogo R. Garrigou-Lagrange afirmaba... 'La misericordia divina es como la raíz, el principio de todas las obras de Dios, ella las compenetra con su fuerza y las domina. A título de manantial primario de todos los dones, ella es la que influye más fuertemente; por esto supera también a la justicia que viene a estar en segundo puesto y le está subordinada'. La obra decisiva del Padre, por tanto, es la misericordia. En ella se encierra el misterio de su amor que llega hasta el perdón. Esto llama a todos a una existencia nueva: la de verdaderos hijos de Dios", asegura el Comité para el Jubileo del Año 2000 en su 'Dios, Padre Misericordioso', Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid MCMXCVIII, pp. 77-8-9.

(13) El juez de la Corte Suprema de Justicia argentina, Raúl Zaffaroni, y profesor de la Universidad de Buenos Aires, afirmó algo muy sintomático, refiriéndose a la 'justicia' coercitiva, racionalista (del modo en que la conocemos hoy): "La acción judicial nunca es popular en ningún país del mundo... el modelo penal no es una solución para aquellos conflictos... En el modelo penal, el que sufrió un daño no existe: el Estado reemplaza a la víctima. Para decirlo con un ejemplo, si en este momento alguien me rompe la cara, en el mejor de los casos el Estado viene y se lleva al que me golpeó. Yo digo: 'No quiero que lo pongan preso. (Por el contrario) Quiero que trabaje y pague la recomposición de mi cara'. Entonces, el Estado me responde: 'Señor... acá... usted no tiene nada que hacer'. Yo insisto: 'Mire que la cara es mía, y a mí me la rompió'. Pero el Estado confirma: 'No, no, la víctima soy yo'. Directamente me reemplazó. El penal es un modelo que nunca resuelve el conflicto... En la mayoría de estos casos se pueden encontrar soluciones más o menos aceptables dentro de la cultura occidental y contemporánea, y que no tienen nada que ver con el modelo punitivo", Viva, La Revista de Clarín, Buenos Aires, 18 de enero de 1998, p. 75.

(14) Pareciera que las estadísticas dicen que, un aumento en las penas, no amedrenta a los delincuentes. "Más aún, las encuestas señalan que la cárcel es, en la mayoría de los casos, una escuela de delincuencia", asegura Mons. Ambrosio Echebarría, Obispo de Madrid, en la Presentación de la 'Pastoral Penitenciaria' de Evaristo Martín Nieto, Ediciones Paulinas, Madrid 1990, p. 6. En tanto que J. R. Iraeta opinó que "Las cárceles no disminuyen las tasas de delincuencia. Se multiplican las prisiones, se aumenta su capacidad, se mejora su personal, se transforman sus métodos, pero la cantidad de delitos y de delincuentes permanece estable, cuando no aumenta", 'La cárcel', Madrid 1977, p. 67. Esto quedó muy claro cuando se discutió, fuertemente, la pena de muerte en los EE.UU., encontrándose que, luego del establecimiento de esta pena, aumentaban los delitos correspondientes. "La prisión es un medio falso que hace que el prisionero sea cada vez menos apto para la vida social. Carece de finalidad... debe desaparecer", asegura P. Kropotkine en 'Las prisiones', Valencia 1897, p. 34. Entre 1972 y 1996, la población carcelaria en los EE. UU. aumentó de 164 a 550 personas por cada cien mil habitantes según Andrew Rutherford ('Beyond crime control', en Charles Murray, 'Does Prison Work?', IEA, London 1997, p. 47), y esto no provocó una disminución en los delitos reportados sino que, por el contrario, durante el mismo período, estos aumentaron de 3.000 a 10.600 por cada cien mil habitantes (ver Charles Murray, 'Does Prison Work?', IEA, London 1997, p. 2). Por otro lado, la prueba de que la cárcel empeora a las personas, es que las estadísticas muestran que la mayoría de los excarcelados son reincidentes, aun cuando la mayoría de los reclusos son inocentes, en el sentido de que o no cometieron el delito en cuestión o cometieron un delito al que le

corresponde una pena menor a la que efectivamente le impusieron. Es famoso el caso, tratado en el largometraje "En el nombre del padre", ocurrido en Gran Bretaña, en donde se termina descubriendo, después de años de cárcel durante los cuales murió uno de los condenados, que no sólo eran inocentes sino que las pruebas fueron fraguadas por los policías y funcionarios judiciales. Pero ninguno de los fraguadores fueron jamás penados. Este es solamente un ejemplo de los cientos (sino miles) que han tomado estado público, considerando que el Estado racionalista se cuida muy bien de modo que estos hechos no sean conocidos, puede Usted sacar conclusiones de cuantos inocentes son encarcelados y sus vidas arruinadas, cuando no muertos. Entre los muchísimos modos que se utilizan para la criminalización de los pobres, por parte del Estado racionalista, puede leerse el artículo de Gerardo Codina '¿Hay chicos condenados de antemano?' en el diario Clarín (Buenos Aires, 2 de junio de 1999) en donde explica cómo, el sistema penal racionalista, libera extraoficialmente a menores que estaban encarcelados sin que se les hubiera probado delito, y esta liberación queda asentada como fuga en el expediente judicial; de este modo, los menores quedan convertidos en 'verdaderos' delincuentes y con un expediente engrosado. Pero en fin, esta vieja discusión acerca de la utilidad o no de las prisiones como instrumento para evitar el crimen, no hace estrictamente al tema de este ensayo porque, lo que aquí critico, es algo anterior, es decir, el sistema penal coercitivo; sin embargo me parece rescatable la abrumadora bibliografía contra las prisiones en cuanto demuestra que el sistema penal coercitivo, finalmente, es contraproducente. Entre quienes defienden las prisiones está Charles Murray (ver op. cit.) cuya única argumentación 'científica' son estadísticas que, ya sabemos, no tienen rigor científico definitorio, de hecho, sus estadísticas son luego fácilmente desmentidas por otros autores (por ejemplo, Andrew Rutherford, op. cit.) sobre bases más sólidas. Para una crítica a las prisiones puede leerse, además de los ya mencionados, entre muchos, a N. Christie, 'Social Control as Industry. Towards GULAGS, Western Style', Routledge, London 1995; A. Rutherford, 'Criminal Policy and the Eliminative Ideal', University of Southampton, Great Britain 1996; E. Currie, 'Confronting Crime: An American Challenge', Pantheon Books, New York 1985. En particular debe leerse al ya mencionado Evaristo Martín Nieto que con más de treinta años de experiencia en las cárceles y con el franco apoyo de la jerarquía eclesiástica, asegura que "Jesucristo vino a 'anunciar la libertad a los presos (Lc 4, 19). Juan Pablo II, comentando estas palabras en la cárcel romana de Rebibbia, dijo: '¿Es que estas palabras se deben relacionar con las estructuras de las cárceles en su acepción más inmediata, como si Jesucristo hubiera venido a eliminar las prisiones y todas las demás formas de instituciones de detención? En cierto sentido, así es también' (26/12/1983). Esto, en análisis profundo y en relación con la esencia del evangelio, significa que en el mensaje cristiano está contenida la abolición de la cárcel. No hay que hacer esclavos a los que Dios hizo libres...", op. cit., p. 16.

(15) No es casual, por tanto, que las estadísticas muestren claramente que la población carcelaria está compuesta, en su gran mayoría, por personas provenientes de los estratos socioeconómicos más bajos. Lo que, sin duda, no es nuevo, ya Chuang-Tsé (probablemente el primer libertario) afirmaba en la China del siglo IV a.C. que "Un ladronzuelo... acaba en prisión. Un gran bandido acaba en jefe de Estado". Es una gran mentira, según veremos en la nota 20 siguiente, que esto se deba a la 'falta de educación'. Sí se debe, en parte, a la marginalidad, pero la marginalidad, justamente, es producto del sistema coercitivo. Ya vimos que, en un sistema basado en la coerción, en lo material, de modo necesario, 'triunfarán' quienes tienen más poder material. Pretender lo contrario, pretender que en un

sistema, basado en la coerción, triunfen los ideales es de un 'romanticismo' filosófico (mejor dicho, incoherencia), de tan ingenuo, culpable.

(16) El ejemplo más antiguo que he podido corroborar en Occidente ocurrió dentro de la Iglesia Católica. Desde el Apóstol san Pablo, era costumbre que los pleitos entre cristianos sobre cuestiones temporales fueran resueltos (en principio, por el procedimiento del arbitraje) dentro de la jurisdicción eclesiástica, que así intervino ampliamente en juicios de toda índole (cfr. José Orlandis, 'Historia de la Iglesia', Ediciones Palabra, Madrid 1977, T. I, p. 60 y ss.). Luego, las ferias en la región de Champaña durante la alta Edad Media (particularmente durante el siglo XIII, siglo extremadamente próspero) que constituían el principal emporio del comercio internacional de la época, en donde los asuntos de justicia se resolvían privadamente, entre las partes, en tribunales arbitrales, muy rápidos y eficientes, voluntariamente designados por las partes. Por otro ejemplo, en el estado de California, a mediados del siglo XIX, a raíz de que la 'autoridad federal' no había llegado aún al lugar, de hecho funcionaba una sociedad 'privada', y esto incluía justicia penal. Y la sociedad era, sin duda, extremadamente próspera y pacífica (a pesar de la deformación histórica que popularizaron los 'westerns'); de cualquier manera, los pocos datos que he podido estudiar, no me convencen mucho en el sentido de que esto funcionaba como una sociedad sin Estado coercitivo o, más bien, como una especie de concesión. Es decir que, si bien la autoridad inmediata era 'privada' en el lugar, en última instancia dependía del gobierno federal en Washington (ver 'The Pursuit of Happiness', William C. Dennis, The Freeman, Ed. The FEE, Irvington on Hudson, New York, July 1987, Vol. 37, no. 7, p. 252). En cuanto a la justicia en general sin duda resulta sintomático el hecho de que "...miles de estos chinos inmigrantes se volvieron ricos... Ellos se apoyaban en asociaciones de asistencia mutua para obtener prestamos, información comercial, reclutamiento de trabajadores, presentaciones empresarias, y, lo más importante, el cumplimiento de los acuerdos de palabra sobre los que gran parte de sus negocios estaba basado... Todavía hoy, un empresario chino que viola un acuerdo rara vez es llevado a los tribunales estatales. En cambio, es incluido en la lista negra. 'Si alguien no honra sus compromisos' asegura David Li, Jefe Ejecutivo del Hong Kong's Bank of East Asia, 'toda la comunidad china lo sabrá y estará acabado'", según recuerda Jerome Schneider en su 'The Complete Guide to Offshore Money Havens', Prima Publishing, USA 1997, p. 37. Para empezar una discusión, sin duda es muy interesante la opinión del chino Pao Ching-yen (siglo IV a.C.) según quien "Las disputas entre gente corriente son asunto trivial, ya que... no tiene... autoridad para lograr sus propósitos... Su poder... ¿Cómo van a compararse con una manifestación de furia real, capaz de desplegar ejércitos y batallones, y de hacer que gente sin enemigos ataque Estados que no les han hecho nada?"

(17) citados por Alejandro A. Tagliavini, en 'Alberdi y la Constitución del 53-60 contra el Código de Vélez Sarsfield', Institución Alberdi, Buenos Aires.

(18) 'De Officis', I, X.

(19) Para una mejor comprensión del derecho, y del 'common law' británico, ver Bruno Leoni, 'La Libertad y la Ley'; y L. B. Curzon, 'English Legal History'.

(20) "Por supuesto, hoy en día tenemos una comprensión mucho mayor acerca de la complejidad del crimen y de las causas que lo producen. Ciertamente, el tema es objeto de un razonamiento mucho más sofisticado y se ha establecido, en particular, que cierta proporción de personas convictas sufren trastornos mentales que... requieren tratamiento psiquiátrico. Todavía se están investigando muchos otros factores predisponentes, entre los cuales se incluyen el divorcio, los hogares destruidos, la persistencia de la conducta

criminal en algunas familias, la escasa concurrencia a las iglesias, el hecho de que la madre trabaje fuera del hogar, la salud y el tipo de empleo. Mientras tanto, el hombre común puede no tener presente el hecho de que en nuestra época los crímenes sumamente organizados requieren tal grado de preparación e inteligencia que la educación no es un factor competitivo sino complementario. Cuanto más inteligente es el criminal, más efectivo resulta el crimen. Pero es interesante observar que hasta ahora los científicos sociales ingleses no han informado una correlación definida entre la educación y el crimen. Así, Lord Packenham publicó ('Causes of Crime', Weidenfeld and Nicholson, Londres 1958) resultados de una investigación sobre las causas del crimen... que incluye la siguiente observación: 'Sin embargo, no creo que los distinguidos expertos que nos precedieron en la presentación de evidencias, entre ellos los representantes de la National Union of Teachers, hayan afirmado que, hasta ahora, se hayan hecho muchos progresos en lo que respecta a relacionar la educación con el crimen"', E. G. West, 'El caso infundado de la educación estatal', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 158.

(21) "La imagen divina está presente en todo hombre. Resplandece en la comunión de las personas a semejanza de la unidad de las Personas divinas entre sí...", C. Ig. C. n. 1702 (según corrección publicada por la Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, septiembre de 1997). En contraposición con esto hoy en día "los presos se ven con frecuencia sometidos"... a "...la vejación, el desprecio y la tortura" asegura Evaristo Martín Nieto en 'Pastoral Penitenciaria', Ediciones Paulinas, Madrid 1990, p. 17.

(22) Solemos olvidar que, cuando se comete un delito, en rigor (ver 'La violencia y la defensa propia', Capítulo I, Parte Primera), la naturaleza humana violada y que debe ser recuperada, es la del delincuente, no la del agredido. Ya Demócrito (460-370 a. C.) aseguraba que "Quien comete una injusticia es más infeliz que quien la padece" (Frag. 45).

(23) Para tener una idea de los recursos humanos y materiales que se gastan en armamentos, leamos la siguiente cita: "... lo que está a la venta no son los excedentes del Proyecto Manhattan (dedicado a la construcción de una bomba atómica para la Segunda Guerra Mundial), sino sistemas fabricados ex profeso..." por los Estados "... para la Tercera Guerra Mundial... En 1939 cuando Albert Einstein le reveló... al Presidente Roosevelt que la bomba atómica era factible, la Sociedad Estadounidense de Física tenía solo 4.000 miembros. Casi la mitad... se unieron al proyecto Manhattan ... el presupuesto relativamente ilimitado de ese programa fue muy importante para su rápido avance. Se le asignó... cerca de 2.000 millones de dólares en los años 40, cuando los equipos de investigación industrial más numerosos tenían un presupuesto anual del orden de los 10 millones", Tom Clancy y Russell Seitz, '¿Es Inevitable la Proliferación?', Facetas no. 100, USIA, Washington DC 2/93, pp. 36-37. Ya había dicho que, una vez instalado el Estado violento, muchas personas intentan sacar provecho de esta situación, en lugar de trabajar productivamente para la sociedad: "Durante la noche, Bruce Jackson es presidente del Comité de los EE.UU. para Expandir la OTAN, ofreciendo comidas íntimas a senadores y oficiales extranjeros. Durante el día, es el director de planeamiento estratégico de Lockheed Martin Corp., el mayor fabricante mundial de armamentos. El Sr. Jackson dice que mantiene sus dos identidades separadas, pero su empresa y su grupo de lobbying están peleando la misma batalla. Los contratistas de (el ministerio de) Defensa están actuando como diplomáticos para incentivar la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte lo que crearía un enorme mercado para sus productos... el mercado potencial solamente para jets de caza es de 10.000 millones de dólares...", 'U.S. Arm Makers Lobby For NATO Expansion', International Herald Tribune, Paris, June 30, 1997,

p. 1. Para un análisis de como las economías 'libres' producen la paz (en razón de que, la libertad, permite la natural e inevitable interrelación entre las personas y pueblos), en contraposición con las economías intervenidas por la coerción de los gobiernos, que son fuente permanente de conflictos violentos, puede verse 'Welfare States at War', H. F. Sennholz, The Freeman, The FEE, Irvington on Hudson, New York, March 1987, vol. 37, no. 3, p. 103.

(24) "El Estado, completamente durante su génesis, esencialmente y casi completamente durante los primeros estadios de su existencia, es una institución social, forzada por un grupo victorioso de hombres sobre un grupo vencido, con el único propósito de regular el dominio de los victoriosos sobre los vencidos, y asegurarse a sí mismos contra las revueltas internas y ataques del exterior. Teológicamente, este dominio no tenía otro propósito que la explotación económica de los vencidos por parte de los vencedores... Ningún Estado original conocido para la historia se originó de ninguna otra manera", Franz Oppenheimer, 'The State', Fox & Wilkes, San Francisco 1997, p. 9. Según Frédéric Bastiat, la gran ficción del estatismo es aquella "por la cual cada uno trata de vivir a costa de los demás", 'Selected Essays on Political Economy', D. Van Nostrand Co., New York 1964, p. 144. Según Blaise Pascal "Los hombres indudablemente pelearan hasta que el partido más fuerte se sobreponga al más débil, y un partido dominante sea establecido", Pensées, J. M. Dent & Sons Ltd., London 1932, p. 87. Parker Thomas Moon, acertadamente, escribió que "No son las naciones las que erigen los imperios, sino los hombres. El problema consiste en descubrir a los hombres, las minorías activas en cada nación que tienen intereses concretos y se benefician directamente con el imperialismo, y a partir de allí analizar las razones por las cuales las mayorías pagan los costos y libran las guerras...", 'Imperialism and World Politics', The Macmillan Company, New York, 1930, p. 58.

(25) 'Remembering Great Men', Imprimis, Hillsdale College, Hillsdale Michigan, May 1997, Volume 26, Number 5, p. 7.

(26) Ver 'Como el Papa venció al comunismo', B. Lecomte, Rialp, Madrid 1992.

(27) Encíclica 'Centesimus Annus', Roma 1991, n. 23.

(28) 'Del Rey y de la Institución Real', Biblioteca de Autores Españoles, Rivadaneira, vol. 31 (Madrid: ediciones Atlas, 1950), p.548 (citado por Alejandro A. Chafuén en 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 65).

(29) Supuestamente, esta violencia, este poder coercitivo, ha sido delegado democráticamente por el pueblo. Semejante afirmación no tiene ningún sentido, según sabemos. Efectivamente: los derechos naturales son anteriores a nuestra persona, de modo que no tenemos ninguna posibilidad de delegarlos, aun cuando lo quisiéramos fervientemente. Así como no tenemos derecho al suicidio, porque no lo tenemos para eliminar ninguna vida humana futura, no tenemos ninguna posibilidad de delegar en nadie el ejercicio de la violencia sobre nosotros, mucho menos sobre terceros. Otros la justifican diciendo que, como, según el orden natural, la autoridad del gobernante proviene de Dios, esta coerción del funcionario, en definitiva, proviene del Señor de la Creación (créame, algunos afirman esto y no son sólo los fundamentalistas islámicos). Es absolutamente cierto que la verdadera autoridad, en definitiva, proviene de Dios, pero de aquí a afirmar que así se justifica la coerción del funcionario, existe un largo camino imposible de transitar (por lo menos dentro del orden natural). Porque, precisamente, si la autoridad proviene de Dios, que es en absoluto incapaz de violencia, la violencia es contraria a la verdadera autoridad que es moral.

(30) ver 'El racionalismo liberal y libertario', en el Capítulo III de la Parte Primera, y 'El

gasto social' en el Capítulo VI de la Parte Segunda. "El contenido de la libertad se transforma entonces en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna obligación de justicia...", Juan Pablo II, Encíclica 'Centesimus Annus', Roma 1991, n. 17.

(31) Según el Consejo Nacional Sobre Alcoholismo de los EE.UU., durante 1985 se registraron solamente 3.562 casos de muerte por el uso de alguna droga ilegal. Aun suponiendo que miles de muertes más, no reportadas, estuvieron relacionadas, de una forma u otra, aunque sea de modo indirecto, con el abuso de drogas ilícitas, se puede concluir que la cantidad total de marihuana, cocaína y heroína que daña a la salud, es sólo una pequeña parte de la que afectan el tabaco y el alcohol. Efectivamente, durante ese mismo año murieron alrededor de 200.000 personas por abuso de alcohol y alrededor de 320.000 por abuso de tabaco.

(32) "La definición tradicional de la publicidad la describe como una comunicación de un auspiciante identificado a través de un medio impersonal pagado", Lawrence Fisher, 'Industrial Marketing', Business Books Limited, London 1969, p. 170. "Hay que señalar que, hasta que aquél (el consumidor) llega a ser consciente de una oportunidad, ésta, en un sentido real, no existe para el consumidor. Así, pues, la tarea de hacer que el consumidor 'capte' la oportunidad se convierte en parte integrante de la tarea de conseguir que dicha oportunidad esté disponible", Israel M. Kirzner, 'Competencia y Empresarialidad', Unión Editorial, Madrid 1998, pie de p. 164. Apenas aparecida la televisión, en los Estados Unidos, podían verse propagandas negativas. Por ejemplo, una fábrica de automóviles que señalaba las ventajas de su modelo con respecto a otro de la competencia, al que calificaban de malo comparado con el propio. Hoy este tipo de propaganda, prácticamente, ha desaparecido. La razón de esto es que, los publicitarios, encontraron que, este tipo de avisos negativos, solían tener el efecto contrario. Es decir, la gente, por naturaleza, suele desconfiar de los negativos, los desconfiados, y, en cambio, suele ser compasiva con los agredidos. Entre los políticos suele ser muy popular un dicho atribuido a Salvador Dalí: "Espero que me mencionen, aunque sea bien". Porque manejan muy bien el hecho de que, la falta de propaganda, los convierte en 'no existentes' frente a la opinión pública que, de este modo, jamás los tendrá en cuenta. "Los más destacados profesionales norteamericanos, como Robert Abelson, profesor de psicología y ciencias políticas en Yale, Donald Kinder de la Universidad de Michigan y Susan Fiske de la Universidad de Massachusetts, coinciden en que el principal factor que decide el voto es el sentimiento. Lo que resulta coherente... dado que la publicidad masiva influye casi exclusivamente en los sentimientos... De cualquier manera no deben confundirse los sentimientos sanos y válidos con un sentimentalismo barato... Esto no significa que los principios no sean importantes, lo son, pero en realidad son más importantes..." los sentimientos, Alejandro A. Tagliavini, 'Cómo decide la gente', La Prensa, Buenos Aires, 29 de marzo de 1989, p. 9. "... Van Gordon Sauter, en aquel entonces jefe de la división noticias de la CBS, aseguraba que los noticieros de las cadenas de televisión inevitablemente terminaban fijando la agenda de las aspiraciones nacionales de aprensión, júbilo y propósitos, aseveración conocida como 'la hipótesis de fijar la agenda'. Esta hipótesis sostiene básicamente que los espectadores imitan la televisión, es decir que si a lo largo de un período la mayor parte de los reportajes son dedicados a un tema en particular como, por ejemplo, el tráfico de drogas, y si entonces, días después y fuera del contexto de la televisión, se le pregunta a la gente cuál es el principal problema que enfrenta el país, contestará: el tráfico de drogas. En definitiva, los espectadores atribuyen importancia a lo que ven en proporción al tiempo en que lo ven.

Pero a su vez la televisión busca el 'rating', y es aquí donde Shanto Iyengar y Donald Kinder, ...en su libro 'News That Matter. Television and American Opinion', se preguntan: ¿expresa la realidad la televisión o expresa la televisión la realidad? Es decir quién es primero: ¿la realidad o la televisión? ...pero probablemente la respuesta sea, justamente, la duda, y quizá sea en esta duda en donde reside el arte de manejar este medio de comunicación ...la evidencia muestra a un público con una memoria limitada a las noticias del último mes y una vulnerabilidad recurrente a las de hoy. La gente no toma en cuenta todo lo que sabe y sí considera lo que le viene a la memoria, aquellos fragmentos de la memoria... que le son accesibles en forma instantánea", Alejandro A. Tagliavini, 'El poder de la prensa', diario La Prensa, Buenos Aires, 17 de mayo de 1989, p. 9. Me parece que queda claro, pues, la peligrosidad de la propaganda masiva 'negativa' (o lo importante que resulta cuando se quieren conseguir adeptos para aquello que se menciona 'negativamente'). Personalmente, poco tiempo atrás, pude observar un hecho por demás sintomático. Un gobierno realizó una campaña televisiva, supuestamente, contra la droga. El aviso en cuestión, terminaba diciendo "Drogas, ¿Para qué?". La respuesta de los niños fue inmediata, solían repetir en la escuela: "Colegio, ¿Para qué?", es decir, consciente o inconscientemente, comparaban la idea del colegio con la que la propaganda en cuestión transmitía sobre la droga. Lo más preocupante del caso es que, en mi opinión, en la comparación, ganaba la droga. Una cosa muy diferente es el relato 'objetivo' de un hecho puntual, por ejemplo, que un médico, que goza de prestigio entre los oyentes, informe que una persona particular murió por sobredosis de cocaína, cuando se le pregunta por las causas del deceso. Porque, en este caso, el médico no está intentando hacer propaganda barata, es decir, 'informando acerca de la existencia de la droga e intentando influenciar la decisión (supuestamente negativa) de potenciales consumidores', sino que simplemente está, profesionalmente, relatando las causas y efectos. Lo que en realidad sucede es que la verdadera y sana publicidad no es más que una información (con la carga de sentimientos que esto supone), lo más 'objetiva' posible, acerca de las ventajas de determinado producto, y nunca un intento por sobrepasar el libre albedrío del consumidor. Porque, en este caso, en defensa propia, de su naturaleza, de su libre albedrío, reaccionará (de modo espontáneo) negativamente. Su razonamiento subconsciente será el siguiente: "Si esta institución intenta burlar mi libre albedrío que es parte de mi más pura esencia, ¿por qué he de confiar en sus productos y propaganda?, por el contrario, debo defenderme de ellos".

(33) Como se podrá ver, mi planteo final no consiste en 'legalizar' la droga, porque, eventualmente, ésta podría estar prohibida, por la verdadera autoridad (moral), dentro del Estado no coercitivo o dentro de los ámbitos privados en que se dividiría la sociedad. Más aún, creo que proponer la 'legalización' significaría, en alguna medida, desorientar al público. Sin embargo, para un estudio serio del tema, ver 'Evidencias para su legalización', E. A. Nadelmann, Facetas no. 85, USIA, Washington DC 3/89.

CAPITULO II:

EMPRESAS ARTIFICIALES DE ESTADOS VIOLENTOS, MONOPOLIOS Y "REGULACION" COERCITIVA

Me importa, ahora, mostrar la ineficacia de la coerción como método empresario. Y, luego, como método 'regulador' de la actividad social, en general, pero económica en particular. Poniendo especial énfasis en los monopolios porque este estudio me parece muy esclarecedor.

LAS 'EMPRESAS' DEL ESTADO COERCITIVO

Muchas veces, la discusión acerca de la conveniencia o no de la existencia de este tipo de organizaciones artificiales (tengamos bien presente que son artificiales, porque surgen de la coerción, de la planificación del racionalismo y no de la naturaleza del mercado), se ha centrado en las pérdidas o ganancias que éstas pudieran contabilizar. Pero ésta es una discusión falsa (1). Más allá del hecho de que, en muchas oportunidades, se han 'dibujado' los balances de modo de hacerlas aparecer como con beneficio neto positivo, lo que realmente importa es que son ineficientes por definición. Porque el Estado coercitivo lo es. Dejemos sentado que, si bien la eficiencia es subjetiva aunque finalmente objetiva (ya que depende de valores y precios), a los fines 'contables' un parámetro común en el mercado es que la tasa interna de retorno del capital invertido debe superar a la tasa de interés de una plaza financiera libre.

En cualquier caso, lo más importante a considerar es una cuestión de justicia. Ya expliqué que los impuestos coercitivos son pagados por la sociedad en su conjunto, pero que la carga recae, necesariamente, con más fuerza sobre los sectores de menores recursos. En consecuencia, no es justo que, por caso, las rutas, autopistas y caminos, sean estatales y gratuitas, y, consecuentemente, sean solventadas, vía imposición coercitiva, por todos, pero con más fuerza por los que no tienen automóvil y que, muchas veces, ni siquiera tienen dinero para viajar en transporte público. Aquellos que usen las rutas, debieran pagarlas, y no cargar el costo sobre quienes no las utilizan.

Resulta difícil imaginar un canal de televisión, privado y en competencia, por caso, que se plante y diga: "vamos a hacer cortes en la transmisión durante las horas de mayor audiencia porque no tenemos suficientes programas para mostrar". O un negocio que cierre durante las horas de mayor venta, para no vender demasiado. Está claro que es ridículo, pero es lo que suelen decir las empresas artificiales surgidas del Estado racionalista: cuantas veces las escucho solicitar el ahorro de energía, de agua o lo que fuera que manejan.

Por el contrario, este es uno de los 'milagros' de la competencia: siempre tiene abastecido al mercado y hasta en exceso. Y es lo que sucede (como el sentido común lo indica) con la energía eléctrica, el agua y demás, en los mercados, en la medida en que sean naturales, en la medida en que no existe la coerción institucional. Pero, en rigor de verdad, el desabastecimiento es producto, no sólo de la ineficiencia estatal coercitiva, sino, también,

del monopolio o cualquier regulación coactiva del mercado, en definitiva, de cualquier sistema coactivo.

Valga otro ejemplo. Donde la recolección de residuos es un monopolio estatal el usuario paga (directamente o por vía de impuestos o tasas) el servicio, que suele ser caro y malo. Donde el servicio es privado pero monopolístico, porque el Gobierno le otorga licencia a sólo una empresa por zona, el resultado suele ser un poco mejor, pero siempre caro y malo. Donde la recolección no está impedida coercitivamente, es decir, cualquier empresa puede trabajar y el usuario elige la de su preferencia, lo que ocurre es que el servicio suele ser bueno pero, además, muchas veces le pagan al cliente por determinado tipo de desechos que recolectan para reciclaje y otros usos.

Algunas compañías artificiales, realizan grandes campañas publicitarias resaltando las supuestas inversiones que realizan, y las mejoras en el servicio. Pero las inversiones y las mejoras no son mérito. El mérito consiste en la eficiencia, porque ésta significa servir mejor a las personas. Y, si las inversiones, y las mejoras, y las ganancias, no sirven a las personas, entonces no hay eficiencia y, consecuentemente, de acuerdo con el orden natural, no hay mérito. Y la eficiencia no puede existir si no existe competencia, por una cuestión de definición (el desabastecimiento del mercado, las altas tarifas y la notoria mediocridad en el servicio son claros indicadores de ineficiencia), porque es el mercado natural el que la define.

Las privatizaciones

Ahora, la abrumadora evidencia en el sentido de la ineficiencia de las empresas artificiales ha provocando, a lo largo del mundo, una 'fiebre' de 'privatizaciones', hasta en la China comunista. Queriendo significar con esto la transformación de una empresa 'estatal' en 'privada'. Aunque es importante remarcar que se están produciendo una serie de confusiones 'idiomáticas' que nos están conduciendo a un diálogo de sordos. Porque, la verdad es que, hoy la palabra 'privatizar' se utiliza con cualquier significado. Así, por caso, se confunden privatizaciones con transferencias a Estados extranjeros o con simples concesiones.

Algunas empresas, por caso, que pertenecían a un Estado nacional han sido transferidas (vendidas) a Estados extranjeros y con 'reservas de mercado', es decir, monopolios. Usando el lenguaje propiamente, esto de ningún modo ha sido una privatización, sino una simple transferencia a instituciones coercitivas del exterior. Ahora, lo malo de estas compañías contra natura, ya lo vimos, es que significan una carga económica para la sociedad que tiene que pagar esto. Ya sea, porque tiene que cubrir, generalmente por vía impositiva, el déficit que producen, o ya sea porque tiene que soportar precios artificialmente altos, que disimulan el déficit.

Si la empresa es estatal, pero de un Estado coercitivo externo, y trabaja en nuestro país en un mercado naturalmente competitivo, no podrá trasladar el déficit a los precios porque la competencia no se lo permitirá. Y, en consecuencia, deberá solventar las pérdidas con impuestos que pagarán los extranjeros y no los locales. En otras palabras, si bien no deja de ser coercitiva, funciona como 'privada', a los efectos del mercado local.

Siempre y cuando éste sea libre y competitivo, es decir, en tanto no se pueda utilizar la coacción localmente.

Si la compañía pertenece a un Estado extranjero y tiene, en el mercado local, un privilegio monopolístico, lo que ocurrirá, entonces, es que solventará su déficit con precios exorbitantes antes que trasladarlo a su país de origen. Es decir que, a los efectos del mercado local, ésta funciona prácticamente igual que si perteneciera al Estado coercitivo nacional. O quizás peor, porque probablemente sería utilizada para drenar divisas hacia el exterior.

Pero en fin, veamos el 'después' de la privatización. De las empresas privatizadas, en principio, se espera una reconversión. Dado que venían trabajando en forma ineficiente y ahora tienen que acomodarse al mercado. ¿Cuál es, entonces, la razón que mueve a una organización a reconvertirse y ser eficiente? En primer lugar, la nueva situación tiene que ser más rentable que la actual, de otro modo, no habría movimiento. De manera que, si es más rentable, ésta se producirá inevitablemente, invariablemente, ya sea porque cada empresa se reconvierta o porque, las que no lo hagan, queden sepultadas por la mayor competitividad del resto. ¿Y cuánto tiempo demandará este proceso? El tiempo que el mercado demande, porque éste aportará el capital que fuera necesario (sobrepagos, por caso) hasta satisfacer su demanda.

Ahora, para que este proceso se dé, en primer lugar, obviamente, debe existir competencia. De modo que las empresas que no se reconviertan resulten eliminadas por las que sí lo hagan. Pero, cuando las organizaciones, en general, existiendo libertad de entrada para los competidores, no se mueven, es porque el mercado claramente está señalando que, dadas las circunstancias, la reconversión no vale el esfuerzo o, aún peor, puede resultar negativa. Está claro que el capital es sumamente 'serio', el mercado nunca responde a actitudes voluntaristas (en sentido racionalista, es decir, a expresiones de deseos u órdenes de reconversión extrínsecas), solamente (y muy rápidamente) responde a datos reales, 'objetivos'. De donde, si una empresa no se está reorganizando es sencillamente porque los datos reales del mercado le están indicando, claramente, que no debe variar su situación.

El colorario es que, es el mercado natural el que debe decidir que empresas deben existir, que servicios deben prestar, que tamaño deben tener y como deben trabajar. Pero, para que esto pueda ocurrir, de suyo, la propiedad debe ser privada y el mercado natural no debe sufrir interferencias coercitivas. Quiénes manejan cualquier organización, deben tener la posibilidad de vender parte o toda la empresa, o sus bienes. Y deben tener la posibilidad de cerrarla, dividirla o agrandarla, siempre a instancias del mercado natural. En una concesión (2), en donde la propiedad es ajena, estatal coercitiva, nada de esto puede ser realizado y esto significa una definitiva limitación artificial. De aquí, la enorme distancia entre una empresa verdaderamente privada y competitiva, que utilizará todos sus recursos en función de la eficiencia que el mercado demanda, a una concesión, que no puede disponer de gran parte de su capital y, en consecuencia, no puede reconvertirse en el sentido de las necesidades sociales.

Muchas veces, los monopolios surgen como consecuencia de haber 'privatizado' a partir de un argumento falaz: para evitar el déficit estatal. Cuando el verdadero argumento

debe partir de comprender que, la eficiencia económica, es exclusividad de la actividad surgida de la imperancia del orden natural. Es decir, cuando se trabaja sin interferencias coercitivas que mal asignen los recursos al impedir la cooperación y el servicio voluntarios. De tenerse en claro estos principios, las privatizaciones resultarían trámites más sencillos, más rápidos y más transparentes. Para empezar, debieran eliminarse de entrada todas las 'regulaciones' estatales que impiden la competencia en el mercado en cuestión, e inmediatamente surgirán quién sabe cuantas compañías dispuestas a ser las más exitosas, para lo que tendrán que competir en eficiencia y bajas tarifas. Y, para terminar, deberían venderse los bienes, de la empresa a privatizar, sin condiciones de ningún tipo.

Pero el hecho es que, las empresas artificiales a veces se venden con el privilegio de la 'reserva de mercado'. Y, por este privilegio, el Estado obtiene un valor superior al real de los bienes en cuestión. Sobreprecio que, justamente vía monopolio, será transferido, a través de las tarifas, al consumidor. A lo que habrá que agregarle la falta de competencia, que trae aparejado un notable descuido en la calidad y eficiencia del servicio prestado.

El principio filosófico básico a tener en cuenta, ya lo sabemos, es que, todo aquello surgido de la violencia, de la coerción, por ser contrario al principio de orden natural, es necesariamente ineficiente. Porque, en definitiva, contrariar a la naturaleza de las cosas significa desconocer la realidad. En consecuencia, de lo que se trata es que, las empresas, sean aquellas unidades operacionales surgidas de la plena imperancia del mercado natural, de la ausencia de coerción institucional. De lo que se trata, en definitiva, más allá de privatizar o no, es de evitar a la coerción institucional como método empresario, directo o indirecto.

EL MONOPOLIO

Las modas cambian, que duda cabe. Ahora, la 'onda' es ecológica: todo es responsabilidad de la naturaleza. Ahora, como los monopolios son 'naturales', el Estado tiene que garantizar, coactivamente, claro está, reservas de mercado. Por ejemplo, en algunos países, como la distribución de energía eléctrica es un 'monopolio natural', el Estado artificial le garantiza, coercitivamente, a la empresa en cuestión, la 'reserva de mercado'. 'Onda' altamente ecológica, no vaya a suceder que el mercado, donde hay un 'monopolio natural' rompa con la naturaleza y atraiga competencia. Pero también, cuando, por ejemplo, la producción o distribución de energía eléctrica es monopólica, la falta de electricidad, la caída en el voltaje y demás, son 'pecados' de la naturaleza (algún embalse que no está suficientemente lleno y las turbinas que no pueden funcionar, o cualquier excusa). Pero, lo que no queda claro es que, si es un 'monopolio natural', ¿para qué necesita que el Estado garantice coercitivamente la reserva de mercado? ¿para qué garantizar algo que, supuestamente, se da naturalmente?

¿Qué es un monopolio? o ¿qué es lo dañino de este privilegio? La eficiencia del mercado se basa en su propia naturaleza económica. Es decir que, en definitiva, el mercado no es más que el conjunto de habitantes de una sociedad que, en tanto y en cuanto no tengan a la violencia o a la coerción como método de interacción social, funcionará con

relaciones entre partes basadas en la mutua cooperación. En otras palabras, supongamos que una persona quiere un automóvil. Existen tres posibilidades: que lo obtenga por vía violenta o coercitiva (robo, amenaza, u otras formas), que lo obtenga dándole al dueño lo que éste quiere a cambio (aquello que para el propietario tiene más valor actual que el auto mismo) o que no lo obtenga porque no está dispuesto a dar lo que el dueño pretende. O sea que, si dejamos de lado la opción violenta, coercitiva, la relación solamente se dará si ambas personas obtienen lo que prefieren (es decir, que mejoran su situación), es decir, si existe cooperación voluntaria entre ellas, si cada una le sirve a la otra (3). De aquí la eficiencia.

En definitiva, en tanto no exista violencia, coerción, el mercado (que será natural) sólo operará bajo condiciones económicas, eficientes, es decir, bajo condiciones de cooperación mutua entre las partes según las cuales, y dadas las circunstancias (básicamente, la información, el conocimiento), ambas se benefician. Nótese que el único modo de mejorar la eficiencia es mejorando la información (que permite una mejor coordinación de las fuerzas sociales), por ejemplo, si el comprador se informa de que puede comprar el mismo automóvil con otro vendedor a un precio mejor, o un empresario se entera de que existe un mejor método de producción.

Ya habíamos visto que, el hecho de que un producto o servicio sea único en el mercado natural no constituye monopolio por cuanto absolutamente todo producto o servicio tiene, de suyo, algún diferencial (mínimo o máximo) que lo convierte en naturalmente único. En consecuencia, el monopolio es aquella situación en donde, un producto o servicio, es único más allá de sus diferenciales naturales. Es decir, es artificialmente único. Ahora si es artificial, de suyo, contrario a lo natural (y espontáneo), implica, de modo necesario, que debe ser impuesto artificialmente, es decir, coercitivamente.

Y esto es el monopolio: es la exclusividad en determinada actividad, producto o servicio que tiene alguien en base a que coercitivamente se prohíbe la entrada de otro. Pero como el monopolio de la violencia pertenece al Estado artificial, el Estado racionalista es el único que puede crear y mantener estas 'reservas de mercado'. Así es que, todo monopolio, que implica que las partes no pueden tener una relación de mutuo acuerdo porque, por vía coactiva, le están impidiendo la entrada en el mercado, es, necesariamente, artificial en el sentido de que es creado por la violencia y no por la naturaleza que, por el contrario, prevé las relaciones de mutuo acuerdo. Consecuentemente, un 'monopolio natural' es una contradicción en términos. Luego, en el próximo Capítulo, cuando estudiemos 'Empresa y Monopolio', para reforzar esta última afirmación, veremos que resulta imposible la existencia 'empírica', 'práctica', de monopolios no surgidos de la coerción institucional. Es decir que, es imposible la formación de monopolios de modo intrínseco a las empresas, de modo espontáneo en el mercado natural.

Un monopolio, por cierto, es prohibir la libertad de trabajar, de ejercer una industria lícita, es inmoral, que duda cabe. Pero, además, es poco práctico, porque lo que mueve a la eficiencia es la posibilidad de perder el lucro en manos de la competencia, que puede surgir en cualquier momento y bajo cualquier forma. Una organización privada, en un mercado gobernado por el orden natural, tiene que ser eficiente por fuerza, mejorar su

productividad, la calidad, bajar los precios, pagar mejores sueldos y demás. ¿Por qué? Por una sola y única razón: porque el mercado naturalmente se lo exige o se vuelca a la competencia. Sin duda es ésta posibilidad, ésta competencia potencial, la que mantiene alerta a los empresarios, que deben esforzarse por bajar precios y mejorar los productos. Y es, además, la que los obliga a invertir, para mejorar la calidad y productividad (4). Pero además, remarco, lo importante de la competencia no es sólo la actual sino, también, la potencial y la sustituta.

Si bien es cierto que resulta difícil imaginar que, un mismo consumidor, pueda ser servido por varias compañías de redes de gas natural, no es menos cierto que, de una forma u otra, la competencia potencial existe, directa o sustituta, en tanto y en cuanto el Estado coercitivo no la prohíba. Ni las calles de una ciudad, ni las plazas, ni los museos, ni el gas, ni la energía, ni los transportes, ni ninguna otra actividad son 'monopolios naturales'. No existe razón técnica de ninguna especie para que no existan dos superautopistas paralelas, ni dos redes de gas domiciliario (y tres y cuatro), ni varias redes de distribución de energía eléctrica. Si hasta existen empresas que han propuesto la construcción de redes ferroviarias subterráneas paralelas, porque entendían que el mercado lo justificaba.

Algunos cultores de la idea de los 'monopolios naturales' aseguran que, si bien es posible que existan, por ejemplo, dos compañías distribuidoras de electricidad, esto significaría un desperdicio de los recursos sociales porque, el tener dos redes paralelas, aumentaría el costo. Sin embargo, según Walter J. Primeaux (Jr.), "Los datos sobre costos recogidos en las ciudades en donde existen dos distribuidores de electricidad..." demuestran que "...En lugar de que la competencia resulte en un aumento en los costos, se encontró que eran menores..." (5), debido a la natural eficiencia que supone la permanencia en un mercado abierto.

El principio filosófico es elemental. En el mercado natural, lo que importa es el servicio a las personas (y esto marca la eficiencia). En el monopolio, esta relación de cooperación y servicio, entre empresario y sociedad, queda destruida por la coerción estatal que pasa a ser el criterio de las relaciones entre los seres humanos. Así las cosas, como los racionalistas, los materialistas, estudian a la economía en términos materiales y, consecuentemente, sacan conclusiones materiales: dos redes cuestan más que una. Pero el mercado natural no es materialista, de manera que poco le importa cual es el 'costo material' y, consecuentemente, sólo registra el costo personal y social. Ahora, el costo personal y social es, necesariamente, justo, eficiente, económico, cuando, según vimos, las relaciones son voluntarias. Por consiguiente, el mercado natural será más eficiente (menos 'costoso') que el monopolio, aun cuando existan dos redes eléctricas, o tres y, ¿por qué no?, mil quinientas, si así lo decide la eficiencia del mercado a través del libre albedrío de la persona humana.

Tomemos, por caso, las rutas. Uno de los primeros argumentos que surgen, cuando de peaje se habla, es que es imposible que existan, por ejemplo, dos autopistas paralelas que pudieran competir de modo de obligar a los empresarios a ser eficientes y a bajar las tarifas. Y que, en consecuencia, quienes resultaran dueños de una vía para automóviles, tendrían en su poder un 'monopolio natural', que aprovecharían para hacer desproporcionadas ganancias, cobrando tarifas a su antojo y sin realizar las inversiones

necesarias.

Supongamos que una autopista es verdaderamente privada, es decir, la empresa en cuestión, es dueña de los terrenos, el asfalto, la iluminación y todo lo demás, porque así surgió del mercado natural. Inmediatamente el dueño empezará a cobrar peaje de modo de hacer que su inversión sea rentable. Si el servicio que presta es malo o las tarifas excesivamente elevadas, en tanto el Gobierno coercitivamente no lo prohíba, existe la posibilidad de que alguien le instale una ruta paralela, aunque fuera a uno o dos kilómetros de distancia. O se podría hacer algo más simple, por ejemplo, construir, a apenas cien metros, una simple calle que prestara un mejor servicio y que, si bien no le quitaría todo el caudal a la autopista, produciría una merma que obligaría a cambiar las reglas hasta mejorar comparativamente su servicio con el de las alternativas paralelas.

Pero, además, existe la competencia sustituta o alternativa. Muchos transeúntes podrían decidir que les conviene viajar en micros, en avión o en tren, o no viajar. La competencia sustituta (en rigor de verdad, si recordamos que todo producto tiene un diferencial aunque sea mínimo, toda competencia es sustituta), no es en absoluto despreciable puesto que permite, además, que el mercado natural, la sociedad, elija qué clase de modo prefiere para transportarse. Y esto, dado el tipo de infraestructura que conlleva, puede tener significativa influencia sobre aspectos urbanísticos, arquitectónicos y ecológicos. Aspectos sobre los que, la sociedad, tendría más dominio si se establecieran sistemas acordes con el mercado natural.

Dicho sea de paso, hablando de transportes, una de las razones por las cuales los ferrocarriles han sido un pésimo negocio, es porque en general tuvieron que enfrentar la competencia desleal del automotor. Ya que es común que este subsidiado, pues, en la mayoría de los casos, no paga por la vía que utiliza, mientras que el ferrocarril casi siempre tuvo que hacerlo. Y, hablando del transporte ferroviario, digamos que es importante que las vías y los terrenos correspondientes pertenezcan a la empresa privada, sin ningún tipo de condición. Si, en este mercado natural, algún ramal del ferrocarril continuara siendo deficitario, lo lógico sería que se decida cerrarlo. Porque, cuando hay ausencia de violencia institucional, la rentabilidad no es un capricho (ya vimos que el lucro es el premio por servir mejor). En una sociedad, la gente, en conjunto, decide cuáles son sus necesidades prioritarias, otorgando mayor beneficio a las empresas que más necesita y menor a las menos necesarias. Ciertamente, no tiene sentido que toda la sociedad se haga cargo de un ramal por el que circulan pocas personas, sino que resultaría más económico que utilizaran otro medio.

El Estado violento comete un grave error al otorgar monopolios, porque esto impide que el mercado natural (las personas, y la autoridad moral que supone) controle y regule a las empresas en cuestión, y porque desnaturaliza todo el proceso y esencia económica de la sociedad, del orden natural. Existiendo los monopolios, se ve en la 'obligación' de 'regularlos' porque, de otro modo, daría la impresión de que las empresas se convertirían en omnipotentes. Lo que, dicho sea de paso, aumenta el gasto estatal inútil, pues hay que crear y mantener los entes 'reguladores'. Pero esta 'regulación' es de origen, según veremos, falsa, imprecisa, en el sentido de que es incapaz de acertar con la realidad.

En definitiva, digámoslo crudamente, las únicas 'razones' que mantienen vivos a los monopolios son los intereses económicos egocéntricos creados alrededor de ellos. Empezando por el Estado coercitivo y sus asociados. Así, de todo lo que hemos visto, surge claramente que una ley artificial 'antimonopolio' es un contrasentido (6).

LA 'REGULACION' COERCITIVA

"Cuántas más restricciones existan y más artificiales sean los tabúes que haya en el mundo, más se empobrecerá la gente... Cuanta más prominencia se dé a las leyes y regulaciones, más ladrones y bandidos habrá", Lao-Tsé.

Como decía, al otorgarles el monopolio, el Estado artificial, suele poner, como contrapartida, entes 'reguladores' que, supuestamente, los controlarán. Pero sucede que terminan (las empresas en cuestión con la ayuda del los entes estatales coercitivos) produciendo verdaderas distorsiones con tarifas irreales y prestando servicios de mediocre calidad. Luego, nos encontramos con que, los monopolios, tienen importantes discusiones con los 'reguladores' estatales. Y, de esta discusión, lo único que quedará claro es que, por un lado, deben ser regulados pero, al mismo tiempo, resulta obvio que el Estado racionalista es incapaz de hacerlo. Si entendemos por regulación la adaptación del servicio a las condiciones reales que el mercado exige, que necesita para funcionar adecuadamente, al orden natural, se entiende.

Evidentemente alguien tiene que controlar a estas empresas, y a la economía en general. Pero el regulador debe ser el mercado en forma natural (que implica, de suyo, la autoridad moral) y no el Estado en forma coactiva, por muchos y diferentes motivos. Para empezar, por una cuestión tan elemental como es que sólo el mercado sabe lo que necesita. En consecuencia, sus indicaciones no deben ser interferidas artificialmente por imposiciones racionalistas.

Veamos por caso las tarifas. ¿Cómo puede el burócrata saber cuál es la tarifa justa (7)? De verdad que no tiene manera de saberlo. No puede comparar con otros países (salvo a título puramente ilustrativo y anecdótico), por el simple motivo de que el mercado local es único y exclusivo. Tiene una particular situación y conformación geográfica, una geología, una distribución industrial y social única, y otros temas que, claramente, hacen que no valgan las comparaciones con otras situaciones. Tampoco puede referirse a un análisis de costos, por la sencilla razón de que, el mercado, no se maneja con costos sino con beneficios. Es decir, que las inversiones se vuelcan hacia donde existe mayor rentabilidad, el nivel de los beneficios marca el nivel de las inversiones. Dicho de otro modo, si el mercado está muy necesitado de energía eléctrica, por ejemplo, lo que hará es soportar altas tarifas de modo que las empresas obtengan altos beneficios y esto mueva a nuevos capitales a entrar en la generación y distribución. Por el contrario, si el mercado no necesita energía eléctrica, porque ha encontrado sustitutos que le convienen más, o porque ha cambiado su perfil de producción hacia industrias de bajo consumo, o por cualquier otra razón, lo que hará es presionar para que bajen las tarifas, disminuyendo la demanda, de modo de desalentar la inversión en el área eléctrica y, aun, promover la derivación de las

inversiones hacia otros sectores.

Por otro lado, como el mercado natural no es otra cosa que la sumatoria de millones de decisiones diarias que toman los habitantes de una sociedad, en función de su libre albedrío, resulta en absoluto imposible predeterminar cual será su comportamiento. Nadie puede anticiparlo con certeza, ni los mejores analistas económicos, que lo más que pueden hacer es tener una vaga idea de cual pudiera ser la tendencia futura de una determinada actividad. Pero es en absoluto imposible que mortal alguno pueda saber, con la precisión que necesita un mercado que pretenda ser serio, cual será la evolución real de la tarifa, la evolución que el mercado demanda. Porque esto significaría conocimiento perfecto, ya sea, porque conoce anticipadamente como reaccionarán cada uno de los millones de seres humanos y es capaz de sumar este resultado, o ya sea porque (lo que, en definitiva, es lo mismo puesto a la inversa) conoce perfectamente hacia donde nos conduce el orden natural, lo que implica conocer perfectamente las millones (infinitas, en realidad, de aquí que es imposible conocerlas) de variables involucradas (la sumatoria de millones de decisiones diarias; pero sólo las positivas porque las negativas desaparecerán, de aquí que el mercado natural este de suyo dirigido al bien).

Menos aún, mucho menos, diría, si tenemos en cuenta que los burócratas racionalistas están, inevitablemente, influenciados por motivaciones 'políticas' (necesariamente arbitrarias, egocéntricas, en tanto sean coercitivas, según vimos), pueden ellos acertar con la tarifa que al mercado le conviene, la tarifa que demanda para actuar eficientemente (8).

Así, con la razón, el hombre no sólo no puede planificar a la sociedad, sino que ni siquiera un empresario particular puede saber, con rigor científico, cual será la tarifa dentro de pocos meses. Este fenómeno se ve claramente en los mercados de valores, en las Bolsas de Comercio. Cuyas fluctuaciones son 'histéricas' e imposibles de predeterminar científicamente, por muchas construcciones matemáticas y gráficos computarizados que realice, por mucho racionalismo que le ponga. Demás está decir que, éstos son sólo mercados como cualquier otro, la única diferencia es que, debido al producto que manejan, 'papeles', suelen fluctuar con mucha rapidez. Pero todos los mercados, el mercado, funciona del mismo modo y es igualmente impredecible.

En definitiva, queda claro que, la 'regulación' artificial no es más que un intento racionalista por imponer un orden por encima de lo que manda la naturaleza de las cosas. Y, en consecuencia, está inevitablemente destinada al fracaso, a producir el caos y el desorden.

Para finalizar, señalemos que un factor sin duda crucial en la disminución del 'costo interno' de cualquier país es, precisamente, el de la eliminación de las 'regulaciones' artificiales. Visto que estas 'atacan' a la economía por tres lados: el primero, porque la cantidad de normas que hoy existen complican, encarecen con trámites absurdos y hasta inhiben muchas actividades; el segundo, porque aumenta el tamaño del Estado con más oficinas burocráticas dedicadas a regular; y el tercero, porque, al otorgar el gobierno muchas reservas de mercado totales o parciales, sucede que, quién no tiene competencia que lo obligue, no baja los precios o no sirve eficientemente por muchos organismos

estatales 'reguladores' que existan.

LAS REGULACIONES POR RAZONES DE SEGURIDAD

El recordado desastre de Chernobyl, por caso, ocurrió en la ex Unión Soviética, en una planta nuclear propiedad del Estado artificial. En tanto que en los Estados Unidos, siendo que las centrales nucleares son todas privadas, nunca hubo un desastre que lamentar (9). De donde, se infiere directamente que, históricamente hablando, las plantas en manos privadas han resultado más seguras. Ahora ¿es casual que hayan resultado más confiables, o existen motivos para que las cosas ocurran de este modo?

Y lo cierto es que, no sólo son, necesariamente, más seguras, sino que, además, se adecuan mejor a las necesidades ecológicas.

Lo cierto es que, 'los privados', las personas en una sociedad gobernada por el orden natural, están necesariamente impelidas a ser responsables, porque manejan sus propios recursos, y serían los primeros en perjudicarse por un manejo irresponsable y, de no hacerlo bien, el mercado los hará quebrar. Este Estado, en cambio, maneja los ajenos, que vía coerción ha quitado a la sociedad. En consecuencia, es doblemente irresponsable, porque no maneja lo propio, y porque lo obtiene por vía violenta. Por ende, no le importa malgastar (más allá de la retórica de los políticos y burócratas), sencillamente porque puede obtener lo que quiera cuando le venga en gana.

Es un absurdo metafísico, palpable en la realidad de la vida cotidiana, ya lo escribí, que el hombre tienda a destruirse a sí mismo. Muy por el contrario, tiene una clara y tenaz actitud en favor de la vida. Y la vida, que duda cabe, queda amenazada por desastres nucleares y por desastres ecológicos. Una central nuclear en manos de este Estado, es una central nuclear en manos de una entidad irresponsable, violenta e ineficiente, es un verdadero peligro nuclear y ecológico. En manos del mercado natural, es decir, en la medida en que gobierne el orden anterior a la sociedad, es una central en manos de la gente, de las personas que sabrán defender su vida antes que nada.

Veamos otro ejemplo: las compañías aerocomerciales. En los países en donde existe verdadera competencia, las líneas aéreas hacen de la seguridad en los vuelos un tema primordial. Cuando existe fuerte competencia, no hace falta que un avión se caiga, basta que los pasajeros (que están arriesgando su propia vida y no la de un burócrata) noten la menor falla, para que esa empresa quiebre por falta de clientes (10). Pero, no sólo tendrá cuidado por los pasajeros, sino porque, además, perder un avión, en un mercado altamente competitivo, es un problema demasiado costoso. Aún más, si la competencia fuera real, los primeros en no volar, ante dudas en la seguridad, serían los pilotos que, habiendo un monopolio, sólo pueden protestar (y no demasiado), visto que no tienen otra empresa donde trabajar.

Y para mantener estos altos estándares de seguridad, utilizan métodos y tecnologías que, por lo novedosos, generalmente son desconocidos para el burócrata estatal.

Los monopolios (y todas las empresas artificiales), en cambio, tienen la virtud de desvirtuar los criterios empresarios, y las compañías dejan de comportarse eficientemente para convertirse en meras recaudadoras de caja. Cuando existe monopolio, oligopolio o cualquier 'regulación' estatal que inhibe artificialmente a la competencia, las empresas ponen poco énfasis en la seguridad, visto que, aunque derriben sus propios aviones con artillería antiaérea, los pasajeros no tienen otra alternativa que seguir volando con ellos. Y, entonces, la seguridad en los vuelos, si existe un organismo 'regulador' coercitivo, quedará en manos de burócratas que, para cuando algún avión se caiga, el trámite estará en alguna ventanilla de vaya a saber cuál repartición.

Sabemos que el mercado natural siempre da primera importancia a las prioridades humanas, y la prioridad empieza por la vida. Es decir que, lo primero que defiende son las cosas más básicas, lo que, en rigor de verdad, no tiene nada de extraño sino que es propio del orden natural. En otras palabras, cuanto más sea respetada la naturaleza del mercado, cuanto menos violencia coercitiva lo interfiera, más riguroso será en el control de aquello que es más importante. ¿Acaso un burócrata, para el que un producto peligroso no es más que un expediente aburrido, va a defender más la calidad que el consumidor que se está jugando la propia vida? Esta claro que el Estado racionalista es en absoluto incapaz de garantizar la máxima seguridad. Y, en tanto distorsione coercitivamente a la competencia con 'regulaciones' artificiales, en tanto impida a los ciudadanos la libertad de elegir, la posibilidad de autorregular la seguridad, está poniendo en serio riesgo la vida de las personas.

EL 'LOBBY'

Finalmente, una consecuencia destacable de las 'regulaciones' coercitivas es que, al quedar el poder de decisión en forma discrecional en un funcionario, y no en el mercado natural, en la decisión de la gente, además de la corrupción que esto significa y que ya hemos visto, se produce, también, una degeneración del espíritu 'democrático' de la sociedad, que queda reemplazado por los burócratas, advenedizos dictadores. Y este hecho, a su vez, da lugar al 'lobby'.

Si existe alguna democracia real, no sólo para los discursos políticos, ésta está inmersa en un mercado con ausencia de coerción institucional. Un mercado natural es una plaza en donde, todos y cada uno de los millones de habitantes de una sociedad toman, en función de su libre albedrío, todos los días, a cada hora, a cada minuto, las decisiones que les viene en gana tomar (finalmente, en función de la autoridad moral) (11). Y, con estas decisiones, votan en favor o en contra de empresas, de servicios, de programas de televisión, de educación, de cultura, de salud, y todas las demás cuestiones que hacen a sus vidas. En un mercado natural, el burócrata no decide nada, todo lo decide la sociedad, la gente, en orden a lo voluntario y lo natural, en orden a sus creencias y libre albedrío. Y tampoco, y éste es un gran sofisma del que se han valido los estadistas, deciden los grandes grupos económicos, los grandes empresarios. Sino que, por el contrario, éstos tienen que servir con la eficiencia que les exige la gente, el mercado, so pena de desaparecer.

Ahora, si el Estado le otorga a una empresa un privilegio monopolístico,

oligopólico o algún tipo de beneficio aduanero, por ejemplo, lo que está haciendo es poniendo la coerción, la violencia, al servicio de los intereses materiales de la compañía en cuestión. Y, entonces, se degenera todo el sistema democrático del mercado, convirtiéndose en una empresa que utilizará la coerción, que le facilitan, para ganar dinero. Y, ahora sí, serán los grandes empresarios, en connivencia con los burócratas, quienes decidirán a espaldas de los ciudadanos.

En un monopolio, por caso, lo que hará la empresa para lucrar, ya no será conquistar el favor del consumidor, de la gente. Lo que hará es 'lobby' para mantener el privilegio y para congraciarse con los entes 'reguladores' estatales que, supuestamente, lo tienen que controlar. Y, luego, utilizará la violencia que el Estado le garantiza, en primer lugar, para evitar que exista la competencia quitándole al mercado la libertad de elegir, de decidir. Y, entonces, las decisiones quedarán en manos del empresario monopolístico que fijará las tarifas y la calidad de servicio que le venga en gana ofrecer a su egocentrismo. Egocentrismo, por cierto, disfrazado de interés nacional, justicia social y otros tantos argumentos más para distraer la atención sobre la realidad: él y el burócrata deciden, egocéntricamente por simple definición (12).

Notas al Capítulo II

(1) Por ejemplo, según Ian Senior "Los servicios de la Oficina Postal Británica (estatal) son probablemente los más lucrativos del mundo. Esto contrasta con muchos otros países industrializados..." en donde, a pesar del monopolio, los servicios postales deben ser fuertemente subsidiados por el Estado. Pero este lucro se debe al monopolio del que gozan, la prueba está en que, en aquellos servicios que prestan en competencia con otros operadores privados, perdieron fortunas. Ver 'Liberating the letter', en 'Privatisation & Competition', IEA, London, 1989, p. 109.

(2) Entre los muchos ejemplos que demuestran que, una concesión, no resulta más que un solución muy parcial ver, por caso, "Vuelven a subir los subsidios para los trenes privatizados", diario Clarín, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1997, p. 22. En este artículo (cuyo título está equivocado porque, los trenes en cuestión, no son privados sino de propiedad estatal, con un concesionario privado) se muestra, claramente, que sólo ha mejorado un poco la gestión empresarial. Pero, al continuar siendo estatal la propiedad, estos ferrocarriles continúan siendo una carga para la sociedad.

(3) "Ambos el comprador y el vendedor se benefician (reciben utilidad) porque el último necesita el dinero del primero y el primero necesita el bien. Por esta razón, cada una de estas cosas es dada al otro como una recompensa", Francisco García, escolástico español, 'Tratado Utilísimo de Todos los Contratos, Quantos en los Negocios Humanos se Pueden Ofrecer', Valencia, 1583, p. 213. "Porque tanto entra con el precio en poder del vendedor, quanto por la cosa vendida en poder del comprador, quanto por el precio que salió de su caudal, y tanto entra por la cosa vendida en poder de el comprador, quanto por el precio salio de su caudal", Bartolomé de Albornoz, escolástico español, 'Arte de los Contratos', Valencia, 1573, p. 63 (citados por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Igantius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 113 y pié de p. 114, respectivamente). Con esta misma tesis tomista, entre tantos otros, coincide Richard de Middleton (ca. 1249-1306), franciscano y escolástico británico de la Universidad de París.

(4) "La competencia no sólo es importante por los efectos directos de incentivo en las firmas de la industria sino, también, porque tiende a generar más información que puede ser utilizada por los dueños de una firma para mejorar el monitoreo de la performance", George Yarrow, 'Does Ownership Matter?', en 'Privatisation & Competition', IEA, London, 1989, p. 68. Así, los competidores incentivan y enseñan a trabajar mejor. De donde, al contrario de lo que es creencia popular, la competencia, no sólo no destruye a las buenas empresas, sino que las mejora de tal modo que, en muchos casos, llegan a aumentar sus ganancias en forma considerable (Ver, por ejemplo, 'Sector growth outstrips US economy', Financial Times, London, November 4 1997, p. 5).

(5) 'Electricity Supply: An End To Natural Monopoly', Walter J. Primeaux, Jr; en 'Privatisation & Competition', IEA, London, 1989, p. 131. En particular, con respecto al tema de la electricidad, puede verse 'The Electricity Business: Power to the People', The Economist, 28 de marzo de 1998.

(6) "... la historia económica de Estados Unidos muestra que aquellas leyes antimonopólicas, paradójicamente, sirvieron para otorgar monopolios artificiales en detrimento de la competencia (Véase Richard A. Posner, 'Antitrust Law', The University of Chicago Press, Chicago 1976; Dominick T. Armentano, 'Antitrust and Monopoly: Anatomy of a Policy Failure', Wiley-Interscience Pub., New York 1982; y Roy A. Childs, 'Big Business and the Rise of American Statism', Liberty Against Power, Fox & Wilkes, San Francisco 1994). Como señala Gabriel Kolko ('The Triumph of Conservation', Kuadrangle Pub. Co., Chicago 1976, pp. 4-5) 'a medida que existieron más competidores el poder económico quedó disperso a través de la nación, y resultó claro para muchos empresarios importantes que solamente el gobierno nacional podía revertir la situación... No fue la existencia de los monopolios que causaron que el gobierno federal intervenga en la economía sino, por el contrario, la inexistencia de ellos'. La verdad es que muchos de los empresarios quisieron asegurarse reservas exclusivas de mercado recurriendo al gobierno, quien a través de 'legislación antimonopolica' logró el objetivo", Alberto Benegas Lynch (h), 'Socialismo de Mercado', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 199.

(7) Obviamente aquí me estoy refiriendo a la tarifa (al precio) como 'mecanismo' de distribución y no estoy intentando una valoración moral (recordemos que, según vimos al estudiar la teoría del valor, el precio y el valor no tienen relación directa). Sin embargo, es bueno recordar que, finalmente, todo se 'sintetiza' en la moral, porque, de hecho, finalmente el hombre nació para ser moral (para seguir al orden natural). Así, podríamos decir que la tarifa justa, lo mismo que el salario justo (de hecho, están íntimamente relacionados, desde el momento en que los salarios son altos o bajos en relación con las tarifas y precios que tienen que enfrentar), hace referencia a una cuestión moral básica (toda la economía, en definitiva, lo es). De modo que no puede, de suyo, referirse a costos o decisiones arbitrarias de ninguna persona extrínseca, sino, sólo y exclusivamente, a la utilidad personal y social. De aquí que, las economías 'reguladas' coercitivamente, sean inmorales, porque no responden a los mandatos del orden natural (el mercado natural) sino al arbitrio del funcionario de turno que (ya hemos estudiado), de modo necesario, será egocéntrico e imperfecto (por mucho que se lo disfrace de 'justicia social').

(8) "Creo que sería mejor no tener una tasa oficial...como ocurre en muchos lugares con efectos perniciosos. Rebelo asegura que todos en Lisboa hubieran muerto de hambre si una tasa oficial para el trigo hubiera sido impuesta...y no encontraras un solo grano de trigo a la tasa oficial...y si lo encuentras será con mil trampas y fraudes. Y también porque parece

dañino obligar a los agricultores a vender a la tasa oficial en años de escasez de trigo, cuando tienen que pagar altos costos de producción y cuando la común estimación asegura una tasa más alta para el trigo", Henrique de Villalobos, escolástico español, 'Summa de la Theologia Moral y Canónica' (Barcelona, 1632) bk. II, p. 344 (citado por A. A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 110).

(9) El peor accidente nuclear, en los EE.UU., se produjo, durante 1979, en la Isla de las Tres Millas, Pennsylvania. Pero éste no es comparable con el ocurrido en Rusia. Por otro lado, tengamos en cuenta el porcentaje, dado que en el país anglosajón existen mucho más de 100 centrales nucleares.

(10) Por ejemplo, es sabido que a los pasajeros les molesta mucho el atravesar por tormentas o turbulencias. Pero, desviar la ruta del avión, además del retraso que esto puede significar, tiene un costo importante en combustible y demás. En consecuencia, si hay competencia las líneas evaluarán esto con mucha atención de modo de no perder pasajeros, si no la hay, sencillamente ahorrarán combustible. Tengamos en cuenta que a la competencia se la puede inhibir, no sólo directamente, sino, también, indirectamente. De hecho, por ejemplo, las 'regulaciones' que prohíben la libre instalación de aeropuertos, provocan una merma en la oferta aérea, debido a la incapacidad de las instalaciones existentes para recibir más tráfico en forma fluida y eficiente, es decir, económica.

(11) Ya he explicado que, en la sociedad natural, finalmente, la autoridad moral se impone de suyo, porque esto hace a la supervivencia del hombre. Para verlo claramente, pongamos un caso extremo. Supongamos que la autoridad moral (que, si verdaderamente es tal, será necesariamente para bien) prohíbe (obviamente, no de modo coactivo) el cianuro por ser causante de muerte. Aquellos que desobedezcan morirán y, con ellos, la desobediencia. Así, el orden natural está necesariamente dirigido al bien, porque, según sabemos, el libre albedrío provocará acciones malas y buenas, las malas desaparecerán y las buenas (que necesariamente se producirán aunque sea por 'casualidad') quedarán e irán sumando. Por otro lado, está claro que "Abrir el sistema a un mayor poder de las minorías y permitir a los ciudadanos desempeñar un papel más directo en su propio gobierno son tareas necesarias... El tercer principio vital de la política del mañana tiende a deshacer el atasco en la toma de decisiones y a atribuir las al lugar que corresponden... Lo llamamos 'distribución de decisiones'" Alvin y Heidi Toffler, 'La creación de una nueva civilización', Plaza & Janés Editores, España 1996, p. 129. Son muchos los autores que han hablado de la "soberanía del consumidor", por ejemplo, ver Ludwig von Mises, 'Human Action', Contemporary Books Inc., Chicago 1966, p. 269, The Sovereignty of the Consumers.

(12) Ya que apareció la palabra consumidor, quiero hacer una aclaración: un mercado sin violencia institucional, es decir, con imperancia del orden natural, nada tiene que ver con lo que podríamos llamar la 'cultura del consumismo'. Por el contrario, esta 'cultura' es el resultado de la alienación, propia de la sociedad artificial, que produce la violencia institucional, que impide que las personas, a través del orden natural, de su propia esencia, puedan realizar su vocación. Es creencia común que, los empresarios suelen 'crearle' a la gente necesidades artificiales a través de la publicidad de modo de vender sus productos. Esto resulta cierto sólo en la medida de la sociedad artificial, de la 'cultura del consumismo'; ya que, en una sociedad sana, en donde la gente tiene valores verdaderos y puede libremente realizar su vocación, difícilmente puedan crearle necesidades. Si una persona, entre otras cosas, cree que la autoridad moral no existe y que, en consecuencia, la autoridad debe ser impuesta por vía coactiva, además del materialismo que esto supone, la persona en cuestión tiene, evidentemente, un vacío moral que (como su tendencia es

materialista) llenará con cuestiones materiales, que no responden a un orden moral, sino a la simple necesidad de llenar un vacío. Puesto en forma muy sintetizada, pero no por esto menos real: como la autoridad coercitiva depende, en última instancia, de lo material (las armas), conlleva, de suyo (más allá de la retórica de los idealistas), que el 'orden' material (quién tiene más dinero) es quién manda y, quién, en definitiva (como que manda, como que finalmente se impone), es quién tiene la 'verdad'; de aquí que, no sólo sea importante tener dinero y bienes materiales, sino, también, aparentarlo (del mismo modo que quién consigue convencer aparentando que tiene un arma). Así, puede verse que todos los 'poderosos' quieren ser amigos del presidente del país; y que, todo el resto de la sociedad, quiere ser amigo de estos poderosos; y así intentan frecuentar los mismos costosísimos lugares (que son los de moda), y así intentan imitarlos con el fin de confundirse con ellos. Y así se recicla todo el consumismo. Por el contrario, cuando la autoridad es moral, nada de esto tiene sentido. No es más poderoso el que tiene más dinero, sino quién es más moral. Y, como la autoridad es la moral, y no la arbitrariedad del gobernante, ser amigo del funcionario no implica la posibilidad de obtener más poder. De modo que, al contrario de lo que ocurre en la sociedad artificial, cuando gobierna el orden natural a nadie le importa ni tener más dinero ni ser más amigo del gobernante, sino ser más moral. Porque todo le está indicando, claramente, que el poder (ahora en sentido eficiente) y la verdad pasan por la moral. Así, por señalar un ejemplo, en la 'cultura del consumismo', lo que vale es el cuerpo joven (porque éste es capaz de fuerza física) y no el alma (que es capaz de fuerza moral); cuando lo que es cierto es que ambos valen, pero el alma, es primera. Siendo que ésta es más rica, en principio, cuando tiene más años de crecimiento y maduración.

CAPITULO III

LA EMPRESA

Me parece que es el momento de que estudiemos (apretadamente, por cierto) a la verdadera empresa, porque esto nos permitirá ahondar en la naturaleza del mercado y la sociedad, en definitiva, de la persona humana.

GENESIS Y ESENCIA

Lo cierto es que, en la teoría económica neoclásica (cuya característica es que cree en el equilibrio del mercado, lo que implica el conocimiento perfecto, y, por tanto, que éste es estático y rígido), la empresa como tal no existe. Así, para esta teoría económica que, sin duda, es hoy la más difundida, la 'empresa' no es más que una función productiva, o un conjunto de posibilidades de producción, un medio para transformar insumos o aportes en productos o servicios. Es decir, supuesta una serie de factores: una tecnología disponible, un vector de precios de los insumos y recursos humanos y un programa de demanda, la 'empresa' maximiza sus beneficios monetarios con la única restricción de que sus planes de producción deben ser tecnológicamente factibles. Una visión muy pobre de la organización humana, en donde, precisamente, falta la persona, como resultado previsible de una teoría racionalista.

En definitiva, la 'empresa' está modelada como un actor único (egocéntrico) que se encuentra ante una serie de decisiones cuya complejidad es relativa: qué nivel de producción alcanzar, cuánto emplear de cada uno de los factores, y poco más. Claro que estas 'decisiones' (recordemos lo que decía Juan Pablo II al respecto de los juicios morales) en el fondo solo son cálculos matemáticos implícitos en los datos que sustentan el emprendimiento. En el largo plazo, la 'empresa' puede también escoger una combinación óptima de magnitud y producción. Pero, aun esto, queda determinado por las características de la función productiva (economías de escala, campo de acción y resultados). En resumen, en la actualidad, es creencia común que la 'empresa' es un conjunto de curvas de costos y la 'teoría de la empresa' es un problema de cálculo y no, como veremos que realmente lo es, una acción humana.

Probablemente, una de las respuestas más acertadas, hasta hoy, a la pregunta ¿qué es una empresa? ó ¿por qué existen las empresas?, sea la teoría, según la cual, ésta es una agrupación de personas que, trabajando en equipo, han desarrollado un conocimiento y capacidades difíciles de duplicar. Consecuentemente, sus márgenes de ganancia (de donde se deducen las estrategias por las cuales se rigen las adquisiciones, las expansiones y las decisiones sobre producción y compras) dependen de la índole de ese conocimiento y de esas capacidades (1). Pero ésta sigue siendo una teoría racionalista, puesto que en ella subyace la creencia en la superioridad de la razón. De hecho, la 'empresa' es, básicamente, la razón del hombre que 'ha desarrollado un conocimiento y capacidades difíciles de duplicar'. Cuando lo cierto es que, es el mercado natural, 'en tiempo real', quién decide que es conocimiento válido y cuales capacidades útiles, si es que son útiles.

En cualquier caso, una empresa no es más que "una acción ardua y dificultosa que valerosamente se comienza", según la Real Academia Española, lo que no es poco decir, según iremos viendo. Es, en definitiva, una reunión de personas, en función de la inevitable naturaleza social del hombre, con la intención de realizar una acción con consecuencias económicas, que luego el mercado natural definirá. No es, por tanto, la razón humana la que la diseñará. De aquí la dificultad filosófica de todos los racionalistas para definirla.

Efectivamente, aun cuando está claro que la escuela austriaca tiene la idea más acertada acerca del mercado natural, entre todos los economistas, según hemos visto, lo que le permitió sentar bases más ajustadas para el estudio de la organización humana, lo cierto es que, nunca encararon, frontalmente, una teoría de la empresa. Más allá de algunos intentos aislados y recientes, en los que hay que destacar los muy buenos aportes al estudio del proceso del mercado y de la función empresarial.

Sin embargo, lo cierto es que esto tiene una explicación sencilla. El haber esbozado tal teoría los hubiera dejado al descubierto. Sucede que, por un lado, el racionalismo, el que finalmente utilizan para justificar, para planificar al Estado coercitivo mínimo (o la 'sociedad privada', en el caso de los más radicales), les impide elaborar una teoría no racionalista, no planificadora. Ven a la empresa como una organización en donde, en definitiva, las decisiones son centralizadas (en el sentido de planificadas), y no como un orden espontáneo. De donde, estos autores terminan, finalmente, suponiendo, de hecho, una empresa de tipo militar, que luego estudiaremos. Debido, entre otras cosas, a sus rigideces, por ejemplo, en el concepto de propiedad privada (2). Pero, por el otro lado, han afirmado hasta el cansancio que el mercado ('libre') es espontáneo y no planificado.

Además, los liberales tienen un serio conflicto con la idea de autoridad. Por un lado, han afirmado permanentemente que, en el mercado 'libre', no debe existir ninguna autoridad. Salvo el institucionalismo violento 'mínimo' que 'garantice' las libertades individuales y la propiedad privada. En otras palabras, no reconocen otra 'autoridad' que no sea coercitiva, violenta. Y, como resulta obvio que, una empresa, es una organización con una dirección y recursos propios, lo que implica, de suyo, la existencia de una autoridad, tienen que justificar, finalmente, una 'empresa' que, aunque sea en última instancia, sea de tipo militar, es decir, 'jerárquica' (piramidal) en el sentido de autoridad coactiva. Ya veremos que, en la realidad, tal conflicto no existe porque la verdadera autoridad no es violenta y, consecuentemente, no sólo respeta (tanto interna como externamente) al mercado natural, sino que surge de éste y conduce a la empresa con mayor éxito en tanto más lo comprenda.

Nicolai Juul Foss, que intenta paliar la deficiencia de la escuela austriaca, afirma que "los austriacos no proporcionan principios económicos que puedan discriminar entre la empresa y el mercado sobre la base de la eficiencia" (3). Por otro lado, reconoce que existe una 'tensión' entre el liberalismo clásico y la moderna teoría de la empresa (teoría, por cierto, con muchos errores), que pretende, sino resolver al menos clarificar. Pero, finalmente, lo único que logra es, a mi modo de ver, una fallida teoría racionalista de la 'justificación' de la existencia de las empresas. Un fallido esfuerzo por racionalizar el comportamiento humano, en este caso, definido como empresa, cuando el comportamiento

humano, ya lo dije, no se puede planificar. Así Foss llega a afirmar que la empresa no es un "orden espontáneo" es un "orden planificado".

Incluso Richard N. Langlois (4), que pareciera tener una idea mucho más acertada de lo que es la empresa, llega a afirmar que las empresas "no planifican"; que no existen porque planifican sino porque "han planificado"(?!). Cuando lo cierto es que, cuando los asesores recomiendan métodos para tomar decisiones y practicar procedimientos de control, cuando los directores toman decisiones y llevan a cabo tareas de control, están todos utilizando algún modelo de proceso, que generalmente se utiliza sin cuestionar las presunciones del modelo en cuanto a la naturaleza del feedback. Pero el feedback puede ser negativo o positivo. Y, entonces, según D. P. Hanna (5), el modelo de proceso construido dependerá de cual de estas clases de feedback sea enfatizado. Es decir, en el mejor de los casos, hay un modelo supuesto, sobre presunciones de un feedback supuestamente conocido pero, finalmente, 'en tiempo real'.

O sea que, los empresarios y ejecutivos, en definitiva, lo único que hacen es, tanto al fundar una empresa como al dirigirla, tantear al mercado intentando responderle con la mayor eficiencia, y siempre trabajando 'sobre la marcha'. Pero nunca saben, hasta que los hechos se produzcan, que tan acertadas han sido sus decisiones y acciones. De modo que mal pueden planificar o haber planificado.

Insisto, lo cierto es que, para el orden natural, una empresa no es más que aquello que el mercado, finalmente, decida que sea, si es que tiene que ser. Es decir, algo imposible de planificar con anticipación. Y lo cierto es que, todos los días se fundan compañías y, más allá de lo que se propongan sus fundadores, muchas quiebran en poco tiempo, otras subsisten y otras tienen grandes éxitos. Pero todas terminan siendo lo que el mercado natural decide, y nunca exactamente lo que imaginaron sus iniciadores. Es decir que, ni planifican ni han planificado, sino que no se trata más que de una acción, resultado de una intención 'intuitiva' (6) y genérica, que luego se verá en que medida resulta acertada, o no. La empresa, finalmente, no es más que la consecuencia actual de la proyección de una intención.

Justamente, el éxito empresario dependerá, en gran parte, de la capacidad de prever un futuro lo suficientemente amplio, no planificado, de modo de tener la mayor posibilidad de acertar; y de la capacidad de formar un orden, lo suficientemente espontáneo y natural, no planificado, de modo que pueda rápidamente adaptarse a lo que sobrevenga (7).

Una empresa de alquiler de automóviles, en Buenos Aires, surgió no porque su dueño la hubiera planificado sino simplemente debido a que compró un automóvil para uso personal, tan llamativo, que la gente empezó a llamarlo para que se lo alquilara. Otro grupo, de ingenieros civiles, se juntaron para fundar una constructora de edificios para oficinas, y terminaron construyendo barrios privados porque la gente se lo demandaba. Henry Ford, empezó con un sistema de producción, que luego cambió completamente, porque el mercado le indicó que debía hacerlo de otra manera, que si lo hacía como él lo había pensado, iría a la quiebra. Y así, innumerable cantidad de ejemplos.

Sí es posible, en cambio, planificar dentro de un sistema en la medida en que sea estatista, coercitivo. Efectivamente, si Usted consigue, por caso, que el gobierno le otorgue (información anticipada 'perfecta' que le permita el 'equilibrio' del mercado) el monopolio de la fabricación de helicópteros, puede planificar ésta empresa, del modo que quiera. Con el método de producción que le venga en gana, con el control de calidad que le convenga, con el sistema de ventas que prefiera (siempre egocéntricamente, por cierto, porque eso es planificar). Y esta planificación tendrá éxito porque su empresa no responde al mercado natural (al prójimo), sino a la previa planificación racional del funcionario estatal que le otorgó el privilegio en cuestión. Es decir, por muy mala que sea la empresa que Usted planificó, seguirá adelante gracias a que el monopolio lo aísla del mercado permitiéndole cobrar altas tarifas para poder solventar su caprichosa planificación. La coerción estatal habrá logrado 'necesariamente' (planificar) adelantar 'información', 'adivinar el futuro'.

LA FUNCION EMPRESARIAL Y LA CREACION HUMANA.

En definitiva, la función empresarial es, eminentemente, una capacidad creativa en pos del mejoramiento social. Ahora, esta capacidad creativa, supone (lo que es propio de la creación humana) el hallazgo de información tal que ésta configure "conocimiento que previamente se desconocía que podía existir" (8). De aquí que, "...prescindir de las típicas características de imaginación, atrevimiento y sorpresa equivale a eliminar enteramente la naturaleza humana del proceso de elección" (9).

Así, para Jesús Huerta de Soto "La función empresarial (pura) no exige medio alguno para ser ejercitada. Es decir, la empresarialidad no supone coste alguno y, por tanto, es esencialmente creativa. Este carácter creativo de la función empresarial se plasma en que la misma da lugar a unos beneficios que, en cierto sentido, surgen de la nada y que denominaremos beneficios empresariales puros. Para obtener beneficios empresariales no es preciso, por tanto, disponer de medio previo alguno, sino tan solo es necesario ejercer bien la función empresaria... Basta darse cuenta de la situación de desajuste o descoordinación que existe entre A y B para que surja, de inmediato, la oportunidad de un beneficio empresarial puro" (10).

Así es que, en principio, cualquier persona pueda ser empresario o toda actividad puede ser encarada como empresa. Un enfermero, por caso, podría ser una 'empresa' de servicios de enfermería. Las trabas más grandes que impiden que cada uno sea su propio empresario, hoy en día, son las impuestas coactivamente por los burócratas y la carga impositiva, generadas por el Estado. Nótese que la información que nos da el mercado (las personas), generalmente, se refiere a los desajustes existentes. Por ejemplo, necesito alimentos-los alimentos están lejos, en el campo. La información necesaria para solucionar este desajuste (existen aparatos llamados camiones que sirven para transportar), que a veces también brinda directamente el mercado, debe ser descubierta o 'creada' por el empresario.

"La empresarialidad consiste, por lo tanto, en la capacidad típicamente humana para crear y descubrir en forma continua nuevos fines y medios. Desde esta concepción, los

recursos no están dados, sino que tanto los fines como los medios son constantemente ideados y concebidos ex novo por los empresarios, siempre deseosos de alcanzar nuevos objetivos que ellos descubren que tienen un mayor valor. Y si los fines, los medios y los recursos no están dados, sino que la acción empresarial del ser humano los crea sin cesar desde la nada, es claro que el planteamiento ético fundamental deja de consistir en cómo distribuir equitativamente 'lo existente', y empieza a concebirse más bien como la manera más conforme a la naturaleza humana de fomentar la creatividad. Por eso en el campo de la ética social se llega a la conclusión de que la concepción del ser humano como un actor creativo hace inevitable aceptar con carácter axiomático el principio ético de que 'todo ser humano tiene derecho natural a los frutos de su propia creatividad empresarial'. No sólo porque, de no ser así, estos frutos no actuarían como incentivo capaz de movilizar la perspicacia empresarial y creativa del ser humano, sino porque, además, se trata de un principio universal capaz de ser aplicado a todos los seres humanos en todas las circunstancias concebibles..." por otro lado "... (antes de que creara no existía aquello que creó, por lo cual su creación no perjudica a nadie y, como mínimo, beneficia al actor creativo, si es que no beneficia también a muchos otros seres humanos)", asegura Jesús Huerta de Soto (11).

Y así se realiza la vocación humana. Efectivamente, recordemos que "*Essentia beatitudinis in actu intellectus consistit*" , según el Doctor de Aquino (12), lo que podría traducirse como que la esencia de la felicidad (beatitud, santidad) consiste en un acto del entendimiento (del conocimiento, de la contemplación, la fe natural). Por otro lado es claro que tanto para el Aquinate como para san Agustín conocer es esencialmente enseñoramiento del mundo y apoderamiento de la realidad. Ahora, todo movimiento busca la quietud y la quietud no está en el querer sino en el conocer (13), porque "*Beatus est, qui habet omnia quae vult*" (14), feliz es quien tiene todo lo que quiere, todo lo que ama. Si recordamos que, finalmente el conocer (la información), el amar y, ahora, el poseer (interiormente) el objeto amado, se confunden, podemos cerrar el círculo virtuoso de la vocación humana (de servicio, de amor al prójimo, al Amor por excelencia, a la Vida, a Dios, porque "*¿Qué quiere decir ser feliz sino esto: poseer algo eterno conociendo?*" asegura el Aquinate (15); la acción vital por excelencia, el conocimiento es "*perfectissimum quod est in vita*", dice santo Tomás (16).

De la última cita de Huerta de Soto, por otro lado, surge claramente que, en un mercado natural, según ya vimos, lo ético (supuesto un fin ético, por cierto, de suyo en la naturaleza de las cosas) sea el intento por obtener el mayor lucro, no por razones materialistas (luego cada uno verá con qué criterios maneja lo que gana) sino, por el contrario, porque esto estará indicando un mayor aporte al proceso creativo en función del mejoramiento social.

Así es que, lo que el proceso económico natural (y la función empresarial) realmente produce, no son sólo bienes materiales que, más tarde o más temprano (según sean perecederos o no) terminarán desapareciendo, sino, fundamentalmente, creaciones ideológicas (tecnología, procesos, modelos y demás) que potencian 'hasta el infinito' a los recursos puramente físicos. En un proceso que no tiene límite superior de tal modo que, es lícito decir, que en definitiva los recursos que tiene el hombre son ilimitados. En tanto no destruya este proceso creativo, cuya esencia es la Providencia que se manifiesta, a través de

la razón natural (tomista) que supone, de modo esencial, el libre albedrío humano.

Así, cuando el Estado coercitivo, al planificar, al suponer datos futuros como ciertos, establece una cantidad de 'información' que, en definitiva, es falsa, porque se basa en la suposición de que el cerebro humano es capaz de adivinar exactamente el futuro, atenta directamente contra la función empresarial, su carácter creativo, y, consecuentemente, la naturaleza humana. Así es que, el paradigma autoritario de la administración, se basa en el supuesto de que, para un buen administrador o un buen grupo de expertos, es posible, y deseable a la vez, asimilar todo el conocimiento disponible en una organización. Y, a partir de aquí, diseñar un plan maestro que coordine las acciones de todos. En un sistema como éste, todo lo que debe hacer cada uno es realizar el trabajo que se le asigna en el plan, perdiendo las personas todos los incentivos para trastocar la 'misión' común, a partir de que los administradores suponen que conocen las aptitudes de cada uno y los esfuerzos que realiza o que pueden observarlos fácilmente (17).

En otras palabras, en el mercado natural lo que importa son las personas, que son quienes deciden lo que las empresas deben hacer, a partir de una autoridad moral de algún modo establecida. Consecuentemente, el empresario no puede planificar, sencillamente, porque nunca sabrá de antemano lo que la gente querrá (generalmente, ni las personas mismas lo saben, menos lo puede saber un tercero). Pero si el gobierno impone coercitivamente regulaciones (por ejemplo, obliga al uso de cinturones de seguridad, los empresarios sabrán que la gente demandará estos aparatos), así podrán tener 'información' anticipada. Ahora esta 'información' no es tal que 'antes no sabíamos que existía' es decir, no es creación humana, sino simple decisión del burócrata. Teniendo esta 'información' anticipada, el empresario puede olvidarse de crear, de servir a la gente y, en cambio, hacer según el gobierno manda.

Por otro lado, tengamos en cuenta que, la diferencia entre las empresas autoritarias y las naturales (por ejemplo, las de tipo militar y las que, de algún modo, reproducen internamente procesos de mercado), es que, en las primeras, aparentemente, se evitan los costos de las transacciones internas. En las segundas, estos costos se antojan como más altos. Pero la ganancia es muy superior, por cuanto, cada unidad de la empresa, al competir entre ellas, estando más cerca de la gente (los clientes), se transforma en un poderoso buscador de información. Consecuentemente, en la medida en que la 'información' viene dada desde el gobierno, la organización autoritaria vale, pero si a la información hay que buscarla en el mercado, las instituciones naturales se imponen.

Veamos un ejemplo concreto. Existen países en donde, para ejercer determinadas profesiones (medicina, abogacía, ingeniería, arquitectura, y demás), se necesitan 'títulos habilitantes'. Es decir que, por imposición coactiva, se debe obtener un 'título' en una universidad autorizada por el gobierno. Conclusión, si Usted consigue la respectiva autorización, puede instalar una casa de altos estudios con el privilegio (coactivamente garantizado por el Estado) de que tendrá un mercado potencial asegurado. Ya que, muchos querrán ejercer estas profesiones y, consecuentemente, necesitarán del 'título' correspondiente que Usted está 'habilitado' para otorgar. Para colmo, el gobierno suele imponer los programas de estudio, además de otras regulaciones, dejando poco lugar para la competencia (la búsqueda de información, la creación) entre los distintos

universidades. Conclusión, Usted puede planificar buena parte de su actividad. Por un lado, de antemano conoce los programas y de aquí puede deducir los costos (necesidad de aulas, horas profesor, y demás) y, por el otro, en función de este costo y de que tiene un mercado obligado a conseguir el título, Usted puede estimar la relación cantidad de alumnos/aranceles y, consecuentemente, su presupuesto.

Si en el mercado no existiera esta imposición coercitiva, Usted no tendría asegurado ningún alumno y tendría que competir con los otros programas de las distintas universidades. De modo que no podría planificar nada: ni el costo, ni la relación alumno/arancel. Lo más que puede hacer es estudiar al mercado natural, de manera de ver qué parece de interés para potenciales alumnos, y luego, enseñar esto al menor costo posible. Seguramente, para cuando empiece las clases el resultado será (por exceso o defecto) muy diferente a lo que Usted imaginó. Entonces, deberá ajustar las cosas. Para cuando las haya ajustado, aparecerán nuevas variables (una computadora nueva que interesa conocer más que la que Usted enseñaba, o lo que fuera) que lo obligarán a ajustarse nuevamente, y así en un proceso creativo sin fin. En ningún momento podrá planificar nada, todo lo que puede hacer es estudiar, ordenadamente, al mercado natural, e intentar, ordenadamente, responderle (proyectar), e ir cambiando (creando) permanentemente sus acciones en función del servicio a las personas.

En definitiva, en el mercado natural, un empresario sólo pone la intención y proyecta el futuro (18), pero ni antes de empezar, ni después, planifica nada. Por el contrario, participa de un permanente proceso creativo tendiente al perfeccionamiento personal y social. La 'planificación' la hará el mercado (19). Hoy en día, por ejemplo, cualquier especialista en marketing sabe perfectamente que, para una empresa, son fundamentales los permanentes relevamientos. Y, de esta manera, disponer de datos, como conocer a la competencia, a los actuales y potenciales clientes, la conformidad con el servicio que se ofrece, frecuencia de compra, gustos o preferencias, y demás. Porque ésta información le permite ir adecuando su negocio a las condiciones del mercado natural en 'tiempo real'. Y para esto se utilizan técnicas, métodos y propuestas diversas: encuestas, observaciones directas, desarrollo de estrategias, monitoreo e implementación de servicios, relevamiento de la imagen de la compañía, mediciones de rentabilidad y costos, evaluación y factibilidad de proyectos de inversión, y demás.

EMPRESA Y MONOPOLIO

Un modo interesante para visualizar a las empresas, del modo en que las conocemos hoy (en mercados lejos de ser perfectamente naturales), es a través de lo que podríamos llamar la 'teoría marginal de los límites de la empresa'. Según la cual, al ser una reunión en función de las ventajas de la economía de escala, sus límites serán, justamente, aquellos en donde ésta escala deje de funcionar. Es decir, cuando el costo de organizar cada transacción marginal a través de la estructura empresarial, sea igual al costo de organizarla en el mercado por fuera de la empresa.

Por otra parte, "Rothbard (20) hace notar que el precio de transferencia (interno) implícito puede ser algo mayor o algo menor que el precio de mercado existente,

ya que la entrada de la división de compra o de la de venta en el mercado externo puede hacer subir o bajar ligeramente el precio. Por lo tanto, a diferencia de Hirshleifer (21), Rothbard no requiere que el mercado externo sea perfectamente competitivo para que el precio de transferencia basado en el mercado posea significación económica. Para Rothbard, los mercados 'de poco volumen' son adecuados: todo cuanto hace falta para tener un 'mercado externo' genuino es que exista por lo menos otro productor (vendedor) del bien intermedio. Por supuesto, si los precios externos son perfectamente competitivos, la economía estará en un equilibrio competitivo general, en el cual la información es perfecta y todos los contratos son completos y, por ende, no es necesario que existan empresas", asegura Peter G. Klein (22).

Y continúa, "Dicho de otro modo: ninguna empresa puede llegar a expandirse de tal manera que sea a la vez el único productor y el único usuario de un producto intermedio; si así lo hiciera no dispondría de precios de transferencia basados en el mercado, y sería incapaz de calcular las ganancias y pérdidas divisionales, con lo cual no podría realizar una asignación correcta de los recursos entre sus divisiones. Rothbard lo expresa así: 'El mercado libre siempre tiende a determinar el tipo de producción más eficiente y provechoso (por el tipo de producto, el método de producción, la asignación de los factores o las dimensiones de la empresa); por lo tanto, podemos extraer la conclusión de que en el mercado libre jamás se puede establecer una completa integración vertical para un bien de capital (por encima del nivel primitivo). Para cada bien de capital debe existir un mercado definido en el cual las empresas compren y venden ese producto. Como es obvio, esta ley económica establece un máximo definido a la dimensión relativa de cualquier empresa particular en el mercado libre... A medida que la economía de mercado se desarrolla y progresa, que aumentan las etapas y las complejidades en el tipo y variedad de bienes de capital, el cálculo económico se hace cada vez más importante. En consecuencia, para el mantenimiento de una economía avanzada, es fundamental la preservación de los mercados, para todos los bienes de capital y otros elementos de producción' (23)" (24).

La conclusión de todo esto es la imposibilidad interna de que se formen monopolios de modo natural (suponiendo que monopolio y natural no fueran de suyo contradictorios). Porque éstos no podrían ser eficientes visto que no podrían calcular sus costos internos, los costos de las transacciones internas. En alguna parte de un proceso productivo único, existirá una transacción única (que resultaría en el monopolio externo). Pero esta transacción única, no le permitiría a la empresa el cálculo de sus costos internos. En cambio, si el mercado no es libre, los monopolios pueden darse porque, esta ineficiencia surgida de la imposibilidad de calcular los costos de las transacciones internas, quedaría tapada por el privilegio monopólico, es decir, cobrando tarifas excesivas por sus servicios. De aquí, entre otras cosas, que los monopolios, aun los privados, tiendan no solamente a ser ineficientes, sino a despreocuparse de la eficacia visto que no tienen modo de conseguirla.

EMPRESA Y SOCIEDAD

Como la empresa es algo surgido de la sociedad, de la persona (es un 'acto humano' en el puro sentido tomista), necesariamente su funcionamiento estará basado en el servicio y la cooperación voluntarias. Así, el único modo que tiene una organización

privada para ganar dinero, es sirviendo al público, de modo que le convengan sus servicios y, en consecuencia, los utilice provocándole ganancias. No tiene ninguna posibilidad de cobrar impuestos coercitivamente.

En caso contrario, es decir, en caso de que se instale la violencia institucional en el mercado, otorgando, por ejemplo, un privilegio monopólico, entonces, las relaciones sociales habrán sido degeneradas. Y la empresa ya no será lo que la naturaleza manda, sino un grupo de personas haciendo, ahora sí, planificando, negocios a espaldas del mercado. Y cuya 'economía de escala' será el privilegio en cuestión y no la eficiencia que pueda surgir de la reunión. Aprovechando el poder coactivo que el Estado pone a su disposición, para enriquecerse, evitando la competencia.

Pero, en fin, supuesto el mercado natural, podría suceder que una empresa brinde un excelente servicio al público y que, así y todo, pierda dinero. En este caso, obviamente, deberá cerrar. ¿Por qué? Porque una compañía no es solamente el público usuario sino, también, la gente que en ella trabaja y los proveedores. Es decir, que deberá conjugar todos estos elementos de modo de dar ganancias, pero dando, al mismo tiempo, condiciones útiles a sus miembros y a sus proveedores. Y así se teje el entramado social, y ésta es la eficiencia.

Según Jesús Huerta de Soto "Todo acto empresarial descubre, coordina y elimina desajustes sociales y, en función de su carácter esencialmente competitivo, hace que esos desajustes, una vez descubiertos y coordinados, ya no puedan volver a ser percibidos y eliminados por ningún otro actor". Si no son percibidos y eliminados por el empresario en cuestión, lo que ocurrirá es que la competencia lo hará, desplazándolo. Es decir, que cualquier desajuste es una posibilidad de negocios, y ésta oportunidad permanecerá hasta tanto aparezca un empresario que lo elimine. Luego continúa afirmando que "Podría pensarse que... el proceso social movido por la empresarialidad podría llegar... a detenerse... una vez que... hubiese descubierto y agotado todas las posibilidades de ajuste social..." sin embargo, lo cierto es que, en el inagotable proceso de la creación siempre aparecerán "...nuevos desajustes que suponen nuevas oportunidades de ganancia empresarial... en un proceso dinámico que nunca se termina, y que constantemente hace avanzar la civilización" (25).

Según sabemos, estos desajustes significan desinformación. De aquí la imposibilidad de planificar, porque, si pudiéramos planificar la desinformación, ésta no 'existiría', consecuentemente, los desajustes no 'existirían' (no podrían ser eliminados) y, finalmente, no podríamos sostener esta participación en la 'creación desde la nada' que significa la función empresarial. Sin duda, Dios, deliberadamente dejó 'todo por conocer' de modo que pudiéramos ser partícipes de su creación. Justamente, el infinito amor del Señor se manifiesta en que todo nos es desconocido hasta que ocurre.

En contraposición con esto, el racionalismo supone que todo puede conocerse con anticipación y así 'planifica', es decir, impone coactivamente reglas que, necesariamente, serán distintas al orden natural. De entrada, porque el orden natural supone una evolución y cualquier orden coercitivo, por el contrario, supone una situación estática (pretendidamente, de equilibrio, de perfección). Una vez impuesta esta situación estática, el

proceso de búsqueda de desajustes y la información que los resuelva, deja de tener sentido porque este proceso corresponde al mercado y, ahora, la economía no responde sino a la arbitrariedad del Estado. Consecuentemente, el proceso natural que hemos descrito, queda reemplazado por el intento de conformarse a la razón estatal e intentar, no siempre (o mejor dicho, nunca) de modo ético, conformar a la razón del funcionario estatal de acuerdo con nuestros intereses personales.

Así es que, como la ética y la moral son las reglas que hacen a la naturaleza del hombre, a su adecuación al orden natural, en la medida en que se observen, las organizaciones funcionarán adecuadamente (26), valga la redundancia. Entonces, uno de los primeros principios éticos y morales que debe regir a cualquier institución, para que funcione con eficacia, es que debe significar un servicio voluntario para todos sus componentes: clientes, empleados y proveedores. Es decir, que debe existir ausencia de coerción institucional (racionalista, planificadora) en el mercado, para todos ellos. Y en la medida en que esta combinación resulte ser cierta, la empresa privada, en un mercado natural, obtendrá ganancias, obtendrá lucro.

¿Por qué? ¿Qué es el lucro en este caso? Es lo que resulta después de haberle pagado a los empleados y a los proveedores lo que éstos necesitaban, y haberle dado a los clientes aquello que ellos esperaban por el precio que pagaron. De otro modo, se irían a otra empresa. De donde, a igualdad de condiciones para proveedores y empleados, el mayor lucro significa una de dos: o que los clientes están dispuestos (de hecho, a pesar del esfuerzo que les pudiera significar) a pagar más, porque libremente valoran más el servicio, o que hay más gente dispuesta a ser cliente del servicio que se propone a ese precio (aunque, el caso más común, es que las ganancias aumenten al bajar los precios provocando un aumento en la demanda, porque debido a la economía de escala la producción marginal prácticamente no tiene costo). En otras palabras, el mayor lucro significa, ya lo sabemos, que se está sirviendo mejor a la sociedad.

La ética, en consecuencia, al contrario de lo que normalmente hoy se pregona, consiste en obtener el mayor lucro posible (27). De modo que, es imposible lucrar sin servir a la gente, entendiendo por servir aquello que es el verdadero bien. Insisto, siempre que se respeten aquellos principios básicos de la naturaleza humana, es decir, su libre albedrío y la no violencia, el mercado natural, en todos sus aspectos: comerciales, laborales, y demás. De otro modo, podrían obtenerse grandes ganancias, pero a costa de privilegios de tipo coercitivos. Y, esta coerción, lo que estaría ocasionando, es una distorsión en este proceso de tendencia equilibrante entre las necesidades de los clientes, los empleados y los proveedores, una distorsión de los desajustes sociales de los que ya hablamos.

La única diferencia que existe entre una empresa común y una empresa, fundación o institución sin fines de lucro, es que, en la primera, los beneficios quedan en manos de los dueños, que normalmente utilizan para sus propios fines. En tanto que, en las otras, las ganancias son reinvertidas en función de su actividad altruista. Pero, en ambos casos, existe lucro, y en ambos casos la tendencia es a aumentarlo. Con la diferencia de que, las segundas, tienen el derecho moral de solicitar donaciones a terceros. En cualquier caso, en la medida en que los mercados se van deshaciendo de la coerción institucional, se implica un fuerte aumento de la competencia que obliga a las empresas a

reinvertir cada vez más, de modo de mejorar sus servicios. Y esto significa finalmente que, de hecho, todas las empresas tienden a funcionar como organizaciones sin fines de lucro o, mejor dicho, de poco lucro y mucha reinversión en servir a la comunidad. Sin olvidar, por cierto, que la caridad bien entendida empieza por casa. Con lo cual, la empresa debe, como primera prioridad, dar a sus miembros aquello que necesitan para poder ellos, y sus familias, desarrollar su vida plenamente.

Finalmente, a esta altura demás está decirlo, otra regla ética fundamental, en cualquier institución, es que debieran evitarse, al máximo posible, no sólo cualquier actitud violenta, directa o indirecta, sino cualquier contacto con todas las organizaciones violentas. Incluido, claro está, el Estado racionalista. Para que quede claro, no se trata de evitar el diálogo. Por el contrario, éste puede resultar útil a los fines de conducir a los violentos a deponer su actitud, en favor de una posición moral. De lo que se trata es de evitar ser parte, aunque sea indirecta, del sistema coercitivo.

Para ver lo dicho en el párrafo anterior con claridad, analicemos un caso en contrario. Supongamos que un empresario soborna (método normal en estos casos) a un funcionario estatal, de modo que éste prohíba la entrada al país de sus competidores extranjeros ('en defensa de la industria nacional'). En primer lugar, con esto se ha desnaturalizado todo el sentido social. Ya la sociedad no es una unión basada en la cooperación voluntaria, sino que se ejerce violencia. Y esto, necesariamente, perjudicará a la comunidad en general, de la que la compañía en cuestión forma parte. Más allá del hecho de que, al violar la naturaleza humana, el empresario no se sentirá profesionalmente realizado, aunque sus bolsillos se estén llenando, de ahora en más, todo el sentido de la empresa habrá degenerado. Y esto, más tarde o más temprano, se volcará, como un boomerang, en su contra. Lo corriente es que, años más años menos, finalmente el mercado se libere y la organización, que ha sido completamente desnaturalizada, no esté en condiciones de comportarse como tal. Es decir, que no podrá competir con los productos del exterior con lo que desaparecerá y, finalmente, perderá más de lo que ganó mientras el Estado coercitivo le garantizaba el privilegio aduanero.

LA EMPRESA. La organización interna y la persona humana

"Puedes tener todo lo que quieras...si estas deseoso de ayudar a otros, lo suficiente de modo que obtengan lo que quieren primero. Y cuando pusimos esa idea en práctica, cuando empezamos a ver a las otras personas como creadas por Dios con sueños propios,...entonces nuestro negocio empezó a crecer espectacularmente", Jan Severn (28).

La desaparición de la sociedad artificial, de la coerción como método de organización social, lenta pero inevitable (porque esto hace a la naturaleza de la sociedad, aunque sea por el lado negativo), ya sabemos, significa una confirmación del orden natural. Tenemos aquí, pues, dos métodos de organización distintos: por un lado, el estatismo coercitivo y, por el otro, el mercado natural, con su inevitable autoridad moral, esencialmente basado en el servicio y la cooperación voluntarias. La planificación, en función del propio ego, por un lado, y el ordenamiento en función del prójimo, por el otro.

Ya vimos que, si una empresa, por caso, que es única en el país, tiene asegurada la no competencia exterior por vía aduanera, es decir, por vía de la fuerza policial estatal, tiene, en principio, asegurados los clientes. En consecuencia, su política no estará dirigida a servirlos, sino que hasta puede despreciarlos. Y, además, no necesitará ser eficiente. Pero a partir de la eliminación de la coerción, surge la competencia que obliga a servir mejor y a ser eficiente. Y esto conlleva un tipo de empresa diametralmente opuesto. Y un tipo de dirección empresarial totalmente diferente: será tanto más exitosa cuanto más íntima y verdadera sea su vocación de servicio y su sentido de cooperación (29).

Cualquier especialista en marketing, sabe muy bien que, los relevamientos de la propia empresa, son muy importantes a la hora de mantener y acrecentar la clientela. Preguntándole a la gente, a quién le compran, porque elige ese negocio y no otro, que es lo que más valora a la hora de comprar, que le parece la calidad, el precio, en definitiva, que le parece el modo en que lo están sirviendo y de qué manera podría mejorarse el servicio. En cuanto a la eficiencia, recordemos que ésta no consiste en ganar dinero. Ya dije que, por ejemplo, si la tasa interna de retorno (TIR) del capital invertido en una empresa, es menor a la tasa en un plazo fijo, podría considerarse que es muy ineficiente porque, sin trabajar, con ese capital colocado en un buen banco, se obtendría más. Es eficiente cuando el resultado de su trabajo justifica su existencia.

Ahora, sabemos que, en un mercado natural, el trabajo es el servicio a la gente. Por otro lado, el verdadero servicio no es sino ayudar a la vida de las personas, que es el objeto del orden natural. En definitiva, entonces, la eficiencia no es sino la medida de la adecuación del trabajo al orden natural, en toda su dimensión (el hombre es uno: en cuerpo y alma). Esto es, que no sólo significa éxito económico, sino realización de la vocación personal. En consecuencia, profunda satisfacción por el trabajo que se realiza (sin olvidar, por cierto, que cualquier esfuerzo cansa a nuestra imperfecta, 'caída', naturaleza humana), y, finalmente, fuerte enriquecimiento humano y espiritual al ser, el trabajo, motivo de ayudarse y ayudar (30). Como que es la participación personal en la Creación. Dos muy exitosos empresarios citados por James Robinson en su libro 'Empire of Freedom' aseguran que "...empezaron no por que querían estar en los negocios sino por...ayudar a la gente..." y encontraron que "...ningún programa social, ningún esquema de bienestar social o caridad..." (31) podía mejorar efectivamente a la sociedad como podía hacerlo una empresa trabajando en un mercado sano.

Pero además, el trabajo ayuda a fortalecer las relaciones con la familia. Institución a la que sostendrá fuertemente porque, al ser parte de la naturaleza humana, fortalece a la persona que, de este modo, tiene más energía real a la hora de producir. Esto, que a algunos pueda parecerles demasiado teórico, en verdad sucede así en una empresa en el mercado natural (y es índice inconfundible de sanidad): son innumerables los casos de familias creadas, fortalecidas y sustentadas a través de trabajos que se condicen con la naturaleza humana. Una empresa sana hará de la familia, de la vida humana, en definitiva, su primera razón de ser y de existir, en hechos concretos y reales de la vida diaria. Además de los hechos diarios y comunes, personas salvadas del alcohol y de otras drogas, sacadas de fuertes estados depresivos y demás, son cuestiones normales y corrientes como consecuencia de un trabajo natural.

"...fue conducido rápidamente a cuidados intensivos... los especialistas advertían que si Dexter sobrevivía nunca volvería a caminar... Dexter estaba obsesionado con la idea de que no podría seguir ayudando a la gente (con su trabajo)... una impresionante demostración de amor y emoción sostuvo a Dexter... a través de las miles de cartas (que recibió de sus subalternos, compañeros, superiores y clientes), llamados telefónicos, y flores de todo el mundo. Dexter hizo un voto. Volvería a caminar" (32). Y caminó, y continuó con su trabajo ayudando a la gente. Esta es una de las miles de historias reales que ocurren todos los días en las organizaciones sanas.

Pero en fin, una consecuencia importante del mercado con ausencia de coerción institucional, es la gran movilidad y agilidad que existe como resultado de la falta de trabas burocráticas (33). Una empresa de cualquier rubro, puede, rápidamente, cambiar a otra actividad. En cambio, formar una persona es cuestión de muchos años. La consecuencia más directa de esta circunstancia es que, el equipo humano, tiende a convertirse en el capital más importante. Y así las compañías se definen, cada vez más, en función de las personas que la conforman, antes que por su actividad (34). Este motivo, lleva a que las empresas se preocupen por cada uno de sus miembros, su futuro y sus familias.

Y aquí surge el valor infinito de la persona humana. Aunque a muchos les cueste aceptarlo, lo cierto es que, esto significa que, cada persona, por muy 'discapacitada' que esté, no sólo encontrará un lugar sino que, además, su trabajo rendirá lo suficiente para sí y para las personas que la rodean. Más aún, en una sociedad natural, en empresas que, como vemos, están dedicadas al servicio y son recompensadas en la medida en que lo hagan, la ayuda a los más necesitados, será altamente incentivada. Así, Rich DeVos, recomienda, como una buena máxima de dirección empresarial, en el libro que he citado, que nunca se deje de dar aquello que otros necesiten aún cuando parezca que no lo tenemos.

En contraposición con esto, como explicaré más adelante, las intervenciones coercitivas del Estado en el mercado laboral, producen discriminación hacia los de más escasos recursos, hacia los más débiles físicamente. Provocado, además, una verdadera degeneración de las relaciones en el trabajo. Creando 'leyes' laborales, 'luchas de clases' y otras cuestiones, que enfrentaron a los miembros de una misma empresa, cuando resulta obvio que deberían ser los primeros en preocuparse por conformar un equipo cohesionado (35).

Valga aquí una aclaración. En una economía natural, en una economía eficiente, cada trabajador produce lo suficiente para sí mismo y produce, además, un mejoramiento de las condiciones sociales. Porque nadie contrataría a un obrero, si éste no significara una mayor rentabilidad para su empresa y, en consecuencia, un servicio para sus clientes. Así, cuanto más gente trabaje, más beneficios tendrá la sociedad. Como consecuencia, se les paga a los extranjeros para que vengan a trabajar. De donde, una política de fronteras abiertas, es lo más beneficioso que puede ocurrir. Los países estatistas, en cambio, generalmente tienen elevada desocupación, precisamente, a causa de las intervenciones coercitivas en el mercado. Pero en lugar de evitar las medidas coactivas, ¿qué es lo que hacen?: ¡echan a los extranjeros! (36).

Entonces, como el 'capital' más importante tiende a ser el humano y, por otro lado, el servicio bien entendido empieza por casa, la primera prioridad, para la compañía, es la inversión en sus miembros. En otras palabras, cuanto más dinero se invierta en sueldos, formación, capacitación y demás, mejor equipo humano tendrá y mejor empresa será. Luego vendrá la inversión en bienes materiales, siempre y cuando éstos sirvan para mejorar la calidad de vida, primero, de sus propios miembros. Por esto es que las apreciaciones de las empresas se inclinan cada vez más hacia los llamados 'valores intangibles', como la evaluación de la calidad y proyección de los recursos humanos, relación con los clientes y con los proveedores, canales de distribución y participación en el mercado, y posicionamiento de la marca, entre otros. Todas cuestiones directamente relacionadas con las personas y no con los bienes materiales.

Entonces, formando una organización que signifique un equipo humano de alta calidad, con verdaderas y sólidas virtudes humanas y bien remunerado, es decir, en altas condiciones para servir, la empresa puede pensar en ser altamente eficiente, una organización fuertemente preparada y motivada para lo que el mercado natural exige (una acción ardua y dificultosa que valerosamente se comienza), esto es, el servicio y la cooperación voluntarias. Y es a partir de aquí que los clientes, los servidos, la recompensaran con creces. "Cada persona que contacta su empresa está al comienzo de una larga línea de potenciales clientes; resuelva en su favor sus problemas y le retornarán más de lo que usted dio", escribió Thomas Petzinger Jr (37). Realizándose, de este modo, el círculo virtuoso propio y excluyente del orden natural.

De modo que, virtudes como la lealtad, la honestidad, la seriedad, el liderazgo (38), entendido como capacidad de sacrificio en pos del servicio a los demás, y la amistad, de donde surge el conocimiento del cliente y, en consecuencia, el modo de servirlo (39), no son ya valores para discursos, sino realidades cotidianas de alta cotización económica (el hombre es sólo uno: cuerpo y alma).

Sólo por nombrar un ejemplo, el precio de mercado de Amway Japan, por allá por 1995, era de 5.100 millones de dólares. Lo sorprendente es que sus bienes materiales eran solamente una pequeña parte de este monto. El resto era virtual, era el precio que el mercado estaba dispuesto a pagar, en dólares reales, por sus relaciones interpersonales, por la lealtad y demás virtudes, dentro de esta empresa de venta directa. Obviamente, esto se dio de este modo porque sus fundadores formaron y trabajaron en un sector (y de un modo) del mercado que gozaba de un alto nivel de ausencia de coerción. Sin olvidar, por cierto, que la tecnología, como que siendo el resultado de la creación humana fortalece su naturaleza, ayuda a derribar las barreras que los gobiernos imponen (40).

Como consecuencia de estas virtudes humanas, el ambiente diario es un ambiente natural (con el consiguiente ahorro en salud por falta de stress). En donde, entre otras cosas, no se pierde tiempo en luchas internas, y se gana al ayudar a los demás con sus trabajos. De esta manera, la empresa se convierte en un círculo virtuoso que se auto genera. Por el contrario, la cruda 'competitividad', en donde, de lo que se trata, es de eliminar al 'enemigo', nada tiene que ver con el mercado natural, sino que es el resultado de la 'cultura estatista', de la sociedad artificial, que introduce violencia dentro de las relaciones sociales (41).

Por otro lado, la disminución de la coerción institucional en los mercados, que da lugar a la consolidación de la verdadera autoridad, la moral, que traspolada al interior de la empresa se transforma en un aumento del 'liderazgo por influencia' por sobre los sistemas de tipo militar. Esto, de ninguna manera conlleva falta de conducción o de autoridad, sino que significa dar mayor campo de acción a cada miembro, de modo que pueda explotar al máximo sus calidades personales lo que, por el contrario, concluye en mayor orden (mayor adecuación al orden natural). Por otro lado, esto lleva a esquemas cada vez más 'horizontales'. Esta horizontalidad llega incluso, en muchos casos, a la propiedad: cada vez hay más miembros en las empresas que son accionistas (42). Como consecuencia de esta libertad, horizontalidad y de la dedicación al servicio real, las empresas son, cada vez más, organizaciones abiertas y transparentes, en donde todo se comunica y se discute con los empleados, accionistas y hasta con el público en general.

Recordemos que, en una economía planificada desde el gobierno, los empresarios tienen cierta cantidad de 'información' anticipada (aunque ésta es falsa). Y, como la gran disyuntiva entre la empresa autoritaria y la empresa natural es que, en la primera, se eliminan los costos de transacción internos, lo que queda superado por la enorme ventaja en cuanto al modo de conseguir más información en las segundas, se impone el primer método de administración, por cuanto, al ser la 'información' anticipada, no existe la ventaja de las segundas y, en cambio, le quedan los altos costos de las transacciones internas. En otras palabras, al anular el Estado coercitivo el proceso creativo, no tiene sentido y es muy costoso darle libertad a los empleados, porque éstos utilizarán esta libertad, de modo necesario, para ejercer su creatividad que chocará, naturalmente, con la planificación impuesta provocando con esto un desgaste inútil.

Los organigramas resultan, entonces, de la eliminación de la coerción y la planificación, traspolada al interior de la compañía (43). En función de una organización más ordenada, más fuerte y más eficiente, con tendencia a emular internamente el proceso del mercado natural, según sabemos. Así, la antigua organización de tipo piramidal, casi militarizada, en donde sólo existen iniciativas en la cúpula, deja paso a organizaciones de tipo rastrillo. Luego divisionales, poli funcionales, en donde ya la iniciativa es de muchas unidades. Más tarde a las unidades por proyecto, apareciendo luego los sistemas de calidad total. Y, probablemente, lo último hoy en día es el networking, que se caracteriza por estar conformado por personas hablando con personas, punto a punto, sin jerarquías militarizadas, sino con relaciones de tipo profesionales empresariales, cambiando jerarquías por liderazgos (44).

En el networking se liberan las iniciativas, lo que las multiplica ampliando notablemente el horizonte de la empresa. Además el sistema retribuye directamente por ayudar a otros, lo que crea una tremenda fuerza entre de los distintos miembros. Este sistema provoca, además, una gran sinergia entre profesión y familia lo que a su vez da fuerzas reales a las personas. Es un sistema basado en relaciones interpersonales, a partir de fuertes virtudes humanas, y estas son difícilmente destructibles, de modo que es mucho más fácil que caiga una empresa piramidal a que caiga una empresa tipo networking. Por otro lado, es un sistema que, no sólo admite los errores, sino que solamente evalúa el resultado positivo efectivo (medido, básicamente, en cuanto a capacidad de ayudar a los demás), lo

que significa que dejan de tener sentido los curriculums.

Por el contrario, la existencia de la organización jerárquica dentro de la empresa, da lugar a un costo burocrático que, según Paul Milgrom (45), se debe a "actividades de los subordinados destinadas a obtener influencia", es decir, que son tentativas estratégicas de modificar las acciones de sus superiores en su propio provecho: el lobby y las internas.

Una característica negativa de las organizaciones de tipo militar consiste en que la información es negada hacia abajo, se esconde, se escamotea en una actitud verdaderamente egocéntrica propia de un sistema de desconfianza. Esto es debido a que no está basada en la verdad, como todo el sistema racionalista. Recordemos que, las empresas de tipo militar son incentivadas por la planificación estatista, la información falsa. En cambio, las nuevas organizaciones, se caracterizan por todo lo contrario, es decir, por el rápido y veloz intercambio de la información entre todas las partes (recordemos que, precisamente, la verdadera función empresaria, consiste en eliminar desajustes sociales que implican desinformación). Tengamos en cuenta que, de hecho, el avance tecnológico tiene mucho que ver con la rapidez y apertura con que se intercambia información, siendo ésta, probablemente, la causa por la que se auto acelera (46). Y el avance tecnológico es la participación más directa del hombre en la creación de riqueza.

Para terminar quiero señalar algo que no es poco importante. La 'cultura' moderna nos ha hecho creer que el resultado neto positivo del trabajo de cada persona (sobre todo en los niveles económicos más bajos) es algo que tiende a desaparecer. Efectivamente, una vez terminada la labor, se obtiene un resultado (por ejemplo, el sueldo a fin de mes). Que uno puede gastar, con lo que lo trabajado desaparece, o que puede invertir, con lo que, probablemente, perdurará un tiempo más. Pero la verdad es otra. Efectivamente, cuando Usted construye una casa, por ejemplo, el resultado de su trabajo no desaparece. Pero aún más, si Usted la alquila, no sólo conserva el capital que formó con su trabajo sino que éste aumenta. Y esto es lo propio del orden natural: lo realizado queda proyectado (y potenciado) hacia el futuro de modo inevitable. Si el trabajo, hoy se termina con el sueldo del mes, es porque el Estado coercitivo está interfiriendo negativamente todo el proceso creativo (de suyo imperecedero y creciente: plante una semilla y verá como crece sola) convirtiéndolo en algo circunstancial (perecedero). Los nuevos sistemas, por ejemplo el networking, están, cada vez más, ayudando a revertir esta situación, y así el trabajo de cada persona provoca resultados que se mantienen efectivos hacia el futuro y se multiplican.

Notas al Capítulo III:

- (1) Ver Armen A. Alchian y Harold Demsetz, 'Production, Information Costs, and Economic Organization', *American Economic Review* (1972): 777-95; Oliver Hart, 'An Economist's Perspective on the Theory of the Firm', *Columbia Law Review*, vol. 89, 1989; G.B. Richardson, 'The Organization of Industry', en G.B. Richardson, 'Information and Investment', Claredon Press, Oxford 1990; David J. Teece, 'Economies of Scope and the Scope of the Enterprise', *Journal of Economic Behavior and Organization* 1 (1980): 223-47.
- (2) Así, el liberal Carl Menger, por ejemplo, afirma que "...allí donde la cantidad disponible

no alcanza para todos, cada individuo trata de satisfacer sus propios requerimientos de la manera más completa posible excluyendo a los demás. ...Así, la economía humana y la propiedad tienen un origen económico común, porque ambas reconocen como razón última de su existencia el hecho de que existen bienes cuyas cantidades disponibles son menores que las que requieren los hombres. En consecuencia, la propiedad, como la economía humana, no es una invención arbitraria sino la única solución prácticamente posible para el problema que, según la naturaleza de las cosas, nos ha impuesto la disparidad entre la demanda de todos los bienes económicos y las cantidades disponibles de éstos", Carl Menger, 'Principles of Economics', New York University Press, New York, 1976, p. 97. Es esta, sin duda, una definición muy rígida de la propiedad privada en donde ésta es 'la única solución prácticamente posible' ('excluyendo a los demás') para un supuesto problema (egocéntrico) de escasez. Es decir, como 'existe escasez', la propiedad privada surge de un deseo egoísta de supervivencia que, por cierto, es 'lícito defender' (imponer, en rigor) violentamente, convirtiéndose, de este modo, en un derecho absoluto (como es todo aquello que ocurre 'necesariamente' a partir de una 'voluntad superior', el Estado coercitivo). Pero, según veremos en 'La función empresarial y la creación humana' y en el Epílogo de este ensayo, los recursos no son escasos, consecuentemente, la verdadera propiedad privada adquiere un carácter más 'relajado', más 'móvil' en función de la eficiencia social. De aquí, de esta rigidez, los paradigmas que rigen la administración empresarial y la economía (en el racionalismo, aun cuando los liberales últimamente han avanzado positivamente) sugieren que los mercados internos (ver nota 7 siguiente), que son la base del proceso naturalmente espontáneo, están condenados al fracaso. Porque una 'empresa' comercial es, esencialmente, una estructura jerárquica de 'autoridad', ¿de qué otro modo puede ejercerse la 'autoridad' coercitiva?. Entre muchos (y luego, aunque no históricamente, los liberales 'clásicos'), este punto de vista queda claramente establecido por tres destacadas personalidades de la economía empresarial: Ronald Coase, Oliver Williamson y Alfred Chandler. Coase, premio Nóbel de economía en 1991, sugirió, en un famoso artículo escrito en 1937, que las firmas comerciales existían para reducir los costos de transacción. Desde este punto de vista, la esencia de la organización era la sustitución del intercambio de mercado por la planificación y la autoridad. Supuestamente, al someter las diversas partes de una industria a una propiedad común (rígida), los administradores de la empresa reducen y hasta eliminan los costos resultantes de la búsqueda de proveedores y clientes, las negociaciones, la necesidad de garantizar la calidad y el cumplimiento de los contratos. Según ellos, cuando las ineficiencias, de la planificación y el manejo autoritario, exceden los costos de transacción emergentes de la participación en los mercados (es decir, cuando ya no se puede justificar la inexistencia de los mercados internos), las firmas comerciales permanecen separadas y llevan a cabo tratos recíprocos en el mercado. En honor a la verdad, ésta no fue la última palabra de Coase. Con el tiempo, se dedicó más a identificar los incentivos que motivan a los administradores a adoptar diferentes formas de organización empresarial, olvidando, en alguna medida, la cuasi oposición entre 'mercados' y 'organizaciones'. Ver, por ejemplo, una conversación con Coase en Steven Cheung, 'The Contractual Nature of the Firm', Journal of Law and Economics, 1983 (Ver Jerry Ellig, 'Fijación de precios internos para servicios corporativos', Libertas, no. 25, ESEADE, Bs. As., Octubre de 1996, p. 122).

(3) 'La Teoría de la Empresa: Los austriacos como precursores y críticos de la teoría contemporánea', Libertas, no. 26, ESEADE, Buenos Aires, Mayo de 1997, p. 27. Por su parte, otro liberal, Peter G. Klein, asegura que "El modelo de la empresa según los libros de

texto ha venido causando una frustración cada vez mayor a los economistas. La 'empresa' de la microeconomía intermedia es una función productiva, una misteriosa 'caja negra' cuyo contenido le está vedado a la teoría económica respetable (más bien está relegado a las disciplinas menores de la administración, la teoría de la organización, la psicología industrial, etc.). Ese modelo es útil en ciertos contextos, pero se ha demostrado que no puede explicar diversas prácticas comerciales que se llevan a cabo en el mundo real: integración vertical y lateral, diversificación geográfica y en el ramo de producción, franquicias, contratos comerciales a largo plazo, fijación de precios de transferencia, empresas colectivas de investigación, y muchas otras. Los economistas han buscado una alternativa a esta concepción de la empresa como función productiva y se han volcado hacia una serie de obras en las cuales se la considera como una organización, merecedora en sí misma de un análisis económico. Esta bibliografía, que está empezando a surgir, es la parte mejor desarrollada de lo que se ha dado en llamar 'la nueva economía institucional' (Puede encontrarse una visión de conjunto de la nueva economía institucional y de la teoría de la empresa en Ronald H. Coase, 'The Institutional Structure of Production', *American Economic Review* 82 1991: 713-19; Eirik Furubotn y Rudolph Richter, 'The New Institutional Economics: An Assessment', Texas A&M Press, College Station, Texas, 1991; Bengt R. Holmström y Jean Tirole, 'The Theory of the Firm', en Richard Schmalensee y Robert D. Willig (eds.), *Handbook of Industrial Organization*, vol. 1, North-Holland, Amsterdam, 1989, pp. 61-133; R. N. Langlois, 'The 'New' Institutional Economics', en Boettke (ed.), 1994, pp. 535-40; y el *Journal of Institutional and Theoretical Economics*, marzo de 1993, de 1994 y de 1995; en Howard A. Shelanski y P. G. Klein, 'Empirical Research in Transaction Cost Economics: A Review and Assessment', *Journal of Law, Economics and Organization* 11 (2) 1995: 335-61, se realiza un estudio del trabajo empírico relacionado). Esta perspectiva diferente ha mejorado y enriquecido muchísimo nuestro conocimiento acerca de las empresas y otras organizaciones, hasta tal punto que ya no podemos estar de acuerdo con la afirmación que Ronald Coase hizo en 1988, según la cual 'el porqué de la existencia de las empresas, qué es lo que determina el número de empresas, y lo que estas hacen... no son cuestiones que interesen a la mayoría de los economistas' ('The Firm, the Market and the Law', U. of Chicago Press, 1988, p. 5)", 'La empresa y el cálculo económico', *Libertas*, no. 27, ESEADE, Bs. As., Octubre de 1997, pp. 83-4.

(4) Ver '¿Planifican las Empresas?', *Libertas* no. 26, ESEADE, Bs.As, Mayo de 1997.

(5) 'Designing Organizations For High Performance', Reading, Mass.: Adison Wesley, 1988.

(6) Según Juan C. Cachanosky, para quién lo que más importa no es aumentar las ganancias sino el "valor" de la empresa, "Para determinar el valor de una empresa hay un elemento objetivo y otro subjetivo. El elemento objetivo es que el valor de la empresa se calcula descontando su free cash flow (FCF) a una tasa que incorpore el riesgo asociado con la actividad. Es posible llegar al mismo resultado sumando al capital inicial el valor que se va agregando cuando el ROIC (return on invested capital) supera al WACC (weight average cost of capital). La contabilidad convencional no sirve para realizar este tipo de cálculos, ya que no tiene en cuenta 'el tiempo' y los diferentes criterios contables llevan a distintas ganancias y ratios. Lo único que cuenta es el valor presente del flujo de caja proyectado y, específicamente, el free cash flow y no otro flujo de caja. La parte subjetiva de la valuación que, en realidad, es la parte más compleja, consiste en determinar la proyección del FCF. Toda proyección tiene supuestos que son siempre subjetivos. La 'fortaleza' de la proyección depende en última instancia de la 'fe' que se tenga en los supuestos de las proyecciones", 'Value Based Management', *Libertas* no. 30, ESEADE, Buenos Aires, Mayo de 1999, p.

211. Para que no quede duda alguna de que el cerebro humano, por muy 'preparado' que esté, no puede planificar por sobre el mercado veamos lo que pasó con Long Term Capital Management LP (LTCM), firma que operaba en Wall Street desde 1993, llegando a ser la mayor reunión de 'cerebros' en la historia de Wall Street, juntando a 25 Ph. D. (doctorados), muchos profesores de la escuela de negocios de Harvard University, incluidos dos premios Nóbel, Robert Merton y Myron Scholes. En tanto que el fundador tenía amplia y exitosa experiencia en firmas del prestigio de Salomon. En 1994, el retorno anual a los inversores, después de comisiones, fue del 19,9 por ciento, cuando la media en Wall Street era del 16 al 17 por ciento. Pero en 1995 este retorno trepó hasta el 42,8 por ciento, en tanto que 1996 llegó al 40,8 por ciento, siempre después de comisiones. Semejantes éxitos, los llevaron a la soberbia actitud de creer que el cerebro humano era capaz de planificar, de adelantar el futuro, y así le aseguraban a todos los clientes que ellos tenían el cerebro, el prestigio y la experiencia necesaria como para realizar los mejores negocios. Pero la realidad tardó poco en desenmascararlos. Y, mientras LTCM caía en picada, un consorcio de 14 bancos y entidades financieras de primera línea (los nuevos dueños), tuvieron que aportar, en septiembre de 1998, un total de 3.625 millones de dólares, a instancias de la Reserva Federal, para rescatar a la empresa de los '25 Ph. D.' y, así, 'salvar al sistema'. Lo triste de ésta historia, es que no se entendió el mensaje de la realidad (aunque muchos de los bancos del consorcio dudaron acerca de la necesidad del plan de salvataje), que estaba señalando, claramente, que el mercado es 'brutalmente eficiente' y que nunca podrá ser burlado ni guiado por nadie, ni siquiera por el Estado norteamericano (la Reserva Federal) y su plan de salvataje (ver el Wall Street Journal, New York, Monday November 16 1998, p. A1).

(7) Un acercamiento, en este sentido, puede verse en la teoría de la administración basada en el mercado, según la cual, el éxito de la empresa depende esencialmente de la habilidad para reproducir, dentro de la organización, características propias del mercado. Ver, por ejemplo, Jerry Ellig, 'Internal Pricing for Corporate Services', Documento de Trabajo, Center for the Study of Market Processes, George Mason University, 1993; y Wayne Gable y Jerry Ellig, 'Introduction to Market-Based Management', Center for Market Processes, Fairfax, Va., 1993. Los mercados internos, que se empezaron a utilizar en el tipo de organización empresarial multidivisional, básicamente consisten en dividir a la empresa en sectores de modo que cada uno actúe con respecto al otro como si fueran empresas distintas, vendiéndose y comprándose mutuamente; ver William Halal, 'The New Capitalism', Wiley, New York, 1986, ch. IV.

(8) Ver Esteban Thomsen, 'Prices and knowledge: A market process perspective', Londres y Nueva York: Routledge, 1992, p. 61.

(9) I. Kirzner, 'El descubrimiento empresarial y el proceso competitivo del mercado: el punto de vista austriaco', en 'Competencia y Empresarialidad', Unión Editorial, Madrid 1998, p. 263. Ver Ernest Pasour, 'Economic efficiency and inefficient economics: another view', J. Post-keynesian Econ., primavera 1982, 4 (3), pp. 454-9; N. Moldofsky, 'Market theoretical frameworks-which one?', Econ. Rec., junio 1982, 58 (161), pp. 152-168; George L.S. Shackle, 'Epistemics and Economics: A critique of economic doctrines', Cambridge: Cambridge University Press, 1972; James M. Buchanan, 'Natural and artifactual man', en 'What should economists do?', Indianapolis: Liberty Press, 1979, pp. 93-112.

(10) 'Socialismo, cálculo económico y función empresarial', Unión Editorial, Madrid 1992, p. 60. Recordemos que, para santo Tomás de Aquino, crear es hacer algo a partir de la nada (ver la nota 27, Capítulo I, Parte Primera), de donde, en rigor, como El Creador es Dios, sólo El es capaz de crear algo de la absoluta nada, el hombre sólo puede participar de esta

creación. De aquí la importancia de la fe natural que le permite al hombre esta participación. De aquí también que, la planificación, que significa negarle al hombre la posibilidad de crear (y si recordamos que el hombre es uno: cuerpo y alma), significa negarle al hombre proceder en su fe limitándolo a un ser material. Así, la característica de la 'creación' humana es que ésta consiste en 'encontrar (inspirados por el Don de la Sabiduría, diría la teología católica) información que antes ni siquiera sabíamos que existía', pero nunca crear información de la nada como pretende el racionalismo. Nótese que encontrar significa una actitud ('empírica') volcada hacia lo preexistente, en tanto que 'crear de la nada' significa una (abstracción racionalista) actitud egocéntrica: es el yo que crea, para tener todo 'egocontrolado' desde su origen.

(11) 'Socialismo, Corrupción Ética y Economía de Mercado', *Libertas* no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 266.

(12) S.Th., I-II, q. 3, a. 4.

(13) cfr. santo Tomás de Aquino, 'Compendium theologiae', 1, 107; y la S.Th., I, q. 81, a. 1. De aquí que la información, el conocer, tienda al equilibrio, a la quietud, que nunca encontraremos completamente en esta tierra, según discutimos cuando estudiamos el proceso del mercado en la Parte Primera.

(14) San Agustín, 'De Trinitate', XIII, V.

(15) 'Ochenta y tres cuestiones', 35.

(16) In Met. XII, VIII.

(17) Quizás el caso más sintomático sea el tipo de organización que imaginó Frederick Taylor ('Principles of Scientific Management', Norton, New York, 1911) que desarrolló en base a su teoría de la 'administración científica'. Esta filosofía de la administración 'científica' tiene, de hecho, grandes similitudes con las propuestas de una planificación económica centralizada por el Estado. Ambas propugnan la creación de planes 'rationales', articulados para pre coordinar la conducta humana. Y ambos tipos de planificación tuvieron grandes defensores (véase Judith A. Merkle, 'Management and Ideology: The Legacy of the International Scientific Management Movement', University of California Press, Berkley, 1980; ver también Peter Boettke, 'The Political Economy of Soviet Socialism', Kluwer Academic Publishers, Boston 1990).

(18) Ver lo que ya estudiamos con respecto a la fe natural en el apartado correspondiente y cuando tratamos el racionalismo, en el Capítulo I de la Parte Primera. Según Jim Heckman, de la Universidad de Chicago, "Aunque el cambio no puede ser totalmente previsto, podemos saber cuál va a ser su dirección... Hay oportunidades que surgen, que las personas inteligentes, flexibles y hábiles pueden aprovechar... en el mundo hay oportunidades que van y que vienen para responder a ese cambio... Una de las reglas empíricas mejor establecidas en la economía moderna es que las personas más educadas, más flexibles y más capaces, son las que mejor se adaptan al cambio. Esto se aplica tanto... a la innovación de productosa medida que los países se abren a la economía mundial, como si se debe (el cambio) a la tecnología y sus innovaciones", conferencia pronunciada durante la convención de ADEBA, en Buenos Aires el 20 de mayo de 1997.

(19) En este sentido (en el de los dictados del mercado que debemos aprender a escuchar), para Michael Porter el componente predominante en su 'cadena de valor' es la logística, cuya ciencia empuja al marketing tradicional a una nueva frontera de costo-eficacia con el propósito de lograr ventajas competitivas para identificar, anticipar y satisfacer al consumidor final. En el mismo sentido Douglas Lambert, de la Ohio State University, insiste en que las empresas dependen cada vez más del intenso procesamiento de todos los

datos que deberán recabar para adaptarse a modificaciones sustanciales, mucho antes de que se mueva nada (ver El Cronista Comercial, Jorge Vilches, Buenos Aires 25 de junio de 1997). Así David Parker y Ralph Stacey aseguran que "Solamente la firma adaptable basada en el aprendizaje en 'tiempo real' y rápida reacción- la firma inherentemente flexible- puede contender con el desconocido futuro. Estas firmas operan exitosamente con una combinación de ambas ordinarias y extraordinarias reglas de dirección. En otras palabras, son las firmas que operan con (bounded instability) equilibrio inestable, como los sistemas creativos en la naturaleza", 'Chaos, Management and Economics', IEA Hobart Paper 125, London 1994, p. 70.

(20) Murray N. Rothbard; 'Man, Economy and State: A Treatise on Economic Principles', 2 vols., Nash, Los Angeles, 1970, pp. 900-01, n. 56.

(21) Jack Hirshleifer, 'On the Economics of Transfer Pricing', Journal of Business 29 (1956): 172-89.

(22) 'La empresa y el cálculo económico', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, octubre de 1997, pié de p. 100.

(23) Op. cit., pp. 547-48.

(24) Peter Klein, op. cit., pp. 100-1.

(25) 'Socialismo, cálculo económico y función empresarial', Unión Editorial, Madrid, 1992, p. 78.

(26) "Si fielmente guardamos la ley moral, los fines particulares que se persiguen en la vida económica, ya individuales ya sociales, entrarán convenientemente dentro del orden universal de los fines, y nosotros, subiendo por ellos como por grados, conseguiremos el fin último de todas las cosas, que es Dios, Bien sumo e inexhausto para Sí y para nosotros", Pio XI, Encíclica 'Quadragesimo Anno', Roma 1931, Introducción de la II Parte.

(27) De modo que no se sienta culpable por querer ganar más dinero, por el contrario, ésta es la actitud normal, sana. Lo que sí es importante, insisto una vez más, es que el mercado sea natural (de manera que el modo de obtener este mayor lucro sea positivamente moral) y, luego, será su responsabilidad, de su libre albedrío, el destino que le de a éste dinero. Por cierto que con esto no pretendo desconocer el valor del altruismo, simplemente estoy remarcando la unidad cuerpo-alma, en un aspecto material de la vida, una empresa. Por su lado, el altruismo tampoco supone la desunión cuerpo-alma, sino que supone un sacrificio voluntario de los beneficios materiales que se darían de suyo en el orden natural, en función del bien superior que es espiritual (está claro que en esta unidad cuerpo-alma la 'cabeza' es el alma). Desde otro punto de vista, Juan de Mariana, escolástico español, un tanto crudamente a mi modo de ver, escribió "tenga también presente el príncipe que nada mueve tanto como la utilidad propia así a los reyes como a los particulares, y no crea nunca firme las alianzas ni las amistades de que no se pueda esperar ningún provecho... Tales son por cierto la condición y la naturaleza humana", 'Del Rey y de la Institución Real', en Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Atlas, 1950, vol.31, p. 567.

(28) Citado por Rich DeVos en 'Compassionate Capitalism', Ed. Plume-Penguin, USA, 1994, p. 27. En mi opinión, el autor de este libro es un destacado empresario, no sólo porque de cero llegó a ser una de las personas más ricas de los EE.UU., sino porque lo hizo trabajando y sin pedirle ninguna clase de ayuda ni ningún contrato jugoso al Estado coactivo. En consecuencia, su obra que, obviamente, no está escrita por un 'académico', pero que sí es el resultado maduro de una experiencia real y muy exitosa, en lo que a dirección empresarial se refiere, me parece que es muy recomendable para quien pretenda ser un empresario o ejecutivo serio.

(29) Edward B. Roberts, profesor del Massachusetts Institute of Technology (MIT), asegura que "Entre las compañías no técnicas (en los EE.UU.)... el índice de fracasos es de hasta 90 por ciento en sus dos o tres primeros años... Yo les diría que no funden una empresa mientras el mercado no de muestras de que pueden hacerlo. Es preciso que usen su habilidad no sólo para poner a punto sus ideas, sino también para probar su eficacia en el mercado. ¿Estará la gente dispuesta a comprar mi producto o servicio? No deben actuar... tomando como base su propio ego. Lo más importante de todo es averiguar cuáles son los deseos del cliente", 'Como crear una compañía de alta tecnología', Facetas no. 100, USIA, Washington DC 2/93, pp. 47 y 51. En fin, entre los muchísimos artículos de actualidad puede leerse 'Le client, valeur montante de l'entreprise', Le Figaro Economie, Paris, 23 Novembre 1998, p. 35 y ss. Según Jeremy Rifkin "Una nueva conciencia empresarial (lo que en los Estados Unidos se llama Revolución Silenciosa) que empieza a extenderse desde las bases hacia arriba y que consiste en aprender a servir... Con (el Presidente) Clinton preparamos una campaña para que... el Tercer Sector (organizaciones privadas de bien público) sea el corazón de la sociedad civil norteamericana", entrevista publicada por la revista Gente, Buenos Aires, 12 de junio de 1997, pp. 60-61.

(30) "La justicia ha de ser respetada, no solamente en la distribución de la riqueza, sino además en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora. Porque en la naturaleza de los hombres se halla involucrada la exigencia de que, en el desenvolvimiento de su actividad productora, tengan posibilidad de empeñar la propia responsabilidad y perfeccionar el propio ser", Juan XXIII, Encíclica 'Mater et Magistra', Roma 1961, Segunda Parte, 15.

(31) Op. cit, Ed. Prima, USA, p. 144.

(32) James W. Robinson, op. cit., p. 185.

(33) Tengamos en cuenta que existen empresas aparentemente libres porque, en su rubro en particular, por ejemplo, la edición de diarios, no existen regulaciones estatales que las coarten. Pero, en el fondo, tienen tantas regulaciones coercitivas (leyes impositivas, laborales, ordenanzas municipales en cuanto a la comercialización, y demás) que son libres solamente en la superficie. Por ejemplo, en algunos países, la legislación obliga a que, quienes manejan las rotativas, estén afiliados al sindicato gráfico. Entonces, si el dueño del diario, decidiera cambiar a una empresa de construcciones, no podría hacerlo porque, por un lado, no puede echar a los obreros dado que la legislación se lo impide (o se lo encarece desproporcionadamente), y, por el otro, no puede obligar a los obreros del sindicato gráfico a pasarse a la construcción.

(34) "Michael Milken (financiero norteamericano, creador de los llamados 'bonos basura'), quien sabe lo suyo con respecto a inversiones, ha resumido la situación en ocho palabras: 'El capital humano ha sustituido al capital monetario'. ... el conocimiento pasa a ser el sustituto definitivo, el recurso crucial de una economía avanzada. Y a medida que esto sucede, su valor sube como la espuma", Alvin y Heidi Toffler, 'La creación de una nueva civilización', Plaza & Janés Editores, España 1996, p. 48. Entre los muchos artículos de actualidad que pueden leerse con respecto a los valores intangibles, puede verse 'Los intangibles les dan más valor a las empresas', La Nación, Buenos Aires, 31 de marzo de 1999, sección 2da., p. 4, artículo que todavía hace demasiado hincapié en el aspecto material y no humano de la empresa, de cualquier manera es interesante porque hace notar que los métodos clásicos, contables, financieros y microeconómicos, son incapaces de 'registrar' su existencia y, consecuentemente, evaluar los proyectos de inversión de modo realista. Por su lado, la Congregación Para la Doctrina de la Fe, acertadamente asegura que

"La primacía dada a las estructuras y la organización técnica sobre la persona y sobre la exigencia de su dignidad, es la expresión de una antropología materialista que resulta contraria a la edificación de un orden social justo", Instrucción Sobre Libertad Cristiana y Liberación, Roma, 1986, C. V, I, art. 75, firmado Ioseph Card. Ratzinger, Alberto Bovone, Arzobispo.

(35) "...como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros en perpetua guerra. Lo cual es tan opuesto a la razón y a la verdad que, por el contrario, es certísimo que...ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten concordes entre sí...Necesitan la una de la otra enteramente...", León XIII, Encíclica 'Rerum Novarum', Roma 1891, n. 31.

(36) "Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y de residencia dentro de la Comunidad política de la que es ciudadano; y también tiene el derecho de emigrar a otras Comunidades políticas y establecerse... El hecho de pertenecer a una determinada Comunidad política, no impide de ninguna manera el ser miembro de la familia humana y pertenecer en calidad de ciudadano a la Comunidad mundial", Juan XXIII, Encíclica 'Pacem in Terris', Roma 1963, Primera Parte, 25. Para una discusión acerca del poder de la paz por sobre la guerra, y de las ventajas que significa la liberación inmigratoria, ver Frank W. Bubb, 'Fighting Communism with Free Trade and Open Immigration', The Freeman vol. 37 no. 5, Ed. The FEE, Irvington-on-Hudson, New York 1987, p. 192.

(37) The Wall Street Journal, New York, November 8, 1996, p. B1. Me parece que lo siguiente ha quedado suficientemente claro, de todos modos, vale la pena recordarlo. Algunos han querido ver en este círculo virtuoso la proposición de una sociedad perfecta, cuando la verdad es exactamente al revés. El hombre nunca estará ni siquiera cerca de la perfección en este mundo. Pero lo que sí es, definitivamente, 'perfecto' es el orden natural. Consecuentemente, precisamente porque el hombre es imperfecto y siempre lo será (y así la sociedad en este mundo) conviene respetar el orden anterior a la razón humana. Por el contrario, suponer que coercitivamente se pueda imponer una sociedad justa, como la coerción es egocéntrica (en contraposición con el respeto al orden natural, que si bien implica el respeto de los principios intrínsecos es exterior a la persona humana por anterior), es suponer que el hombre, la 'decisión' de quien ejerce la coerción, puede ser perfecto, o puede siquiera, acercarse a la perfección, lo que es un absurdo.

(38) "Lo definiremos de la siguiente manera...: El liderazgo es aquel proceso mediante el cual una persona determina el objetivo o dirección de otra u otras personas, y logra que ellas se conduzcan juntas con él y juntas entre sí en esa dirección con habilidad y total compromiso", Elliot Jacques y Stephen D. Clement, 'Cualquier persona es capaz de ejercer un liderazgo efectivo', El Cronista Management, no. 49, Buenos Aires, Julio de 1997, p. 1. En la misma revista puede leerse un artículo interesante de Jorge A. Rumbo cuyo título resume el contenido: 'La influencia, en lugar de la coerción, genera resultados muy positivos', p. 10.

(39) "Las buenas ideas surgen a partir del reconocimiento de lo que la sociedad necesita y desea", Rich DeVos, op. cit., p. 150.

(40) Así como, entre otras cosas, la Cortina de Hierro y el Muro de Berlín eran traspasados por las ondas radiales, hoy pareciera que las redes informáticas, como Internet, van a traer serios problemas a los 'reguladores' estatales y a los cobradores de impuestos. Pero, además, está la telefonía satelital que no opera sobre redes ubicadas en territorios nacionales sino satelitales; la televisión interactiva, que permitiría la creación de empresas de existencia virtual, desde bancos hasta vendedores de toda clase, cuya base nacional no

está clara o puede omitirse. Todo esto dificultará seriamente las actitudes coactivas de los Estados, ya que estas personas o empresas 'virtuales' sólo tienen existencia real en forma de bits dentro de redes sin localización nacional. En consecuencia, no sólo son difíciles de perseguir sino que, suponiendo que pudieran 'atraparlas' ¿a qué Estado nacional corresponde que tributen? Afortunadamente, la tecnología viene a reforzar a la naturaleza humana permitiéndole mayor libertad física de acción y decisión frente a las ansias coercitivas de algunos Estados. Ver 'E-commerce' y 'Now it's time for action', Financial Times, London July 2 1997, p. 13 y p. 6 FT-IT, respectivamente. Esto podría fácilmente acelerar la desaparición de los Estados coactivos, que dejarán lugar a sociedades en dónde las personas decidirán voluntariamente hacia qué lugar dirigir sus energías, sus recursos, impuestos y demás. Un comentario acerca de la proyección futura en cuanto al aumento del poder de decisión de las personas, potenciado por el desarrollo tecnológico, frente a la coerción estatal, puede verse en 'La cyberdemocracia se abre paso en el mundo', Alejandro A. Tagliavini, El Cronista, Buenos Aires, 1 de agosto de 1997, p.18. Ya que estamos hablando de la tecnología, otro aspecto interesante es el ahorro en espacios (por ejemplo, los que antes se utilizaban para archivos) en el desarrollo empresario y las muchas consecuencias que esto supone. Así, por caso, "En las oficinas de IBM en Cranford, Nueva Jersey, las instalaciones de la empresa se redujeron de 4 hectáreas a 1 sola. Pero una de las consecuencias que trajo aparejado este cambio fue que las distinciones jerárquicas desaparecieron por completo, al menos en lo que concierne al tipo de espacios de trabajo", Joseph W. Walter, Profesor en la Facultad de Wharton, 'El impacto de la oficina virtual en las formas de trabajar', El Cronista Management, no. 49, Buenos Aires julio de 1997, p. 12.

(41) Al igual que en cualquier deporte, la competencia ayuda doblemente lejos de perjudicar: alienta las virtudes sanas, crea el 'compañerismo', edifica la nobleza en el juego y así, finalmente, promueve el progreso social, espiritual y material. Efectivamente, para poder jugar tenis, por ejemplo, Usted necesita a un competidor que le devuelva las pelotas desde el otro lado de la cancha. Pero, además, éste lo incentivará a mejorar su juego de modo que Usted disfrute aún más. Por caso, tres competidores querían construir barrios cerrados en tierras alejadas. Cada uno, por su parte, no podía hacerlo porque no había, hasta la zona en cuestión, una ruta en buen estado. Pero, a pesar de ser competidores o, mejor dicho, a raíz de que eran sanos competidores, se pusieron de acuerdo y, entre los tres, sí construyeron la ruta. Y, ahora, cada uno, compitiendo en el mismo lugar, puede realizar su negocio a la vez que favorecer a la comunidad en general al construir un nuevo camino. Si, en cambio, la ruta hubiera sido construida en forma coercitiva por el Estado con dinero de toda la sociedad, entonces, estos tres competidores no hubieran tenido la oportunidad de colaborar mutuamente y, probablemente, lo que hubieran hecho es tratar de convencer (sino sobornar) al funcionario en cuestión, para que la ruta favoreciera a cada uno dejando a los otros dos fuera de la competencia. Y así es como se introduce la violencia y la corrupción en la sociedad.

(42) "Como afirmó ya León XIII en su tiempo (Rerum Novarum, 33), es clarísimo el efecto de justicia, progreso, arraigo y paz que se sigue de la difusión más amplia posible de la propiedad privada", señala acertadamente José Miguel Ibáñez Langlois, 'Doctrina Social de la Iglesia', Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 1988, p. 183.

(43) Según Andy Kessler, "El Proyecto Manhattan" (memorable por su faraónica ineficiencia) "fue la empresa más centralizada de su tiempo... todos... estaban compartimentalizados de manera de realizar su trabajo específico, reportando hacia arriba una cadena de comando militarizada". En cambio, "Internet fue un muy complejo proyecto

que, sin embargo, fue construido esencialmente sin nadie a cargo. La gente discutía sobre, y ocasionalmente se ponían de acuerdo, una serie de especificaciones. Todos sabían todo, así y todo, de alguna manera, el trabajo se dividió entre los participantes", 'The Upside-Down World of High-Tech', The Wall Street Journal, New York, July 19, 1999. "En las empresas se asocian personas, es decir, hombres libres, capaces de disponer de sí mismos, creados a imagen de Dios. Por lo cual debe promoverse de manera adecuada, la participación activa de todos en la gestión de ingresos de la empresa, consideradas las funciones de cada cual...y salvaguardada la necesaria unidad de dirección", 'Gaudium et Spes', Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II, n. 68.

(44) Me parece importante dejar aclarado lo siguiente. Debemos tener en cuenta que estamos hablando de organizaciones que se manejan en el ámbito de los conocimientos humanos y, por tanto, imposibles de planificar, de conocer anticipadamente. Justamente el éxito de estas organizaciones depende de la rapidez y eficacia con que puedan recabar información en el mercado para adaptarse en 'tiempo real' a lo que demanda, en un proceso creativo. Pero existen organizaciones (la Iglesia Católica, por caso) que, fundamentalmente, maneja cuestiones de orden superior, es decir, absolutas. En cuanto a estas cuestiones absolutas, según hemos visto, si bien no podemos conocerlas de modo absoluto, sí podemos saber de su existencia. Consecuentemente, aquí el proceso de creación basado en la información de nuevos conocimientos ('consensuados' en el mercado), no corresponde del mismo modo. De aquí que, como sí sabemos que existen determinadas verdades absolutas (y no cabe la creación, que no sea secundaria en cuanto a mejorar su interpretación), debe, de modo necesario, existir una autoridad incuestionable. Por cuanto, según sabemos, una verdad es absoluta, sí y sólo sí, tiene una interpretación unívoca. Pero, como esto, según vimos hace al orden natural (la existencia de estas verdades absolutas) esta autoridad incuestionable es, de suyo, natural y, consecuentemente, no necesita de la coerción, de la violencia, para imponerse, como sí se necesita cuando se quieren imponer como 'absolutas' verdades (humanas) que son de suyo relativas.

(45) 'Employment Contracts, Influence Activities and Efficient Organization Design', Journal of Political Economy, 96, 1988: 42-60.

(46) "Boeing fue capaz de construir su avión 777 dos años antes de lo que hubieran sido capaces sin integración por redes informáticas... lo cortaron en secciones, juntaron equipos alrededor del mundo y los hicieron trabajar juntos muy eficientemente. Y, además, probablemente tuvieron un 20 o 30 por ciento de aumento en la productividad", aseguró John Chambers, cabeza de Cisco Systems ('Big shift in corporate attitudes on electronic commerce', Financial Times, London July 2 1997, p. 2 FT-IT). Por otra parte, estos avances tecnológicos están provocando la inevitable integración de todo el mundo de modo cada vez más rápido y efectivo, a la vez que la tecnología, según vimos, permite cada vez más obviar las fronteras nacionales coactivas. Todo esto trae a colación la tan mentada 'globalización'. Este fenómeno, sin duda, sería negativo en tanto provocara la uniformidad negativa de cosas malas, y este aspecto del fenómeno debería ser evitado. En otras palabras, una cosa es que las aduanas pierdan poder coactivo en beneficio de la naturaleza humana (el libre albedrío) y otra, claramente negativa, que el dólar, por caso, se convierta en moneda única estatal ('global') mundial. De cualquier manera, lo cierto es que la 'globalización' negativa es más una mala idea de la que hay que precaverse que una realidad, de hecho, el avance tecnológico cada vez más permite que cada producto sea particularizado de acuerdo con las necesidades y antecedentes de cada persona, en lugar de los productos seriados que antiguamente salían de las líneas de producción.

CAPITULO IV

CULTURA, EDUCACION Y SALUD

INTRODUCCION

Ahora, que hemos estudiado a las empresas surgidas de la coerción institucional, vulgarmente conocidas como 'empresas estatales' y monopolios, y a las nacidas como consecuencia de la imperancia del orden natural, comúnmente llamadas 'privadas', y hemos estudiado, también, las consecuencias del estatismo 'regulador', creo que estamos en condiciones de entender cabalmente como funcionan el resto de los 'servicios básicos' que, muchos suponen, debe brindar coercitivamente el Estado.

Lo que podríamos llamar 'la cultura de la violencia', que sostiene a la sociedad artificial, ha repercutido negativamente de dos modos: primero, porque ha justificado a la violencia, a la coerción; y, segundo, porque su accionar le ha provocado grandes daños a la verdadera y sana cultura. Así, por ejemplo, en un mundo en donde las ideas son cada vez más importantes, y hasta se están convirtiendo en el principal capital de las empresas, aun así, los intelectuales, en general, han llegado a estar entre los peores remunerados.

Pero, además, se ha rebajado a la cultura en términos generales, transformándola en un elemento ideológico cuando no directamente político. Siendo que, la verdad es que, no hay nada más contrario a las luchas ideológicas que la verdadera cultura. Porque, mientras que la política es, necesariamente, el resultado o el deseo inmediato de un grupo particular claramente definido, y la ideología, la expresión racional de intereses egocéntricos, la verdadera cultura es universal, en el sentido de verdadera expresión de la esencia humana. En consecuencia, está más allá de las clases, de las ideas políticas, raza, nacionalidad o lo que fuera; y está hecha para perdurar en el tiempo. ¿O acaso la Novena de Beethoven tiene partido político, o las ecuaciones de Pascal tienen nacionalidad?

Su efecto destructivo ha llegado, y en forma contundente, hasta la investigación científica. Efectivamente, el Estado racionalista, históricamente, a través de las 'academias nacionales', 'institutos de investigación' y otros métodos, ha financiado a científicos o proyectos de investigación que, arbitrariamente (como todo lo que nace de la coerción), 'juzgaba correctos', porque le convenían. Así, hoy tenemos que soportar 'grandes académicos', 'grandes científicos', que nos quieren hacer creer que, ridículas hipótesis, claramente contrarias a la vida humana, son grandes verdades científicas. Con toda la carga de 'verdad absoluta' que conlleva el racionalismo. En el otro extremo, el Estado racionalista ha utilizado, incluso la cárcel y la coerción, la prohibición, para evitar y destruir hipótesis científicas que, quizás, hubieran resultado mucho más acertadas.

De este modo, ha creado un 'mundo científico' en el que todas las ciencias son 'ciencias' en cuanto sean racionalistas. De otro modo, 'no son serias'. No serían aceptadas en ninguna academia nacional del Estado coercitivo, ni en ningún instituto de investigación o enseñanza del Estado racionalista. Y lo que es peor, no sólo no serían tenidas en cuenta en los 'programas de estudio' que el estatismo impone, incluso a los institutos privados, sino

que serían atacadas y denigradas como contrarias a la ciencia, a la razón. Piénsese, por ejemplo, que, según hemos estudiado, la Teología es la Ciencia por excelencia (más allá de la religión que se profese), que debe iluminar e irradiar con su sabiduría a todas las otras que le son secundarias (epistemológicamente, derivadas y subordinadas). Y, sin embargo, gracias al accionar del racionalismo, hoy nos cuesta mucho pensar que, hasta en las matemáticas (1), es inevitable referirse al Absoluto, de modo de poder tener un conocimiento cabal, real y lo suficientemente profundo del universo. Pero, la Teología no forma parte de ningún programa de educación estatal, y lo que es peor, normalmente se la ignora (por no decir que se la denigra) como ciencia válida.

Así, por tomar un ejemplo, ha transformado a la historia, en la historia de la violencia: lo importante a conocer son las guerras, los héroes son quienes más enemigos mataron y la verdad pertenece a los triunfadores. Cuando está muy claro que matar no es ningún mérito y, en cualquier guerra, la humanidad siempre pierde. Así, la historia racionalista es un compendio, relatado por los vencedores (quienes se han impuesto militarmente sobre la sociedad), de las instituciones violentas, sus guerras, sus héroes (los más asesinos) y demás. Cuando la verdadera historia (el derrotero de las acciones que suman al progreso humano) es lo que nos pasa, a todos y cada uno de los seres humanos. La verdadera historia, es la del desarrollo y evolución de la vida humana. Recordemos que, el conocimiento, es para la vida. Consecuentemente, ¿de qué nos sirve saber cuantas guerras hubieron y quienes 'vencieron'?. Por otro lado, recordemos que el conocimiento verdadero, quedará determinado por el orden natural, a través de la sociedad, que irá decantando lo malo y sosteniendo lo bueno para la vida. Así, la verdadera historia, el verdadero conocimiento histórico, es el aquel que da cuenta de cómo se ha ido desarrollando el hombre y sus ideas, la vida humana: la historia de las religiones, de las ciencias, de la literatura, la música y demás.

Cuando el Estado racionalista deje de imponer sus relatos oficiales sobre la violencia (sus guerras, sus 'héroes', sus Estados coercitivos, sus afecciones materialistas) nos podremos ocupar con mayor seriedad de la verdadera historia, de la del crecimiento de la vida humana, porque de aquí podemos obtener valiosísimas enseñanzas que nos permitan mejorar nuestro avance religioso, moral, cultural y científico.

En fin, como cultura es un término muy amplio me referiré, en adelante, en particular a la educación, de modo de mostrar los nefastos resultados del intervencionismo coercitivo en el área (2). Y, luego, para terminar con los temas de los que, supuestamente, el Estado racionalista, en forma que surge de la coerción, básicamente se tiene que ocupar, trataré el tema de la salud.

LA EDUCACION

"Una vida libre es la única vida válida para un ser humano. Aquello que no es libre no es responsable, y aquello que no es responsable no es moral. En otras palabras, la libertad es la condición de la moral". Thomas Davidson.

Empecemos por aclarar un poco las ideas básicas. Si por formación entendemos el aprendizaje de los principios religiosos fundamentales, de la moral y la ética, y reconocemos que 'no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra', y creemos que es posible morir de hambre antes que desconocer nuestros principios esenciales, entonces, podemos decir que la formación es más importante, y más noble, que comer. Pero si por educación entendemos el aprendizaje de las matemáticas, la química, y aun de la lectura y escritura, entonces, probablemente el comercio, por caso, es más importante y, quién sabe, más noble. Efectivamente, sobre todo en las ciudades en donde los habitantes no pueden comer de lo que recogen del suelo, es el comercio el que provee los alimentos necesarios para cada día. Y, luego, podremos estudiar.

Probablemente la Revolución Francesa, duramente criticada por el liberal británico Edmund Burke (justo es reconocerlo) entre otros, fue uno de los acontecimientos más negativos que ha registrado la historia humana. Y sin que esto signifique una reivindicación total de lo que antes ocurría. Pero, lo cierto es que, esta revolución (anticristiana por su violencia, por las cabezas que rodaron), se caracterizó por la imposición 'institucional' de la razón humana como 'religión', y de sus derivados, el iluminismo y la 'enciclopedia'.

Así, entre otras consecuencias, se produjo un falso endiosamiento de la cultura y la educación (consecuencia necesaria del falso endiosamiento de la razón). Que implicó que éstas son sagradas y que están por encima, incluso, del hombre. De donde, 'todo es cultura' aun cuando manifiestamente se proponga la depresión o la lisa destrucción de la vida. De aquí también que, consecuentemente, la educación debe ser compulsiva, estatal, aunque el educando se niegue. Pero lo cierto es que, la educación es importante solamente, en tanto y en cuanto, sirva a la vida humana, de otro modo es, por lo menos, pérdida de tiempo.

Esta 'ilustración', con el fin de sobrevivir, hoy se manifiesta en forma más sutil: en la insistencia en que la educación es una inversión para el futuro, en la que reside la riqueza de cualquier país. Y lo cierto es que esto es verdad, pero, como toda verdad humana, sólo relativamente al hombre.

Me parece importante acotar, de paso, que el 'enciclopedismo' es irracional, puesto que fuerza la memorización de temas, ideas y conceptos que no pueden discutirse. Lo que lleva a uno de los problemas más serios que hoy tienen los profesionales, esto es: frente a un problema, la repetición de frases y conceptos memorizados y la consecuente incapacidad para elaborar soluciones reales. De aquí el éxito que ha tenido últimamente el 'método del caso', porque intenta, en alguna medida, revertir esta situación.

Para cualquier religión sana sólo Dios es Absoluto. Para un racionalista, un iluminista, sólo la 'razón humana' es absoluta. Y, por cierto, como la razón no lo es, resulta 'absoluto' solamente aquello que consideran salido de ella que es, precisamente, lo que hay que memorizar sin pensar demasiado. No por nada, un notorio racionalista, el ministro de propaganda Nazi, aconsejaba repetir muchas veces una frase de modo que se convirtiera en una 'verdad'.

Hoy se ve con bastante claridad, gracias a la rapidez del avance tecnológico, que no tiene sentido, por ejemplo, memorizar el manejo de una computadora. Cuando, lo más probable es que, para cuando termine la escuela, la computadora en cuestión, ya no existirá. Pero, por ejemplo, cuando el mundo sólo conocía la mecánica de Newton, los racionalistas argumentaban que su memorización era imprescindible porque esta era 'la' verdad. En el proceso del conocimiento, era importante absolutizar conceptos salidos de la razón, fijándolos (como resulta en las religiones con Dios (3)), porque esto impediría que se descubriera que la razón era sólo relativa y, en consecuencia, el absoluto estaba en otro lugar: en Dios, por cierto.

Y la memorización forzada (no la natural, la que se da como simple consecuencia de la repetición voluntaria, por ejemplo, la memorización del camino a casa) es un intento por destruir la relatividad de las ideas (en permanente cambio y evolución, en permanente búsqueda de la Verdad a la que nunca se llega de modo absoluto), reemplazando esta capacidad analítica y progresiva propia y natural como respuesta al estímulo de la realidad, por la absolutización necesariamente estática de un concepto, con el consecuente desprecio de los datos empíricos actuales. En otras palabras, la memorización forzada es un modo de decir 'esta es La verdad, estática en tu mente desde el pasado, es todo lo que necesitas, repítela y serás un dios, limita tu mente y no busques más en la realidad, no sea que, en esto de buscarla, en la experiencia empírica, descubras que la razón humana no es absoluta y encuentres a Dios'.

No por casualidad, la 'educación memorizada' (suena a lavado de cerebro) es una imposición del Estado racionalista. Esta 'organización' coercitiva impone los famosos 'títulos habilitantes' necesarios para ejercer distintas profesiones. Luego, para esto, no sólo obliga a las personas a asistir a todo un proceso 'educativo' que finaliza en la universidad sino que, para recibir dicho título, deben rendir exámenes. Y, para aprobar éstos, deben tener los 'conocimientos' que exigen los programas de 'estudio' estatales, es decir, deben memorizar lo que allí les indican, que (oh, casualidad), suelen ser 'ciencias' y contenidos aprobados por el racionalismo.

En fin, luego, por cierto, sucede que la realidad nos 'despierta': la profesión se aprende ejerciéndola (trabajando, investigando y estudiando seriamente), después e independientemente de haber conseguido el famoso 'título', luego de haber terminado el proceso 'educativo'. Y las memorias, las memorias que valen, son las de siempre: las naturales.

Por cierto que, luego, sucedió que Newton fue superado por la teoría de la relatividad de Einstein. Así es que, el método pedagógico para combatir al racionalismo es, sin duda, enseñar a desarrollar la capacidad racional sobre datos empíricos, evitando las memorizaciones forzadas y, como contraposición, alentando a recordar (no imponer su memorización) las naturales. Pero, en fin, luego de disculparme por esta distracción, volvamos al tema central.

La 'gratuidad' en la educación. El estatismo redistributivo (4).

"Mucha gente bien intencionada cree que los pobres son quienes más tienen que

ganar con la educación estatal, sin embargo, al menos en Chicago, lo opuesto es lo cierto", asegura Howard Baetjer jr (5).

El razonamiento sostenido es notablemente primitivo: el Estado coercitivo tiene la fuerza física y, en consecuencia, debe quitarle dinero a quienes tienen en exceso, para darlo a los de escasos recursos. El famoso argumento del (falso) 'Estado redistributivo'. Se repite hasta el cansancio, que tiene la obligación de garantizar la educación gratuita para todos, de modo de favorecer a quienes no tienen manera de financiarse. Pero, como nada es gratuito, la educación estatista suele pagarse por vía de impuestos.

Ahora, lo que sucede en la realidad, es que estos tributos serán, como vimos, inevitablemente trasladados hacia abajo, recayendo con más fuerza sobre los de más escasos recursos. En cualquier caso, los más perjudicados, son los de niveles más bajos, que no pueden ir a la universidad porque tienen que trabajar, entre otras cosas, para poder pagar la educación de los niveles más acomodados. Y a esto llaman 'justicia social', cuando la verdadera Justicia Social es el respeto al orden natural social, empezando por negar la violencia institucional.

Así es que, todos los relevamientos en las universidades actualmente en manos del Estado argentino, por caso, señalan que la abrumadora mayoría de los alumnos pertenece a niveles medios, una parte considerable a niveles altos y una ínfima proporción a niveles bajos. Y esto no es casual sino deliberado. Es decir, que la educación estatista, no significa otra cosa que el aprovechamiento que hacen del Estado coercitivo los niveles medios, en particular, para poder estudiar gratuitamente a costa de los más humildes, que no pueden acceder a esta educación, entre otras cosas, como dije, porque tienen que trabajar para sostener, por vía de traslado tributario, la educación universitaria de los otros.

Lo que viene a desmentir la supuesta 'igualdad de oportunidades', que brinda el sistema estatista, según lo conocemos hoy (6). Y este es, en definitiva, el carácter redistributivo que inevitablemente produce la coerción: que los más débiles, materialmente, trabajen para el resto (7).

En definitiva, la gran disyuntiva entre educación privada, en el sentido de surgida del mercado natural, y estatal coercitiva, es que, mientras que la primera es eficiente y la paga quien la utiliza, la segunda es ineficiente por definición, como es todo lo que se sostenga coercitivamente, según ya vimos.

La obligatoriedad en la educación

Como imposición inevitable del racionalismo, el iluminismo y el 'enciclopediaismo', hoy muchos Estados obligan a sus ciudadanos a concurrir a las escuelas hasta determinado grado (8). Pero la verdad es que "los estudios han demostrado que los índices de alfabetización en los EE.UU. del Siglo XVIII (cuando no existía escolaridad obligatoria ni estatal) eran superiores a los de hoy en día", según Rolf McEwen, profesor en el East Linn Christian Academy (9). Y es razonable que así suceda.

Si consideráramos que la educación es un servicio del mercado y para el

mercado natural, es decir, las personas, lo suficientemente serio como para encararlo eficientemente, esto es, con el mismo sentido de lucro que caracteriza a las empresas e instituciones privadas y, en consecuencia, dejáramos a la educación totalmente en manos de la naturaleza social del hombre (esto es, no sólo todos los establecimientos, sino dejar que la gente, determine los programas, si quiere estudiar, en donde, de que modo, que materias y a que costo), entonces, tendríamos una educación hecha a la medida de las personas. En una tendencia al equilibrio real entre realización personal, necesidades de desarrollo de la sociedad y posibilidades financieras. Y esto llevaría, inevitablemente, a que se estudiara con mayor entusiasmo y no, como ocurre hoy, que las personas son obligadas a estudiar cosas que no les interesan (y que muchas veces son obsoletas e inútiles) y que en el futuro les servirán para poco o nada.

Estudiarían más personas dado que, los programas de estudio ya no serían tediosos 'enciclopedismos', que para nada sirven, sino el resultado de lo que el mercado natural, con su inevitable autoridad moral, mande. Es decir, lo que la gente quiere, desea y necesita, para su desarrollo personal. Además del hecho de que, al estar ahora los recursos en manos privadas, eficientes, esto traería aparejado mayor calidad y cantidad de educación a menor costo (10).

Por otro lado, si fuera verdaderamente "privada" y libre, es decir, que la educación de desarrollara en un ámbito de respeto al orden natural, ocurriría lo que ocurre con cualquier otro producto o servicio: la competencia haría que los buenos establecimientos se fortalecieran y los malos desaparecieran. Y que los buenos maestros fueran ampliamente recompensados, a los niveles de excelencia que merecen, jerarquizando como corresponde a la educación. Y el mercado quedaría, por otra parte, satisfecho en cuanto al grado de formación de los profesionales y técnicos que necesita para poder desarrollarse. Y no como ocurre hoy, en los países en los que los programas son impuestos coactivamente por el Estado, que no sirven sino para crear profesionales que están absolutamente fuera del mercado, como que no es el mercado el que los diseño.

Por cierto que no es poco importante el hecho de que, en un sistema natural, los padres se verán obligados a poner más atención en la educación de sus hijos, con todas las ventajas que esto significa. Pues tendrán que ocuparse de elegir escuelas, programas, materias, maestros y demás. Mientras que hoy, el escaso margen de elección que tienen, les produce una inevitable apatía, y terminan preocupándose poco por sus hijos visto que poco es lo que pueden decidir (11). Todo lo demás lo decide el Estado racionalista.

Pero, además, el sistema de educación coercitivo, conlleva un nefasto cargamento ideológico. Por un lado, como al niño se le enseña, de hecho, más allá de los discursos, que es el Estado violento quién lo educa, quién le da las escuelas, los programas de estudio, los títulos habilitantes (12) y demás, es decir, que hace las veces de padre, el estudiante terminará creyendo, consciente o inconscientemente, que en definitiva, en última instancia, es su 'padre'. Y es a él, al Estado coercitivo, a quién tiene que recurrir en caso de extrema necesidad.

Tanto esto es así, que hasta Usted mismo, al tiempo que lee estas líneas, probablemente sienta una especie de desamparo de sólo pensar que, al que han pretendido

presentarle como si fuera su padre, pueda desentenderse de las cuestiones básicas, cuando toda evidencia y toda razón indican que nadie se ocupó peor que el Estado racionalista, a lo largo de toda su vida, de sus necesidades más importantes.

Por otro lado, en la educación artificial, estatista, el niño aprende sus primeras nociones autoritarias y violentas. Puesto que se le impone la educación autoritariamente, vía violencia coercitiva, desplazándolo injustamente del lugar que es de derecho exclusivo suyo y de sus padres: el de elegir su educación en todos sus aspectos (13). Queda claro, pues, que es el estatismo el principal sostenedor de la 'cultura de la violencia' (14). En contraposición con la actividad "privada" cuando es verdaderamente libre, la imperancia del orden natural, dirigida esencialmente a favor de la vida, de la paz.

Por otro lado, ¿por qué es que el Estado racionalista se preocupa tanto por 'proteger' a los niños contra la ignorancia y no pone el mismo énfasis, ni parecido, para alimentarlos, por caso? ¿Será que lo único que pretende es alguna clase de lavado de cerebro de modo de contar con súbditos sumisos? ¿Aquello de 'educar al soberano', que tanto le gustaba a Sarmiento, no será 'educar para tener fe en el Estado racionalista'?

Para terminar, y dejar claro que no existe forma en que la educación coercitiva pueda ser eficiente, baste con decir que, en toda la historia, no hubo mejor sistema educativo que el de los Estados Unidos: es público y notorio que, de todas partes del mundo, quieren ir a estudiar allí. Y, sin embargo, veamos como describe David Smyth al sector estatal en este país: "... hay... ciudades en los Estados Unidos... donde los corredores de las escuelas son un poco más seguros que las trincheras de la Primera Guerra Mundial, donde los baños escolares son inusuables para los estudiantes decentes, donde la educación es tan mala que un gran porcentaje de los estudiantes se gradúan de la escuela secundaria (high school) sin saber leer o escribir correctamente o ni siquiera localizar donde están los Estados Unidos en un mapa del mundo" (15).

LA SALUD

En este tema me explayaré poco porque, esencialmente, vale lo mismo que para la educación: los hospitales 'gratuitos', por caso, surgidos del sistema coercitivo, son financiados, por vía impositiva (o por las otras vías de financiamiento que utiliza el estatismo), por los más pobres sirviendo a un público, básicamente, de nivel medio.

Normalmente se ataca a las empresas de salud privadas (16) argumentando, en forma despectiva, que 'son comerciantes' y que, lo que verdaderamente les interesa, es ganar dinero, y no servir a la gente. Ya hemos visto que, en el mercado natural, por un lado, para ganar dinero hay que servir a las personas. Y, por el otro, lo más urgente es lo que más fondos atrae, por la sencilla razón de que las personas están más dispuestas a gastar dinero en evitar la muerte, que gastarlo en un auto de lujo, por ejemplo. En consecuencia, como potencialmente el lucro es mayor en las actividades más urgentes, el mercado se ocupará, prioritariamente, de éstas necesidades. Y así ocurre con la salud.

En definitiva, la imperancia del orden natural, es el mejor seguro, no sólo de

eficiencia, es decir, de que con los recursos sociales la sociedad podrá obtener el mejor sistema de salud posible (17), sino, también, de que ésta será prioritaria. Y que, además, el sistema estará fuertemente motivado por el verdadero deseo de servir, y no comandado por la falsa 'sensibilidad social' que reivindica, irónicamente, la coerción, la violencia. Y aún más, en un mercado natural, los problemas marginales que hoy existen como, por ejemplo, la falta de órganos para trasplantes, lo que muchas veces causa la muerte del enfermo, tendrían una solución satisfactoria (18). No se trata, pues, de manejar la propia vida, el propio cuerpo, como si sólo fuera 'mercadería física', sino de ordenar sobre bases naturales (eficientes), morales, no violentas, la salud y el cuerpo humano, de todas y cada una de las criaturas.

Notas al Capítulo IV

(1) Cuando era estudiante universitario de Ingeniería, tuve oportunidad de realizar algunas investigaciones, relativamente profundas, dentro del 'análisis matemático'. Mi primera sorpresa fue encontrar la definitiva dependencia que tenían las matemáticas avanzadas de los infinitos e infinitésimos (la inversa, pero no la negación o el opuesto del infinito). Estos constituían 'el principio (los infinitésimos) y el fin (los infinitos)'. Más me sorprendí cuando descubrí que, el infinito (y el infinitésimo), era el 'número perfecto' (el único perfecto), era, además, absoluto, y era, en todo sentido, el misterioso principio y fin de todo el conocimiento matemático. Mis investigaciones hubieran quedado paralizadas, en un sin sentido racionalista, sino fuera que, al advertir la similitud con algunos principios de la teodicea, decidí continuar a la luz de ellos. El corolario es que las matemáticas no son una ciencia exacta (solo los infinitos), de hecho, no existe ninguna ciencia exacta como pretenden hacernos creer los racionalistas.

(2) Todas las áreas que hacen a la cultura (teatros, museos, y demás) funcionarían en forma mucho más eficiente, lo que significa que habría mayor cantidad a menor costo, si fueran 'privadas', en el sentido de surgidas naturalmente como consecuencia de la ausencia de coerción institucional. Para discusión en este sentido, en el caso de las bibliotecas, por ejemplo, ver J. Brian Phillips, 'Alternatives to Public Libraries', The Freeman, Ed. The FEE, Irvington on Hudson, New York, April 1987, vol. 37, no. 4, p. 147.

(3) "Sea lo que fuere de la naturaleza y perfección de nuestra idea de lo infinito, es cierto que envuelve algo fijo, común a todas las inteligencias", Jaime L. Balmes, 'Filosofía Fundamental', Libro Octavo, Capítulo III, 17, Ed. Sopena Argentina, Buenos Aires 1942, Tomo II, p. 130. En cuanto a la memoria, resulta sintomático el siguiente párrafo de C. A. Mace: "El estímulo que llevo a un punto de vista más fructífero provino de Freud, el psicoanalista, quien propuso la notable hipótesis de que olvidamos porque queremos olvidar. Esto implica el corolario de que recordamos cuando eso conviene a nuestros fines, proposición sorprendente pero que se acerca mucho a la verdad. Si se la modifica un poco, la paradoja se convierte en un lugar común. La corrección necesaria en principio, y los detalles requeridos son administrados por la concepción de la memoria como una función constituyente en respuesta a la estimulación. Así como la experiencia perceptiva nos permite reaccionar ante lo actual, la memoria nos permite hacerlo respecto del pasado, y responder al presente a la luz de la experiencia anterior", 'Guía Psicológica Para el Estudio y Aprendizaje', Ediciones Hormé SAE, Ed. Paidós, Buenos Aires 1966, pp. 41-42. Es decir, finalmente, en el proceso natural del conocimiento, cuando recordamos algo es porque

conviene a nuestra naturaleza (por ejemplo, el camino de vuelta a casa). Por el contrario, cuando no memorizamos algo es porque nuestra naturaleza nos está diciendo que, dada las pocas o ninguna oportunidad en que los hechos nos ocurrirán del modo en que se nos propone memorizar, nuestra naturaleza prefiere responder a la percepción actual con el raciocinio particular de la situación planteada. En otras palabras, explotar al máximo nuestra capacidad racional dado que, como sabemos, al no ser ninguna verdad humana absoluta, cada caso particular tendrá una solución única. Al mantener, de este modo, la mente clara y la verdadera capacidad racional incondicionada, de suyo, nuestra mente permanentemente recaerá en el Absoluto (en el ejercicio de su búsqueda). De este modo, nuestra mente responde a hechos empíricos, y no a ideas abstractas en el sentido racionalista, es decir, a ideas surgidas de nuestro interior. "La búsqueda de la verdad, incluso cuando atañe a una realidad limitada del mundo o del hombre, no termina nunca, remite siempre a algo que está por encima del objeto inmediato de los estudios, a los interrogantes que abren el acceso al Misterio", Juan Pablo II, discurso con ocasión del VI centenario de fundación de la Universidad Jaguellónica (8 de junio de 1997), 4: L'Osservatore Romano, Ed. semanal en lengua española, 27 de junio de 1997, 10-11.

(4) "La tradición de la educación privada existe en todas las civilizaciones conocidas. Cuando Confucio dijo que enseñaría a cualquiera que le diera de comer, quería decir que no le importaba cuánto recibiría, siempre y cuando se aceptara el principio de pagar. La idea de que la educación debe ser 'gratuita' y organizada por el Estado tiene orígenes relativamente recientes. Se estableció en Europa y Norteamérica en el siglo XIX... ", Gabriel Roth, 'La privatización de los servicios públicos', en 'Privatización y Desarrollo', coordinador Steve Hanke, Editorial Trillas, México 1989, p. 129.

(5) 'Private Schools in the Inner City', The Freeman, vol. 36, no. 11, November 1986, The FEE, Irvington-on-Hudson, New York, p. 434.

(6) Según A. V. Dicey, citando a Leslie Stephen (English Utilitarianism, i, pp. 111-112), aunque el sistema de educación estatal "...era deficiente (o más bien inexistente), 'probablemente no exista ningún período en la historia inglesa en el que llegaran a descollar un número tan amplio de hombres de orígenes modestos' como al final del siglo XVIII y principios del XIX", 'Law and Opinion in England', (Macmillan, 1952), p. 113.

(7) "Cuando analizamos el índice de éxito de los alumnos contra el nivel de gasto en la educación advertimos que los países latinoamericanos quedan entre los peores... tiene que ver con cuestiones estructurales que están creando grandes distancias entre los pobres y los ricos... pensamos que debería ser posible no subsidiar la educación universitaria (en Latinoamérica) sino financiarla, dado que existen graves problemas de asignación de recursos", conferencia pronunciada durante la convención de ADEBA, por Guillermo Perry, del Banco Mundial, en Buenos Aires el día 20 de mayo de 1997.

(8) Esta idea es tan fuerte que, incluso, algunos intelectuales liberales la han defendido. Ver, por ejemplo, 'Capitalism and Freedom', Milton Friedman, University of Chicago Press, Chicago 1962, p. 86. Ver también 'Suggestions on Popular Education', Nassau Senior, J. Murray, Londres 1861, p. 6. John Stuart Mill llega hasta insinuar contra la familia, desconociendo sus propios principios 'liberales', así afirma que en la educación "... el fundamento del principio del laissez-faire falla por completo. La persona más interesada no es el mejor juez sobre la materia, ni siquiera es un juez competente. En todas partes se considera correcto que las personas insanas se encuentren a cargo del estado. En el caso de los niños y de los jóvenes, suele decirse que como no pueden juzgar por sí mismos, sus padres u otros parientes deben hacerlo por ellos. Pero esto coloca la cuestión en una

categoría diferente; ya no se trata de si el gobierno debe interferir con los individuos en la dirección de su propia conducta y sus propios intereses, sino de si debe dejar absolutamente en sus manos la conducta e intereses de otra persona", 'Principles of Political Economy', Longmans, Londres 1915, p. 957.

(9) Por su parte, en la Inglaterra de 1830, a pesar de los obstáculos que ponía el gobierno, como impuestos sobre el papel, y sin que existiera la educación estatista, entre dos tercios y tres cuartos de la población total ya sabían leer y escribir, según R. K. Webb, 'The Victorian Reading Public', en 'From Dickens to Hardy', Pelican Books, Londres 1963. "La evidencia que tenemos es que,... aunque ha habido un aumento importante en el cubrimiento de la educación primaria en América Latina, por lo menos en el sector urbano, ...sólo la mitad (de los niños) la terminan", Guillermo Perry, Economista del Banco Mundial, conferencia pronunciada durante la convención de ADEBA, en Buenos Aires el 20 de mayo de 1997. El cubrimiento al que se refiere es básicamente la infraestructura estatal.

(10) Más todavía, seguramente, al quedar los recursos en manos de la gente, se invertiría más en educación, de hecho, por caso, "... la proporción de la renta nacional de Gran Bretaña dedicada a la educación de niños menores de 11 años fue de alrededor del 0,8 por ciento en 1833, antes de la educación obligatoria y 'gratuita'. Esta proporción supera la de la mayor parte de los años del siglo XX hasta... 1965", E. G. West, 'La Educación y el Estado', Unión Editorial, Madrid, 1994, p. 11.

(11) "Es asombroso como personas tan carentes de educación como... los padres de... la clase trabajadora pueden ser de ordinario tan buenos jueces de la idoneidad de un maestro. Buenas edificaciones e instalaciones escolares permanecen prácticamente desiertas y sin uso durante años, mientras que si por ventura se nombra un maestro que hace bien su trabajo... su escuela no tarda en llenarse... (en un caso)... la mayoría permanecieron durante una época en que el pago de las tasas escolares tuvo que exigir en muchas familias mineras (durante una prolongada huelga) el sacrificio de necesidades básicas", Informe del Sr. Goode, Comisionado Auxiliar, Comisión Newcastle, Royal Commission on Popular Education, Londres, (1861), p. 175. En innumerable cantidad de oportunidades, he podido escuchar las quejas de los directivos de los institutos educativos por la escasa asistencia de los padres a las reuniones pertinentes, pero lo cierto es que lo único que hacen es adaptarse a la realidad: confían relativamente en los directivos (de otro modo sus niños irían a otra escuela) y no pueden decidir realmente nada: ni los programas de estudio, ni las materias, nada. ¿Para qué ir?

(12) El tema de los 'títulos habilitantes' (que ya he mencionado varias veces), para poder ejercer determinadas profesiones, que regula el Estado racionalista, la sociedad artificial, merece la siguiente pregunta: por ejemplo, ¿cuántos pacientes se atienden con médicos según los títulos habilitantes, regulados por la burocracia estatal que éstos posean? Ninguno. En general, todos los pacientes se atienden con profesionales según su prestigio o el de la institución que los cobija, y jamás le piden que le muestre el título habilitante. Por el contrario, lejos de ser una garantía, es peligroso, porque cualquiera puede falsificar, o comprar u obtener un título (que los hay muchos) sabiendo muy poco y pretender con esto ejercer la medicina. En cambio, el prestigio ni se compra, ni se falsifica y no se consigue sin saber de lo que se trata. De modo que, los títulos habilitantes que otorga el estatismo, el Estado coercitivo (y justamente esta institución que es lo más irresponsable que existe) no tienen sentido. Por ejemplo, si Usted tiene un título de médico otorgado por la Universidad de Harvard (una de las mejores escuelas de medicina del mundo) los burócratas del Estado

argentino le dicen que no puede ejercer en nuestro país (¿será que ellos, entre mate y mate, habrán aprendido más que los profesores de Harvard?).

(13) "Todo examen de las interacciones afectivas del educador y del alumno revela que la vida de la relación educativa está sometida, sobre todo, a la predominante iniciativa del primero. El educador, que es el animador de la 'pareja', le imprime caracteres peculiares y es quien, por su sola presencia y por la actitud que adopta desde el comienzo, suscita las reacciones del alumno. Por otra parte, el problema se presenta normal si se piensa que él desempeña, por su función, el papel de maestro que lo obliga a tomar la conducción moral e intelectual del educando. Cada educador da a esa conducción el impulso inicial, a su manera y de acuerdo con su propia originalidad", Max Marchand, 'La afectividad del educador', Ed. Kapeluz, Buenos Aires 1960, p. 43.

(14) Resulta sintomático que The Times Educational Supplement, Londres, Septiembre de 1963, publicara, refiriéndose al sistema educativo racionalista imperante, que "Es sorprendente el hecho de que a medida que la educación se generaliza y disminuye la pobreza, la delincuencia juvenil aumenta en forma sostenida". Por su lado, William Singer, presidente del Ulster Teachers' Union, durante su conferencia anual del 21 de abril de 1965 afirmaba que "Existe una creencia cada vez mayor acerca de que nuestro sistema educativo debe asumir la parte de responsabilidad que le corresponde por muchos problemas de conducta, que se ponen de manifiesto en la delincuencia y el vandalismo juveniles". Por otro lado, la idea de que es la falta de bienestar una de las principales causas de la delincuencia no resulta tan cierta; así Lady Barbara Wootton escribió que "...pienso que se trata de una conclusión que hubiera sorprendido a nuestros abuelos... el hecho de que el advenimiento del 'estado de bienestar'... no haya reducido de manera significativa las estadísticas con respecto a la delincuencia", 'Social Science and Social Pathology', Allen and Unwin, Londres 1959, p. 80. Por su parte, "El Crowther Committee (1959) descubrió que el último año de educación obligatoria era también aquel en el cual se observaba una mayor incidencia de delincuencia juvenil, y que la tendencia a este tipo de conducta se revertía cuando el joven comenzaba a trabajar. No sólo se trataba de un fenómeno observado durante muchos años, sino también que, cuando en 1947 la edad de terminación del ciclo escolar se elevó de los catorce a los quince años, el grupo etario más conflictivo no fue ya el de trece años, sino el de catorce", (Crowther Report), 15 to 18 Report of the Central Advisory Council for Education, HMSO, Londres, 1963, cap. VI, párrafo 63. En tanto que, según la Mutual General de Educación Nacional de Francia, el 15 por ciento de los maestros han sido sometidos al menos una vez a la semana a actos de violencia física o verbal (cfr. 'Education nationale: la faillite', Le Figaro, Paris, 13 septembre 1999, p. 13).

(15) 'Our School System: The Dream and the Reality', The Freeman vol. 36, no. 11, Ed. The FEE, Irvington-on-Hudson, New York November 1986, p. 437.

(16) En rigor de verdad, lo que generalmente ocurre es que, estas empresas, son sólo parcialmente privadas. Porque suelen soportar tantas 'regulaciones' estatistas que, finalmente, se parecen más a concesionarios del sistema coercitivo (con todas las deficiencias que esto implica), que a verdaderas empresas surgidas del respeto al orden natural.

(17) "Mediante la Dirección de Veteranos (VA), el gobierno estadounidense opera el mayor sistema de servicios de salud del país... el costo de construcción por cama de los hospitales para ancianos de la VA es casi 290% más que para hospicios privados similares... el equipo de administración de construcción de la VA tiene 16 veces más empleados por cama que... el sector privado, y los proyectos de la VA requieren de 3,5 veces más tiempo de

construcción que los proyectos privados... el costo promedio de los hospitales de la VA es superior en un 70% para tratamiento agudo... 48% para cirugía, y 140% para tratamiento en un hospicio", Steve Hanke, 'Privatización y Desarrollo', Editorial Trillas, México 1989, p. 84.

(18) Para tener una idea del modo en que funcionaría un sistema de transplantes de órganos en un mercado natural ver 'A Free Market in Kidneys?', Walter Block, The Freeman, Ed. The FEE, New York, August 1987, Vol. 37, no. 8, p. 308. Para un acercamiento al mercado natural del plasma sanguíneo ver 'The Price of Blood', Michael Cooper y A. J. Culyer, IEA, London 1968.

CAPITULO V

MONEDA, CREDITO, FINANZAS Y SISTEMA BANCARIO

LA TEORIA MONETARIA

A pesar de la propaganda en contrario, lo cierto es que la moneda no es más que otra mercadería o servicio (para el caso, a los fines de este estudio, es lo mismo) como los zapatos, las vacas, los autos o el oro (1). El corolario, según veremos, es que, la inflación (o deflación), es un fenómeno propio, necesario y exclusivo del sistema monetario estatista. En consecuencia, carece de sentido hablar de inflación (o deflación) dentro de un sistema monetario natural.

Más allá de las precisiones históricas, en el principio era el trueque y hoy todavía lo es. La gente iba al mercado con gallinas o cerdos para cambiarlos por flechas o sandalias. Cansados de transportar gallinas, las cambiaron por pequeños trozos de oro. Luego, como se hace con cualquier mercadería, al oro le pusieron marca y lo acuñaron y lo llamaron moneda. Cansados de transportar oro, lo depositaron en cajas seguras. Y fueron al mercado con certificados de depósito, a los que llamaron billetes. Luego los cheques, las tarjetas de crédito (o 'dinero plástico'), el dinero 'electrónico' (2), 'tikets canasta' y demás. Pero el principio no ha dejado de ser el mismo: mercadería por mercadería, servicio. La moneda, en definitiva, podría verse como otro servicio bancario que permite, básicamente, el cálculo (basado en una unidad conocida) y la agilidad en las transacciones. En cualquier caso, para distorsionar todo, en algún momento, a alguien se le antojó que el Príncipe o el Estado debía tener el monopolio (coercitivo, obviamente) de la fabricación de moneda, y el curso forzoso (3).

Consecuentemente, el dinero cumple, al igual que cualquier otra mercadería o servicio, con la curva de oferta-demanda (4), OD, pudiendo ocurrir dos cosas, según el sistema sea natural o coercitivo. Conviene recordar que, en rigor de verdad, no existe un punto de equilibrio en la curva de OD sino, un entorno puntual, con tendencia al equilibrio en la medida en que no existan fuerzas coercitivas (extrínsecas a la sociedad, descoordinadoras). De otro modo, de no existir un entorno en permanente movimiento, el mercado sería estático.

Si el sistema es natural, intrínseco al mercado, es decir, que cualquiera puede emitir moneda y hacerla circular sin impedimentos de carácter violento (5), una sobreoferta, por ejemplo, significará una pérdida para el emisor (6). Lo que advertirá inmediatamente y corregirá con urgencia so pena de quebrar. Por su lado, el público advertirá rápidamente esta situación y buscará otra moneda. En cualquier caso, no habrá alza generalizada de precios sino que, en el peor de los casos, simplemente, una de las tantas monedas ofertadas, perderá valor frente a los demás bienes, servicios y monedas. Si se produjera un shock de desconfianza, ocurriría una corrida como cualquier corrida bancaria, y el emisor en cuestión, probablemente, quebraría (si no tiene un buen seguro, lo que resulta poco creíble) pero, nuevamente, no se produciría alza generalizada de precios. El mercado, en definitiva, se comportaría con respecto a la moneda del mismo modo como se comporta frente a los

cheques. Inversamente, una sub oferta, producirá un aumento en el precio de la moneda, con respecto a los demás bienes, lo que, rápidamente, alentaría al emisor a emitir más intentando equilibrar la demanda.

Si el sistema es estatista (extrínseco al mercado natural), por caso sólo el Estado coercitivo puede emitir y obliga al curso forzoso, la inflación (o deflación), en cualquier caso, es inevitable. Todo lo que el burócrata puede hacer, es tratar de regular la variación generalizada, no de precios en general, sino del precio de su moneda con respecto a los demás bienes, conteniendo la emisión y rezando para que no se produzca una corrida. En primer lugar, como el Estado coercitivo, por propia definición, no se maneja con criterios de eficiencia económica sino políticos, no le importa perder y, en consecuencia, sus operadores no están preparados para advertir las pérdidas ocasionadas por una tendencia desequilibrante en la OD. Y, entonces, salvo por una fugaz casualidad, la tendencia equilibrante de la OD nunca se logrará. Y la inflación (o deflación) es una enfermedad monetaria generalizada que desnaturaliza todo el proceso económico puesto que, al ser la moneda estatal el único medio de cambio, todas las transacciones y cálculos quedan distorsionados en la medida de la inflación (o deflación).

Peor aún, al no existir mercado natural, no existen índices reales de la OD. Todo lo que en los sistemas estatistas se habla acerca de la demanda monetaria, no es más que pura ficción de economistas planificadores que pretenden sustituir, con rígidos sistemas ingenieriles, el comportamiento absolutamente maleable e impredecible de la naturaleza humana. De modo que, ni siquiera en el hipotético caso de que, por pura casualidad (más bien por un 'milagro', porque la coerción es de suyo descoordinadora y desequilibrante, por cuanto la coordinación implica acuerdo voluntario) el Estado artificial hubiera logrado una tendencia equilibrante de la OD, tendrá conciencia de tal tendencia. Dado que sólo el mercado natural puede reflejar, con explícita certeza, las variables económicas. Es decir, en un mercado, los precios como resultado de la competencia van indicando el nivel de la tendencia de oferta y demanda (si la demanda aumenta, los precios aumentan, si baja los precios bajan), pero si no hay precios reales (en este caso, porque al ser el mercado monopólico no hay competencia) no es posible saber como está variando la OD.

La inflación (o deflación), en definitiva, no es más que el desfasaje que se produce, en forma artificial, entre la curva natural de oferta y demanda de moneda (la curva intrínseca, la que ocurrirá en la medida en que el mercado no sea distorsionado por medidas coercitivas) y la oferta y demanda de moneda que efectivamente rige en el mercado. Y este desfasaje se produce, insisto, cuando, vía curso forzoso, se impone un sistema monetario que no responde (extrínseco) al mercado natural. De paso, cabe señalar que lo que a veces sucede en los sistemas estatistas es que, debido a que el Estado coercitivo imprime moneda en forma exagerada, para poder solventar sus gastos, existe una exagerada oferta monetaria por parte del único oferente, y esto provoca una acelerada depreciación del signo monetario, dando lugar a que se hable de la inflación como el resultado de la 'creación espuria de moneda'. Lo que, en rigor, no se ajusta a la verdad.

Si el aumento (o disminución) lo produce el mercado natural, entonces, bienvenido sea porque ésta variación de los precios es el modo en que la sociedad, de acuerdo con el orden natural, decide la eficiente asignación de los recursos. Recordemos

que, la eficiencia, supone de suyo las relaciones voluntarias, porque éste es el modo de garantizar que ambas partes se benefician (se coordinan). Ahora, si el aumento (o disminución) tiene un origen extrínseco, en un sistema coercitivo, es decir, en una interferencia artificial ajena al mercado del orden natural, entonces, los aumentos (bajas) son malos porque significan una distorsión de lo que la sociedad haría, por su cuenta (intrínsecamente), en función de la eficiencia económica.

Resumiendo, si el sistema es coercitivo de moneda única estatal, siempre habrá inflación (o deflación) porque, como el Estado racionalista es incapaz de acertar (incapaz de planificar) con la tendencia equilibrante entre oferta y demanda, el valor de la moneda estatal variará permanentemente, en forma artificial (de modo caótico y desordenado, desequilibrante, descoordinador), con respecto a los otros bienes. Si el sistema es de moneda 'privada y libre', es decir, varias monedas ofertadas, no tiene sentido hablar de inflación (o deflación). Simplemente ocurrirá que las mejores (las más eficientes) monedas serán más solicitadas y el juego de los precios será lo que siempre es en un mercado ordenado: un juego de índices para la más eficiente dirección de los recursos sociales.

EJEMPLOS DE SISTEMAS MONETARIOS ESTATISTAS. PATRON ORO Y CONVERTIBILIDAD

Solo a modo de curiosidad, analicemos, muy rápidamente, algunos sistemas monetarios estatistas.

Muchos autores han propuesto sistemas monetarios de curso forzoso con 'respaldo'. Los casos más conocidos son el 'patrón oro' (7), y el 'sistema de convertibilidad' según el cual el Gobierno se compromete a pagar una determinada cantidad en especies (dólares u otros), con mercado de cambios libre (o no). Suponen que, con esto, se ponen a resguardo de la arbitrariedad del funcionario de turno. Dado que, en éstos sistemas, el Estado se obliga a pagar algo fijo (oro, dólares u otras mercaderías) al portador del billete. Y, efectivamente, en alguna medida lo logran. Pero sigue siendo un sistema estatista, desde el momento en que el Estado es emisor y monopólico. Consecuentemente, es un sistema 'enfermo', de nacimiento, de inflación o deflación.

Dado que, en estos sistemas, se suele ponderar a la deflación, quiero insistir en que ésta no es la baja de los precios (la que no sería mala, si fuera determinada naturalmente por el mercado), sino la misma enfermedad que la inflación, pero de signo contrario. Producto de la escasez artificial de moneda, con respecto a lo que el mercado necesita. Y, generalmente, tiende a provocar desinversión y baja en los salarios por cuanto, ante la baja artificial (ineficiente) en los precios (insisto que, en realidad, no son los precios los que bajan sino que aumenta el precio de la única moneda), los empresarios se ven forzados a recortar gastos.

Por otro lado, el Banco Central mantiene inutilizadas enormes reservas necesarias para sostener los sistemas de 'convertibilidad', sin consultar al mercado. Reservas que podrían ser utilizadas con importantes réditos.

Para entrar un poco más en detalle tomemos, por caso, el sistema de convertibilidad de un peso por dólar que rigió durante algunos años en Argentina, con mercado de cambios libre: que haya un oferente (el Estado) que, por el nivel de la oferta que hace, mantenga el valor de un peso por dólar, no significa que se coaccione al público a comprar o vender a ese precio. Claramente, entonces, el mercado de cambios puede ser libre, y la obligación que el Estado se ha auto impuesto, de pagar un dólar por cada peso que emite es, sin duda, un favor al mercado natural como lo es cualquier limitación que se le imponga a la arbitrariedad de la coerción institucional. Pero, insisto, el sistema sigue siendo estatista y, consecuentemente, inflacionario (o deflacionario).

Quienes pretenden cambiar un sistema de 'convertibilidad' por una 'flotación sucia' (siempre dentro de un sistema monetario monopólico), lo que, supuestamente, derivaría en que el mercado fijaría el precio del dólar (cuando la verdad es que, en el caso de 'convertibilidad' que estamos analizando, el precio del dólar está fijado por el mercado, y éste dice que vale un peso debido a que existe un oferente, el Estado, con un altísimo nivel de oferta a ese precio), lo hacen basados en dos preocupaciones fundamentales: primero, una eventual huida de capitales que obligaría al Banco Central a vender una peligrosamente grande cantidad de dólares, y la segunda, una forma de corregir probables sub o sobre valuaciones del peso.

La segunda de las preocupaciones significa una discusión bizantina. Pues, que la 'convertibilidad', se realice a un peso por dólar es más una cuestión puramente nominal que real (desde que, según vimos, en un sistema estatista es imposible conocer la OD natural). El mismo problema de 'sobre valuación' podría ocurrir si fueran dos pesos por dólar. De hecho, generalmente, la 'sobre valuación' se debe, básicamente, al 'costo interno' del país en cuestión.

En fin, lo que le importa al mercado, en definitiva, es la competencia entre monedas. Y, en esta competencia, ganará la que ofrezca mejores servicios; básicamente, capacidad de cálculo, pago y ahorro.

LOS SISTEMAS FINANCIEROS Y BANCARIOS (8)

Un sistema financiero tiene, básicamente, las siguientes funciones (9). Debería servir para la correcta asignación y distribución de ingresos entre el presente y el futuro, mediante ahorros, inversión y formación de capital. Debería servir, también, para el reparto de los actuales fondos disponibles para inversión, entre los diferentes proyectos en competencia. Y, además, debería funcionar como administrador del sistema de pagos. En los sistemas estatistas, en cambio, el sistema financiero pretende emular estas funciones pero la realidad es que básicamente es el salvavidas de una determinada política coercitiva, en detrimento de la capacidad productiva del mercado (10).

Sin duda, las principales ventajas operativas de un sistema de mercado natural, con intermediarios financieros trabajando sin impedimentos coactivos, son, por un lado, el uso de la eficiente información que transmiten los precios de mercado y, por el otro, el afán de lucro (la eficiencia, la creatividad). Que le permiten atraer una cantidad apropiada de

reservas sociales y distribuir las entre los usuarios más productivos. En contraposición con esto, un sistema de empresas operadas o controladas por el institucionalismo coercitivo, sólo se maneja con criterios burocráticos arbitrarios.

Las instituciones privadas, pueden atraer una cantidad de ahorros determinada, vía el ofrecimiento de una tasa de interés tal que refleje, acertadamente, la relación entre las necesidades presentes y futuras de la sociedad (11). De otro modo, de no ser acertada esta tasa, la entidad en cuestión, correrá el riesgo de ser eliminada del mercado. Siendo que el interés es un premio (12), que se paga por ceder ingresos actuales, en aras de inversiones, productivas en el futuro. En los sistemas estatistas, en cambio, las tasas no reflejan ninguna relación real entre la disponibilidad de ahorros y las necesidades de inversión. Sino, solamente, el arbitrio de algún funcionario, que, en el mejor de los casos, pretende que conoce al mercado y su evolución futura. Lo que significa exactamente lo mismo que pretender predecir el futuro del mercado de valores.

Por otro lado, el sector estatal de la banca, surgida del sistema coercitivo, al tener el poder potencial de recibir ingresos del Tesoro nacional, a través de impuestos, no es responsable de toda mala administración, es decir, no puede quebrar. Lo que implica una competencia desleal con la banca privada, que debe pagar muy caro cualquier error en la asignación de los recursos que maneja. Esta malsana interferencia distorsiona seriamente al mercado financiero puesto que, estos bancos estatales, pueden derrochar constantemente los recursos de la sociedad, en préstamos que tienen poco o ningún rendimiento, y no sufrir sanciones por la reducción de la cantidad de fondos disponibles. De hecho, muchas veces, estos organismos gubernamentales, efectúan verdaderas donaciones y no préstamos. Visto que entregan créditos a personas que la banca privada jamás hubiera ofrecido, dado que el proyecto presentado era inviable convirtiéndose, luego, en incobrables. Y, generalmente, estas donaciones son hechas a los amigos, o a los favoritos políticos, aunque sutilmente disfrazados de 'interés nacional'.

Es decir que, lo que estos bancos estatales suelen hacer es dar créditos a personas o a tasas que el mercado, naturalmente, no estaba otorgando. Y, considerando que el mercado natural no significa otra cosa que la más eficiente asignación de los recursos sociales, si no los estaba facilitando, era, sencillamente, porque no resultaban rentables, dadas las circunstancias. Ahora, esto significa dos cosas: por un lado que, si no resultan rentables, alguien está perdiendo dinero, el Estado, y por el otro que, dadas las circunstancias, estos créditos eran innecesarios y hasta contraproducentes. Pero, que el Estado artificial pierda dinero, significa que esto debe ser pagado por la sociedad, generalmente por vía impositiva que, ya sabemos, siempre recae con mayor fuerza sobre los más humildes (los más débiles materialmente). En definitiva, sin ninguna duda, la banca estatal es la inversa de Robin Hood: le quita a los pobres para darle, por ejemplo, vivienda a los niveles medios y buenos negocios a los niveles más acomodados.

Finalmente, otra ventaja, que tienen los intermediarios financieros privados, es que operan a bajo costo, debido al interés en su propia rentabilidad. Los bancos estatales, en cambio, tienen altos gastos operativos como consecuencia de su enorme personal y burocratización, y al gran costo que significa cancelar las desmesuradas deudas vencidas. Así es que, para que tener una idea, los bancos estatales en la Argentina consumían, por allá

por 1992, entre el 7 y el 8 por ciento de las tasas de interés que cobraban, en tanto que, los bancos privados, estaban lejos del 3 por ciento.

EL AHORRO Y LA INVERSION

"La condición sine qua non para producir bienes de capital es el ahorro, entendido como la renuncia al consumo inmediato. En efecto, el actor sólo podrá alcanzar sucesivas etapas intermedias de un proceso de acción cada vez más alejadas en el tiempo si es que, con carácter previo, ha renunciado a emprender acciones con un resultado temporal más próximo, es decir, si ha renunciado a la consecución de fines que satisfacen inmediatamente necesidades humanas y que temporalmente son inmediatos (consumo)", asegura Jesús Huerta de Soto (13). En donde los bienes de capital (lo que vulgarmente se denomina capital) o factores de producción, son los bienes económicos de orden superior.

Por otro lado, en principio, está claro que el ahorro es inducido por la inversión, y no a la inversa. Porque éste supone que, los 'eventos' (lucro), que produce un tercero (o la misma persona), resultarán, hacia el futuro (inversión), en mayor beneficio (tasa de interés) para el ahorrista, que los 'eventos' (lucro) que podría haber producido por sí mismo en el momento actual. La razón metafísica de esto es que, debido a la evolución que conlleva el orden natural, los 'eventos' futuros serán más eficientes o más productivos. Sin olvidar que también, como al apoyar el trabajo de un tercero uno se beneficia más que trabajando sólo (esto hace a la vocación social del ser humano), se produce el ahorro.

De modo que, si las inversiones resultan productivas (rentables), el ahorro, con fines de inversión directa, es automáticamente inducido. Mientras que la inversa no es cierta. Es decir que, si de algún modo contra natura, se pudiera aumentar el ahorro, éste no se volcaría en inversiones productivas y sí, en cambio, en 'especulación'. En otras palabras, si las inversiones directas son rentables, es decir, por ejemplo, si la tasa interna de retorno de los capitales invertidos supera a los intereses de una plaza financiera natural, entonces, automáticamente se promoverán los flujos de dinero en esa dirección.

Así es que no es con actitudes 'voluntaristas' (en sentido racionalista), pidiendo o exigiendo a la gente que ahorre, y mucho menos compulsivamente, que se conseguirá mayor cantidad de ahorro, al menos, eficiente, productivo, que sirva para elevar el nivel del mercado. Efectivamente, supongamos que el gobierno decide forzarlo de algún modo. Lo primero que sucederá es que, los capitales, si no es recomendado por los datos reales que maneja el mercado, intentarán, por todos los medios (legales e, incluso, 'ilegales'), escapar a esta intención del gobierno. Pero, supongamos que en alguna medida sucede, supongamos que el Estado consigue, vía coerción, que se ahorre algo más de lo que el mercado natural hubiera indicado, dadas las circunstancias. Si, éste estaba diciendo que no convenía ahorrar, era porque esto significaría una errónea asignación de recursos, bajo las condiciones existentes.

¿Qué sucedería, entonces, con lo que se pudiera lograr contra natura? Pues sería inútil, mejor dicho, contraproducente. Efectivamente, los fondos acumulados en forma forzada o inducida por el Estado coactivo significarán, en primer lugar, el retiro de recursos

que se hubieran volcado en forma eficiente a otras actividades. En segundo lugar, un exceso de ahorro (comparado con lo que el mercado estaba solicitando dadas las circunstancias) que no terminarán en inversiones productivas sino que quedarán para la 'especulación financiera'.

Esta claro que el ahorro resultará inducido por lo atractiva que resulte la tasa de retorno y la cantidad de dinero potencialmente disponible en el mercado. En un juego de la tendencia equilibrante entre la oferta y demanda. Y esto da lugar a un ordenamiento racional de los recursos sociales. Por ejemplo, si alguien le solicita fondos para instalar un casino en Las Vegas, pero sucede que Usted necesita ese dinero para alimentar a su familia, evidentemente, no le dará los ahorros ('desalentará' la inversión en cuestión). Y, en cambio, al demandar alimentos, presionará en forma positiva sobre su producción, de modo que en este campo se realicen inversiones. En otras palabras, ésta tendencia equilibrante del mercado, en la medida en que sea verdadera y no artificial, surgirá como resultado de los mandatos del orden natural (aunque sea por defecto: si Usted presta el dinero que tiene para comer, desaparecerá y, con Usted, las malas inversiones).

Así es, pues, como se manifiesta el orden natural, porque ahora, aun cuando el casino de Las Vegas pudiera a Usted significarle una interesante tasa de interés, esta 'serie de eventos' es menos perentoria que darle de comer a sus hijos. Esto por cierto, suponiendo la misma información en el mercado. De otro modo, aprovechando una información que Usted conoce y un banquero no, podría pedir un préstamo, para alimentar a su familia, y prestar su dinero para el casino, haciendo una diferencia a su favor (premio que Usted recibirá en función de su servicio de coordinación voluntaria).

De aquí, por otro lado, surge la importancia de la información en el mercado, en tanto ésta sea veraz y real: lo que, en última instancia, implica un conocimiento del orden natural, por ejemplo, comer es más urgente que jugar. Y es, precisamente, esta desinformación, la consecuencia de nuestra inevitable imperfección, pero a la vez, lo que da lugar al mercado natural. Ya que éste, en definitiva, no es más que el proceso más eficiente en la búsqueda de la información que permite salvar los desajustes en la sociedad humana. Justamente, en el mercado (en el orden natural) la información, tal que nos lleve a lo bueno, a mejorar (a la Perfección) es aquella que nos descubre algo preexistente (el orden natural).

En fin, en particular el ahorro en el sistema financiero, estará dado por lo atractiva que resulte la tasa de interés, tasa que vendrá definida por la rentabilidad global de las inversiones menos el spread. Es decir que, los depositantes recibirán menores ganancias a cambio de mayor seguridad para sus fondos. Pudiera darse el caso, obviamente, de que hubieran inversiones rentables pero que el spread fuera muy alto, lo que provocaría falta de ahorro en el sistema financiero local.

En cuanto a las inversiones extranjeras, éstas estarán dadas por la rentabilidad local en comparación con otras posibilidades en el mercado internacional. En consecuencia, si el mercado es natural, o sea que las inversiones extranjeras y nacionales prácticamente se confunden, para que se produzcan inversiones, éstas deberán ser rentables en comparación con el exterior. Y, obviamente, lo mismo ocurrirá con el ahorro. De modo que, nuevamente, para formar y atraer capitales locales o extranjeros no se necesitan, ni sirven para nada,

actitudes 'voluntaristas'. Visto que, el mercado, las desoye completamente y, en cambio, responde rápidamente a los datos reales.

Resumiendo, entonces, el motivo por el que se ahorra poco y se piden pocos préstamos es, por un lado, la baja rentabilidad de las inversiones directas y, por el otro, el elevado spread que hace que las tasas pasivas sean demasiado bajas y las activas demasiado altas. Y estas cuestiones tienen su origen, por un lado, en la presión alcista sobre las tasas que significa el alto endeudamiento del Estado coercitivo, y por el otro, en la carga financiera que significa la presión impositiva, y, finalmente, las artificiales intervenciones y 'regulaciones' estatales que encarecen las operatorias e inutilizan y malgastan recursos reduciendo la cantidad disponible.

LAS 'REGULACIONES' ARTIFICIALES EN EL MERCADO FINANCIERO Y OTRAS INTERFERENCIAS

Por un lado, ya lo vimos, los bancos de los Estados coercitivos (y esto incluye a los llamados Centrales, o Reserva Federal en los Estados Unidos) significan una competencia desleal, entendiendo por tal una desnaturalización de la esencia económica de la sociedad, dentro del sistema financiero. Pero, además, muchas veces el gobierno interfiere, artificialmente, en las operatorias de los bancos privados, con una cantidad de 'regulaciones', como el encaje bancario, que no hacen sino distorsionar la eficiencia del sistema.

Si el mercado natural no recibiera interferencias extrínsecas, lo que ocurriría es que éste quedaría incentivado por el afán de lucro que representaría el buen servicio a la comunidad. Y esto llevaría a los banqueros a competir bravamente entre sí, tratando de captar todos los ahorros y otorgar todos los créditos. Pero, al mismo tiempo, cuidando mucho la calidad de las inversiones, de modo de no perder los fondos (14). ¿Y de qué modo podrían obtener esto? Pues, solamente, bajando el spread y utilizando mucha inteligencia a la hora de decidir inversiones productivas, y asesorando a sus clientes para el feliz término de sus negocios. De modo que, esta baja en los costos y este cuidado en la eficiencia en la asignación de los fondos sociales, va en el propio interés de los banqueros privados. Quedando claro que, la baja del spread, tiene un límite, justamente el de la eficiencia que el mercado demanda, el límite de la rentabilidad propia del banco en cuestión, de otro modo quebraría (15).

El aumento forzado de los encajes bancarios, por ejemplo, se implementa como modo de obligar a los bancos a retener mayor cantidad de dinero y, de este modo, evitar una excesiva liquidez en el mercado, entre otras cosas. Pero lo cierto es que, un aumento artificial de esta reserva, lo que producirá es un aumento en el spread al tener que solventar, la entidad financiera, sus gastos con menor cantidad de fondos disponibles para préstamos, que los que el mercado hubiera dispuesto. Aumentando el costo del crédito y bajando la tasa de interés para los ahorristas. Sin contar con que, al haber menos dinero disponible para préstamos, la tasa de interés activa, presionada por la demanda, subirá.

Entonces, cuando el aumento de este encaje es artificialmente inducido por el

Estado, el mercado financiero quedará inevitablemente disminuido. Conclusión: se producirá menos ahorro y menos inversión, es decir, más consumo, más liquidez. Lo cual es lógico y directo, ya que el encaje implica una desmovilización extrínseca de capitales productivos. En consecuencia, el efectivo mínimo, el encaje, comúnmente exigido hoy por los Estados, junto con otras tantas regulaciones, está distorsionando el sistema financiero provocando una errónea asignación de recursos, lo que produce la sub capitalización del mercado y una tendencia hacia el consumo diario exagerado.

Otra clase de interferencia, que suelen preferir los Gobiernos, es el lanzamiento de títulos públicos con un rendimiento atractivo u alguna otra ventaja comparativa (de otro modo pocos los comprarían). Dejando de lado lo que esto significa en cuanto hace al aumento del endeudamiento estatal, implica lanzar al mercado papeles con un rendimiento financiero superior al que, hoy por hoy, dadas las circunstancias, el mercado está dispuesto a otorgar. Esta diferencia deberá ser pagada por el Estado, la pregunta es ¿con qué recursos? ¿impositivos, inflacionarios o más endeudamiento? Pero, además, esto introducirá una distorsión (quizás menos recursos para el mercado de valores, quizás menos plazos fijos), que encarecerá el costo del dinero, es decir, la inversión.

En definitiva, para lo único que sirven las interferencias coactivas en el mercado bancario y financiero, es para encarecer el crédito artificialmente, inhibiendo la natural capacidad creadora del mercado y desviando los recursos sociales hacia sectores ineficientes (16).

Notas al Capítulo V

(1) Probablemente fue el franciscano Jean Buridan de Bethune (1300-1358) el primero que explicitó la teoría del dinero, de modo realista, como fenómeno del mercado, es decir, que la moneda nace naturalmente como mercancía (cfr. 'Historia del Pensamiento Económico', Murray N. Rothbard, Unión Editorial, Madrid 1999, Vol. I, pp. 104-5), teoría que luego es desarrollada por varios escolásticos. Así "El valor de la moneda, indudablemente, es como el valor de todo lo que hay bajo el sol; queda determinado de acuerdo con el precio que ellos (la gente) están dispuestos a asignar", aseguró J. M. Domínguez ('Discursos Jurídicos', Madrid 1732, aprobado por la Inquisición "por no contener cosa que se oponga a nuestra Santa Fe Catholica y buenas costumbres"). En fin, en cualquier caso, es interesante notar que "... aunque habitualmente supongamos que existe una línea determinada para distinguir lo que es dinero de lo que no lo es -y la ley generalmente intenta hacer tal distinción- en lo que se refiere a los efectos causales de los eventos monetarios no se aprecia una diferencia clara. Nos encontramos más bien con una continuidad en la que objetos con distintos grados de liquidez, o cuyos valores fluctúan independientemente de los demás, se confunden unos con otros en la medida en que funcionan como dinero (ver J. R. Hicks, 'A Suggestion for Simplifying the Theory of Money', *Económica*, Febrero 1935)", según asegura Friedrich A. Hayek en 'La Desnacionalización del Dinero', Ediciones Folio, Barcelona 1996, p. 55.

(2) Los métodos electrónicos para la transferencia de fondos, que hoy se están empezando a utilizar (con un costo muy bajo), parecieran perfilar una sociedad en la cual el dinero estatista podría caer en desuso. Y, quizás, ser reemplazado por dinero emitido privadamente

en forma de saldos inscritos en 'tarjetas inteligentes', o cargados en computadoras personales. Estos podrían transferirse mediante 'billeteras electrónicas' o computadoras conectadas a través de Internet. Los saldos de las tarjetas inteligentes, que pueden transferirse sin que sea imprescindible la participación de bancos, podrían convertirse, en el futuro, en el equivalente del billete de banco privado (ver Frank Browne y David Cronin, 'How Technology is Likely to Mould the Future Shape of Banking', *Irish Banking Review*, Autumn 1994, 3-29; ver también Steven Levy, 'E-Money (That's What I Want)', *Wired*, December 1994, p. 174; y Lawrence H. White, 'Spending Money Freely', *The Freeman*, May 1995, p. 296). En este sentido, sin duda resulta sugestiva la siguiente afirmación de Andy Kessler según quien "El dólar está respaldado, al menos sentimentalmente, por el oro sentado en Fort Knox. Este papel de Internet, en cambio, está respaldado por empresarios inteligentes que trabajan como perros a lo largo de la noche para cambiar al mundo. Un poco bizarro, sin duda. Pero aquí es adonde el mundo, y todos nosotros, estamos siendo dirigidos". Sin olvidar que la apreciación de estos papeles (stocks) de Internet "puede desafiar la ley de gravedad, inducir el sangrado nasal y provocar vértigo. Pero esto no significa que sea muy alta", 'The Upside-Down World of High-Tech', *The Wall Street Journal*, New York, July 19, 1999.

(3) Quizás, el hito histórico más significativo, en Occidente, se produjo en el siglo V antes de Cristo cuando Atenas conquistó el dominio del área mediterránea imponiendo el curso forzoso de su moneda. Luego, el líder ateniense Solón, debasó las monedas provocando la primera inflación registrada de la historia.

(4) Un dominico y escolástico español, Martín de Azpilcueta Navarro (nacido en 1493), en su 'Comentario Resolutorio de Cambios' (1556), escribió que "el dinero vale más donde y cuando ay falta del, que donde, y cuando ay abundancia". Por su parte, otro escolástico español, Luis de Molina, afirmó que "...siempre que la moneda sea más abundante será menos valiosa con el propósito de comprar bienes...pero donde es escasa...será más valiosa...Siempre que la demanda de moneda sea mayor, ya sea para comprar o transportar bienes...o para cualquier otra razón, allí su valor será más alto", 'De Iustitia et Iure' (Moguntiae, 1614), disp. 406, cols. 704-705 (citado por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 77). En fin, según lo que podríamos llamar la 'escuela clásica' de la teoría monetaria, la curva de oferta y demanda simplificada tiene que ver con que: "Las presiones inflacionarias están positivamente relacionadas con la velocidad de las transacciones y la liquidez de los bienes medio de intercambio del modo representado por los modernos índices 'divisia' de oferta monetaria. Aceptando que los bienes tienen una 'premia' diferencial por liquidez, los bienes con alta liquidez tienen un mayor impacto sobre los precios que los bienes con baja liquidez", Tyler Cowen & Randall Kroszner, 'Explorations in the new monetary economics', Blackwell Publishers, Cambridge, Mass. 1994, p. 51. Nótese que no necesariamente tiene que ser dinero sino, también, certificados por especies o especies. De hecho, hoy en día, a ningún economista se le ocurriría hablar de dinero sin incluir los depósitos bancarios a la vista redimibles en dinero corriente a la par (M1). En una definición más amplia, se suelen incluir los depósitos de ahorro de bancos comerciales, los depósitos en cajas de ahorro, las acciones o participaciones en bancos de ahorro y préstamo y los valores de rescate en efectivo de compañías de seguros de vida, todos redimibles en dinero corriente a la par. Ahora, lo que confunde, en la cita anterior, es que se refiere al 'impacto sobre los precios', dando la idea de que queda impactado el precio de los bienes en general, cuando está claro que estos no cambian, en principio, ni su 'situación objetiva' ni su 'situación subjetiva', por

algo que les es extraño como la liquidez (o velocidad) de los bienes medios de intercambio. Está claro, pues, que lo que queda impactado es el precio de los bienes medios de intercambio. Si éste es único (existe una sola moneda 'legal' en el mercado), entonces sí puede decirse que existe 'impacto sobre los precios' (inflación o deflación) en general, por cuanto, los 'precios' dejan de reflejar la situación propia ('objetiva' o 'subjetiva') de cada bien, en particular, en relación al proceso distributivo (que es para lo que sirven los precios en el mercado natural, según vimos) para reflejar la relación que con ellos tiene el único modo de intercambio.

(5) El sistema monetario natural tiene un buen precedente histórico. Efectivamente, durante la primera mitad del siglo pasado, un sistema bancario 'libre' existió en Escocia. Bancos privados, en competencia, emitían notas bancarias que eran convertibles en especies, y las personas tenían el derecho de usar la moneda de su elección (ver Lawrence H. White, 'Free Banking in Britain: Theory, Experience, and Debate 1800-1845', New York: Cambridge University Press, 1984).

(6) Recordemos que, en definitiva, al igual que en cualquier actividad empresarial, es el mercado natural el que manda, el que decide las cosas. Y el empresario será exitoso en la medida en que sepa adaptarse a estas demandas. Ante una oferta de oro determinada, éste tendrá un precio al cual, por ejemplo, un banquero puede comprar una determinada cantidad, con el fin de establecer una moneda convertible en el metal amarillo. Si, el empresario en cuestión, luego emite certificados, billetes, por más oro del que compró, lo que habrá hecho es 'aumentar' la oferta del metal en el mercado. Con lo que, el precio del oro tenderá a bajar y, entonces, en principio, habrá perdido dinero, porque habrá bajado el precio de su capital real. Pero, quizás haya logrado, en el ínterin, colocar la suficiente cantidad de certificados a buen precio, de modo de garantizarse una buena ganancia. Aun corriendo el riesgo de que ocurra una corrida y se le demande todo el oro de los certificados, que no tiene. Pero, en este caso, podría haberse cubierto con un seguro bancario. En fin, lo que quiero significar con esto es que, por un lado, podrían ocurrir malos manejos empresarios, pero que, en definitiva, quedarán siempre autorregulados y controlados por el mercado natural. En definitiva, que cuando el mercado opera intrínsecamente, es él el absoluto soberano y no los empresarios. Para una teoría que intenta explicar cuales son los límites económicos, para la cantidad de billetes rescatables, que puede crear voluntariamente un emisor privado, en un sistema bancario 'libre', puede verse Lawrence H. White, 'Free Banking in Britain', Cambridge University Press, UK, 1984; también George A. Selgin, 'The Theory of Free Banking', Rowman and Littlefield, Totowa N.J., 1988.

(7) Entre quienes veían con simpatía el patrón oro, están los liberales Ludwig von Mises (cfr. 'Theory of Money and Credit', Yale University Press, New Haven, 1953) y Jacques Rueff (cfr. 'The Monetary Sin of the West', Macmillan Co., New York, 1972). Ver también Michael A. Heilperin, 'Aspects of the Pathology of Money', Michael Joseph, Ginebra 1968.

(8) Ver Lawrence H. White, 'La privatización de los sectores financieros', en 'Privatización y Desarrollo', Editorial Trillas, México 1989.

(9) Sin olvidar, por cierto, que el desarrollo de la economía ha ido de la mano de un sustancial mejoramiento en los servicios financieros y bancarios. Ver, por ejemplo, Goldsmith, R. W., 'Financial Structure and Development', Yale University Press, New Haven 1969; y Drake, P.J., 'Money, Finance and Development', John Wiley & Sons, New York 1980.

(10)"...aproximadamente el 35 por ciento de los activos bancarios (en América Latina)

corresponde a entidades públicas (estatales)... En estos casos es prácticamente imposible que tengamos un sector financiero eficiente cuando existe un peso tan alto de bancos que no se manejan con criterios estrictamente comerciales y que jamás se han podido manejar así", Guillermo Perry, del Banco Mundial (irónicamente, un banco estatal, multinacional), conferencia pronunciada el 20 de mayo de 1997 en Buenos Aires durante la convención de ADEBA. Aunque éstos datos no tienen validez como argumentación científica estricta, ni necesariamente están relacionados entre sí, veamos algunos ejemplos ilustrativos: en 1997, en la Argentina, la banca estatal sobre el patrimonio total de los bancos, representaba casi el 33 por ciento, mientras que en los EE. UU. era sustancialmente menor; en la Argentina, los préstamos incobrables sobre los préstamos totales, representaban casi el 12 por ciento, en el país del norte menos del 1 por ciento; los depósitos bancarios argentinos en relación al PIB, en 1995, eran de alrededor del 13 por ciento, los norteamericanos alrededor del 49 por ciento. En fin, lo cierto es que los bancos centrales (la Reserva Federal en los Estados Unidos), por ejemplo, pueden garantizar que todos los bancos se expandan de manera conjunta, proporcionar a las entidades bancarias de todo el país las reservas que necesitan y prestar dinero a aquellas que se encuentran en dificultades, con lo cual pueden originar una expansión mucho mayor, y coordinada centralmente, de la oferta monetaria (para un interesante análisis de la naturaleza inflacionaria de la Reserva Federal puede verse C. A. Phillips, T. F. McManus y R. W. Nelson, 'Banking and the Business Cycle', Macmillan, New York 1937. pp. 21 y ss). Algunos banqueros privados suelen beneficiarse, por cierto, porque obtienen dinero sin más que pedirselo al burócrata. Así, Oscar B. Johannsen, criticó en los siguientes términos un informe de una Comisión de la Asociación de Banqueros Norteamericanos: "... la Comisión aparentemente acepta sin cuestionamiento el principio fundamental de que la moneda, la banca y el crédito giran en torno al estado y que... éste debe controlar los asuntos monetarios a través de la acción política... es un sistema bancario socializado, desde que la esencia del socialismo es el control y la dirección gubernamental de lo que tendrían que ser empresas privadas", 'Advocates Unrestricted Private Control over Money and Banking', The Commercial and Financial Chronicle, 12 de junio de 1958.

(11) De aquí la importancia de la libertad de precios, en este caso, de fijar las tasas de interés (ver, por ejemplo, Ronald I. McKinnon, 'Money and Capital in Economic Development', Brookings Institution, Washington 1973).

(12) "Puede suceder que sobrevengan problemas y que no tenga el dinero que prestó. ¿No tiene todo este sufrimiento debido a privación que merece una recompensa, y no tiene algún valor?", Felipe de la Cruz, escolástico español, 'Tratado Unico de Intereses Sobre si se Puede Llevar Dinero por Prestallo', Madrid: Francisco Martinez, 1637, p.8. "...que si un comerciante deposita efectivo en un banco, el banco le garantizará la paga de una suma mayor...porque es muy rentable para un banquero el tener efectivo disponible. No hay maldad en esto", Domingo de Soto, escolástico español, 'De Iustitia et Iure' (Madrid: IEP, 1968) bk. 6, qu. II, art. 1 (citados por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, pp. 145-146). En fin, de cualquier modo "El ingreso es una serie de eventos. De acuerdo con la moderna teoría de la relatividad la realidad elemental no es materia, electricidad, espacio, tiempo, vida o mente, sino eventos... El puente o ligadura entre el ingreso y el capital es la tasa de interés... es sólo dinero que es negociado entre el presente y el futuro", Irving Fisher, 'The Theory of Interest', Porcupine Press Inc., Philadelphia, Pennsylvania 1977, pp. 3 y 13. Recordemos que el mundo está gobernado por fuerzas no materiales que provocan eventos.

(13) 'Dinero, Crédito Bancario y Ciclos Económicos', Unión Editorial, Madrid 1998, p.

219.

(14) No faltan quienes justifican el 'control' (descontrol, en rigor) coercitivo estatal, sobre el sistema bancario, con el supuesto de que, un sistema natural, puede resultar peligroso debido al egoísmo de los banqueros que no tendrían escrúpulos a la hora de estafar a los clientes. Y, también, con el argumento de la supuesta inestabilidad propia de un sistema 'desprotegido' (como si los burócratas pudieran protegernos más que la Providencia). Evidentemente esto no resulta así. Una discusión interesante al respecto puede leerse en 'Banking Before the Federal Reserve: The U.S. and Canada Compared', Donald R. Wells, *The Freeman*, vol. 37 no. 6, Ed. The FEE, Irvington-on-Hudson, New York June 1987, p. 231. Sin duda que, en un sistema natural, la banca sería mucho más estable debido a la inercia equilibrante del mercado. Pero, aun las quiebras que pudieran sobrevenir, no significarían un gran problema social, dado que las compañías aseguradoras ofrecen una muy eficiente solución para este tipo de problemas. Resultan sorprendentes, los servicios que ofrecen los aseguradores, cuando tienen oportunidad de trabajar sin ser coartados por interferencias extrínsecas al mercado. Es notable, por ejemplo, un producto, que ya lleva varios años, que consiste en asegurar los fondos que los inversores vuelcan en las Bolsas de valores: a cambio de una prima, le aseguran su capital contra las bajas de los papeles que se negocian en los mercados bursátiles, es decir que, el inversor mantiene siempre, por lo menos, el capital invertido (ver, por ejemplo, 'Les nouveaux attraites des fonds garantis', François Simonnot, *Le Figaro Economie*, Paris, 3 Novembre 1997, p. 21). Por otro lado, resulta muy alentador el poder comprobar que, en la medida en que lo dejen hacer, el mercado (las personas) agudizan su ingenio de modo asombroso a la hora de conseguir dinero de los lugares (antes) más insospechados (ver, por ejemplo, 'Credit derivatives get cracking', *Euromoney*, London, March 1996, p. 28). Lo que significa una verdadera multiplicación de los recursos sociales. Lo que, por otro lado, confirma que los recursos sociales no son escasos, de hecho, la misma cantidad de 'dinero efectivo', en base a ingeniosísimos instrumentos de ingeniería financiera, puede multiplicar asombrosamente su efecto creador de riqueza.

(15) Como factor secundario es de notar que, según Rudiger Dornbusch, "En un upgrade (en el riesgo país que confeccionan las calificadoras privadas y que tiene que ver directamente con la inestabilidad propia del estatismo) cada punto vale un 20 por ciento de reducción en el spread" (conferencia pronunciada en Buenos Aires el 20 de mayo de 1997, durante la convención de ADEBA), ya que influye directamente sobre la tasa de interés vigente en el exterior para el país, que repercute directamente sobre la tasa interna. Recordemos que el riesgo país tiene que ver, entre otras cosas, con el presupuesto de gastos y recursos del Estado, siendo, obviamente, mejor la calificación en la medida en que el presupuesto resulta ser equilibrado (serio, controlado).

(16) Por caso, Julian R. Franks, Stephen M. Schaefer y Michael D. Staunton ('The Direct and Compliance Costs of Financial Regulation', *Journal of Banking and Finance*, 1997, Vol. 21, pp. 1547-72) estimaron que los costos anuales 'intencionales' directos de las 'regulaciones' (excluida la banca), en los Estados Unidos, fueron de 589,7 millones de dólares. Pero, además, los costos indirectos probablemente sean mayores. En cualquier caso, los verdaderos (por las cifras que importan) costos son los 'no intencionales', que incluyen, entre otras cosas, la inestabilidad del sistema financiero (debido a que las regulaciones coercitivas, descoordinadoras, impiden un desarrollo eficiente del sistema, la tendencia equilibrante), los costos derivados de la falta de productos financieros más baratos que han sido impedidos por la burocracia coactiva y otros (ver George J. Benston,

'Regulating Financial Markets', IEA, London 1998, p. 86 y ss).

APENDICE AL CAPITULO V

LA BANCA INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA DE LA DEUDA EXTERNA

"Durante centurias los acreedores privados y los gobiernos deudores llegaron a razonables acuerdos directos sin que se produjeran grandes crisis. Es a partir de la aparición de los organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, y demás) que la deuda externa de los países menos desarrollados se ha transformado en una crisis traumática", Melanie Tammen, Competitive Enterprise Institute.

"...cada uno de los nueve principales bancos acreedores podría dar por perdido el 100 % de sus principales créditos a los seis países más endeudados y aun así permanecer solventes", Testimonio de William Seidman, Presidente del Federal Deposit Insurance Corporation, ante el Congreso de los Estados Unidos el 5 de enero de 1989.

La 'deuda externa' fue creada y alentada por los Estados deudores, con el aval y hasta el apoyo explícito o implícito de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Y con la concurrencia de bancos privados, que aprovecharon el respaldo político de los Estados intervinientes (recuérdese que el FMI, el BM y el BID son organismos multinacionales estatales) para entregar préstamos que, de otro modo, jamás hubieran sido otorgados, porque era evidente que estaban mal asignados (motivo por el cual, el mercado natural los negaba). Y, estos bancos privados, entregaron estos fondos, no por una cuestión de caridad hacia los países 'menos desarrollados', sino porque, dadas las circunstancias, este era un gran negocio (1).

Y es esta la verdadera historia de estos organismos financieros multinacionales: con la excusa de ayudar a las comunidades en vías de desarrollo, han financiado, durante décadas, a los Estados de estos países que, era público y notorio, estaban embarcados en galopantes políticas estatistas, rodeadas de un mar de corrupción. De aquí que, el mercado naturalmente nunca le hubiera entregado estos fondos: hacía falta la coerción estatal para poder obtenerlos.

Y así apareció la 'deuda externa': ofrecían a Gobiernos notablemente irresponsables, créditos baratos que luego refinanciaban. Ya que, el FMI y el BM y demás, poco cuidan el dinero, dado que no es de ellos sino de los ciudadanos, a los que se los quitaron por vía impositiva, por vía forzosa. De modo que, sólo buscaban justificar su existencia con operatorias y créditos que se presentaban como destinados a aliviar las carencias de algún sufrido pueblo. Pueblos que quedaron tan pobres como antes, debido a que estos fondos no se utilizaron para inversiones genuinas, cuyos dividendos pudieran hoy servir para devolver los préstamos (2). Mientras que la corrupción se enseñoreaba entre los burócratas estatales.

En definitiva, todo este engendro de la 'deuda externa', su financiación y su devolución, no es más que un juego de los organismos financieros multinacionales. Que no son sino bancos surgidos de la coerción estatal y, como tales, ineficientes y contrarios a las reglas del mercado natural. En donde, el ciudadano común, no tiene otra intervención que no sea pagar calladamente. Y, como que son empresas estatales artificiales, por una elemental cuestión de supervivencia, serán, necesariamente, promotores del estatismo y de las peores políticas racionalistas (de otro modo tendrían que empezar por auto eliminarse) (3). Aunque esta prédica, ciertamente, muchas veces sea disfrazada.

Notas al Apéndice:

(1) Ver la nota (4) del Capítulo I de la Parte Segunda.

(2) Por otra parte, "... conviene subrayar que las ayudas gubernamentales a otras naciones, sea directamente o a través del apoyo logístico que brindan agencias internacionales del estado, tienden a producir mayor pobreza puesto que los receptores reciben los recursos (generalmente coactivamente detraídos de los contribuyentes de otras partes) a más baja tasa de interés y plazos más largos que los que estipula el mercado, por tanto se mal guía la asignación de recursos permitiendo que se encaren actividades antieconómicas, al tiempo que se suele estimular la continuación de las políticas que producen la pobreza que se desea paliar (Para ejemplos de estos resultados véase especialmente Melvin Krauss, 'Development Without Aid', New York: McGraw-Hill, 1983; Peter Bauer, 'Equality, the Third World and Economic Delusion', Harvard University Press, 1981; y Alberto Benegas Lynch h., 'Contra la Corriente', Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1992, p. 382 y ss.)", Alberto Benegas Lynch (h), 'Socialismo de Mercado', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 224.

(3) Aquí me parece que cabe recordar que "...resurge en varios lugares una forma de neoliberalismo capitalista que subordina a la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables. Así, en ocasiones, se imponen a las naciones, como condiciones para recibir nuevas ayudas, programas económicos insostenibles. De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de muchos, de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres", Juan Pablo II, 25 de enero de 1998, durante su visita a Cuba, citado en 'Diálogos entre Juan Pablo II y Fidel Castro', Mons. Jorge Mario Bergoglio, Coordinador, Ed. Ciudad Argentina, Buenos Aires 1998, p. 111.

CAPITULO VI

LAS 'POLITICAS SOCIALES'

INTRODUCCION

El gran tema a considerar ahora, son los 'problemas sociales'. Y la pregunta básica es ¿en dónde reside la fuerza, que la sociedad necesita para resolver éstos asuntos? ¿En el orden natural social o en la coerción, en la violencia? Y la respuesta es que, no sólo la coerción es incapaz sino que su accionar, inevitablemente, empeora la situación de la sociedad en general, pero castigando más duramente a los de más bajos recursos, a los más débiles materialmente. Por el contrario, el orden natural, que implica el crecimiento y desarrollo de la vida y, por ende, de la sociedad es, nada menos, que el vehículo de la participación del hombre en la creación y, en consecuencia, tiene un poder regenerativo ilimitado, empezando por las situaciones más críticas para los seres humanos (1).

Así, el mercado, en ausencia del Estado violento, de la coerción institucional, no sólo es la mejor forma de crear riquezas, sino que, al mismo tiempo, es la más eficiente y la más justa manera de distribuirlas. En contraposición con esto, la redistribución que realiza el 'Estado benefactor', no es más que repartir los recursos que retira violentamente de la sociedad, a capricho del funcionario de turno, desconociendo las más elementales reglas del orden social que califican de inmoral a cualquier ejercicio de la violencia, aunque esto se disfrace de caridad. Cabe recordar, para quienes estén preocupados por las supuestas obras de bien que realiza el Estado racionalista con lo que 'recauda', que lo cierto es que, el mercado natural, atiende las necesidades de la sociedad según la escala de prioridades. Porque, aquello que es más básico y fundamental, resulta ser más 'negocio'. Y no pasa a la segunda prioridad, en tanto la primera no quede satisfecha. Efectivamente, para que exista eficiencia, es necesario el afán de lucro, que es lo que dirige la atención sobre los negocios más rentables. Y, los negocios más rentables, no son sino aquellos que la gente, el mercado más demanda, porque más necesita. En consecuencia, si en el mercado natural hubiera perfecta ausencia de violencia institucional, los problemas serios de hambre, desocupación y demás, que hoy por hoy tenemos, no existirían (2). Ahora, los estatistas, como ya no pueden disimular que la coerción ha sido un muy ineficiente asignador de recursos durante décadas y décadas, bajo los signos políticos más diversos y en todos los países del mundo, pero al mismo tiempo quieren seguir manteniendo al estatismo, han inventado un nuevo slogan que dice que lo que hay que lograr es la 'eficiencia del gasto estatal' (!?). Con lo que, en realidad, quieren decir que el Estado debe seguir retirando coercitivamente recursos del mercado y utilizándolos a su conveniencia. Es decir, que el 'gasto social' les sirve como excusa para justificar la exacción de recursos sociales. Porque, en rigor de verdad, según veremos cuando hablemos del gasto, aun cuando el Estado racionalista es ineficiente, incluso a la hora de gastar, lo verdaderamente dañino no es que gaste, sino que retire coactivamente recursos. Lo dañino, insisto, es la violencia.

EL GASTO SOCIAL

La 'actitud egocéntrica' del liberalismo ha provocado que algunos cometan errores graves como, por ejemplo, su casi exclusiva y permanente insistencia en la necesidad de recortar el gasto estatal. Para peor, generalmente, remarcando que los primeros en recortarse deberían ser los destinados a necesidades sociales. Hoy, todo científico serio sabe (irónicamente, también muchos liberales), que lo realmente dañino (y, consecuentemente, lo que debe ser desterrado) no es que el Estado gaste sino que recaude de manera no voluntaria. Ya sea que lo haga por vía impositiva, inflacionaria, crediticia o por cualquier otra; según ya lo estudiamos al hablar del financiamiento del Estado artificial. Y esto, por dos razones básicas. En primer lugar, por una cuestión de humanidad, porque, cualquier recaudación coercitiva recae con más fuerza sobre los más pobres. En segundo lugar, porque el sistema coercitivo es, ya lo sabemos, necesariamente ineficiente, en toda y cualesquiera actividad. A pesar de la abrumadora propaganda estatista que pretende tapar la realidad, no hay ciudadano que no sepa que, donde está el Estado racionalista, hay burocracia, inseguridad, caos, desorden, arbitrariedad, corrupción, destrucción y mala fe y mala voluntad. Entonces, cada peso que retire del mercado, de este modo, es un peso que, el sector no coercitivo, pudo haber utilizado eficientemente en mejorar la calidad de vida de la sociedad y que, en cambio, se malgasta.

Pero, aun así, aun cuando es necesariamente ineficiente también a la hora de gastar, el gasto es menos malo porque, a pesar de significar flujos de recursos mal dirigidos, una vez en el mercado natural, éste se encargará de reasignarlos eficientemente. De modo que, si se aumentara el gasto y este fuera solventado con la venta de la innumerable cantidad de propiedades estatales (las mal habidas, a través del uso de la fuerza física), éste sería acelerador de la economía. Porque significaría la transferencia de recursos que antes estaban ineficientemente aplicados, visto que estaban en manos del Estado coercitivo, al sector privado que ahora los utilizará convenientemente. Importa poco a quién se transfieran, porque, como dije, en la medida en que el mercado sea natural, se encargará de que, gracias a la competencia y a la necesaria eficiencia que conlleva, finalmente estos recursos terminen en las manos correctas.

Recordemos que hoy el Estado posee propiedades que tienen un elevadísimo precio (por ejemplo, muchísimas empresas, edificios, los terrenos que ocupan los ferrocarriles, toda la costa del país, cientos de miles sino millones de hectáreas de tierras, una cantidad incalculable de vías y calles para automóviles, plazas, museos, y mucho más). De hecho, es, como vimos, por mucho, la institución más rica del país. En consecuencia, podría gastar enormes fortunas, y sería bueno que lo hiciera, en tanto esto signifique una genuina transferencia de recursos al sector privado (es decir, del sector coercitivo al sector del servicio voluntario), construyendo para los sin techo, poniendo comedores populares, y hasta simplemente regalando dinero a los pobres. El Estado artificial se ha financiado durante mucho tiempo utilizando métodos violentos, coercitivos, provocando enormes injusticias, de hecho, la pobreza marginal. Sería bueno, por un lado, que dejara de utilizar métodos contra natura, porque éstos atentan contra los más débiles. Y, por otro lado, sería justo que reintegrara lo mal habido a aquellos a quienes más daño ha provocado: los que están en situación más crítica. Obviamente, me parece que quedó muy claro que, si el Estado se financia sin utilizar la violencia, la coerción, como lo hacen todas las

instituciones privadas, con el aporte voluntario en función del servicio que reciben las personas y la comunidad, y el altruismo, todos sus recursos son legítimos y, consecuentemente, cualquier gasto lo es.

EL 'ESTADO BENEFactor' Y LA JUSTICIA SOCIAL. UN EJEMPLO: LA VIVIENDA.

Para ver con claridad como funciona el 'Estado benefactor' (3), analicemos un caso real, que ocurre en un país con respecto al tema de la vivienda para los más humildes. En el país en cuestión, existe una cantidad de gente que carece de 'techo' propio y de medios para alquilar uno, es decir, que están condenados a vivir en la calle. En este mismo país, el 'Estado benefactor', y sus dirigentes políticos, 'preocupados' por los desamparados, han propuesto, entre otras muchas 'sabias' medidas, la creación de organismos estatales dedicados a construir viviendas que, supuestamente, estarían al alcance de los 'sin techo'. Pero, aun habiendo sido estas medidas implementadas durante años, continúa el problema de la escasez. Y el resultado es que los 'sin techo', usurpan, ocupan propiedades ajenas, muchas veces en manos de este Estado. Entonces, este mismo 'benefactor', argumentando el derecho a la propiedad, violentamente reprime y desaloja a los intrusos de las propiedades en cuestión, insisto, muchas veces, en manos del mismo Estado.

Veamos un poco. Ya dije que, el mercado natural, es el más eficiente asignador de los recursos sociales y que siempre los dirige primero a las necesidades más básicas, por el principio de que aquello que es más básico es lo que el hombre demanda más y, en consecuencia, resulta ser 'más negocio' (de aquí la ética del lucro, en la imperancia del orden natural). Ahora, si esto es así, ¿cómo es que ocurre que, en una sociedad en donde existen muchísimas construcciones (cines, teatros, shoppings, clubes, galerías, y demás), es decir, en donde capacidad de construcción no falta, hay unos comparativamente pocos miles de personas que no tienen vivienda? Pues, básicamente, hay dos razones para esto.

En primer lugar, ya lo vimos, la presión tributaria estatista provoca la pobreza marginal.

En segundo lugar, las intervenciones artificiales del Estado en el proceso de urbanización (códigos de edificación urbana, de utilización de la tierra, y otros) (4) provocan una muy ineficiente asignación de los recursos. Efectivamente, supongamos que compro una parcela de terreno por cien pesos. Supongamos que, el código urbano en esa zona, no me permite construir más que dos departamentos. Entonces, tendré que cargar, a cada unidad, con cincuenta pesos por el costo de la tierra. En cambio, si pudiera construir cincuenta departamentos, le cargaría a cada uno sólo dos pesos. Algunas disposiciones llegan a la ironía siguiente: con el supuesto fin de defender a los de más escasos recursos, imponen que los constructores deben garantizar, en los barrios que construyan, los servicios 'básicos' (pavimento, alumbrado público, cloacas, gas y demás, imponen también una cantidad de tierra libre para espacios verdes) con lo que, lo que logran, es que estos barrios terminen siendo caros. Y, en consecuencia, los 'sin techo' sigan sin techo. Los barrios tendrán todos pavimento, agua corriente, gas natural y demás, pero la gente, los pobres, vivirán en la calle (precisamente, en el pavimento cuando no en las cloacas). Demás está

decir que, las urbanizaciones privadas son, en todos los aspectos, muy superiores a las surgidas del Estado artificial. No es de ningún modo casual, que exista una fuerte tendencia a vivir en 'barrios cerrados' (5) que, en definitiva, no son otra cosa que cuasi micro países en donde mucho es privado.

Está claro, pues, que el Estado violento crea el problema habitacional. Pero ¿cómo pretende solucionarlo? Formando organismos que se dediquen a construir, generalmente solventados por vía de impuestos. Es decir, por cierto, retirando más recursos de la sociedad o sea, empobreciendo más a los ya pobres. Para, luego, terminar construyendo viviendas que utilizarán los niveles medios y con cuya realización se beneficiarán las empresas constructoras, es decir, los niveles altos. Desde un punto de vista ético y moral, el asunto no puede ser más irónico: el mismo 'Estado benefactor', que se ha llenado la boca hasta el hartazgo hablando de la 'justicia social', de los carenciados y sus derechos básicos y fundamentales, resulta ser el primero y el más tenaz de los agentes que pretenden dejar en la calle, sin más ni más, a una cantidad de familias que no tienen ningún lugar en donde dormir durante la noche. En cambio, lo que el Estado artificial debería hacer es privatizar la cantidad enorme de propiedades que posee entregándola a los 'sin techo'. ¿A qué precio? Que las regale si fuera necesario, en cualquier caso, será un beneficio para la sociedad en su conjunto, porque significará una transferencia al sector no coactivo.

Esta es, pues, la gran ironía del Estado racionalista: promete bienestar a los más necesitados; luego, con esta excusa, le quita coactivamente recursos al mercado, empobreciendo a la sociedad en general pero particularmente a los más humildes, a los más débiles, para luego castigarlos sin miramientos por el hecho de ser pobres.

EL SISTEMA PREVISIONAL COERCITIVO

Muchos partidarios de la sociedad artificial argumentan que los aportes previsionales, deben ser coactivos. Porque, supuestamente, las personas, en particular los jóvenes, no son lo suficientemente serios, responsables, como para hacerse cargo de su futuro. Y, en consecuencia, el Estado, finalmente, si no 'prevé', tendrá que hacerse cargo de la vejez de estas personas. Vamos a ver. Los jóvenes pueden casarse, tener hijos, decidir su futuro profesional, pero ¿no pueden decidir su futuro económico!?. Aunque lo cierto es que, coherentemente con esto, los racionalistas hace tiempo que están intentando coactivamente imponer límites a la cantidad de hijos.

Algunos Estados hasta tienen un sistema previsional coercitivo propio. Pero dejemos de lado este caso porque, me parece, ya hemos hablado suficientemente acerca de la inevitable ineficiencia del sistema artificial. Concentrémonos, en cambio, en la simple obligatoriedad coaccionada de los aportes, que deben realizar los trabajadores durante su vida laboral. Insisto en que, lo malo no es la 'obligatoriedad' en tanto provenga de una autoridad moral, sino que lo malo es que sea violenta, coercitiva. Las distintas organizaciones religiosas, por ejemplo, suelen recibir importantes donaciones, hasta los hay quienes donan, no sólo toda su fortuna, sino todo su trabajo. Muchas veces esta es una obligación, pero que proviene de una autoridad moral. No existe, por caso, la 'policía protestante' que lo encarcela si el feligrés no paga el diezmo. Sí existe, en cambio, la policía

del estatismo que lo encierra si Usted no paga impuestos.

Lo cierto es que, en principio, el sistema coactivo, lo que va a conseguir es que haya menos aportantes, y que éstos reciban un peor servicio (6).

Efectivamente, al hacer que los aportes sean coercionados lo que están logrando es crear un mercado cautivo, compartido por los diferentes oferentes del servicio, que no tendrán que preocuparse por la pérdida de los clientes. Y, entonces, básicamente, su trabajo no consistirá en competir con mejores inversiones posibles (plazos fijos, acciones, propiedades, y demás), de modo de convencer a los potenciales clientes de que la suya es la mejor capitalización posible en el mercado general. Sino que, simplemente, intentarán que el Estado persiga a los evasores mientras se reparten las víctimas con el menor costo y la mayor ganancia que puedan. Luego, su lucro no será el resultado de su vocación, del mejor servicio a la sociedad, sino de su egocentrismo, de la corrupción del mercado.

El beneficio económico para los aportantes, claramente, será menor. Porque, al tener, las empresas oferentes, el mercado asegurado sin tener que competir, harán un menor esfuerzo por ofrecer mejores servicios. Ahora, generalmente el beneficio económico mueve más a las personas, que el miedo a quedar fuera de la ley estatal. En consecuencia, como éste será menor que el que tendrían de no existir la coactividad, muchos potenciales aportantes (que hubieran aportado si el beneficio hubiera sido mayor) desafiarán la ley, la evadirán y no aportarán. De modo que, en principio, lo que realmente ocurrirá es que, con el sistema coercitivo los aportantes serán menos. Y la sociedad quedará más desprotegida a la hora de la vejez. Y, más desprotegidos, claro, los más pobres, los más débiles.

LAS INTERVENCIONES COERCITIVAS EN EL MERCADO LABORAL

"Naturalmente, en la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), no nos podemos remitir a esta constatación de hechos. Nosotros tenemos que ocuparnos de la política y del sentimiento" (7), le escribió Albert Thomas, reconocido socialista y primer director de la organización que menciona, a Jacques Rueff. Mientras que, el 22 de junio de 1933, el Ministro de Trabajo del gobierno laborista británico se dirige a la Cámara de los Comunes refiriéndose a este francés "que ha calumniado grandemente a la clase obrera inglesa haciéndole creer que existe una relación entre el salario real y el desempleo" (8).

¿Pero cuál era el crimen que había cometido Rueff? Pues tuvo la audacia de escribir un artículo, publicado por 'The Times' de Londres, en donde hacía algunas observaciones acerca de la nefasta influencia que había tenido la intervención coercitiva del Gobierno y de los sindicatos, éstos con el aval del Estado, en la fijación de los salarios, seguros por desempleo y otras leyes laborales.

Antes de seguir, ya que mencioné a los sindicatos, me parece que corresponde una aclaración. Estas organizaciones, en muchos casos, tienen (o tenían) privilegios garantizados por la fuerza coercitiva estatal (lo que, históricamente, se consolida a través de la prédica corporativista fascista). Como, por ejemplo, el monopolio de la representación gremial, la obligatoriedad de los trabajadores de afiliarse y, consecuentemente, de aportar a

los fondos de la organización, el 'derecho' de huelga y demás. Estos privilegios, en definitiva, no significan otra cosa que una transferencia de la violencia estatal hacia estos sindicatos. Violencia que han ejercido, primero, contra los propios trabajadores y, luego, contra la sociedad en general.

En consecuencia, no se trata de prohibir la actividad sindical, ni de las organizaciones intermedias, sino todo lo contrario (9). Se trata de permitir que existan todas las instituciones que los obreros libremente decidan formar, si es que deciden formarlas. Y se trata de que los trabajadores, en una sociedad natural, se manifiesten, sin utilizar la violencia, del modo que les venga en gana. No es cuestión de obligar coactivamente a nadie a trabajar. Pero tampoco conviene limitar coercitivamente la libertad de contratación, imponiendo costosísimos requisitos para el despido de una persona. Porque esto atenta directamente contra los trabajadores, visto que las empresas tendrán mucho cuidado en contratar personas si saben que, luego, no las podrán despedir (10). Y, esto, hace a un principio básico del orden natural, que es que, una empresa, debe emplear a una persona en la medida en que su trabajo sea útil para sí, para la sociedad y para la empresa. En un mercado natural, en donde la desocupación no es un problema y las empresas están dedicadas a servir, mantener un trabajador que no es necesario, implica un disfavor, primero para el trabajador que no podrá realizarse como persona.

Pero volvamos al artículo de la polémica. Rueff había encontrado que los datos estadísticos, tomados en Inglaterra entre 1919 y 1925, coincidían con su teoría de que existía una relación directa entre el número de desocupados de una parte y el coeficiente, entre el nivel de salarios y el nivel general de precios, de la otra. Es decir que, cuanto mayor era el coeficiente entre salarios y precios, menor era la demanda de mano de obra y, en consecuencia, mayor era la desocupación. La curva que estableció (11) muestra que, si los salarios en relación a los precios hubieran bajado lo suficiente, la desocupación hubiera desaparecido.

En definitiva, afirmaba que la curva de oferta y demanda se cumplía taxativamente en el mercado laboral. De donde se deduce que, cualquier intervención artificial del Estado en la fijación de los salarios, lo único que conseguía era distorsionar al mercado, perjudicando a los interesados, es decir, a los asalariados. Solamente un ingenuo puede pensar que, la fijación coercitiva de un salario mínimo, por ejemplo, por parte del Estado, obligará a aumentar los sueldos. A lo único que obligará a los empresarios, que deben respetar celosamente la curva de oferta y demanda so pena de quebrar, es a despedir o a no tomar a quienes deberían, según el mercado, pagarles un salario menor al mínimo impuesto (suponiendo que no trabajen por fuera de la ley y, consecuentemente, que no los mantengan por debajo del mínimo legal). Visto que no les pueden pagar lo que pide el Estado, que es más que lo que el mercado indica que debe abonarse (recordemos que, una empresa sana, debe conjugar muchos elementos, de manera que resulte eficiente para la sociedad en su conjunto). O sea, que quedarán desempleados los que cobran menos. Es decir que, éste salario mínimo no sólo no beneficia a nadie sino que perjudica a los que menos ganan, a los más débiles, en definitiva.

Así, todas las intervenciones artificiales del Estado en el mercado laboral, la violencia que introduce, tienden a provocar desocupación y una clara degeneración de la

naturaleza en las relaciones laborales. Así, Milton y Rose Friedman, años atrás, ya anticipaban que "Estos proyectos se defienden como un medio para ayudar a las personas con ingresos bajos. De hecho perjudican a estos sectores de la población..." puesto que... "la ley sobre salario mínimo (por ejemplo) exige que los empresarios discriminen frente a las personas con poca especialización" (12). Es así que, por caso, los datos estadísticos proporcionados por el Estado argentino, señalaban que la desocupación alcanzaba, en 1996, al 18 por ciento de la población activa, pero era de sólo el 12,8 por ciento entre los hogares no pobres, mientras que llegaba al 37,5 por ciento entre los hogares pobres.

Por otro lado, Henry Hazlitt opinaba que "Un estudio hecho por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, encontró que el incremento de los beneficios por desempleo conduce a un incremento en la duración del desempleo" (13), sencillamente porque, la gente, no está dispuesta a trabajar por menos de lo que puede obtener del Estado sin hacer nada.

Además, las leyes laborales artificiales le significan, tanto al empleado como al empleador, un aumento en los costos derivado del aumento en la burocracia que debe lidiar con estas reglamentaciones, tanto por parte del privado como por la parte estatal.

Desde el punto de vista de la moral, el salario es aquello que le permite a la persona vivir dignamente. Y, como la moral es algo real y efectivo y anterior a las leyes económicas (de hecho guían a la economía en el mercado natural), el salario es aquello que proviene del servicio a la comunidad, a la naturaleza humana, que protagonizan las empresas y organizaciones sanas. Habíamos visto que, la moral es la adecuación del comportamiento humano al orden natural. También que, en el mercado natural, la eficiencia es la adecuación del trabajo al orden natural. Consecuentemente, si el trabajo es parte del comportamiento humano la eficiencia será de suyo moral (y la inversa).

Ahora desde el punto de vista del cálculo económico, el salario (precio) cumple, entonces, con la curva de oferta y demanda (14), del mismo modo que cualquier otro servicio. Esto implica que, en tanto no exista intervención coercitiva institucional, los empresarios serán tan agresivos (o más, seguramente, si tenemos en cuenta que el capital humano es el más importante) a la hora de contratar empleados (ofreciéndoles mejores condiciones), como lo son a la hora de vender sus productos o comprar insumos. Sencillamente porque, en un mercado que opera naturalmente, cada empleado le significa una ganancia a la empresa (de otro modo no lo contrataría), y cuanto mejor sea el empleado, más gana la compañía. De modo que, en principio (al contrario de lo que ocurre en los mercados distorsionados por la maraña de regulaciones coercitivas), a las empresas les conviene tener la mayor cantidad posible de empleados y que éstos sean los mejores, para lo que deberán tentarlos ofreciéndoles mejores condiciones y formando a los que ya tienen.

Hoy existe la muy errada idea de que el mercado menosprecia a los trabajadores (porque, en rigor, ocurre así en los mercados artificiales), cuando está claro que, para el orden natural, el ser humano es lo primero, lo más valioso. De modo que, en tanto se respete a la naturaleza de las cosas, el mercado espontáneamente preferirá en forma decidida a la persona por sobre cualquier variable económica. Si hoy el 'mercado

capitalista' menosprecia, muchas veces grandemente, el trabajo humano se debe a que la violencia que introdujo el Estado coercitivo degeneró notablemente las relaciones laborales y la esencia empresaria.

Pero volvamos a la curva de OD. A un aumento de la oferta de mano de obra, el salario tiende a disminuir y viceversa. De donde la desocupación, en un mercado natural, es imposible e independiente del capital y la inversión. De otra forma: si la oferta de mano de obra aumenta más que la demanda, el mercado regula la plena ocupación disminuyendo el salario (precio) y viceversa. Para ver esto claramente, pongámoslo en un ejemplo extremo. Supongamos que la oferta de trabajadores es tan grande que el salario mínimo baja a un dólar mensual. En este caso, nadie quedaría desempleado porque, por esa cifra, cada uno de nosotros contrataría a varios empleados (hasta para que nos abaniquen). De aquí que, si fijamos un salario mínimo artificialmente, se producirá desocupación en la medida en que éste sea superior al establecido por el mercado.

Por otro lado, la particularidad más importante del capital consiste en que, siendo 'capacidad de producción', necesariamente tiende a absorber mano de obra aumentando la demanda de ésta y, de este modo, presionando de modo que aumente el salario (15). Otra característica es que facilita la producción de bienes, incrementando la oferta y, en consecuencia, disminuyendo su precio. De donde, la única manera real de aumentar el salario con respecto a los precios y tarifas, es a través de una capitalización del mercado. Es decir, que el capital, la inversión, no garantiza la plena ocupación (la plena ocupación quedará regulada por la curva de oferta y demanda en función del nivel salarial), lo que garantiza es un aumento en la demanda de trabajo, lo que presionará en la dirección de un aumento en el nivel salarial a ocupación plena, si el mercado no es intervenido artificialmente, y, también, un aumento en la oferta de bienes lo que presionará en el sentido de la baja de los precios.

Pero veamos el siguiente párrafo de Rueff: "En un país de Europa oriental las señales del ferrocarril son normalmente maniobradas. Un simple cálculo basta para mostrar que en razón del débil precio de la mano de obra y de la elevada tasa de interés en ese momento, el costo anual de la mano de obra necesaria para maniobrar las señales, es muy inferior al monto de los intereses del capital que sería necesario invertir para mecanizar las señales. La mano de obra era abundante y el capital escaso. De cualquier manera, si un salario mínimo se fijara a un nivel ligeramente superior al nivel practicado, las señales mecánicas hubieran sido seguramente instaladas y los obreros despedidos" (16).

Los intereses son el precio que se paga por el uso del capital ajeno. Supongamos que se produce una capitalización suficiente de este mercado. El precio del capital, es decir, el interés, disminuye; convirtiéndose en más rentable la mecanización; pero al mismo tiempo esta capitalización produce nuevas fuentes de trabajo (que podrían ser las fábricas de señales mecánicas o las agencias importadoras de las mismas o cualquier otra) por cuanto, ante el abaratamiento del capital, los empresarios emprenderán nuevas actividades.

Nuevamente, la oferta y demanda de capital y trabajo se equilibran, a través del natural juego de los precios en el mercado, con el resultado práctico de, no sólo evitar la

desocupación, sino de aumentar, sobre bases reales, los salarios con respecto a los precios y tarifas. Y este es, por su parte, el resultado real del avance tecnológico, nunca el aumento de la desocupación, o la disminución en el monto de los salarios, sino todo lo contrario. Si la tecnología produjera desempleo, los Estados Unidos deberían ser hoy el país con el índice más elevado, y, sin embargo, históricamente, ha tenido baja desocupación, justamente debido a la relativa falta de 'regulación' coactiva en el mercado laboral.

La tecnología permite el desarrollo de nuevas actividades que antes no podían ser realizadas, provocando un fuerte aumento real en la demanda de empleo. Sencillamente porque tiene la capacidad de potenciar notablemente la 'capacidad de producción' que es propia del capital (recordemos que, en realidad, el mayor capital de una empresa es su capital humano, particularmente, el conocimiento). Hoy, muchísimas empresas, tienen posibilidad de existir gracias a las computadoras y demás desarrollos tecnológicos. Está clarísimo que, cien años atrás, había muy poco para hacer, además de la agricultura y labores artesanales. Hoy, la mayor parte de la mano de obra ha sido absorbida por la tecnología: fabricas de automóviles, de lavarropas, empresas de telefonía, petroleras, fabricantes de televisores, vendedores de computadoras, distribuidores de gas natural y tantas otras.

El aumento de la demanda laboral presiona los salarios hacia arriba, tiende a producir más horas dedicadas al ocio, aumento de robotización y, como consecuencia, aumento de la inversión en tecnología y educación. Es el círculo virtuoso, propio del orden natural, que permite que el hombre haga uso de la naturaleza para estar, cada vez (aunque siempre infinitamente lejos), más cerca de la perfección.

Para ir terminando, quiero señalar que otra injerencia nefasta del institucionalismo coactivo en el mercado laboral son, por ejemplo, las supuestas leyes de seguridad e higiene en el trabajo. Ocurrió, poco tiempo atrás, en un país no muy lejano, que el gobierno cerró preventivamente una planta aduciendo que los trabajadores, muchos extranjeros, que allí se desempeñaban, no estaban trabajando bajo las condiciones que, supuestamente, exige la ley nacional. Y esta quizás haya sido una buena intención. Pero lo que no se mostró fue la otra cara de la moneda. Esto es que, no por casualidad, los obreros estaban trabajando allí. Y que, si así lo hacían, era simplemente porque, dadas las circunstancias (el mercado capitalista coercitivo), les convenía (17).

Y, al cerrárseles ésta posibilidad, lo que ocurrirá, al contrario de la supuesta intención del Estado, es que tendrán que irse a trabajar a donde estaban antes. Es decir, con peores condiciones, si es que consiguen empleo. Esto es, insisto, lo que siempre ocurre cuando se imponen coactivamente reglas laborales: se logra que los que están por debajo de estas normas mínimas que, precisamente, son los más necesitados, se queden sin trabajo o tengan que ir a trabajar a lugares con peores condiciones, en donde nadie se ocupe de dejarlos sin trabajo.

Notas al Capítulo VI:

(1) Sólo por citar un ejemplo, a pesar de estar lejos de un mercado perfectamente natural

resulta sintomático que, durante el siglo pasado en la ciudad de Londres, cuando la ayuda gubernamental contra la pobreza era prácticamente inexistente (en 1870, con una población de 3 millones, había llegado a sólo 1,5 millones de libras contra los cerca de 7 millones en caridad privada; ver Gertrude Himmelfarb, 'The De-moralization of Society', IEA, London 1995, p. 138), la pobreza venía bajando del 6,2 por ciento de la población total de Inglaterra en 1849, al 4,7 por ciento en 1869 y a sólo el 3 por ciento en 1879. Y esto gracias, no solamente a la caridad privada, sino a las asociaciones de ayuda mutua, como las organizadas por los sindicatos libres (ver David G. Green, 'Community Without Politics', IEA, London 1996, p. 131). Otra anécdota sintomática: frente a la incuestionable superioridad de la caridad privada, algún partido político de primera línea, había sugerido que Caritas Argentina, importante organización de la Iglesia Católica, se convirtiera en "ministerio", haciéndose cargo de la asistencia social del país, a lo que la institución religiosa se negó. A pesar de que, refiriéndose a la 'caridad' estatal, aseguró que "sólo un 20 por ciento del dinero destinado al gasto social llega a quienes verdaderamente lo necesitan", ver 'Negativa de la Iglesia', Crónica (edición de la mañana), Buenos Aires, 26 de agosto de 1998, p. 4.

(2) Juan XXIII, asegura que "Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De aquí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia...", Encíclica 'Pacem in Terris', Roma 1963, Primera Parte, 10. Por su parte, José Miguel Ibáñez Langlois, escribió que "El bien común de una determinada sociedad actual comprende los recursos materiales y el territorio; el ingreso global y el salario justo; la difusión de la propiedad privada; la previsión social; los servicios esenciales: caminos, transportes, comercio, agua potable, electricidad, vivienda, salud, etc.; la preservación del medio ambiente; la red de comunicaciones; el recto funcionamiento de los medios de comunicación social; la tranquilidad pública y la estabilidad social; la armonía de las clases y estamentos; los medios de descanso y diversión; el idioma, la cultura y las propiedades característicos de la nación; la educación laboral, social, moral y religiosa; la moralidad pública y las facilidades para el culto y la práctica religiosa; el desarrollo de las artes, letras y ciencias; la justicia de la legislación; la correcta organización de los poderes del Estado; la adecuada exigencia del cumplimiento de los deberes cívicos, y la defensa de la libertad y de los derechos fundamentales de la persona humana", 'Doctrina Social de la Iglesia', Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 1988, p. 86. Y estos derechos, claramente, sólo pueden ser garantizados por la ausencia de la violencia institucional, es decir, la imperancia efectiva del orden natural. El mismo Ibáñez Langlois lo deja muy bien aclarado "... porque Dios es objetivamente, para la persona y la sociedad, 'causa primera y fundamento último,... fuente de la sociedad familiar, de la sociedad de los pueblos y de las naciones' (Pío XII, Navidad de 1942). Un supuesto 'bien común' privado de esta dimensión del Bien primero y absoluto es más bien un 'anti-bien común', que incluso podríamos llamar un 'mal común' de la sociedad", op. cit. pp. 87-88. Y ya que he mencionado a la Doctrina Social de la Iglesia, baste agregar, en cuanto al principio de subsidiariedad, que, ciertamente, el Estado, no sólo tiene el derecho, sino la obligación de realizar todas aquellas actividades que, sirviendo para el bien común, otros no puedan realizar mejor; siempre, claro está, que el principio de organización social y estatal no sea la coerción física, porque esto significaría un contrasentido con el bien

común. Finalmente quiero aclarar que, algunos autores católicos han querido, en alguna medida, soslayar el imperativo moral del bien común. Efectivamente, ante la evidencia de que el Estado racionalista era a tal punto ineficiente (y para justificarlo), que es en absoluto incapaz de garantizar los derechos naturales, ensayaron un 'alivianamiento' de la responsabilidad social. Argumentando algo así como que 'aun cuando el bien común es un imperativo moral social, dada la incapacidad actual para resolver todos los problemas, es aceptable que algunos puedan quedar momentáneamente rezagados'. Esto es falso. Para que quede claro, todos los derechos naturales, incluidos los enumerados anteriormente, la Justicia Social, son un imperativo moral (algunos negativos y otros positivos) sin ninguna clase de atenuantes. Esto no significa pretender que la sociedad sea perfecta (que nunca lo será), sino dejar bien claro que, en la medida en que respetemos al orden natural (que sí 'es perfecto'), en la medida en que seamos morales (lo que es imperativo y moralmente obligatorio, sin excepción), los derechos naturales quedarán, todos y sin excepción ni atenuantes, de suyo garantizados.

(3) "Al intervenir directamente y quitar responsabilidad a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos. Efectivamente, parece que conoce mejor las necesidades y logra satisfacerlas de modo más adecuado quien está próximo a ellas o quien está cerca del necesitado", S.S. Juan Pablo II, Encíclica 'Centesimus Annus', 48, Roma 1991.

(4) Lo cierto es que no existen ni razones de seguridad, ni ambientales o ecológicas, ni de estética, ni ningún otro motivo que justifique la intervención coercitiva institucional en la planificación urbana o rural. Bueno sería, que la responsabilidad real de cuidar estos asuntos, quedara en manos de la entidad, violenta, más irresponsable y de peor gusto que existe. Sólo a modo de rápido ejemplo, veamos el tema del tránsito de automóviles. Es creencia muy difundida que el caos y desorden, que suele imperar en el tráfico dentro de las ciudades, es producto del 'progreso'. Así de distorsionada está nuestra 'cultura', de otro modo ¿cómo es posible que, una situación que significa la pérdida diaria de millones de dólares en horas hombre (a causa de las demoras por el caos imperante en el tránsito), en desgaste de material de transporte y demás, pueda ser considerada como una consecuencia del progreso? ¿Cómo es que algo negativo pueda ser el resultado del progreso? (!!). Digamos las cosas como son: el caos en el tránsito se debe, pura y exclusivamente, al ineficiente diseño, manejo, regulación y control de las vías de comunicación por parte de la burocracia estatal racionalista.

(5) Los barrios privados (o 'barrios cerrados'), en donde suelen ser privadas las avenidas, calles, parques, seguridad, cloacas, gas, luz, y demás, son un modo de 'privatización inverso' y, quizás, más genuino. Efectivamente, la explosión demográfica que están teniendo estas urbanizaciones, claramente significa una huida de la gente de lo estatal hacia lo privado. De continuar esta tendencia, las ciudades estatales quedarían vacías y las privadas tendrán cada vez más atribuciones.

(6) En rigor de verdad, ya lo sabemos, la autoridad moral, aunque cueste creerlo, convoca más adhesiones que la coerción. Ahora, la eficiencia surge del hecho de que, cuando la obligatoriedad es moral, aquellos (normalmente los más débiles) que no pueden cumplir, no se ven forzados a hacerlo. Y, de este modo, los recursos son dirigidos hacia donde realmente se necesitan. Cuando la obligatoriedad es coercitiva, por el contrario, lo más débiles no pueden escapar y sí, en cambio, lo pueden hacer los más fuertes. El resultado es

una mala asignación de los recursos.

(7) Jacques Rueff, 'Autobiographie', Ed. Plon, Paris 1977, p. 88.

(8) *Ibíd.*, p. 90.

(9) "Añádase que cuanto León XIII tan acertadamente explicó y tan decididamente sostuvo acerca del derecho natural de asociación, con facilidad comenzó a aplicarse a otras agrupaciones no obreras; por lo cual debe atribuirse a la misma encíclica de León XIII, en no pequeña parte, el que aun entre los campesinos y gentes de condición media hayan florecido y aumenten de día en día estas utilísimas agrupaciones, y otras muchas instituciones, que felizmente unen a las ventajas económicas el cuidado de las almas", Pio XI, Encíclica 'Quadragesimo Anno', Roma 1931, I, 3 b. Ver la referencia a los sindicatos libres en la nota 1 anterior.

(10) Por ejemplo, con respecto a la indemnización por despido (que es un modo directo de inhibir el despido y aumentar el costo empresario por cada trabajador), podemos citar que "Una estimación del costo de este sistema... aceptado ampliamente en la literatura de economía laboral ... nos muestra que el costo de estas reglamentaciones..." significa "...que el empleo disminuye el 2 por ciento en términos del empleo total", conferencia pronunciada por Jim Heckman en Buenos Aires el 20 de mayo de 1997, durante la convención de ADEBA.

(11) Jacques Rueff, 'Autobiographie', Ed. Plon, Paris 1977, p. 101.

(12) 'Libertad de Elegir', Ed. Grijalbo, Barcelona 1980.

(13) 'The Road not taken', The Freeman, Ed. The FEE, Irvington-on-Hudson, New York, February 1979.

(14) "... además de alquilar sus pertenencias y las cosas que alguien le dio para alquilar, uno puede también contratar a sí mismo para brindar un servicio a otro,..., enseñando, defendiendo gente en la corte o para muchas otras funciones y servicios", Luis de Molina, escolástico español, 'De Iustitia et Iure' (Moguntiae, 1614), disp. 486, col. 1064 (citado por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 123). Queda claro, pues, que una cosa es el salario como valor (moral) y otra el salario como precio. El primero está relacionado con el segundo, pero sólo indirectamente. Efectivamente, el 'salario valor' (que le permite vivir dignamente), además de la fuerte carga subjetiva, tiene que ver con el 'salario precio', pero también con su relación con los otros precios. Es decir, si el precio de la comida, de la habitación, de la salud y demás es muy bajo un 'salario precio' bajo puede ser un 'salario valor' alto. Las cuestiones subjetivas son fundamentales: si tiene que mantener una familia o no, y otras muchas cuestiones.

(15) "El uso más productivo de la propiedad permite que se optimicen las tasas de capitalización, lo cual a su turno -como una consecuencia no buscada- hace que los salarios e ingresos en términos reales se eleven. Esta externalidad positiva se observa en todos los casos: a medida que crece la inversión per capita el rendimiento del trabajo aumenta. El traslado de trabajadores desde países con estructuras de capital relativamente débiles hacia aquellos que cuentan con mayores inversiones hace que sus salarios se vean incrementados. Esto ocurre debido a que los instrumentos de producción de mayor rendimiento permiten productividades per cápita más elevadas. Asimismo, a medida que las tasas de capitalización aumentan se libera trabajo humano para encarar otras tareas hasta el momento inconcebibles debido, precisamente, a que estaban esterilizadas en las áreas que ahora abarcan las nuevas tecnologías. Con este proceso no sólo aumenta la cantidad disponible de bienes y servicios sino que el trabajo humano tiende a reubicarse en tareas propiamente humanas y menos mecánicas", Alberto Benegas Lynch (h), 'Socialismo de

Mercado', *Libertas* no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, p. 166.

(16) 'Autobiographie', Ed. Plon, Paris, 1977.

(17) "Y cuando ellos dicen que el salario está por debajo del mínimo justo, parece que no podemos creerles, porque si pudieran encontrar otro que les pague más, irían a trabajar con él", Henrique de Villalobos, escolástico español, 'Summa de la Theologia Moral y Canónica', Barcelona 1632, p. 407 (citado por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 127).

CAPITULO VII

LAS 'POLITICAS INDUSTRIALES'

INTRODUCCION

"-¿Os lo dijo el ministro de Ciencia, Sire?

-Si... dijo que había demostrado que uno podía predecir el futuro de forma matemática.

-... eso de predecir el futuro, es el sueño mágico de los niños.

-... La gente cree en esas cosas.

-La gente cree en muchas cosas, Sire.

-Pero cree en tales cosas. Por lo tanto, no importa que la predicción del futuro sea cierta o no. Si un matemático me predijera un largo y feliz reinado un tiempo de paz y prosperidad para el Imperio..., ¿no estaría bien?

-... sería agradable oírlo, pero, ¿qué se conseguiría con ello, Sire?

-Pues... Muchas profecías, por el mero hecho de ser creídas, se transforman en hechos..

-Creo que estáis en lo cierto, Sire... De todos modos, si es así, uno podría conseguir que cualquiera hiciera la profecía.

-No todas las personas serían igualmente creídas... un matemático, que reforzara su profecía con fórmulas y terminologías matemáticas, podría no ser comprendido por nadie y, sin embargo, creído por todos.

-Como siempre, Sire, sois sensato. Vivimos tiempos turbulentos y merecería la pena apaciguarlos de una forma que no requiera ni dinero ni esfuerzos militares...

-Exactamente!... tráeme al matemático.

-Así lo haré, Sire."

Diálogo entre el Emperador y su Jefe de Estado Mayor, que tuvo lugar después del año 12010 de la Era Galáctica, según Isaac Asimov (1).

Otro de los grandes mitos de los estadistas, los racionalistas que pretenden diseñar a la sociedad desde el poder central, es la suposición de que los países deben tener una 'política industrial'. De este modo, los países tendrían una 'industria fuerte', exportarían y se convertirán en sociedades ricas. Y, aunque estas políticas siempre fracasaron, los estadistas insisten, argumentando que, en realidad, lo que fracasó fue una política mal aplicada o mal diseñada. Y, claro, ellos son los 'genios', los matemáticos del Emperador Galáctico que tienen la verdad, con muchas fórmulas econométricas que nadie entiende y que son falsas según sabemos. Y, en consecuencia, son los únicos que pueden diseñar y aplicar la política correcta.

¿Qué ha hecho la potencia industrial más grande del orbe, los Estados Unidos? Dice James Kurth: "Algunos personajes y analistas de la especialidad han vuelto a recomendar una política industrial de tipo nacional para los Estados Unidos, pero la mayoría de los observadores políticos piensa que las instituciones del país... y las ideas políticas del mismo hacen que sea imposible crear una política industrial estadounidense

coherente y constructiva" (2).

Las 'políticas industriales' consisten en que, el Estado, establece una serie de reglas a cumplir coercitivamente, que implican 'información' (falsa, por cierto) adelantada por cuanto han de cumplirse 'necesariamente' (coactivamente). Ahora, según hemos visto al estudiar la empresa, la función empresarial es eminentemente creativa. De modo que, ni los mismos empresarios saben que clase de creación será el resultado de su acción. Y, justamente, ésta ignorancia es la que le da sentido a la función empresarial, porque ésta es válida en tanto significa el encuentro de información que nos permita acercarnos (aunque siempre infinitamente lejos) a la perfección. En consecuencia, es, precisamente, aquello que todavía no se conoce (y, consecuentemente, no se puede planificar, adelantar) lo que legitima la actividad del empresario.

De aquí que, cuando los racionalistas planifican, cuando imponen planes coercitivamente, le están quitando a la función empresarial su razón de ser, la están desnaturalizando, con todas las consecuencias éticas y morales que esto significa. Convirtiéndola en una simple función de aprovechamiento de las variables, los privilegios coercitivos, que le otorga el institucionalismo violento. Con toda la carga egocéntrica que esto supone, por cuanto deja de ser un servicio de búsqueda de la perfección, para convertirse en una cruda búsqueda de lucro exclusivamente material. Para ponerlo con un ejemplo simple, si un empresario tiene asegurado el monopolio del servicio telefónico, todo su preocupación será la de instalar teléfonos (de acuerdo con el monopolio planificado) y, luego, cobrar por caja. En cambio, si no tiene tal privilegio, tendrá que agudizar su ingenio, su imaginación, su capacidad intelectual y su vocación de servicio, para encontrar información (aún desconocida) que le permita ofrecer un mejor servicio que la competencia, de modo que tenga alguna oportunidad de éxito.

Por otro lado, es imposible conocer a ciencia cierta cuales son los recursos de la sociedad. Tampoco puede transmitirse una información que aún no ha sido descubierta o creada y, justamente, según vimos, el mercado consiste en encontrar nueva información. Efectivamente, como veremos en el Epílogo, hace veinte años la tecnología existente permitía la extracción de determinada cantidad de petróleo, pero el desarrollo tecnológico permitió aumentar esta cantidad. Es decir, el hombre 'tiene' más petróleo. Es decir, que la cantidad de recursos disponibles varía, entre otras cosas, directamente con el avance de la tecnología, que no sólo es diario y permanente, sino que se auto acelera. Por otro lado, los avances científicos, y muchos otros factores, pueden cambiar radicalmente las necesidades. Eventualmente, el petróleo, por caso, podría dejar paso al etanol, al gas comprimido u otro tipo de fuente energética. Y todo esto sin contar con que, entre otras muchas cosas, una buena ingeniería financiera puede 'aumentar' sustancialmente el 'valor en efectivo' del dinero.

En consecuencia, diseñar una 'política industrial' a ser impuesta coercitivamente, sin tener ni la más remota idea de cuantos recursos tenemos y tendremos y cuáles serán útiles es, francamente, digno de un adivinador. El único modo real de diseñarla es a través del mercado natural, que es quien debe modelarla en 'tiempo real'. Y los empresarios podrán acompañarla a través de la invalorable información que transmiten los precios. En particular, tratándose de empresas, los precios de las acciones y demás papeles,

en los mercados de valores, transmitirán valiosísima información a los inversores y ejecutivos, de modo de trabajar correctamente en la inversión de los recursos propios, y sociales en definitiva (3).

Por otro lado, es un gran mito el de creer que un país sin industria no puede subsistir, cuando la verdad es que puede hacerlo. De donde, es el mercado natural, como que define a la eficiencia, el que debe definir qué perfil debe tener una comunidad: industrial, agroganadero, de servicios o la combinación de estas actividades.

Los servicios, por caso, se pueden exportar y, eventualmente, enriquecer a un país. Por poner un ejemplo, según Brian O'Reilly, en aquel momento editor asociado de la revista Fortune, si un neoyorquino llamaba a Quarterdeck, empresa de software con sede en California, y hacía una pregunta sobre un programa, notaba a menudo un acento irlandés en la persona que le respondía. Sucedió que, a partir de la una de la mañana, las llamadas eran automáticamente transferidas a Dublín, en donde la compañía tenía otro centro de operaciones.

"Esta claro", asegura O'Reilly, "que, ahora más que nunca, el trabajo se irá a los lugares que estén mejor preparados para realizarlo en forma económica y eficiente". Dos muy buenas razones para achicar sustancialmente al sistema coercitivo estatal: una, porque esto permitiría reducir la carga impositiva, es decir, los costos para las empresas y otra, porque al ser el Estado coactivo ineficiente por definición, en la medida en que se achique dejando lugar a la autoridad moral, la eficiencia de la economía, en general, aumentará significativamente.

De hecho, pareciera que la base fabril está achicándose. Así, según los nunca bien ponderados encuestadores, el porcentaje del PIB que generaban las compañías fabricantes de objetos ha caído, entre 1970 y 1990, del 26 al 19 por ciento en los Estados Unidos, del 36 al 29 por ciento en Japón, del 39 al 32 por ciento en Canadá y en Gran Bretaña del 28 al 20 por ciento. "El trabajador fabril es una especie en extinción", asegura Michael Raynor, en aquel momento consultor de Tennessee Associates International.

Para ir terminando esta introducción, señalemos que, las 'políticas industriales' implementadas por los Estados racionalistas, podrían muy bien llamarse las 'políticas de selección de ganadores'. Porque consisten en que los gobiernos seleccionan, con los criterios arbitrarios de los burócratas de turno, a quiénes erigirán en empresarios 'triunfadores', otorgándoles privilegios especiales (créditos blandos, trabas aduaneras para sus competidores y demás). Y esto, sin contar con el aumento en el gasto estatal que significan, visto que implican la necesidad de tener organismos oficiales que las diseñen, ejecuten y controlen. La pérdida social, en consecuencia, es doble.

Definitivamente las 'políticas de los ganadores' implican un desconocimiento de lo que es la economía, la eficiencia y el mercado natural (y, ciertamente, de la equidad y la justicia). Recordemos que el mercado natural es para la gente, para favorecer a las personas, principal y fundamentalmente a aquellos de condiciones más humildes. En consecuencia, es la gente, quien debe decidir acerca de qué le conviene y qué no, y es quien debe decidir qué empresa presta en forma eficiente el servicio que demanda. Sin olvidar,

por cierto, la importancia fundacional de la autoridad (moral) que supone el mercado natural. Y el mercado son millones de seres humanos que diariamente, a cada minuto, toman millones de decisiones que son imposibles de prever por parte de ningún burócrata o político por muy 'iluminado' que éste sea. En definitiva, que un burócrata intente definir una 'política industrial' es tan riesgoso como pretender adivinar el futuro de los papeles que se negocian en las Bolsas de valores

En fin, a modo de ejemplo, pasemos a estudiar, muy brevemente, algunos pocos casos específicos de instrumentos y modos de 'planificar' la industria.

LAS ADUANAS Y EL COMERCIO INTERNACIONAL

En una sociedad sana, para poder importar primero hay que generar dinero localmente o conseguir créditos externos. De otro modo, no existiría flujo de divisas hacia el exterior. Pero nadie otorgará préstamos si no tiene la seguridad de que se está en condiciones de generar recursos como para cancelarlos. En otras palabras, si se quiere importar, en un mercado natural, necesariamente primero se deberán conseguir los recursos apropiados. De modo de que, al contrario de lo que los sofistas normalmente pretende que creamos, si el mercado es verdaderamente libre y competitivo, cuanto más se quiera importar, más énfasis se deberá poner en la producción local.

Ahora, una economía será sana en la medida en que sea capaz de desarrollarse con eficacia. Independientemente de las condiciones externas. Capaz de transformar eficientemente aquello que reciba, sin importar qué recibe y en qué condiciones.

Así es que, lo importante en un país, no es cuánto importe o cuánto exporte, ni cuáles sean los precios de referencia internacionales, ni cuál sea el tipo de cambio, sino cuánto se agregue (cuanta creatividad) a los productos dentro de su territorio. Ahora, como el bien agregado (recordemos que, metafísicamente, el mal no agrega nada) tiene que ver, directamente, con la eficiencia de la economía (adecuación al orden natural), y siendo que ésta es exclusiva del sector no coercitivo, del sistema natural, la ineficiencia interna, en cuanto a que no se es capaz de ofrecer al mercado internacional altos agregados con costos competitivos, se debe a que el sistema coercitivo estatal interfiere negativamente al mercado local. En definitiva, lo que hay que reducir es el costo interno, es decir, el que provoca el Estado artificial.

Es obvio que, por elementales cuestiones de economía de escala, a las terminales automotrices, por caso, les conviene producir automóviles en forma eficiente. Pero, si les dan un privilegio coercitivo entonces lo que conviene hacer es aprovecharlo: si se encarece la importación artificialmente, por vía aduanera, estas terminales harán grandes negocios, dejando la eficiencia para otro momento, aumentando el precio de sus productos o bajando la calidad de los mismos. Ya que, aun así, podrán seguir siendo 'competitivos' gracias a la distorsión creada por la aduana estatal coercitiva.

Así es que, para que los precios en general bajen, forzados por la competencia internacional, las aduanas deben ser eliminadas. En primer lugar, por una cuestión de

justicia, porque de éste modo los más pobres tendrán más productos a su alcance (4). Y luego, por una cuestión de productividad de la economía en general. Porque, al bajar los precios de los insumos las empresas estarán en condiciones de producir más, generando más demanda de empleo a la vez que una baja en los precios, de modo que la gente podrá comprar más incentivando la producción.

Realizándose así el círculo virtuoso del orden natural. De otro modo, con miedo a la competencia extranjera, con restricciones aduaneras, lo que se conseguirá son privilegios para determinados sectores en detrimento de la eficiencia global de la economía.

No hay ninguna duda de que el mercado local tiende a favorecer a los productos locales, por una elemental cuestión de economía de escala. Pero, para que esto se produzca, el sistema coercitivo del Estado debe retirarse, bajando la carga impositiva, eliminando las 'regulaciones' coactivas y desmonopolizando los servicios, de modo que la competencia los obligue a bajar los precios. Y de este modo, en la medida en que el mercado opere con ausencia de coerción institucional, el precio de los productos locales y su calidad mejorará y competirán con el exterior.

Finalmente, es importante comprender que, la verdadera libertad (sino la que supone la existencia de la autoridad moral y la ausencia del Estado coercitivo aunque sea 'mínimo') tiene, entre otras, la virtud de acercar a las personas, a los países, con hechos concretos, con relaciones económicas, y todas sus implicancias. Cuando el Estado prohíbe o dificulta coactivamente, por caso, el comercio internacional está prohibiendo, fundamentalmente, las interacciones reales entre las personas de donde (¿de qué otra parte?!) surge la paz y la cooperación, la vida (5).

DUMPING Y SUBSIDIOS VS. 'REGULACION' ESTATAL

Si por dumping entendemos la venta masiva por debajo del costo, con el fin de destruir a la competencia, cualquier empresario sabe que, realizar semejante política, significa comprometer seriamente la capacidad financiera de la empresa. Si el mercado opera sin intervenciones artificiales, suponiendo que pudiera lograr quebrar a algunos antes de quebrar él mismo, luego deberá vender sus productos a precios competitivos. De otro modo, el resto de la competencia lo arrasaría. De manera que nunca podrá elevar los precios lo suficiente como para recuperar las pérdidas que le ocasionó el vender por debajo del costo.

Es público y notorio, en cambio, que existen gobiernos que han subsidiado a distintos sectores de sus respectivos países, siendo el caso más típico el de los subsidios agrícolas en los Estados Unidos y en la Unión Europea. Pero, ¿realmente estas políticas perjudican al resto del mundo? Y lo mismo cabría preguntarse, y el mismo análisis habría que hacer, de existir dumping.

Veamos un poco. En un planeta en donde no han sobrado los alimentos, el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, durante 1991, recompensó a los agricultores para que no siembren unas 25 millones de hectáreas. Según el Agricultural

Policy Working Group, la política de no sembrar tierras, irónicamente, a pesar de que fue planificada para aumentar la competitividad de los granos, provocó un aumento promedio en el costo de producción de un bushel de granos de US\$ 33 centavos. Cuando el costo variable de producción en las áreas de siembra más eficientes era de US\$ 1,25. Lo que, sin duda, significó un duro golpe a la competitividad. Y aún peor, poco tiempo después, un estudio del Departamento de Agricultura concluyó que, la política de reducción de áreas sembradas, provocó un aumento de 7 por ciento en el valor de la tierra para siembra.

Pero las ironías no terminan aquí. Normalmente, los subsidios se otorgan sobre los granos que, por ser poco ofertados, tienen altos precios como para competir en el mercado internacional. Luego, paradójicamente, la mayor sobreoferta se produce en los granos que obtienen un mayor subsidio, aumentando aún más el gasto del Estado puesto que, dada la sobreoferta, paga a los agricultores para que no siembren.

En definitiva, en lugar de respetar al mercado natural, lo que traería no sólo mayor eficiencia y competitividad sino, también, menor gasto estatal y, en consecuencia, menor presión tributaria, el Estado norteamericano entró en un círculo vicioso de intervenciones artificiales que pretenden emparcharse entre sí.

Pero bueno, lo cierto es que, en definitiva, la política de subsidios no es otra cosa que vender más barato. Regalo al resto del mundo que pagan, por vía impositiva, los ciudadanos de los Estados subsidiantes.

Efectivamente, al contrario de lo que está de moda decir, los subsidios, en principio, son una 'bendición' para los demás países. Y digo en principio porque, el empobrecimiento de los subsidiantes a partir de la distorsión de sus propios mercados, probablemente redundará en una caída general de la economía mundial. Para analizar esto rápidamente, llevémoslo al caso extremo, al peor de los casos. Supongamos que los subsidios son tan altos que, en el mercado internacional, los precios de los granos son más bajos que lo que a nosotros nos cuesta producirlos. En este caso, deberíamos dejar de sembrarlos y comprarlos más baratos. Así, con lo que nos ahorraríamos en el costo de los alimentos, aumentaríamos nuestro stock de capital, lo que aumentaría la productividad global de nuestra economía. Y, entonces, lo que hasta ahora invertíamos en la producción de granos, podríamos invertirlo con mayor rendimiento en otros rubros.

Ahora, este análisis resultará estrictamente cierto en la medida en que el mercado local sea natural y tenga, entonces, la capacidad de reaccionar rápida y eficientemente ante cambios de semejante magnitud. Pero, si el mercado local, está en exceso regulado artificialmente, y tiene que soportar un costo interno, una presión tributaria por demás excesiva, entonces no podrá reaccionar con la agilidad necesaria.

Como conclusión, entonces, queda claro que los países deberían preocuparse poco por los subsidios extranjeros y mucho por suprimir las 'regulaciones' y la presión impositiva coercitiva, visto que estas cuestiones son las que realmente perjudican a la producción local.

LAS LEYES DE 'DEFENSA DEL CONSUMIDOR'

Ciertamente que en un mercado altamente competitivo el área de control de calidad de una empresa adquiere un rol importante, porque un producto defectuoso, que salga de la planta, puede provocar el desprestigio de su marca y la quiebra de la compañía. En un mercado natural, o realmente se dedica a servir al consumidor mejorando la calidad, bajando los precios y manteniendo un fluido diálogo con los consumidores con el fin de mejorar sus servicios, o la empresa está destinada al fracaso.

Por otra parte, ¿quién va a juzgar la calidad de los automóviles? ¿la de los aparatos electrónicos? ¿Quién va a juzgar la última tecnología sí, precisamente, es última porque nadie la conoce salvo el inventor? ¿Los burócratas del Estado racionalista? ¿Los mismos burócratas que tardan meses en tomar decisiones que a cualquier persona razonable le demandaría unas pocas horas? A esta altura, nadie puede decir seriamente que, alguna oficina de contralor artificial estatal, haya funcionado eficientemente y sí, en cambio, son excelente oportunidad para el oportunismo político y la corrupción.

La mejor ley de defensa del consumidor (es la ley natural) es la verdadera libertad de mercado (que supone la verdadera autoridad moral), que instituya una competencia tan brava que obligue a los empresarios y comerciantes a cuidar al máximo la calidad y condiciones de los productos que venden. Y que los obligue a mejorar permanentemente. Cualquier interferencia artificial estatal no hará más que ensuciar al mercado trabando la competencia y, en consecuencia, castigando al consumidor, instituyendo organismos burocráticos para quienes, en definitiva, digámoslo crudamente, la vida humana no es más que un expediente engorroso y aburrido.

Por el contrario, las 'leyes de defensa del consumidor' o los contralores coercitivos de calidad, son contraproducentes. Porque, de ninguna manera garantizan la calidad de nada (entre otras cosas, porque es muy fácil sobornar a un funcionario, lo que suele suceder, para que le de un certificado de calidad) y, en cambio, pueden confundir a la gente que, ingenuamente, supone que el control es efectivo (6).

Notas al Capítulo VII

(1) 'Preludio a la Fundación', Plaza & Janés Editores, España 1992, p. 11.

(2) 'Hacia el mundo posmoderno', Facetas no. 100, USIA, Washington DC 2/93, p. 13. Sin embargo, lo que sí tiene los Estados Unidos es una pseudo política de 'bienestar' industrial, que provee de subsidios, fondos, seguros a bajo costo, préstamos y garantías de préstamos a baja tasa de interés, restricciones al comercio internacional y otros privilegios que el gobierno, arbitrariamente (en base al sistema coercitivo), otorga a grandes corporaciones. Esta política de 'bienestar' industrial es muy irónica tanto que, por ejemplo, el Foreign Agricultural Service, durante 1997, gastó 136 millones de dólares en servicios que, según el propio gobierno, prácticamente nadie utilizó. Mientras que la oficina del Padrinazgo para una Nueva Generación de Automóviles, proveía de fondos para investigación a firmas automotrices de primera línea, pero, según un vocero de la propia agencia estatal, obtener algún resultado de este programa "será más difícil que poner un hombre en la luna", con lo

que, para 1997, ya se perdieron mil millones de dólares en este proyecto. Y un último ejemplo, el Power Marketing Administration, durante 1997, gastó 240 millones de dólares para generar electricidad, subsidiada, que terminó siendo utilizada en áreas que incluyen ski en Aspen, hoteles cinco estrellas en Carolina del Sur, casinos en Las Vegas, y demás (ver Dean Stansel and Stephen Moore, 'Federal Aid To Dependent Corporations', Briefing Papers, No. 28, May 1, 1997, Cato Institute, Washington DC).

(3) Ver "Can 'Industrial Policy' Work?", Frank W. Bubb, The Freeman, Ed. The FEE, Irvington on Hudson, New York December 1986, vol. 36, no. 12, p. 465.

(4) "...si, sin ninguna causa, los magistrados excluyen a los vendedores extranjeros, y por esta razón el precio del bien en cuestión aumenta, tienen que compensar a los ciudadanos por el daño causado por ese aumento", aseguró Leonardo Lessio, escolástico español, 'De Iustitia et Iure' (Antwerp, 1626), p. 280 (citado por Alejandro A. Chafuén, 'Christians For Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 92).

(5) "El pasado ha sido marcado demasiado frecuentemente por relaciones de fuerza entre las naciones: venga ya el día en que las relaciones internacionales lleven el cuño del mutuo respeto y de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción común bajo la responsabilidad de cada uno", Pablo VI, Encíclica 'Populorum Progressio', El Vaticano 1967, 65.

(6) Así, la 'autoridad' estatal coercitiva de contralor, al pretender reemplazar a la autoridad real, moral, que supone el mercado natural, provoca grandes confusiones y hechos aberrantes. Efectivamente, tomemos por caso los organismos coactivos estatales que en los Estados Unidos están, supuestamente, dedicados a cuidar la salud de la población. Algunos de estos organismos 'controlan' los medicamentos de modo que no vayan contra la vida humana. Pero, lo cierto es que aprueban, sin más ni más, los anticonceptivos que, además de los desastrosos efectos secundarios físicos y psicológicos, provocan nada menos que la imposibilidad total de la vida humana. De este modo, realizan un doble daño: físico, al ir contra la vida humana mucho más que cualquier cancerígeno, y moral, porque la gente tiende a creer que 'si lo aprueba la autoridad' es 'moralmente' aceptable.

CAPITULO VIII

MEDIO AMBIENTE Y NATURALEZA

INTRODUCCIÓN

"El hombre tiene así una cierta afinidad con las demás criaturas: está llamado a utilizarlas, a ocuparse de ellas y - siempre según la narración del Génesis (2, 15)- es colocado en el jardín para cultivarlo y custodiarlo...Pero, al mismo tiempo, el hombre debe someterse a la voluntad de Dios...", Juan Pablo II (1)

Va de suyo que el respeto al orden natural es la mejor defensa del medio ambiente, porque éste se refiere, precisamente, a la naturaleza. A la humana como prioridad, como centro, porque es el centro de la creación, pero también al resto de la animal, vegetal y mineral. La ecología, el estudio de la adecuación de los seres vivos al medio ambiente, en definitiva es, precisamente, el estudio del orden natural en lo que a ambientación químico-física se refiere. Va de suyo, también, que al ser el Estado racionalista, en la medida en que sea coercitivo, artificial, es el peor enemigo de la naturaleza y el medio ambiente. Sus intervenciones y 'regulaciones', son lo más dañino que hoy existe.

Así es que, si de todo lo que trata este ensayo es del orden natural, no haría falta entrar en este tema, pero de todos modos lo haré muy brevemente con la intención de no dejar de tratar todos aquellos temas que hoy se antojan importantes. Y con la intención, también, de mostrar, en casos concretos, como se producen los hechos que acabo de describir.

Pero, antes, me parece importante hacer una aclaración. Los materialistas, los racionalistas, han visto siempre en lo natural algo material. Pero, como no pueden desconocer la supremacía espiritual de la naturaleza (humana), algunos han querido hacer una distinción: habría, según ellos, una naturaleza material y otra espiritual. Lo que, definitivamente, no es cierto (el hombre es sólo uno: cuerpo y alma), la naturaleza es sólo una. Es imposible, por ejemplo, desconocer el estado espiritual de un enfermo a la hora de intentar su recuperación física (ésta será tanto más rápida cuanto más sano sea espiritualmente). A lo sumo, podrá decirse que, a los fines puramente didácticos, podemos hablar del 'aspecto físico' y del 'aspecto espiritual' de la naturaleza. Pero, insisto, existe una unidad íntima e indestructible, de modo que una 'naturaleza' exclusivamente material (como pretenden los materialistas) sencillamente no existe.

Recordemos, también, que al ser el hombre racional (en sentido tomista) tiene la capacidad a partir de su libre albedrío (personal, en sentido metafísico), guiado por la Providencia, de no sólo cuidar al resto de la naturaleza vegetal y mineral, sino de mejorarla. De hecho, muchas especies y razas de animales han mejorado sustancialmente a partir de sus cuidados.

MEDIO AMBIENTE Y MERCADO NATURAL

Probablemente el 'principio filosófico', que justifica la intervención del Estado violento en cuestiones que hacen al cuidado del medio ambiente común, es el famoso argumento del 'interés público'. Que se ha convertido en una de las frases de moda en los últimos tiempos. Hoy, los estatistas que proponen determinada política, deben insistir en que lo hacen en favor de este 'interés' y, quienes se oponen al proyecto en cuestión, deben enfatizar el hecho de que lo dañaría (2). De manera que lo que importa saber es ¿quién define el interés público? ¿El burócrata o el público? (3)

¿Quiénes crean las guerras?: las instituciones violentas. ¿Quiénes fabrican las armas nucleares?: los Estados coercitivos. ¿Es este el modo de defender 'el interés público'? Entonces, ¿puede alguien seriamente pretender que el Estado racionalista defienda la vida, sea esta humana, animal o vegetal? Esta claro que, esta institución artificial, no sólo no la defenderá, sino que la destruirá.

"Hoy está claro que los peores ofensores en el proceso de degradación ambiental no son incompasivos empresarios dedicados a la desenfrenada degradación de los recursos naturales,' escribe Yannacone (un prominente abogado en el campo de la legislación ambiental). En cambio, lo son las 'de visión corta, de orientación mesiánica, supuestas agencias de interés público'. Existen alrededor de 22.000 lugares conteniendo residuos peligrosos en los Estados Unidos. Muchos son depósitos municipales. Solamente las bases militares tienen más de 4.000 basureros químicos", asegura Jorge E. Amador (4).

El verdadero defensor de la naturaleza siempre fue el público, las personas, la actividad privada. Sencillamente porque son parte de ella. "La preservación de Yellowstone (el gran parque norteamericano) fue en parte el resultado del esfuerzo de la Northern Pacific Railroad que vio las posibilidades de la explotación turística...", es decir, que la gente estaba dispuesta a pagar para veranear disfrutando de la naturaleza. "Cuando los parques, playas y reservas cercanos se volvían demasiado populosos los patrones ricos, que habían descubierto y conservado estos lugares, se alejaban más tratando de preservar nuevos lugares", asegura William Dennis (5). En contrario, Alston Chase, describe como el Servicio Nacional de Parques (estatal), tuvo 'éxito' en la eliminación de los lobos del mismo Yellowstone (6).

Quién no quiere verde y aire fresco y bajos ruidos en su casa o en su oficina. Cuanto más cuesta un terreno en la medida en que tenga árboles, agua natural limpia, aire puro, no tenga ruidos molestos, en fin, cuanto más respetada sea la naturaleza. El mercado incentiva directamente, y lo premia con un aumento en el precio, el respeto al medio ambiente.

Qué sería de Buenos Aires, por caso, si no fuera porque, la pasión de los porteños por las casas quintas, ha apreciado tanto las tierras de los alrededores, que ha obligado a las industrias a retirarse hacia afuera, a lugares en donde el precio de la tierra fuera más accesible para el costo de producción. Dejando, alrededor de la ciudad, una cantidad importante de espacios verdes, que pertenecen a estas quintas.

Cualquier empresario serio sabe que la productividad de su empresa aumentará en la medida en que sus obreros y empleados se encuentren cómodos trabajando. Y sabe que esta comodidad depende de lo puro que sea el aire que se respira, de la cantidad de luz solar que reciban, de los espacios verdes a los que puedan acceder y demás. En consecuencia, intentará proveer estas ventajas en la medida de sus posibilidades.

Así, los propietarios privados están fuertemente motivados para utilizar los recursos de manera eficiente y productiva, y de conservarlos si fuera posible. Y hasta aumentarlos, si fuera necesario. Pueden obtener ganancias de la utilización productiva de los mismos, y tienen un fuerte incentivo para reducir los costos mediante la conservación en su uso. En el afán por obtener utilidades (recordemos la 'ética del lucro'), las empresas encuentran un gran aliciente para implementar nuevas tecnologías que signifiquen ahorro de recursos. Entre otras cosas, por caso, el reciclaje.

Supongamos que los ríos o los bosques fueran privados, ¿Usted cree que el dueño dejaría que se lo contaminen, perjudicándose personalmente y perjudicando su patrimonio, puesto que el río se depreciaría al estar sucio? ¿Su casa, Señor lector, está limpia y ordenada? ¿Cómo están las oficinas del Estado coercitivo? ¿Su casa de fin de semana tiene un parque cuidado? ¿Como están las tierras fiscales (baldíos, basureros, en rigor de verdad)?

Lo cierto es que los ríos hoy se contaminan por la simple razón de que, al pertenecer al Estado coercitivo, es decir, al no ser de nadie en definitiva (porque nadie tiene la propiedad directa), a los funcionarios que lo manejan no les interesa y, en cambio, son presa fácil de la burocracia paralizante, de las ambiciones políticas y la corrupción.

"El Acta Federal para el Control de la Contaminación del Agua proclama que 'la descarga de cualquier contaminante por cualquier persona será ilegal', excepto únicamente 'por lo señalado en esta sección y secciones 1312, 1316, 1317, 1328, 1342, y 1344 de este título'. La Sección 1342 del Acta, de hecho, autoriza a la Agencia de Protección Ambiental a 'emitir un permiso para la descarga de cualquier contaminante, o combinación de contaminantes... bajo la condición de que esta descarga contemplará todos los requerimientos aplicables... (o) las condiciones que el Administrador determine que son necesarias para alcanzar las previsiones de este capítulo'", escribió Jorge Amador (7).

En definitiva, los recursos serán preservados por los propietarios privados, porque, de otro modo, se depreciarían sus pertenencias, no ocurriendo lo mismo con la propiedad surgida de la coerción que, finalmente, no le interesa a nadie y, consecuentemente, se maneja con 'regulaciones', como la citada en el párrafo anterior, que autorizan al burócrata a que, arbitrariamente, permita contaminaciones.

¿Quién cuida más a los animales? Y no hablemos de los domésticos. Observe a su alrededor, y a lo largo y ancho del mundo, y verá que son las personas privadas las que con más énfasis se dedican a la preservación de la naturaleza. Existen miles y miles de organizaciones no gubernamentales dedicadas a la defensa de la naturaleza animal y vegetal en todo el mundo.

En Kenya, donde la venta de marfil estaba prohibida por el Estado, la población de elefantes declinó más de 70 por ciento (de 65.000 a 19.000) entre 1986 y 1996. En cambio, durante el mismo período, en Zimbabwe, que reconocía la propiedad privada de éstos paquidermos, la población se incrementó de 30.000 a 43.000, según Jarret B. Wollstein (8). Esto ocurre debido a que, como se permite la venta de marfil, los vendedores crían y cuidan a los elefantes. El motivo por el que los caballos, por ejemplo, no se extinguen es porque están en manos privadas cosa que, básicamente, no ocurrió con el tigre de bengala que estuvo cerca del peligro de extinción.

Según Wollstein, durante los años sesenta, Brasil se embarcó en un masivo 'desarrollo' de su selva amazónica. Y el Estado construyó miles de kilómetros de caminos con subsidios, otorgó préstamos baratos a los granjeros y ganaderos e, inclusive, les proveyó transporte gratuito. Los granjeros quemaron los bosques. La agricultura del Amazonas es rentable (comparado con la rentabilidad de mantener los bosques) únicamente debido a los diversos subsidios artificiales. Un estudio encontró que las ventas de ganado cubren solamente el 55 por ciento de los costos. De modo que, sin fondos provenientes del Estado brasileiro y del Banco Mundial, gran parte de la destrucción de la selva amazónica nunca hubiera ocurrido.

En contraposición con esto, Matt Ridley (9) aseguraba que en Nueva Zelanda, diez años antes, el gobierno dejó de subsidiar a los agricultores. Lo que resultó muy beneficioso para el medio ambiente, dado que éstos utilizaban los subsidios estatales para convertir artificialmente, mediante la utilización de pesticidas y fertilizantes contaminantes, tierras que no eran rentables según el mercado.

En fin, está claro que la naturaleza del mercado cuidará, que duda cabe, a la naturaleza del mercado.

Notas al Capítulo VIII

(1) Encíclica 'Sollicitudo Rei Socialis', 29, Roma 1987.

(2) "Es regla general que el bien público debe ponerse antes que el bien privado, pero es difícil saber que es el bien público...", Bartolomé de Albornóz, escolástico español, 'Arte de los Contratos', (Valencia, 1573), p. 69 (citado por Alejandro A. Chafuén en 'Christians for Freedom', Ignatius Press, San Francisco, USA, 1986, p. 71).

(3) "Primero, porque cada uno es más solícito en la gestión de aquello que con exclusividad le pertenece que en lo que es común a todos o a muchos, pues cada cual, huyendo del trabajo, deja a otro el cuidado de lo que conviene al bien común...; segundo: porque se administran más ordenadamente las cosas humanas cuando a cada uno incumbe el cuidado de sus propios intereses, mientras que reinaría confusión si cada cual se cuidara de todo indistintamente. Tercero: porque el estado de paz entre los hombres se conserva mejor si cada uno está contento con lo suyo, por lo cual vemos que entre aquellos que en común y pro indiviso poseen alguna cosa más frecuentemente se originan contiendas", santo Tomás de Aquino, S. Th., II-II, q. 66, a. 2, in c.

(4) 'Take Back the Environment', The Freeman, Ed. The FEE, Irvington on Hudson, New York, August 1987, Vol. 37, no. 8, p. 310. Ver también Terry L. Anderson y D. R. Leal,

'Ecología de mercado', Unión Editorial, Madrid 1993.

(5) 'Wilderness Cathedrals and the Public Good', The Freeman, May 1987, p. 170.

(6) 'Playing God in Yellowstone: The Destruction of America's First National Park', University of Nebraska: Lincoln, 1986.

(7) Op. cit, p. 309.

(8) Citado en 'Atlas del Sud', Buenos Aires, abril-mayo 1997, Suplemento Ideas & Protagonistas, p. 2.

(9) 'Down To Earth', IEA Studies on the Environment No. 3, London 1995, p. 33.

EPILOGO

LA CULTURA DE LA DEPRESION O LA RIQUEZA ILIMITADA (1)

"Es el estatismo el que ha devenido en 'el espíritu de condiciones sin espiritualidad' y en el opio, no de las masas, sino de las 'elites' ", Theodore J. Forstmann (2).

Si camina por algunas ciudades del mundo y pone un poco de atención, notará que está caminando como por un cementerio. En cada esquina encontrará una placa recordatoria de algún muerto. Supuestamente, es el nombre de la calle en cuestión, que corresponde a algún 'prócer' del lugar. Pero lo cierto es que, con todo el respeto y la honra que merecen los muertos, ir cada mañana a trabajar a la calle del muerto Fulano, entre el muerto Mengano y el muerto Sultano, no es, precisamente, empezar el día con la vista puesta en la vida. Habiendo tantas bellezas en el mundo, muchas llenas de vida, que podrían adornar las calles, como lugares geográficos, especies vegetales o animales y, para los que somos católicos, lo que más nos recuerda a la vida que son los santos (porque están en 'el cielo' y muy vivos), este énfasis en la muerte, francamente, tiene poco sentido.

Ahora, ¿es esto casual? No. Responde sistemáticamente a una 'cultura de la depresión'.

Esta 'cultura' ha calado tan hondo en nuestra 'civilización' que hasta está inserta en muchas definiciones. Así, por ejemplo, muchos definen a la economía como 'el estudio de la utilización de los recursos escasos'. Y, si los recursos son escasos, sólo queda decidir como asignarlos, planteándose una verdadera lucha violenta entre las personas, de modo de ver quién se queda con lo poco que hay (3).

Esta cultura de la depresión nos decía, en su momento que, cuando el carbón se acabara, la civilización correría el riesgo de desaparecer. Pero apareció el petróleo que, gracias al desarrollo tecnológico, se convirtió en una fuente de energía muy superior. Y el mundo progresó increíblemente. Luego vino Henry Ford y anunció que fabricaría autos para la clase media; y lo tomaron por loco. "¿Para qué quiere el mundo autos fabricados en forma masiva? Si hoy nadie los usa, ni siquiera tenemos rutas". Treinta años atrás, muchos 'sabios' dijeron que las reservas de petróleo eran suficientes sólo para cuarenta años más. Y nos deprimieron a todos, y los Estados artificiales se apresuraron a tomar medidas: algunos hasta racionalizaron el consumo. Hoy resulta que, gracias al avance tecnológico que, entre otras cosas, permite extraer de mayores profundidades y la mejor utilización de los derivados, tenemos reservas, por lo menos, para noventa años más. Y, además, se están desarrollando nuevas fuentes de energía.

¿Cuántos profetizaron acerca de la superpoblación, de los problemas de hambre que significaría!? ¿Cuántos organismos racionalistas, estatales y paraestatales, nacionales e internacionales, utilizaron estos argumentos para justificar su existencia y políticas de control de la natalidad y, encubiertamente, promover la peor clase de homicidio como es el aborto?

En 1850 el 65 por ciento de la población de los Estados Unidos se dedicaba al cultivo de la tierra. A medida que avanzaba la industrialización, los depresivos de siempre decían que, si continuaba el éxodo de los obreros del campo hacia la ciudad, caería la producción de alimentos a la vez que aumentaría la población para alimentar en las ciudades, lo que provocaría una hambruna. Hoy, sólo el 3 por ciento de la población de los Estados Unidos trabaja la tierra y, ¡oh paradoja!, la cantidad de alimentos no sólo no disminuyó sino que aumentaron el consumo interno y, también, la exportación de productos agrícolas que llegó, en 1996, a la friolera de US\$ 60.400 millones (4).

Y esto, gracias al avance tecnológico, 'creado' por la mente del hombre que, con innovaciones, ha conseguido que en la misma cantidad de tierra y con mucha menos mano de obra se produzca mucho más. La tecnología viene, pues, a fortalecer a la naturaleza humana, permitiéndole salvar grandes males como, por ejemplo, la violencia implementada desde distintos lugares, obviando las barreras implementadas por los Estados coercitivos. Así, el impresionante avance científico, que viene auto acelerándose, nos plantea claramente algo que, en realidad, ya sabíamos: que el futuro será muy diferente, será mucho mejor y que, no sólo no podemos planificarlo, sino que nos sorprenderá sobremanera.

Esta claro, pues, que los recursos, la riqueza, son una 'invención' de la mente humana (5) y, en consecuencia, nunca podrán terminarse. De hecho, pareciera que la empresa del futuro es la empresa virtual, cuyo capital más importante, sino el único, es el equipo de mentes humanas que la conforman y donde los bienes materiales (manejados a distancia o por robots) serán absolutamente secundarios, si es que los tienen. Es el hombre el que define qué es riqueza y cuánta debe haber y dónde debe estar (de aquí la importancia fundamental de la verdadera autoridad, la autoridad moral, en la sociedad natural). Es el hombre el que dice: tendremos autos, y los habrá más caros y los habrá más baratos y éstos serán símbolo de riqueza, y funcionarán con petróleo. Y, entonces, invertiremos en petróleo de modo que mucha gente pueda trabajar y ganar su sustento con este trabajo.

De modo, que no se trata de deprimirse y pelearse sino que se trata de servir y de cooperar voluntariamente para crear la abundancia. Porque el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios para participar en la Creación (6) que, lo quieran o no los cultores de la depresión, es infinita, no tiene ninguna clase de límites.

Salvo claro está, que violemos el orden natural, que no son sino las reglas para seguir la Creación, que no es sino el modo en que se desenvuelve y crece la vida.

La depresión es una falta de confianza en la vida y, como sus cultores no entienden a la naturaleza, pretenden imponer otro orden artificialmente creado que, como no es algo que surja espontáneamente se ven forzados a imponer violentamente, chocando con el natural entrando en un conflicto que termina por destruir a quienes la ejercen ya que la vida, por definición, es natural. Y la violencia al ser contraria a la vida humana y, en consecuencia, destructiva es, obviamente, depresiva.

Pero ¿quién es el campeón de la depresión (7)? El institucionalismo coercitivo, que duda cabe. Entre otras cosas porque, según un sabio dicho popular, "la burocracia tiene

un problema para cada solución". A cada proyecto que se presenta le encuentran una resolución que lo impide, en forma coactiva, o lo complica. Sucede que, en la medida en que los Estados hagan uso de la violencia coactiva como método para 'organizar' a la sociedad, en esta medida, estarán destruyendo como lo han hecho hasta ahora. Y así, a pesar de pertenecer a una humanidad con potencial de recursos ilimitados, existen niños que padecen hambre (8).

El estatismo, el racionalismo, al no tener fe no puede tener esperanza. Pero lo más lastimoso de esto es que, como no la tienen y no lo pueden disimular, hacen un culto de la muerte (9) para tapar con esto los atisbos de esta virtud. Y, mientras tanto, pretenden distraer las penas consecuentes de su mundo finito con el goce efímero y circunstancial de un materialismo, al final, aún más deprimente.

El futuro no pertenece a la lastimosa 'planificación' racionalista. El futuro es mucho más ordenado, mucho más rico y mucho más apasionante. Pertenecer a la capacidad 'creadora' del hombre, a su capacidad de incursionar en lo desconocido y convertirlo en algo útil dirigido al bien, pertenece al ámbito de la fe. El futuro pertenece a la esperanza que es la fuerza para adentrarse, sin miedo, en 'Lo Desconocido'.

Debemos desoír la depresión porque es mentira, tenemos que evitar la violencia porque es, siempre y en cualquier caso, destructiva, y entonces veremos que la Creación es infinita y la participación del hombre ilimitada.

El mundo ha sido creado para la gloria de Dios. Y Dios, que duda cabe, se asegurará de obtener la mejor gloria (10).

Notas al Epílogo:

(1) Algunos datos de este epílogo los he tomado de una conferencia pronunciada por Paul Zane Pilzer durante la que se refirió a su libro 'Unlimited Wealth'.

(2) 'Statism: The Opiate of the Elites', Imprimis, Hillsdale College, Hillsdale, Michigan, May 1997, Volume 26, Number 5.

(3) El error de esta creencia tiene su origen "... además en el supuesto de plena información y entorno estático que considera con respecto a los bienes sociales (dados y conocidos), lo cual lleva a estimar justificada la coacción para garantizar no sólo las libertades esenciales, sino también el principio de 'maximización', en virtud del cual ha de maximizarse la situación de los menos favorecidos garantizando la igualdad de oportunidades para todos", Jesús Huerta de Soto, 'Socialismo, Corrupción Ética y Economía de Mercado', Libertas no. 27, ESEADE, Buenos Aires, Octubre de 1997, pie de p. 267. Ya vimos que, entre otras cosas, ni los recursos son conocidos porque se multiplican permanentemente debido al avance tecnológico, es decir, que nunca existe plena información, ni el mercado es estático.

(4) Esto, entre otros muchísimos datos de la realidad, desmienten definitivamente a Malthus.

(5) "El hombre, mediante la tenaz aplicación de su inteligencia y de su trabajo, arranca poco a poco sus secretos a la naturaleza, y hace un uso mejor de sus riquezas", Pablo VI, Encíclica 'Populorum Progressio', 25, El Vaticano 1967. "...lo que el sistema económico

produce no son cosas materiales, sino conocimiento inmaterial", según Frank Tipler en 'A Liberal Utopia', en "A Special Symposium on 'The Fatal Conceit' by F. A. Hayek", *Human Studies Review*, volumen 6, no. 2, invierno 1988-1989, pp. 4-5 (citado por Jesús Huerta de Soto en 'Socialismo, Cálculo Económico y Función Empresarial', Unión Editorial, Madrid 1992, pie de p. 79). "... los recursos económicos de una sociedad no son sus recursos naturales como tales, sino una relación, interna a la sociedad, entre sus recursos naturales y sus habilidades organizativas y tecnológicas para extraer o adquirir de algún modo y utilizar esos recursos naturales... Los recursos que contribuyen a la riqueza económica no son solo materiales...", N. Rosenberg y E. Birdzell, Jr., 'How the West Grew Rich: The Economic Transformation of the Industrial World', New York: Basic Books Inc. 1986, p. 10.

(6) "El progreso de las ciencias y los inventos de la técnica nos manifiestan el maravilloso orden que reina en los seres vivos y en las fuerzas de la naturaleza, al mismo tiempo que la grandeza del hombre que descubre este orden y crea los medios aptos para adueñarse de esas fuerzas y reducirlas a su servicio", Juan XXIII, Encíclica 'Pacem in Terris', 2, Roma 1963. "El Evangelio de la vida, proclamado al principio con la creación del hombre a imagen de Dios para un destino de vida plena y perfecta (cf. Gn 2, 7; Sb 9, 2-3)...", Juan Pablo II, Encíclica 'Evangelium Vitae', Roma 1995, 7. Claro que, la vida plena y perfecta no es de este mundo, lo que no quita que 'comience' en esta tierra.

(7) Un modo muy simple para distinguir entre un cultor de la depresión, de la negación de la vida, y alguien que propone de verdad una solución, es que unos profesan un modo de pensar negativo, en tanto que los otros una manera positiva. El negativo, descrece del bien, consecuentemente, no cree en las soluciones buenas y sí en que es 'inevitable' un poco de mal para evitar males mayores (la teoría del mal menor: la violencia mínima); el positivo sabe que el bien existe, consecuentemente, cree firme y definitivamente en la coherencia de la bondad, es decir, en los finales buenos y en los buenos medios: en el pensar positivo, en la vida positiva. Un cultor de la depresión, para terminar con el delito, propondría la eliminación (o confinamiento) del delincuente. En cambio, una solución verdadera es proponer un tratamiento que supere de modo positivo a la 'voluntad' delictiva y recupere en toda su potencialidad la vida de la persona.

(8) En contraposición con lo que ocurrió en los Estados Unidos, a pesar de que Rusia cuenta con algunas de las tierras más ricas del mundo y que antes de la revolución bolchevique era el principal exportador mundial de granos, durante el comunismo no sólo no llegaba ni siquiera a producir lo suficiente para el consumo interno sino que pasó a ser el principal importador mundial. Entre 1920 y 1930 murieron en Rusia entre 5 y 10 millones de personas por inanición, mientras que otra cantidad similar se salvo de la muerte gracias a las donaciones de alimentos por parte de los países occidentales. Rusia utilizaba el 25 por ciento de su fuerza laboral en tareas agrícolas. Pero lo más sintomático es que, si la cantidad a importar no aumentaba, era porque los pocos establecimientos privados que existían rendían con mucha eficiencia. Efectivamente, la URSS llegó a autorizar la existencia de mini chacras privadas y éstas, a pesar de que totalizaban sólo el 3 por ciento de las tierras cultivables, producían el 27 por ciento de los alimentos nacionales. Ver David Osterfeld, 'Socialism and Incentives', *The Freeman*, vol. 36, no. 11, The FEE, Irvington on Hudson, New York, November 1986, p. 412. Ver también Sven Rydenfelt, 'A Pattern for Failure', New York: Harcourt 1983, pp. 27-45; Hedrick Smith, 'The Russians', New York: Ballantine 1984, pp. 264-84; y Marshall Goldman, 'USSR in Crisis', New York: Norton 1983, pp. 63-87.

(9) Por cierto que, como Católico, creo en la vida eterna, pero como me comprometí a no hacer un tratado religioso no discutiré su existencia. Sin embargo, hecha esta aclaración, me parece importante señalar las consecuencias de las diferentes creencias. Como para los racionalistas, finalmente no existe la vida sobrenatural, la vida eterna, la muerte es 'el fin total', la negación final de todo. Es decir que, irónicamente, al enfatizar tan crudamente esta muerte, lo que están haciendo, inconscientemente, es reconocer, después de todo, que su mundo no vale nada puesto que, en última instancia termina en nada. De aquí que tengan necesidad de exaltar la muerte, porque esta exaltación de la nada final les permite exaltar el final inevitable de su teoría: la nada. Por el contrario, quienes vemos en la muerte física sólo un proceso natural que, justamente, hace a la vida (desde un punto de vista físico sería imposible la vida humana si no muriéramos a una edad razonable, dado que si nunca hubiera muerto un ser humano, no sólo aumentando con esto el número de seres sino procreando todavía más, hoy seríamos tal cantidad de habitantes que el mundo sencillamente no podría cobijarnos), no le tememos como el final de la vida sino por el contrario como el principio de, aún, más vida. En este sentido, para nosotros la muerte es sólo una transición y, consecuentemente, nada a lo que haya que darle excesiva importancia. Y, por cierto, aun cuando inevitablemente produce dolor (dolor que es necesario de modo que valoremos la vida), la muerte no debería provocarnos más que la admiración que nos producen tantos misterios de la creación cuando dan lugar a la vida. Del mismo modo, también el parto es doloroso.

(10) Se me ha dicho que soy optimista. En realidad, me considero realista, porque no niego que el camino del hombre sea duro, que exija mucho esfuerzo (aunque, en rigor, el esfuerzo es sano y es, precisamente, lo que hace que el camino no sea tan imprevistamente duro), y no niego que las personas puedan equivocarse mucho. Pero se me ha dicho optimista porque en ninguna parte del ensayo acepto la menor posibilidad de que la humanidad, finalmente, fracase. En realidad, mi tesis no es esa. Mi tesis (natural) es que el hombre (natural) evidentemente ha progresado, en razón del orden preexistente, y nada (natural) hay que indique que esta tendencia no seguirá adelante, por el contrario. Finalmente, en términos teológicos, está claro que Dios no puede fracasar y, consecuentemente, no lo hará su Creación predilecta: el hombre. Pero esto no quita (entre otras cosas, el Apocalipsis al que no me referiré porque no me corresponde) que Dios tenga la última palabra. Eventualmente, aunque no veo motivo para creer esto, el Ser Supremo podría decidir hacer desaparecer a los hombres y, entonces, instantáneamente, no quedaría ni uno de nosotros. Algunos teólogos afirman algo que muestra hasta que punto dependemos del Ser Supremo, aseguran que bastaría con que Dios dejara de pensar en nosotros por un momento infinitesimal para que desapareciéramos como si nunca hubiéramos existido.